STAR WARS

GALAXY'S EDGE

UN GOLPE DEL DESTINO

ZORAIDA CÓRDOVA

Planeta

Izzy y Jules fueron amigos de la infancia, cuando trepaban las agujas petrificadas de Batuu. Pero un día, la familia de Izzy se fue abruptamente y su vida se volvió un caos en constante movimiento, hasta la muerte de sus padres que la llevó a convertirse en contrabandista para poder sobrevivir. Jules permaneció en Batuu y creció para ser granjero, como su padre, siempre anhelando algo más.

Ahora, trece años después de su partida, Izzy regresa a Batuu con la misión de entregar un paquete misterioso, desea terminar el trabajo cuanto antes, pero, cuando llega al puesto de avanzada de Black Spire, se encuentra de golpe con la única persona que todavía significa algo para ella: Jules. La atracción entre ellos es inmediata y abrumadora.

A pesar de que Jules parece ser todo lo que necesita, Izzy tiene sus dudas. ¿Cómo puede arrastrar a un hombre de buen corazón hacia la vida que ella escogió? Jules nunca ha estado seguro de lo que el futuro le depara, y ahora quiere estar con Izzy. Cuando el encargo sale mal, los dos amigos de la infancia se dan a la fuga. Mientras luchan por mantenerse vivos, todos sus secretos se revelarán.



Un golpe del destino

Zoraida Córdova



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *A Crash of Fate*

Autora: Zoraida Córdova

Arte de portada: Matt Griffin

Traducción: Gloria Estela Padilla Sierra y Orlando Malagón Velázquez

Publicación del original: agosto 2019

34 años después de la batalla de Yavin

Revisión: ...

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

16.10.19

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para mi hermano Danilo J. Córdova.
No me queda nada que enseñarte,
joven padawan.

PRÓLOGO

La niña escalaba cada vez más alto por la pared del peñasco y solo una vez se raspó la rodilla, pero la sangre ya había empezado a formar una costra para cuando estaban a punto de llegar a la cima. Su delgado vestido estaba cubierto de sudor y tierra. Seguramente su padre se enojaría; apenas un día antes le había cosido unas franjas adicionales debido a que la niña había crecido de nuevo, prácticamente de la noche a la mañana.

—¡Vamos, Jules! —gritó—. ¡Ya casi llegamos!

—No es justo, Izzy —respondió el niño.

Los guijarros sueltos le caían en la cabeza y, aunque se convenció de que no le temía a las alturas, cometió el error de mirar abajo solo por un instante. Las palmas le sudaban y el estómago le dio un vuelco por el temor de caer. Si quería volar, tendría que superar sus miedos y, para lograrlo, primero necesitaba vencerlos. El problema consistía en que era más fácil *pensarlo* que *hacerlo*, y esa era la parte que le estaba resultando muy difícil. Cuando el niño levantó la vista de nuevo, la luz lo deslumbró, pero aun así pudo ver que la niña estaba a un metro o dos de distancia. Resopló y se impulsó para ascender.

—Tienes los miembros más largos. ¡Prácticamente estás haciendo trampa!

—*Prácticamente*, pero no *exactamente* —señaló ella.

Izzy Garsea se aferraba a los huecos y las grietas de la roca escarpada. Los soles alumbraban implacables, en particular durante la temporada de secas. No había una sola nube que les proveyera sombra, pero llevaban la cabeza cubierta con los pañuelos que la madre de Jules había teñido de un azul brillante apenas la semana anterior. Jules la había ayudado y todavía tenía pintados los dedos por haber metido accidentalmente las manos en las cubetas que contenían el tinte. Unas pequeñas motas azules y moradas salpicaban como constelaciones sus antebrazos de color marrón dorado.

Llegaron a la plataforma del risco utilizando una aguja petrificada como escalera y se tiraron boca arriba, con sonrisas victoriosas pintadas en el rostro. Al estar tan lejos del puesto de avanzada de Black Spire, parecía como si todo el mundo estuviera dispuesto solo para ellos dos. Podían gritar a todo pulmón y nadie los regañaría. Podían hacer lo que quisieran.

—Un día te voy a ganar —advirtió Jules mientras se sentaba.

Izzy rio y se sacudió las piedrecitas que se le habían pegado a las manos.

—Sigue soñando, Jules. Soy más alta que tú.

La sonrisa del chico, enorme y llena de dientes, era dulce.

—No lo serás para siempre.

A pesar de ser un año mayor, Julen Rakab aún medía varios centímetros menos que ella. Para un niño de seis años en Batuu, eso significaba que con frecuencia los niños más

grandes y los viajeros nómadas que merodeaban en busca de un blanco fácil le quitaban su dinero. Pero Izzy nunca lo trató así. Como se quedaban solos gran parte del día cuando sus padres tenían que ir a trabajar, entre ellos se creó un vínculo. Con ella se sentía seguro. O al menos tanto como pueden estarlo dos pequeños mientras suben a los riscos. Pero Jules absorbió parte del carácter intrépido de la niña y la seguía tan lejos como estuviera dispuesta a llevarlo.

Se acomodaron bajo la sombra de unos árboles retorcidos que de algún modo habían logrado conservar sus hojas. Desde su mirador podían ver las tierras de Batuu, que se extendían por debajo de ellos como un mar verde cubierto de rocas prominentes. Mientras sus respectivos padres se esforzaban trabajando en varias granjas, los niños hacían sus propios planes.

Sacaron los refrigerios que llevaban en los bolsillos; incluían una bolsa de granos reventados que Jules había preparado la noche anterior, frutos secos de la despensa de los Garsea, unos granos de caf cubiertos de chocolate que Izzy se había robado de la lata secreta de dulces de su madre y una garrafa de agua. Lo compartían todo, pero el chico siempre le daba a ella un trozo de fruta *un poco* más grande, y le permitía saciarse de chocolates y de agua.

—Mi papá dice que puedo empezar a trabajar en la granja para la cosecha del siguiente año —le contó mientras le pasaba la cantimplora de metal.

La niña suspiró, y sus ojos verdes, ya de por sí grandes, se abrieron todavía más.

—Pero Jules, entonces, ¿quién jugará conmigo?

—Seguiré jugando contigo, lo prometo.

—No podrás todos los días. Apenas veo a mis padres en casa. Se van al amanecer y, para cuando regresan, ya está oscuro y se encuentran demasiado cansados como para hacer otra cosa que no sea comer y dormir.

—Sí, pero es porque son viejos —explicó el chico sacudiendo la cabeza, con la esperanza de tranquilizarla—. Mi hermana regresa y se pone a tejer para vender esas ropas en el mercado.

—¿Por qué no puedes empezar cuando seas grande? —le preguntó la niña.

—Porque mi papá dice que si quiero tener mi propia nave, tengo que ahorrar para comprarla.

—¿Tu propia *nave*? —preguntó maravillada.

Inclinó la cabeza para mirar al cielo, donde una pequeña nave de lujo viajaba en dirección a Black Spire. A esa distancia, el puesto de avanzada se veía como un pequeño conjunto de edificaciones, pero la chica sabía lo ajetreado que era. Su padre le había permitido acompañarlo en una ocasión. Se había mareado con todas las tiendas, las agitadas calles, y el olor de las carnes y nueces asadas.

—¿Me llevarás contigo?

—Claro que sí. Podemos explorar nuevas lunas y planetas. —Jules se sentó sobre sus rodillas y encontró una piedra con forma de disco. Simuló con ella una nave que volaba en el espacio entre ellos—. Estaba en la cantina de Oga…

—¿Y qué estabas haciendo *tú* allí?

—Me gusta ver a los nuevos viajeros cuando aterrizan. Siempre hay alguien que lleva ropa que mi papá dice que es «escandalosa y absurda», aunque no sé a qué se refiere. Bueno, pero escuché de pasada que dos hombres platicaban de una luna que está totalmente cubierta de hielo y nieve.

Izzy arrugó el rostro y empezó a retorcer la punta de su larga trenza negra.

—No me gusta el frío.

—¿Qué te parece un planeta que esté cubierto de agua? Piensa en todas las criaturas que se podrían descubrir allí. O un lugar donde el cielo tenga colores diferentes todo el tiempo. ¡O una ciudad con miles de millones de personas!

Izzy se tomó lo último que quedaba del agua. No estaba segura del tipo de mundo que le gustaría visitar, pero lo que sí sabía era que no quería pasar sus días sin Jules.

—¿Puedo ser la princesa de la nave?

—No creo que así sea como funciona lo de las princesas —respondió él mientras aterrizaba a sus pies la nave de piedra, que se convirtió en una simple roca entre las demás.

—¿Cómo lo sabes? ¿Conoces a muchas princesas?

Se quedó pensando un momento.

—Está bien. Puedes ser la princesa, pero yo soy el capitán.

—¿Qué ganas con ser el capitán? —Izzy se golpeó levemente la barbilla con un dedo en actitud meditativa—. Yo podría ser las dos cosas.

—No puedes ser *las dos cosas*.

—¿Quién dice?

—Es *mi* nave. Tengo que ser algo.

—Bueno. —Levantó la mano y repitió las palabras que le había oído decir a su madre en muchas ocasiones—: Es un trato.

Se estrecharon la mano como habían visto hacer a los mayores y luego descansaron un momento más bajo la sombra. Si hubiera habido nubes en el cielo, habrían jugado a encontrarles forma. Izzy estaba segura de que una vez había visto un bantha volador entre un grupo de nubes de tormenta. En cambio, se quedaron mirando las naves que entraban a la atmósfera y se dirigían al puesto de avanzada. Izzy podía ver los terrenos de cultivo donde los padres de ambos pasaban los días trabajando duro, los brillantes pastizales y las colinas. Le gustaba Batuu desde las alturas pero, más que cualquier otra cosa, le encantaba ver el río que serpenteaba por la superficie del planeta, zigzagueando entre los densos árboles y las agujas petrificadas que sobresalían y que alguna vez también habían sido árboles.

El chico señaló a una nave conocida.

—¿Ese no es el *Meridian*?

El *Meridian* era la nave de la madre de Izzy. Era un carguero ligero que por lo general estaba atracado en una de las plataformas de acoplamiento. Como su casa era tan pequeña, usaban la nave como almacén. La chica sostuvo un pañuelo arriba de sus ojos y

los entrecerró. Estaba muy soleado y el brillo le lastimaba la vista si lo miraba por mucho tiempo.

—No puede ser. Mi madre está en la granja y papá nunca vuela solo.

Detrás de ellos se escuchó un gruñido que distrajo su atención del cielo. Una criatura de cuatro patas estaba agazapada detrás de los retorcidos árboles. Se movía demasiado rápido como para que pudieran mirarla bien y se ocultó a gran velocidad detrás de un grupo de rocas.

—¿Qué es eso? —gritó el niño—. Es demasiado grande como para ser una rata.

La niña recogió la piedra más enorme a su alcance y la lanzó con todas sus fuerzas. Esta chocó contra el peñasco y cayó por el costado; se oían sus golpes a medida que bajaba. La criatura saltó de nuevo, negra como una sombra. El chico siguió el ejemplo de Izzy y se pusieron a perseguir al animal, lanzándole piedras y guijarros.

Izzy se acercó a la orilla del precipicio, y miró las rocas y los peñascos afilados que estaban abajo.

—Está despejado.

—Deberíamos regresar —respondió el chico.

Reunieron sus pertenencias, pero el animal salió de su escondite con un salto. Jules no había visto nada parecido en toda su vida: parte felino y parte lagarto, con una piel manchada y unos ojos amarillos con pupilas verticales. Mostró sus colmillos, que eran pequeños y afilados, y lanzó una tarascada al aire. El niño tropezó al hacerse hacia atrás y cayó. Se golpeó la cabeza contra una piedra y empezó a salirle sangre de uno de sus oídos. El animal subió a una piedra, listo para saltar de nuevo.

—¡No! —El grito de la niña hizo eco en las rocas que los rodeaban. No tenía más arma que ella misma. Se puso frente a la criatura, cerró los ojos y se protegió el rostro. Cuando las mandíbulas se cerraron alrededor de su antebrazo, el dolor recorrió todo su cuerpo.

El niño se puso de pie con esfuerzo y encontró una piedra, pequeña pero afilada. Apuntó con cuidado y atinó al lanzarla contra el ojo del animal. La bestia dejó escapar un aullido y finalmente emprendió la retirada.

—Izzy —gritó el chico—. ¡Estás sangrando!

Se quitó el pañuelo y envolvió con él la herida para detener la sangre, atando los extremos con un nudo.

—Estuviste genial —dijo la niña.

Jules se quedó maravillado de su actitud. No lloraba ni hacía ningún gesto de dolor, simplemente le sonreía.

—Tú me salvaste primero.

—Eres mi mejor amigo, Jules. No podría soportar que algo te pasara.

Se sentaron bajo los ardientes soles durante un rato más, esperando que el animal regresara. Pero no estaban temerosos; se tenían el uno al otro.

—¿Podrás bajar? —le preguntó a la niña.

—Eso creo.

Izzy miró abajo desde la orilla del risco y por primera vez se sintió nerviosa ante el empinado descenso. Pero no viviría muy bien que digamos si se quedaba en la cima de un peñasco, mucho menos porque sabía que Jules no la dejaría ahí y, entonces, *él* también estaría en problemas.

—Sí podré.

Se usaron uno al otro como los eslabones de una cadena mientras avanzaban hacia abajo, encajando los pies para afianzarse y aferrándose con las manos a la piedra y al otro.

Cuando llegaron a suelo firme, compartieron un grito victorioso. El chico no tenía muchas cosas que pudiera considerar suyas, pero poseía una baratija de la familia. Se sacó el anillo del dedo medio. Era de piedra negra lisa, con chispas naturales de oro que salpicaban la superficie. Su padre le había tallado uno a cada miembro de su familia.

—Ten —le ofreció.

Izzy lo sostuvo en la palma de la mano como si fuera la cosa más valiosa que hubiera recibido en toda su vida.

—No debería aceptarlo. No tengo nada que darte.

—Mi padre dice que no deberías hacer un regalo si lo único que quieres es que te den algo a cambio. Lo haces como agradecimiento o para demostrar que alguien te importa.

La niña se deslizó el anillo en el dedo índice, porque en él se ajustaba mejor.

—Gracias, Jules.

Durante el largo camino hasta su casa, volvieron a contarse lo que les había pasado y, con cada nueva repetición, la criatura se volvía más grande, más peluda y con dientes más enormes. Pero continuaban mirando atrás, temerosos en silencio de que los hubiera seguido.

Luego se separaron para ir a sus respectivas casas a pasar la noche.

Cuando la niña entró por la puerta delantera, le sorprendió encontrar a su padre. Se suponía que a esa hora del día tendría que estar en la granja. Dio gracias a los cielos de que estuviera allí, porque su brazo empezaba a punzarle. Él la llevó con un droide médico para que examinara la herida y, por fortuna, el animal que la había mordido no tenía ninguna enfermedad, pero le dejaría una cicatriz.

Izzy durmió profundamente y soñó que se caía del risco. Despertó cuando su padre la levantó en sus brazos.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Guarda silencio —le susurró él—. Será una aventura.

A la niña le encantaban las aventuras y de nuevo se quedó dormida.

Recordaba ver la rampa de abordaje y luego escuchar la voz tensa de su madre, que preguntaba si habían dejado algo. Ellos no habían dejado nada, pero ella sí.

La chica despertó por completo cuando estaban cruzando la atmósfera. Atada a su asiento con el cinturón, empezó a sacudirse y a llorar.

—¡No! ¡Tenemos que regresar! ¡No me despedí!

¿Qué no sabían que ella y Jules iban a viajar por otros mundos y que serían la princesa y el capitán y…?

Pero sus palabras fueron ahogadas por el traqueteo de la nave, que aceleraba para adentrarse en la profundidad del espacio. Lo único que vio fue la mancha verde que era Batuu y luego las estrellas que corrieron a su lado cuando empezaron a viajar a la velocidad de la luz.

—Lo siento, querida hija —le dijo su padre cuando fue seguro que se levantaran de sus asientos—. Pero encontraremos un nuevo hogar y tendrás nuevos amigos.

La tomó entre sus brazos; ella dejó de llorar, y se quedó mirando a las infinitas estrellas y planetas que estaban delante de ellos.

Cuando estuvo sola en su litera, giró el anillo alrededor de su dedo y susurró:

—Te encontraré, Jules. Regresaré por ti.

Esa fue la primera promesa que Izal Garcea rompió en su vida.

IZZY

CAPÍTULO 1

Izal Garsea pasó todo el día esperando que los fuegos artificiales iluminaran el cielo.

Esa anticipación fue lo único que le permitió superar las tareas mundanas de ese día. Damar Olin le había dado una lista de cosas que hacer, de acuerdo con las órdenes de Ana Tolla. Ana ni siquiera era su jefa, e Izzy y Damar todavía no eran miembros oficiales de su tripulación, pero de algún modo siempre quedaba atrapada en una serie de tareas rutinarias que le impedían cuidar del mantenimiento de su propia nave.

Primero ayudó a la tripulación a llenar la nave de Ana Tolla con cajas de provisiones que necesitaban para su siguiente misión y luego la enviaron a un mandado inútil para recoger un reemplazo del convertidor de energía, a pesar de que ya tenían uno que funcionaba a la perfección. Lo único que le agradó fue arreglar una falla en la computadora de navegación. Al principio pensó que todo era parte de una treta de Damar para darle una sorpresa, pero a medida que caía la noche en los cielos herrumbrosos de Actlyon y todos se reunían en el patio de la cantina para tomar un último trago, Izzy empezó a sentirse ansiosa. ¿Por qué creyó que Damar cambiaría algún día?

Localizada en el abarrotado distrito inferior de la ciudad de Actlyon, la cantina era más oscura y bulliciosa que la mayoría, y en ella siempre había un empalagoso olor a licor rancio. Izzy se aseguró de que su bláster estuviera en el lugar correcto. Era un modelo antiguo con modificaciones superficiales, pero había pertenecido a su madre y nunca iba a ningún lado sin él. Ana Tolla los condujo por las puertas traseras, moviendo su larga trenza pelirroja como un látigo que balanceaba de un lado a otro. Las mesas del patio exterior daban en un extremo a las montañas y, por el otro, a las plataformas de acoplamiento, llenas de naves de transporte que llegaban para pasar la noche. Allí los parroquianos estaban borrachos pero no eran peligrosos, al menos por el momento. Aunque el olor a quemado del combustible del puerto cercano llegaba cada vez que soplaba el viento, la vista de las estrellas lo compensaba.

Se acomodaron en una mesa pegajosa; como no había sillas suficientes, Izzy permaneció de pie. Lita tampoco se sentó, aunque, como era una pequeña ketzaliana con rostro de reptil, podía revolotear a un lado de Izzy gracias a sus delgadas y traslúcidas alas moradas.

Una banda en vivo, Sentient 7 y los Clankers, tocaba sobre lo que aparentemente era un escenario. Izzy tamborileaba sobre la mesa mientras esperaban a la mesera, pero se arrepintió de haberlo hecho al darse cuenta de que los dedos se le habían puesto pegajosos. Se detuvo un momento cuando el tecladista rodiano le guiñó con un ojo salpicado de pecas. En el patio se apiñaban docenas de personas que se meneaban al compás de la canción eléctrica, pero Izzy estaba segura de que el músico la miraba a ella.

«Al menos alguien nota mi presencia», pensó.

Le dio un jalón a la chaqueta de Damar, la misma chamarra azul oscuro que ella le había regalado porque el color era idéntico al del tinte de su cabello. Sus ojos grises estaban ensombrecidos por la tenue luz del patio y la chica no pudo pasar por alto el notable gesto de molestia que le arrugaba las cejas.

—Iz —le dijo, mirándola con los ojos a medio abrir y una expresión de aburrimiento.

Solo la llamaba así cuando intentaba corregirla sin causar una pelea. Últimamente, cuando estaban con la tripulación de Ana Tolla, parecía que solo se dirigía a ella con ese nombre.

—¿No crees que deberíamos repasar el trabajo de mañana? —preguntó ella.

—Ya lo haremos —respondió Damar mientras le acomodaba el cabello detrás de la oreja. Miró a los demás y les lanzó una sonrisa exagerada. Hubo una época en la que Izzy hubiera hecho cualquier cosa por ver esa sonrisa, pero aquella noche no era el caso. Le hizo una señal a una mesera—. Pero definitivamente hay que comer algo primero. Estoy medio muerto de hambre.

Lita le lanzó una mirada de desaprobación.

—Lo bueno es que te comiste mi último pastel de java; si no, ya estarías muerto por completo.

Ordenaron comida y bebidas a una mesera trandoshana particularmente exhausta que refunfuñaba mientras anotaba en su bloc electrónico. Izzy estaba convencida de que la mesera estaba pintando garabatos y que lo más seguro era que su pedido no viniera bien.

Ana Tolla se pasó sobre el hombro su trenza, roja como el fuego, y examinó a la multitud. Sus ojos azul pálido siempre ponían nerviosa a Izzy porque se veían más fríos que la superficie de Orto Plutonia. Parecía como si no la hubiera escuchado o no le importara. Su tripulación la rodeaba como una corte a su reina, y entre ellos estaba Safwan, un joven mitad twi'lek y mitad humano, cuya piel clara, de color durazno, adquiría tonos multicolores en sus lekku y estaba cubierta de tatuajes en sus musculosos brazos. Luego, por supuesto, estaba Lita, a la que no le importaba compartir pasteles con Izzy después de su última expedición, y, por último, estaba un zygerriano fornido y de rostro peludo cuyo nombre Izzy siempre olvidaba porque era hosco y callado, del modo en que solo lo es la gente que ha pasado toda la vida escondiéndose. La chica no podía dejar de pensar que su madre había sido ese mismo tipo de persona silenciosa.

Cuando llegó su pedido —que venía mal, pero nadie iba a quejarse—, la tripulación bebió y comió carne frita local hasta hartarse, aderezada con un picante jarabe café. Izzy se sentía más como una huésped inesperada que como una parte esencial de una tripulación bien integrada. Incluso Damar intervenía en la conversación, que trataba sobre recuerdos de misiones que él ni siquiera había presenciado. ¿Qué tal aquella ocasión en que Ana Tolla secuestró a un senador de bajo rango que tenía con los hutt una deuda de juego equivalente al valor de una pequeña luna? Nunca lo volvieron a ver. ¿Y qué tal la vez que contrataron a Ana Tolla para eliminar al principal competidor de un magnate petrolero y accidentalmente incendió una ciudad, y a la competencia junto con ella?

Izzy no lograba reír junto a los demás, pero se las arregló para mostrar una sonrisa incómoda. ¿No era esto lo que había deseado? Una tripulación. Algo a lo que pertenecer. Cuando contrataban a Ana Tolla para un trabajo, ella lo hacía. Esa era la expectativa que se asociaba a su nombre. Si Izzy quería volverse rica *y* sobrevivir, necesitaba estar con alguien como Ana; eso fue lo que le dijo Damar para convencerla de que era su mejor opción.

Damar fue quien encontró a Ana y a su tripulación en un polvoriento puerto en Abelor cuando Izzy y él iban en busca de combustible, comida y contratos. Izzy creció pensando que la única industria de la galaxia que nunca se acabaría era el contrabando, pero resultaba difícil conseguir clientes potenciales que confiaran en ella y en su nave cuando las consecuencias del caos que imperaba en la actualidad se sentían en cada rincón de la galaxia. Aunque habían pasado meses desde la destrucción del sistema hosniano y el gobierno de la Nueva República, la agitación consiguiente no parecía tener un final cercano. La mayoría de sus únicos contactos estaban muertos u ocultos. Ana Tolla había perdido la mitad de su tripulación y unir fuerzas con ella parecía casi predestinado. Ana estuvo particularmente complacida cuando la joven y Damar llegaron con su propia nave. Izzy esperaba que la siguiente misión fuera la que los consolidara como un equipo.

Pero mientras Izzy apuraba los restos de su bebida de Naboo, no podía quitarse la sensación de que estaba en el lugar y momento equivocados, y con las personas incorrectas.

La música seguía sonando, los comensales empezaron a hacer más escándalo y la mesera no aparecía por ninguna parte. El choque entre el nerviosismo y la anticipación dejó a Izzy con la boca seca.

—Voy a pedir otro trago —dijo en un tono casual.

—¿Me traerías otra copa? —le pidió Damar.

Ana Tolla agitó su vaso vacío entre sus dedos largos y callosos. Arqueó sus delgadas cejas y, con voz profunda y ronca, le dijo:

—¿Serías tan amable?

A continuación, el resto también se apuntó a pedirle.

Izzy sintió un tic de molestia en el ojo, pero se dijo que esa sería una manera de mostrarles que formaba parte del equipo. Quería ser algo más que la chica a la que decían «Ey, novia de Damar, pásame las llaves hidráulicas». Aunque pareciera mentira, él nunca tenía que demostrar su valía. Simplemente estaba allí, con sus hermosos pómulos y su actitud desenfadada. Tenía el talento de encajar en cualquier sitio, o por lo menos de convencer a la gente de que así era. Con su labia logró sacarlos a ambos de bastantes problemas, aunque si Izzy era franca consigo misma, era igual de bueno o mejor para meterlos en ellos.

Atravesó la multitud, hizo el pedido y se quedó en el bar, jugueteando con el cierre de su chamarra de cuero negro. Su bebida casi se materializó frente a ella. Le dio un sorbo al líquido de sabor a melón y le pareció que olía más dulce de lo que sabía, pero costaba

quince créditos y se lo tomaría todo. Levantó la vista hacia el cielo oscuro y estrellado. Con cada alegre nota de la banda, su estado de ánimo se elevaba.

Tal vez todo era parte del plan de Damar para convencerla de que lo había olvidado. Después de todo, un mes antes, cuando se pelearon e Izzy amenazó con irse, él le prometió que tenía planeado algo grande para ella. Enorme. Digno de fuegos artificiales. ¡Explosiones! *Inolvidable* no fue exactamente la palabra que usó, pero cuando la tomaba de las manos y la miraba del modo en que lo hizo, como si ella fuera la única persona de la galaxia, podía adivinar las palabras que él quería decir aunque no las dijera. Damar tenía un modo de hacerla sentirse especial, como si fuera la única chica en todo un sistema estelar. A veces se preguntaba si la engañaba con su encanto como lo hacía con otros, y otras veces se convencía de que era demasiado lista como para que la engañaran. Era fácil confiar en Damar cuando decía las palabras correctas. Izzy luchaba contra su propia intuición de que algo estaba mal porque, en lo profundo de su alma, sabía que tener a Damar era mejor que estar sola. Pero ¿no debería ser él algo más que eso?

Sin embargo, también estaba el hecho de que había sido Damar quien la sacó de los pequeños trabajos insignificantes a los que se había visto limitada para mantener su nave en funcionamiento. Damar la entendía mejor que nadie. Nunca hacía nada sin un toque de estilo y una sonrisa tan perfecta que sería capaz de derretir una luna entera.

En el patio de la cantina, Damar estaba encorvado sobre la mesa, llena de vasos medio vacíos, con Ana Tolla y los demás, hablando más animadamente de lo que había hecho en toda la noche. Ana se frotó los brazos desnudos para protegerse del frío y Damar le pasó su chamarra. Izzy hizo una mueca, pero se sorprendió al darse cuenta de que no eran los celos lo que le molestaba, sino el asco. Ni Safwan ni el zyguerriano se habían apresurado a pasarle sus abrigos a su capitana, pero Damar sí lo había hecho. Estaba tan ansioso, tan necesitado de la atención de Ana, que la intranquilidad que eso despertó en Izzy le provocó revoltura de estómago. Cuando miró hacia la banda, el tecladista rodiano le guiñó de nuevo. Quizá fue un insecto que le entró al ojo o quizás estaba viendo a la bonita chica humana que bailaba junto a ella, pero en cualquier caso Izzy decidió ignorarlo. Un grupo de mujeres platicaban a su derecha y algo llamó su atención.

—¿Crees que los rumores sean ciertos? —preguntó una de ellas.

—Creo que lo que quiero es alejarme lo más posible de ambas partes —respondió otra.

—Las transmisiones dicen que los cargueros médicos que salían del Borde Medio fueron detenidos —comentó una tercera—. Es como si no quisieran que nadie tuviera acceso a ellos. ¿Qué se supone que haga la gente enferma cuando se acaben sus provisiones?

—¡Mi primo dice que vio en un holo que la Resistencia derribó a uno!

—¡No serás capaz de creer eso!

Empezaron a tener una rápida discusión que Izzy ya no pudo oír. Allá donde fuera en la galaxia se encontraba con rumores sobre la Resistencia. No le importaba

particularmente porque lo único que quería era hacer su trabajo. El contrabando no era algo que su padre hubiera deseado para su futuro, pero ninguno de sus padres seguía vivo como para tomar esa decisión por ella. Además, siempre y cuando se ganara la reputación de entregar su carga, ya habría logrado lo más difícil.

Un bivall con cabeza de pescado se puso a su lado para llamar la atención del cantinero y en el proceso la empujó. La chica suspiró fuerte y miró al cielo. Quizá todavía le quedaba tiempo.

Finalmente le entregaron el resto de las bebidas y se dio cuenta de que no tenía manos suficientes para cargarlas. De algún modo, se las arregló para llevar apretadas contra su pecho las dos botellas cafés, las dos bebidas de Naboo, un agua de rosas con agua mineral y su bebida de melón.

Zigzagueó entre la multitud que bailaba, peleando contra manos y otras extremidades que trataban de jalarla, y contra los líquidos pegajosos que caían sobre sus dedos. Frente a ella colgaban unas esferas flotantes de luces románticas y sopló para alejarlas. Su mirada se dirigió un momento hacia la puerta. Los comensales se tensaron al unísono cuando estalló una pelea en el otro extremo del patio. La primera reyerta en una cantina solo significaba que aún no había llegado la medianoche.

Izzy llegó a la mesa y azotó las bebidas al centro. Aunque las cervezas y el agua mineral habían llegado intactas, no había ocurrido lo mismo con las bebidas de Naboo. Ana Tolla tomó una y la sostuvo a la altura de sus ojos.

—¿Te bebiste las dos de camino para acá? —le preguntó con su voz áspera y profunda.

Izzy miró a la capitana. Aunque era apenas cinco años mayor que ella, Ana se había ganado la vida aceptando trabajos que nadie más quería. Se decía que le robó una gargantilla de brillantes a una princesa de Cuyacan cuando todavía la llevaba puesta, y que arrasó con la cosecha de un pequeño agricultor de verduras que se negó a venderle su parcela a unos desarrolladores que construían rascacielos de metal por toda la superficie del planeta. Una mujer así no quedaría impresionada por las habilidades de Izzy como mesera.

—De nada —masculló Izzy, y tomó su propia bebida del montón.

Ignoró la persistente sensación que reptaba por su piel y que le decía que algo estaba mal. Se dijo que debía disfrutar la noche. Que el clima estaba de su parte y que la música era alegre.

—Por una buena racha —exclamó levantando su copa en un brindis.

Todas las noches hacían lo mismo antes de ejecutar un trabajo, pero esta vez se hizo el silencio. Todas las miradas voltearon hacia Damar, que se pasaba los dedos por su cabello cuidadosamente teñido de azul. Era tan meticuloso con sus pantalones, sus botas bien pulidas y su cabello liso y tieso, que si jugueteaba con él y lo despeinaba con dedos inquietos, eso quería decir que estaba nervioso. No había mirado en dirección a ella ni una vez desde que regresó con las bebidas, lo cual se sumaba a la sensación, o más bien

la certeza, de que le faltaba información. Habría preferido que nunca le hubiera prometido nada.

Izzy seguía levantando la copa de la costosa agua de melón, pero nadie la secundó en su brindis. Aunque la pequeña sombrilla seguía firme dentro del vaso, el turbio líquido anaranjado le había caído sobre la camisa mientras atravesaba a la multitud de bailarines. Esa blusa había sido un despilfarro, porque Izzy no tenía un estilo de vida que demandara telas sedosas y bordados complejos, pero esa noche era una ocasión especial. Enorme, inolvidable, digna de fuegos artificiales y todo lo demás.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Tenía una sonrisa tensa y los pómulos le dolían por el esfuerzo.

—Iz —comenzó Damar y luego pareció tragarse sus palabras. Un rizo de su cabello azul cayó sobre sus extraños ojos grises—. Iz. De verdad, lo lamento mucho.

Alrededor de la mesa, el resto de la tripulación desvió la mirada. De pronto pareció como si todo lo que pasaba en la sórdida cantina fuera más interesante: las esferas flotantes, los cantineros twi’lek que se lanzaban botellas unos a otros sobre el bar, los adornos de sus bebidas.

—¿Qué lamentas, Olin? —gritó Izzy sobre el sonido de la música—. ¿Los fuegos artificiales que no pudiste conseguirme?

Damar respiró profundo y empezó a frotar sus gruesos labios del modo en que lo hacía justo antes de dar una explicación. No, no una explicación, sino una excusa. Como aquella vez que malgastó todo su dinero en las carreras, o la vez que compró una unidad astromecánica a la que le faltaban todas las partes internas o la vez que causó que los arrestaran por olvidarse de borrar su historial de ubicaciones en su primer trabajo real después de la destrucción de Hosnian. ¿Por qué seguía creyendo en sus promesas? ¿Por qué no se fue cuando ella misma le expresó sus dudas acerca de Ana y los demás, sus dudas acerca de él? Tal vez porque esta vez la promesa se la había hecho *a ella*.

«Te lo juro, Izzy», le había dicho entonces. «Me portaré mejor. Además, tengo planeado algo especial. Iluminará el cielo. *¡Bum!* Te va a encantar».

Los Clankers tocaban más fuerte y el ritmo del bajo alcanzó al de los rápidos latidos del corazón de Izzy mientras esperaba a que Damar hablara. Fue entonces que la música se convirtió en gritos. El cielo estaba iluminado por fin, pero no se trataba de fuegos artificiales, sino del difuso rojo del fuego de los blásteres.

Izzy tomó su arma y apuntó. Un grupo con los rostros cubiertos con máscaras negras inundó el patio. «¿Quién en su sano juicio robaría una cantina llena de contrabandistas y cazadores de recompensas?», pensó. La respuesta era simple: otros cazadores de recompensas que estaban allí para cobrar su pago.

—¡Debemos irnos *ahora mismo*! —les gritó Ana Tolla.

Su larga trenza roja latigueó en el aire. Se tomó del borde de la barandilla del patio y saltó al otro lado mientras los demás la seguían. Era una inteligente ruta de escape que conducía directamente a las plataformas de acoplamiento donde estaban sus dos naves.

Damar saltó por la barandilla e Izzy aferró el metal. Cuando estaba a punto de saltar, alguien la detuvo de un jalón.

Ella se dio vuelta y pateó. Era la mesera tradoshana, que trataba de huir. Izzy miró a Damar en busca de ayuda, pero él simplemente se quedó ahí pasmado. Ella tomó su bláster cuando un miembro de la pandilla de enmascarados agarró a la mesera por la nuca y murmuró algo sobre una deuda. «Todo el mundo le debe algo a alguien en esta galaxia», pensó Izzy con pesimismo.

Detrás de ellos, los demás hombres enmascarados estaban saqueando el lugar, volteando mesas y rompiendo vasos. Por un instante, Izzy deseó quedarse para ayudar, pero luego recordó a Damar. Ni siquiera hizo un esfuerzo para ayudarla.

Lo buscó con la mirada. No se había movido ni un milímetro. Anna Tolla se había quedado a unos cuantos metros por detrás de él, aún con la chaqueta azul de cuero que Izzy le había comprado a Damar para su cumpleaños unos meses antes. Se encontraban en un mercado de Chandrila y ella usó los créditos que había estado ahorrando para reparar los cañones traseros del *Meridian.*

—¡Ahora, Olin! —gritó de nuevo la capitana antes de irse corriendo.

—Izzy —murmuró él—. Lo siento. El trabajo… Y Ana… Lo que te quiero decir es que… Tú no vas a venir. No me odies, por favor.

La chica parpadeó lentamente, como si el tiempo jalara la órbita del planeta hasta detenerla por completo y ella hubiera quedado atrapada, incapaz de mover una sola de sus extremidades. Damar volteó y se fue, dejándola sola en medio de la reyerta.

Una mano la tomó del hombro y la obligó a girar.

—Dame tu…

La mano de Izzy seguía aferrada a su bláster. Jaló el gatillo y las últimas palabras del enmascarado murieron junto con él.

Mientras el resto de la pandilla se retiraba, una vez logrado su objetivo, la banda se arrastró hacia el escenario para buscar sus instrumentos. Las meseras siguieron llevando bebidas, y los droides de limpieza barrieron los escombros formando unos montones ordenados y sacaron los cadáveres. Debía ser apenas pasada la medianoche.

La muerte y la violencia no eran algo nuevo para ella, pero cuando se sentó en el patio a inhalar el hedor del humo y de la carne quemada, consideró que la pena que sentía sí era algo novedoso.

—Oye —susurró alguien con voz suave.

—Vete —replicó la chica, y puso su bláster sobre la mesa para terminarse el resto de su bebida.

Por azares del destino, la mesa de Ana Tolla fue una de las pocas que no tiraron. La dulzura de su bebida cobró de pronto un sabor amargo. «No me odies, por favor».

Una mano verde colocó una bebida nueva frente a ella. El líquido era de color verde pálido, como la piel del rodiano.

—¿Qué? —exclamó Izzy frunciendo el ceño.

—¿Izal Garsea?

—Ese es un bonito nombre.

El rodiano se rio, con un ruidito que sonó como un extraño burbujeo.

—Lo sé. Te nombraron así por tus abuelos.

La joven siguió bebiendo y fingiendo que su mundo no se había derrumbado apenas unos momentos antes.

—¿Quién dice? —preguntó.

—Lo dice alguien que tiene un trabajo para ti, si quieres escucharlo.

No quería escuchar. Quería tomarse su trago e irse. Pero ¿a dónde? Su supuesta tripulación la acababa de abandonar, y el chico que había viajado con ella por diez meses la había dejado y le había dado a alguien más el regalo que ella le hizo. Le resultaba desconcertante que le importara lo mismo Damar que la chamarra de cuero. Pero antes de dejarse arrastrar a una espiral de odio, Izzy tomó la copa y se la llevó a los labios. Era refrescante y perfumada y no le provocó deseos de vomitar, así que decidió quedarse.

—Estoy escuchándote. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Mi negocio consiste en saber muchas cosas —respondió. Unos vidrios crujieron bajo su bota cuando se sentó. La música comenzó de nuevo y la pista de baile se llenó otra vez—. Ah, por cierto, feliz cumpleaños.

JULES

CAPÍTULO 2

El día después de que Julen Rakab renunció a su trabajo como agricultor de granos, su cuerpo lo traicionó y de todos modos se despertó antes del amanecer. Notó que su hermana y su cuñado se habían ido apenas unos momentos antes, porque su pequeño departamento se había llenado de la corriente de aire de la madrugada. Se puso boca arriba sobre su catre, que estaba escondido en un cuarto improvisado, detrás de una tela divisoria y el respaldo de un sofá.

Normalmente se hubiera levantado, hubiera hecho una jarra de caf y se hubiera alistado para ir a trabajar, pero esa mañana entre todas las demás Jules se quedó mirando al techo, obligándose a volver a dormir aunque fuera un poco más de tiempo. Durante trece años su cuerpo se había entrenado a levantarse con las primeras luces de la mañana. Había hecho todo lo que se propuso. Cumplió la promesa que le hizo a sus padres de mantenerse cerca de su familia y ahorró todos los créditos que pudo, incluso si eso significaba hacer trabajos adicionales en sus días libres.

Todo lo guardó para el grandioso y épico futuro que planeaba desde que era niño. A veces ese futuro era claro: comprar una nave y conocer la galaxia como los viajeros a los que había admirado durante toda su vida. Podría invertir en un negocio. Estaba seguro de que Dok-Ondar, o incluso Oga, podrían indicarle la dirección correcta.

Sin embargo, en los momentos en que el futuro se volvía borroso, lo bombardeaban preguntas más prácticas. Claro, podía comprar una nave y volarla, pero ¿a dónde iría? ¿Qué haría cuando llegara allí? Si invertía en una de las temerarias aventuras que alguno de sus amigos siempre parecía estar maquinando, ¿qué haría si lo perdía todo? Los transeúntes y los desconocidos que caminaban por el puesto de avanzada durante un día o un año hacían que pareciera muy fácil. Jules no buscaba lo fácil. Nunca le temió al trabajo duro, pero necesitaba dirección. ¿Cómo podría encontrar aventuras si no sabía por dónde empezar?

A pesar de fluctuar entre el temor y la certeza, había seguido con el plan de renunciar a su confiable trabajo en la granja de Kat Saka. Era lo correcto, estaba seguro de ello. O casi seguro. Para cuando escuchó que sus vecinos le lanzaban felicitaciones por los pasillos, su seguridad se redujo a un cincuenta por ciento.

—Demasiado tarde para cambiar de opinión —murmuró para sí mismo.

Kat acababa de ampliar el negocio y de contratar a un montón de peones para la cosecha. Dependiendo de la persona con la que se hablara, en el puesto de avanzada había trabajos de sobra o no había ninguno.

Los grandes pies de Jules colgaban del extremo de su catre. Aunque tenía diecinueve años y estaba bastante seguro de que el año anterior había dejado de crecer, pensó que esa

mañana había crecido otro par de centímetros. Era eso o que la cama se había achicado de algún modo.

Arrojó la suave cobija de lana y percibió su propio olor mientras recordaba fragmentos sueltos de la parranda de la noche anterior. Después de pasar su último día cosechando granos de Surabat en la granja de Kat, un par de tipos mayores lo habían convencido de celebrar el fin de una era. Su amigo Volt pensaba que trece años no constituían una era, pero Jules no había vivido tantas vidas como él afirmaba haber vivido.

El joven no podía negarse con sus amigos, aunque *amigos* era un término poco exacto después del fuerte dolor de cabeza que le habían dejado. Se sirvió un poco de agua y trató de armar los pedazos de lo que había pasado después de que salió de su turno. Condujo su speeder hasta un popular campo en las praderas. Volt estaba allí con el whisky que había empezado a destilar en los restos huecos de un droide astromecánico que consiguió en el depósito de chatarra de Savi hacía unos meses. Volt, un humano alto y calvo que sentía un odio antinatural por los droides, empleaba su tiempo libre en tratar de innovar con diferentes licores que le vendía a Oga Garra. A Jules no le gustaban ese tipo de bebidas, pero sí apoyaba la industria local.

Incluso había ayudado a Volt a empezar su negocio, asegurándose de que todas las partes del droide estuvieran selladas y de que el artefacto resistiera el calor. Sabía que nada estaba tan descompuesto que no se pudiera arreglar ni era demasiado viejo para reciclarlo. Como muchas cosas, e incluso personas, en Batuu, siempre era posible otra vida. Sin embargo, la bebida (a Volt le habían aconsejado que no la llamara Jugo Especial de Volt) no merecía una segunda oportunidad. No solo sabía a gárgaras con tornillos oxidados, sino que quemaba al bajar por la garganta. La noche anterior, Jules la había considerado una buena inversión, pero esa mañana su estómago le decía otra cosa.

Un golpe en la puerta provocó que hiciera una mueca de dolor. Caminó arrastrando los pies y frotando sus callosos dedos en la maraña de su cabello castaño oscuro. Quien fuera que estuviera al otro lado de la puerta a esa hora tendría que soportar su apariencia.

Su vecina nautolana de cuatro años estaba en la puerta. Tenía su piel verdosa cubierta de algo que olía como alimento para bebé. O al menos él esperaba que fuera comida para bebé. Se le quedó mirando con la boca abierta y unos ojos negros como escarabajos, y agitó una mano frente a su naricita respingada.

—¡Guácala, Jules! —exclamó con su vocecita chispeante—. Hueles igual que Volt.

Jules cerró los ojos y suspiró cansado, pero no pudo evitar reírse con la pequeña.

—Ksana, ¿quieres que le cuente a tu mamá de los dulces que guardas en secreto debajo de tu cama?

La niña contuvo el aliento y se enderezó.

—No lo harías.

—Sí podría hacerlo.

—¡No seas malo, Jules!

Se agachó hasta estar al mismo nivel que ella, preocupado de pronto por haber hecho llorar a una niña antes del desayuno.

—No soy un soplón, Kay. ¿Necesitas algo? ¿Dónde está tu abuelita?

—Está dormida y se acabó la leche. ¿Tienes un poquito?

Dejó la puerta abierta para que se fuera su mal olor y la dejó pasar. Caminaron tranquilamente hasta la cocina, donde solo quedaba leche verde suficiente para su propio desayuno, pero puso la botella de vidrio en las ansiosas manitas de Ksana.

Finalmente encontró un propósito para su día. ¡Tenía que comprar leche! La idea era la más desalentadora que se le pudo haber ocurrido. Quizá podría invertir en el puesto de leche de Bubo Wamba, pero abandonó enseguida la idea al pensar en cómo olían los bantha. Seguramente no olerían mejor que él en ese momento.

—A ver, dime por qué tu abuelita no puede conseguirte leche.

—Está dormida y no se levanta.

—Quizá debería ir a ver si sigue viva —reflexionó Jules.

—Vivita y coleando —advirtió una voz chillona desde la puerta abierta.

La mayor de las nautolanas entró en la habitación con actitud desenvuelta; tenía sus largos tentáculos morados llenos de pecas por haber pasado toda una vida bajo los soles de Batuu. Jules estaba seguro de que lo golpearía con su bastón del modo en que lo hacía con todos los chicos del vecindario cuando eran más pequeños. Se frotó el recuerdo de un moretón del hombro que le había hecho la mujer aquella vez que le rompió la ventana al lanzar una pelota.

—Soles brillantes, señora Katlock —saludó Jules sin su amabilidad usual.

—No me vengas con eso de los soles brillantes —respondió ella—. Despertando a la gente a todas horas de la noche con tus maullidos. ¿Quién te crees, Gaya en persona?

—¿Quién es Gaya? —preguntaron al unísono Jules y Ksana.

—¡Una de las principales estrellas de toda la galaxia! —refunfuñó la matriarca y siguió con un discurso sobre que «esta generación» no sería capaz de distinguir la buena música aunque se la metieran directamente en el oído. Jules las vio irse mientras Ksana gorjeaba un «gracias» de despedida.

Esta ya era la mañana más larga que hubiera tenido. Después de una ducha caliente, Jules recobró la sensación de estar vivo. En la pequeña mesa de la cocina había un tazón de fruta que Belen le había dejado, como hacía siempre desde que murieron sus padres. Mientras comía, reemplazando la leche con agua, Jules consideró las cosas que nunca habían sido fáciles o sencillas en sus vidas. Su padre siempre decía que la vida fácil se la ganaban aquellos que estaban dispuestos a sacar algo de la nada. Con frecuencia, Jules se preguntaba si alguna vez había estado a la altura de la filosofía de su papá. Le encantaba su planeta natal, principalmente porque no había estado en ninguna otra parte, pero había días en que se sentía tan intranquilo y lleno de deseos de lo desconocido que sentía miedo. Cuando había hablado por primera vez sobre la posibilidad de renunciar, ¿acaso no se había reído su cuñado Haal, quien le recordó que no iría a ninguna parte?

Era posible que Jules no supiera lo que realmente quería, pero sí sabía lo que necesitaba y eso no era pasar el día encerrado en la casa. Tuvo un antojo repentino de gallina frita de Cookie. ¿Cómo se suponía que debía pensar con el estómago vacío?

Se puso las botas y metió los brazos dentro del grueso abrigo rojo que Belen le había cosido el año anterior como regalo por una buena cosecha. Estaba a punto de salir cuando vio a un pequeño niño humano que le esperaba en el patio. El chico tenía la piel morena oscura y parecía de unos diez años. Su mirada era astuta y llevaba una gorra flexible que siempre cubría su cabeza rapada. Tap era uno de los muchos mensajeros que tenía Dok-Ondar, y Jules supo que su primer día de libertad se había acabado antes de siquiera empezar.

—¡Soles brillantes, Tap! —saludó Jules, cerrando la puerta detrás de sí—. Estaba a punto de ir a…

Tap lo interrumpió.

—El jefe tiene un trabajo para ti.

—¿Cómo puede ser que Dok tenga un trabajo para mí? ¡Ni siquiera han salido los soles! ¿Se le olvidó que ya no trabajo para él?

—Pidió específicamente que lo hicieras tú. No sé por qué. —Tap se encogió de hombros y los dejó caer con un gesto teatral—. Los únicos que siguen dormidos hoy son tú y los cerdos globo.

—Oye, niño, ¿con esa boquita besas a tu mamá?

Tap soltó una risa que sonó como un ladrido, pero no pareció arrepentirse del insulto.

—No tengo otra de repuesto, Jules.

—Muy gracioso. ¿Qué quiere Dok?

—Esta mañana no han venido un par de mensajeros, y perdió a otro aprendiz gracias a los máscaras blancas.

Jules no le dio mayor importancia, ya que los mensajeros de Dok iban y venían, y a veces se iban de Batuu a medianoche sin decir una palabra. Estaba acostumbrado a que desaparecieran caras conocidas. Unos cuantos años atrás, cuando los trabajos eran escasos, Jules empezó a entregar paquetes para el viejo ithoriano. Así fue como compró su primera moto swoop cuando era apenas un poco mayor que Tap. Sin embargo, enterarse de los aprendices sí lo perturbó. Se quedaban más tiempo que la mayoría y prácticamente adoraban los tesoros de la tienda de Dok.

Sintió que su dolor de cabeza protestaba. Si alguien no quería presentarse a trabajar, ¿por qué sería problema suyo? Supo la respuesta casi en cuanto se hizo la pregunta. Él era el bueno y confiable Jules Rakab.

Lanzó una maldición en voz baja al recordar que la noche anterior había dejado su speeder en medio del campo. Esa sería la última vez que le seguiría la corriente a Volt y a su bebida Dolor de Tripas. Jules sintió un escalofrío y luego se avergonzó mientras le pedía un aventón a un niño de diez años.

Se subió en la parte trasera del destartalado speeder bike 74-Z de Tap, y se aferró con dificultad a una parte que estaba diseñada para llevar pequeñas cajas y no a otra persona.

La fresca brisa de la mañana le golpeó las mejillas y por unos instantes lo único que pudo hacer fue mirar cómo resplandecía el terreno rocoso salpicado de verde en el momento en que salieron los soles. Cuando era niño, su padre se sentaba con su madre a beber té negro caliente en mañanas como esta. Era un ritual insignificante, pero nunca lo pasaban por alto. A veces escuchaba el murmullo de sus voces antes de quedarse dormido de nuevo.

Tap se detuvo de pronto y Jules saltó del speeder bike de manera poco agraciada. El campo era un sitio popular para encender fogatas y celebrar cuando la cantina estaba rebosante de viajeros, o cuando Oga elevaba el precio de las bebidas si sabía que acababan de llegar a puerto convoyes de personas acomodadas.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Tap, medio asombrado y completamente aterrorizado.

El recuerdo del resto de la noche inundó como un torrente los sentidos de Jules. Había bebido unas copas de despedida y practicado su puntería con blancos alineados. Las filas estaban formadas por viejos cascos del Imperio, botellas y cabezas de droides que debían de haber estado en el depósito de chatarra desde años antes de que naciera Jules. Odiaba los blásteres, pero después de beberse el Dolor de Tripas de Volt, atinó a todos los blancos; luego pidió un aventón a casa en la parte trasera de un landspeeder.

No recordaba realmente cómo llegó a casa, pero un destello del rostro enojado de su hermana estaba impreso en su mente. Belen no siempre había sido tan enojona, y no le importaba gran cosa lo que Jules hiciera con su tiempo libre siempre y cuando no causara ningún problema dentro de su nuevo departamento. Toda la semana había estado molesta por algo, pero Jules no quería entrometerse, en especial si era algo relacionado con el matrimonio de su hermana.

Ahora estaba más convencido que nunca de que había llegado el momento de empezar su propia vida. Tenía spiras ahorradas, pero había algo que lo mantenía atrapado en la misma rutina. La mayoría de los batuuanos de su edad, por lo menos aquellos que no se habían ido años antes, o que no se habían enlistado en la flota defensiva de la Nueva República o seguido los llamados de la Resistencia, ya estaban establecidos en el trabajo que tendrían el resto de sus vidas. Tenían parejas, se estaban casando y teniendo hijos. Jules no podía imaginarse haciendo todo eso antes de tener oportunidad de ver la galaxia.

La voz de Belen sonaba en su memoria: «¡No desprecies algo bueno!».

Le preocupaba mucho que su hermanito se relacionara con amistades poco recomendables o que se fuera con un montón de piratas. Sin embargo, a veces Jules se preguntaba si los camarotes de una nave de contrabandistas serían más amplios que el catre en la sala de su hermana. Aunque debía reconocer que era una sala muy agradable, con las alfombras y las cobijas que Belen tejía desde hacía años para venderlas.

—Son cosas de adultos, Tap —respondió finalmente Jules, regresando al presente.

—Entonces, ¿por qué te invitaron *a ti*? — rebatió el niño.

Cualquier otra mañana, Jules le hubiera dado un sopapo en la oreja al chico, pero lo dejó pasar. Aunque alguien había retirado los trozos quemados de metal destruido por los

blásteres, probablemente Volt mismo, el olor a tierra húmeda y whisky rancio le causó náuseas. Los disparos de bláster dejaron trozos pelones en la tierra y marcas de quemadura en las piedras. El speeder de Jules, junto con otros dos, estaba apoyado descuidadamente en una losa rodeada de hierba silvestre.

Tap agitó una mano sobre su delicada nariz.

—¿No pudiste esperar a que me fuera para soltarte un gas?

Jules refunfuñó, pero no quiso dar mayor explicación del desenfreno de la noche anterior. Tap era un buen chico y Jules esperaba que continuara así.

—Dile a Dok que voy en camino.

Tap se despidió con un leve saludo militar y luego se fue a toda velocidad. De algún modo, la gorra del chico siempre se mantenía firme en su sitio.

Jules encendió el speeder. Mientras más rápido terminara con el asunto de Dok, más pronto regresaría a contemplar su intimidante y amorfo futuro.

IZZY

CAPÍTULO 3

«Parece muy sencillo», se dijo Izzy mientras daba vueltas en la litera de su nave. Y pensar que casi dejó que Damar Olin la convenciera de vender el *Meridian*, que lo dejó besarla y susurrarle promesas de un futuro que ahora se había esfumado. Desearía borrar esos pensamientos del modo en que se eliminan los sistemas de memoria de un droide.

En lugar de ello, se obligó a repasar las instrucciones que le dio Pall Gopal, el rodiano al que conoció la noche anterior. Esta parecía una simple entrega. La mitad del pago la haría Pall y la otra mitad se la daría su contacto cuando llegara al puerto. Era el dinero más fácil que le hubieran ofrecido y eso significaba que era demasiado bueno para ser cierto.

—¿Por qué me lo ofreces a mí? —le había preguntado mientras sorbía el espumoso jugo que él le invitó para aliviar el abandono y la traición que acababa de experimentar momentos antes. Bien podría haberle dicho «Feliz cumpleaños. Tu novio es una rata decepcionante, mentirosa y asquerosa».

—Por el *Meridian* —respondió Pall—. Para ser exactos, por su dueña original, Ixel Garsea. —Escuchar el nombre de su madre le dolió como una herida reciente—. Tu madre me hizo un par de trabajos antes de sentar cabeza, y yo les sigo la pista a mis inversiones.

—¿A qué te refieres con inversiones?

—Yo le vendí la nave en la que ahora vives.

La chica frunció el ceño al enterarse, porque su madre le había dicho que la compró en Rodia. ¿O le dijo que se la compró a un rodiano?

—Mi madre nunca te mencionó.

—¿Te dijo por qué le puso *Meridian*? —Pall esperó a que Izzy respondiera y ella asintió—. Cuando lo vio volar, parecía una flecha que cruzaba limpiamente…

—… a través del meridiano —terminó ella. Su madre generalmente no le contaba historias, pero esa había sido la excepción—. ¿Y entonces qué? ¿Estoy en deuda contigo porque les vendiste una nave a mis padres?

—Al contrario. Según recuerdo, tus padres y yo quedamos a mano. Que descansen en la Fuerza.

Izzy quiso demostrar su desaprobación volteando los ojos al cielo, pero contrajo sus facciones para parecer estoicamente serena. Sus padres creían en ese antiguo culto que no le había servido de nada a nadie, pero no insultaría a la única persona que le ofrecía un trabajo. Si quería que la tomaran en serio, ¿qué otra opción tenía sino aceptar la oferta? No podía irse detrás de la tripulación de Ana Tolla. En realidad, no le habían quitado más que su orgullo y, bueno, su dignidad. Por no mencionar todo un día de trabajo.

Izzy se recuperaría. Tampoco era como si le hubiera dicho a Damar que también lo amaba cuando, meses antes, él le declaró su amor. Se dijo que no le importaba. Mentirse a sí misma hacía que todo doliera menos, aunque no mucho.

—Gracias —contestó Izzy, tratando de mantener la neutralidad—. ¿Cómo supiste que estaría aquí?

—Es triste ver cómo una generación pierde la fe, ¿no te parece? —El rodiano le sonrió con melancolía mientras acariciaba el borde de su copa con un dedo. Ella no contestó—. Pero para responder a tu pregunta, reconocí la nave. Escuché lo que pasó hace años. Luego vi tu nombre en la lista de embarque de la nave.

Izzy dio un golpecito sobre la mesa, intentando conservar la tranquilidad. Entrecerró los ojos para mirarlo bien, como si pudiera adivinar las verdaderas intenciones detrás de cualquier mentira que le estuviera diciendo. Era bastante buena para mentir cuando le convenía y pensó que era igual de buena para detectar las mentiras. Sin embargo, era claro que fallaba en lo concerniente a Damar.

¿Qué le pasaba? No podía poner en duda, solo por ese fracasado, las habilidades que tanto tiempo le había llevado afinar. «No pensabas que fuera un fracasado cuando deseabas que te besara», pensó y se crispó ante la idea.

Se sintió como una niña cuando le preguntó al rodiano:

—¿Qué tipo de trabajo hizo mi madre para ti?

—Una vez me hizo un encargo que nadie quería tomar porque era demasiado peligroso.

Se dio cuenta de que era lo único que le diría. Pensó en los intensos ojos verdes de su madre, en sus labios carnosos y en la forma en que la miraba, de un modo que siempre reflejaba una cierta desaprobación. Había pasado más tiempo enseñándole a Izzy cómo limpiar un bláster que cómo cepillarse el cabello, y cómo volar por un cinturón de asteroides que cómo platicar con niños de su edad. Nada era demasiado peligroso para Ixel Garsea, ni siquiera morirse. A veces odiaba a su madre por todas esas cosas.

Decidió que el rodiano decía la verdad.

—Parece algo típico de ella. —Movió la cabeza al ritmo de la extraña música grabada que había reemplazado a la banda en vivo y logró sonreír, aunque la sonrisa no se reflejó en su mirada. Este trato le cambiaría la suerte luego de un día bastante malo. Tenía que asegurarse de que valía la pena—. ¿Esto es igual de peligroso?

—Depende de cuántas preguntas estés dispuesta a plantearme sin recibir ninguna respuesta. Necesito alguien que entregue un paquete en el Borde Exterior.

—Estamos en el Borde Exterior —replicó.

—Más lejos. A orillas del Espacio Salvaje. —Pall se tocó la barbilla con sus dedos rodianos, llenos de ventosas que a Izzy siempre le recordaban a las campánulas—. Es bastante sencillo. Entregas el paquete y recibes tu pago, sin hacer preguntas.

La chica levantó una ceja. La última vez que entregó algo sin hacer preguntas una docena de huevos de varáctilo eclosionaron en la bodega de su nave.

—Quiero estar preparada en caso de que algo de lo que lleve quiera comerme.

—Muy bien. El contenido del paquete no puede dañarte a ti ni a tu nave. Está cerrado y tú no tendrás la llave.

—A ver, déjame ver si te estoy entendiendo —dijo mientras se inclinaba hacia delante. Quería pensar que tenía la misma habilidad de su madre para endurecer sus facciones y entrecerrar los ojos en una especie de mirada que era capaz de silenciar incluso a un trandoshano del triple de su tamaño. Pero Izzy no se sentía tan amenazante como lo habría parecido su madre—. Si algo sale mal, ¿no podré abrir el envío?

—Si una simple entrega es demasiado para ti, Izal Garsea, entonces quizá no seas hija de tu madre y buscaré a alguien más.

De pronto la abrumó la necesidad de abrirle un hoyo en el pecho, pero en lugar de ello, respiró profundamente y se reclinó contra el respaldo.

—Si *puedes* encontrar a alguien más, ¿por qué me estás haciendo perder el tiempo? —Era más fanfarroneo que cualquier otra cosa. Había cientos de contrabandistas y piratas a los que el rodiano podía contratar, en especial en Actlyon—. Me parece que me necesitas por una razón específica. Entonces, ¿cuál es esa razón?

—Querida niña, nadie en la galaxia sabe tu nombre, lo cual crea menos complicaciones. Como ya te dije, es una simple transacción. Toda la información está aquí y no te lo ofreceré de nuevo —concluyó mientras dejaba una tarjeta de datos en medio de la mesa.

Debería haberle lanzado la copa sobre la cabeza por el comentario de que nadie en la galaxia sabía su nombre. Mejor le hubiera dicho lo insignificante que era y que le importaba demasiado poco a la gente que amaba como para quedarse con ella. ¿Nadie sabía su nombre? Muy bien, cambiaría esa situación, con o sin Ana Tolla y Damar.

Izzy tomó la tarjeta de datos de la mesa y levantó su copa.

—Por las nuevas inversiones.

Él repitió el brindis y entonces se dio cuenta de que no le había dicho *exactamente* a dónde iría.

—Te puedes comunicar conmigo a través de esto y solo esto —le advirtió Pall y le entregó un holocomunicador—. Iré más tarde a tu nave para entregarte el paquete. —Luego se levantó y la dejó sola en la mesa.

Cuando Izzy volvió al *Meridian* para esperar la entrega de Pall, metió la tarjeta de datos para leer acerca de su misión.

Después de trece años, Izal Garsea regresaría a Batuu.

JULES

CAPÍTULO 4

De camino a la tienda de Dok-Ondar, Jules sintió que su speeder vibraba. Deslizó la mano sobre el tablero y le susurró con afecto:

—Vamos, te acabo de poner un nuevo motor de turbina.

Condujo entre los pilares de roca rodeados de matorrales verdes oscuros, sorteando cuidadosamente la tierra de cultivo de Kat para evitar que Belen lo viera y luego le hiciera demasiadas preguntas. De camino encontró una saliente con casas abandonadas. Aunque habían pasado cerca de doce años desde los incendios, en el área todavía quedaban restos del penetrante humo que desprendían los escombros calcinados. Despejó los recuerdos de aquel día de su mente y aceleró.

Al acercarse al puesto de avanzada de Black Spire, el ánimo de Jules mejoró. Lejos quedaban sus molestias físicas y la duda que se había infiltrado en su mente al pensar en lo que podría venir más adelante. Era bueno que alguien como Dok-Ondar lo considerara confiable. En la zona del puesto de avanzada, la palabra de Dok valía su peso en el raro liquen dorado que crecía junto a las agujas petrificadas.

Aceleró por los caminos aún vacíos. El mercado apenas abría y los vendedores colocaban sus puestos y descargaban cajas. Los rezagados, que probablemente iban saliendo de la cantina de Oga, se tambaleaban por el callejón, cantando en un idioma que Jules había tratado de aprender, pero con el que nunca logró que su lengua cooperara.

Cuando llegó a la calle de Mercaderes, se estacionó junto al speeder bike de Tap. Se quitó la bufanda que llevaba alrededor del cuello y percibió en su lengua el leve sabor del polvo del camino. La Cueva de Antigüedades de Dok-Ondar seguía envuelta en sombras. Las extrañas estatuas que estaban inclinadas contra el edificio habían perturbado a Jules desde que era niño. No pudo determinar por qué exactamente hasta que a Dok se le salió que una de ellas era una lápida, aunque no dijo de quién. La lona que habían atado para cubrir un montón de cajas de cerca de dos metros de altura se soltó y ondeaba en la brisa de la mañana. Mientras Jules la ataba de nuevo, un escalofrió recorrió sus huesos.

Se dio cuenta de la razón cuando la patrulla matutina de stormtroopers dio vuelta a una esquina, y entonces aceleró el paso para meterse en la tienda. Adentro estaba más iluminado de lo común, lo cual significaba que Dok no se encontraba ahí. Nunca entendió cómo podía trabajar en la oscuridad, pero quizá el ithoriano tenía una vista excelente.

Al entrar escuchó un gemido ahogado, pero cuando prestó más atención, no supo si lo había imaginado. Dok solía jugarle trucos a la mente de las personas. La primera vez que Jules salió a escondidas de su casa y pasó el día solo en el puesto de avanzada, entró en la tienda de Dok. Para un niño era como una caverna llena de tesoros y cosas maravillosas de todos los rincones de la galaxia. Prácticamente había de todo, desde relicarios de metal con los supuestos huesos de algún Jedi hasta coronas enjoyadas de mundos destruidos, e

incluso una dianoga metida en un tanque. Pero lo que provocó que Jules saliera corriendo fue un wampa disecado. En aquel entonces se sintió *seguro* de que estaba vivo. Aunque ahora fuera un adulto que estaba a punto de lanzarse al mundo, podía jurar que los ojos de la criatura lo seguían mientras caminaba al fondo de la tienda.

Jules encontró a Tap en el escritorio de la esquina, sacando baratijas de una caja pequeña para clasificarlas.

—¿Dónde está el jefe? —le preguntó.

Tap se encogió de hombros y no levantó la vista de lo que estaba haciendo. Sacó un viejo tubo de metal con la cabeza de una bestia zillo en ambos extremos.

—Estaba aquí cuando fui a buscarte. Debe haber salido, pero te dejó una lista de cosas por hacer. —Tap indicó con la barbilla un trozo de papel con una lista de encargos. Era curioso que Dok siguiera usando papel.

—¿Me dejó? —preguntó Jules mientras arrancaba el papel—. ¿No quieres decir que *nos* la dejó a los dos?

—Opino que seguramente alguien tiene que quedarse a cuidar la tienda hasta que regrese Dok.

Jules expresó su frustración con un quejido, pero no iba a discutir con un niño. Se reclinó contra la pared del entrepiso elevado. Le pareció extraño no ver al ithoriano detrás de ese barandal, acariciando con sus largos dedos las extensas hebras de su barba blanca. Mientras examinaba la lista escrita con los garabatos apenas legibles de Dok, Jules supo que podía terminarlas y quedar libre a tiempo para almorzar en Ronto Roasters. Limpiar la bóveda de almacenamiento, pagarle a Hondo, cobrarle a Oga, encontrar un recipiente elegante de vidrio para que lo exhiba Bubo en su puesto de leche, clasificar y anotar las nuevas adquisiciones. Como Tap ya se había quedado con esa última tarea de la lista, que era la más sencilla, y como todos los demás parecían haberse esfumado, Jules pensó que este favor podría ganarle la aprobación del anciano. Dok no era un mal jefe, pero no era del tipo de persona a la que quieres contrariar.

Tap ya había preparado el frasco de vidrio y el estuche de spiras para Hondo, y Jules estaba a punto de cargar los artículos en su speeder pero volvió sobre sus pasos antes de llegar a la puerta.

—Necesito algo donde llevar el pago de Oga. La última vez casi me asaltan unos piratas snivvianos.

—Revisa detrás del tanque del sarlacc —respondió Tap, que seguía jugueteando con el tubo de metal—. Oye, Jules, ¿qué crees que sea esto?

—Es para limpiarte debajo de las uñas —dijo, haciendo su mayor esfuerzo por mantenerse serio. Estaba seguro de que Dok conservaba ese atrapadedos como broma para sus asistentes. ¿Quién hubiera creído que el anciano ithoriano tenía sentido del humor?

Jules escarbó en un arcón lleno de uniformes militares reglamentarios de tiempos de la República, donde también había un par de macrobinoculares a los que les faltaba una lente. Deseaba poder entender cómo funcionaba la mente de Dok cuando almacenaba

cosas, pero Jules no creía lograrlo en toda su vida. Al fondo del arcón vislumbró una mochila grande de cuero que parecía haber estado en una zona de combate. A Jules no le sorprendería que fuera así, aunque esperaba que las manchas oscuras fueran aceite y no sangre. Guardó las spiras y se colocó las correas sobre los hombros.

—No me extrañes mucho mientras no estoy —dijo Jules mientras salía a toda prisa por la puerta.

—No me costará mucho trabajo —le respondió el chico y luego resolló al darse cuenta de que sus dedos estaban atorados en la trampa de metal—. ¡Oye, Jules! ¡Espera, regresa!

La madre de Jules siempre le advirtió que toda acción debe pagarse con la misma moneda, así que no debería haberse sorprendido cuando abrió la puerta y se encontró en el umbral con una chica de ojos verdes que lo golpeó en la cara con el puño.

IZZY

CAPÍTULO 5

Izzy logró dormir un par de horas antes de despertar sobresaltada por el nerviosismo y unos sueños en los que rostros de mucho tiempo atrás se mezclaban con la música de la noche anterior.

Se sentó y se dispuso a preparar el *Meridian* para el viaje. Cuando niña, seguía por todas partes a sus padres mientras se aseguraban de que todo estuviera en su sitio y que la carga estuviera segura. El exterior de la nave necesitaba un poco de mantenimiento. Lo había descuidado en los días que pasó en Actlyon porque durante ese tiempo se dedicó a trabajar en la nave de Ana Tolla en lugar de hacerlo en la suya. El recuerdo provocó que hiciera una mueca mientras tomaba el inventario. Tenía combustible suficiente para llegar a Batuu, raciones de alimento y una bolsa de granos de caf cubiertos de chocolate en la que despilfarró su dinero para celebrar su cumpleaños dieciocho. Todavía no tenía ganas de comérselos.

Encendió los propulsores y despegó, lanzando una mirada al asiento vacío que estaba a su lado. Cuando era pequeña, se sentaba detrás del asiento del copiloto donde su padre había dejado la huella de su vigoroso cuerpo en el cuero. Todas las veces que iniciaban un viaje y justo antes de entrar al hiperespacio, su padre se detenía para voltear la vista hacia su madre. Izzy sabía cómo se veía una persona que adora a otra porque con frecuencia lo había visto en el rostro de su padre. Cuando extrañaba más a su familia, pensaba en esos momentos. En ocasiones como esta, cuando sentía como si estuviera empezando de nuevo, Izzy se preguntaba qué le diría su madre. ¿Corregiría en su postura para disparar? ¿La regañaría por los amigos con los que se llevaba? Pero luego se dio cuenta: «Nada. No me diría nada».

Lo único que podía hacer ahora era darle un buen uso a todo lo que sus padres le habían enseñado y seguir adelante.

Se elevó y salió de la atmósfera contaminada de Actlyon para entrar a la oscuridad del espacio. Cada vez que volaba, se deleitaba con los primeros segundos de esa transición. No estaba segura de qué era lo que provocaba su asombro: las interminables estrellas que brillaban frente a ella, la promesa de nuevos mundos que todavía le faltaba por explorar, la soledad del espacio que nada podía igualar del todo o tal vez la capacidad de ver un mundo desde las alturas y luego dejarlo atrás en el momento de avanzar al siguiente lugar. Para una chica que ya no podía llamar hogar a ningún planeta, una nave que volaba por el espacio era lo más cercano que obtendría. ¿No era eso lo que quería? La libertad de vivir sin ataduras.

Le llevó más tiempo de lo normal establecer el curso hacia Batuu, luego pulsó el motor de hiperpropulsión. Los pequeños puntitos de luz estelar dieron paso al azul

marmoleado de una vía hiperespacial. Por fortuna, Actlyon estaba lo suficiente cerca de Batuu y no necesitaría tomar más de una ruta, así que ahorraría combustible.

Izzy temía quedarse a solas con sus pensamientos. La noche anterior había grabado una transmisión de noticias y música para tener algo que la ayudara a dormir. Allá afuera, lo único que podía hacer era esperar, limpiar su bláster y repetir en su memoria los recuerdos de toda su relación con Damar. Su abandono la había lastimado. ¿Qué pudo haber hecho de manera diferente? ¿Ser otra persona? ¿Parecerse más a Ana Tolla? No quería eso. La parte racional de su mente le decía que era mejor para ella, pero el resto de sí misma estaba indignada. *Furiosa*. Tanto así que, si limpiaba con más fuerza su bláster, borraría las estrías de la empuñadura. Izzy sabía que se merecía algo mejor. Tenía un trabajo y un destino. Eso ya era un principio.

Cuando el panel de instrumentos emitió un sonido que indicaba que había llegado, Izzy se ató el cinturón y se preparó para frenar hasta quedar por debajo de la velocidad de la luz. Cuando las filas de estrellas desaparecieron de su vista y tomaron la forma de un planeta, lo primero que pensó fue que se parecía a muchos otros mundos: un paraje verde con manchas cafés y un poco de azul, y con remolinos de tormentas que se formaban cerca de los polos. Ella había nacido en el *Meridian* mientras sus padres estaban en medio de sus viajes y Batuu simplemente era el planeta más cercano. «Un mundo es tan bueno como cualquier otro», solía decir su mamá. Pero cuando su nave atravesó la cubierta de nubes, Izzy pensó que las agujas petrificadas y los escarpados acantilados que formaban el puesto de avanzada de Black Spire tenían una naturaleza única. Parte de su mente pensó en la palabra *hogar,* pero otra la contradijo. «Hogar es el sitio donde esté tu nave».

Trece años antes, sus padres habían recogido sus pertenencias a mitad de la noche y dejaron Batuu sin decir una palabra a sus vecinos o compañeros agricultores en la granja de vegetales donde ella creía que trabajaban. Poco después descubrió que su madre nunca había sido granjera, solo su padre. Sus padres no eran muy buenos para dar explicaciones, como la razón por la que se mudaban con tanta frecuencia o por qué su madre siempre necesitaba revisar una habitación antes de entrar, e Izzy aprendió con rapidez a no hacer preguntas que su madre nunca contestaría.

Exploró con la mirada la tierra que se extendía más allá del puesto de avanzada y ni siquiera pudo recordar dónde estuvo alguna vez su casa. ¿Pudo ubicarse en el grupo de asentamientos hacia el norte? ¿En los pastizales? Enfrentada con su regreso a Batuu, le preocupó que algunos de los mejores recuerdos de su vida se hubieran vuelto borrosos después de tanto tiempo. Ese planeta al borde del Espacio Salvaje era donde los Garsea se habían asentado por el periodo ininterrumpido más largo de su vida como familia. Era posible que a sus padres les hubiera resultado fácil abandonar el lugar, pero Izzy había dejado parte de sí misma en esos acantilados que ahora veía en el horizonte y tenía cicatrices que lo probaban. Su tiempo en ese lugar pertenecía a una chica diferente en otra época.

Voló hacia el puesto de avanzada y aterrizó el *Meridian* en una estación de combustible. Las nubes de polvo le obstruían la vista de la plataforma de aterrizaje y la nave hizo un extraño sonido, como de metal que se retuerce.

—Eso no puede ser bueno —murmuró y apagó el motor.

Mientras los soles salían, una luz cobriza iluminó los árboles petrificados que rodeaban el domo de la estación. Se dio cuenta de que unos momentos antes no había sido sincera consigo misma. Algunos de sus recuerdos de Batuu seguían siendo claros. Recordaba a una persona. Buscó dentro de su camisa y sacó un anillo negro de piedra lisa, salpicado con chispas de oro. Solo le quedaba en el meñique, así que lo llevaba atado con un cordel de cuero. El niño que se lo había regalado como muestra de amistad había sido su único amigo en el planeta y, quizá, en la vida. Era difícil formar relaciones duraderas cuando tu familia no se quedaba en un solo lugar más de un par de días y vivir en un sitio hasta por seis meses era solo una posibilidad remota… Bueno, Izzy recordaba lo mucho que había llorado cuando salieron de Batuu. A medida que pasaron los años, supuso que sería más fácil dejar un lugar donde no había nadie que pudiera extrañarte.

Durante un tiempo tuvo a Damar pero, al meter de nuevo el anillo dentro de su camisa, se preguntó si lo había tolerado por tanto tiempo porque realmente le importaba o porque se había cansado de estar sola.

Siempre había estado acostumbrada al ruido: ya fueran las risas de su padres; las cantinas, los mercados; su nave, que a pesar de ser vieja seguía siendo hermosa; incluso Damar cuando enumeraba la lista de cosas que habían salido mal en un trabajo, o sus constantes comentarios sobre el estado de la galaxia, que generalmente no se basaban en fuentes confiables. ¿En realidad estaba tan aterrorizada del silencio que no podía estar consigo misma durante unas cuantas horas? Debía ser más sensata.

«Deberías aprender a amar tu propia compañía y así nunca estarás sola», le había dicho alguna vez su madre. Como tantos de los consejos de Ixel Garsea, eran parte orden y parte verdad, con cero explicaciones.

Si su madre pudiera verla, la miraría intensamente con esos ojos verdes cristalinos y rezumaría decepción con ese ceño que fruncía sin rodeos.

Izzy sacudió la cabeza. Necesitaba concentrarse. El trabajo era fácil y pagaba bien. Pall Gopal había sido el golpe de suerte que había estado buscando, aunque sus palabras habían herido su sensibilidad. Lo único que tenía que hacer era entregar un misterioso paquete al legendario Dok-Ondar. Izzy había visto al ithoriano en las raras ocasiones en que su padre la llevaba al puesto de avanzada. Cuando terminara, estaría libre para hacer lo que quisiera. El *Meridian* necesitaba combustible y un poco de trabajo. Por primera vez en meses no tendría que sacar créditos del fondo de su bolsa. Si recordaba correctamente, Batuu era famoso por sus abundantes puestos de mercado, que ofrecían cualquier tipo de maravillas de todos los rincones de la galaxia. Incluso podría comprarse algo para su cumpleaños. Sus botas estaban empezando a deshilacharse y las suelas estaban adelgazando. Al día siguiente estaría en otra parte. Había pasado un tiempo desde

que viajó al otro lado de la galaxia. Quizá fuera a Canto Bight para buscar nuevas oportunidades de trabajo o visitar uno de sus spas.

Las cosas pintaban bien para Izal Garsea y eso le levantó el ánimo. Se aseguró de que las agujetas de sus pesadas botas negras estuvieran bien puestas, haciéndoles un doble nudo y metiendo los extremos. El paquete que el rodiano le había entregado estaba a salvo en la bodega de carga. Cuando Pall le llevó el maletín de mediano tamaño hasta la nave, la situación la puso tan nerviosa que lo ocultó debajo de un panel en el suelo. Metió los dedos dentro de la manija en el suelo y levantó el panel. Cuando era niña, el pequeño espacio de almacenamiento le sirvió como escondite cuando se fueron de Batuu y ella seguía enojada con sus padres. Se le dificultaba imaginar que hubiera sido lo suficientemente pequeña como para meterse en el mismo espacio que después había usado para guardar botellas de vino robadas o el gato con pedigrí de la esposa de un senador, que Izzy sacó a escondidas de la casa de la pareja durante el arreglo de divorcio.

Tomó el maletín por el asa y lo subió. La superficie era de un metal plateado y liso con marcas y rasguños. Pasó el pulgar sobre la parte delantera, en cuyo centro había un teclado cuadrado. El objeto despertó su curiosidad y lo sacudió, pero no escuchó nada. Tal vez los contenidos estaban asegurados en el interior. Quizá Pall Gopal simplemente se sintió apenado por ella por haber sido testigo de la humillación que sufrió y la estaba enviando en un encargo personal por haber sido amigo de su madre. Aunque tenía que admitir que eso sería demasiado elaborado y, según su propia experiencia, nadie le hacía favores a alguien más por simple amabilidad.

Damar la dejó porque no estaba a la altura del trabajo. El rodiano la eligió porque nadie conocía su nombre y hacía suficiente tiempo que ella se había ido de Batuu como para que allí eso fuera cierto. Pero les probaría a los dos que estaban equivocados.

Sacó de un armario una vieja mochila raída y metió el maletín adentro. De ninguna manera caminaría por una ciudad portuaria con algo que pedía a gritos que la asaltaran. De ese modo parecería una turista comprando las mercancías locales e importadas que vendían en Batuu.

Metió la bolsa de granos de caf cubiertos de chocolate, junto con parte del pago que Pall Gopal le había hecho y un paquete de nutrientes. Sabían a barro aguado, pero tenía que estar preparada.

Escarbó en el armario buscando una chamarra de cuero que no oliera a bebida de Naboo. A veces, ponerse algo de la colección de ropa de su madre le hacía sentir como si se estuviera disfrazando de adulta, como cuando era niña, pero tenía que admitir que esa chaqueta verde oscuro con franjas negras en las mangas le quedaba muy bien. Quizá su mamá no aprobaría esa opinión, pero a veces Izzy quería sentirse cerca de ella. Se aseguró el bláster sobre la cadera y bajó por la rampa de abordaje.

Detectó el sabor del polvo que seguía asentándose después de su aterrizaje y el frío de la mañana se le metió en los huesos a pesar de su chaqueta.

—¡La primera cliente del día! —la saludó una voz chillona y dulce que salía de entre las sombras de la estación de combustible.

Izzy bajó a la tierra áspera y caminó hasta encontrarse con una mujer humana que se le acercaba. Parecía tener apenas más de veinte años, con piel morena clara y el cabello negro atado de manera casual. A medida que Izzy se acercaba a ella, pudo ver mejor las marcas azules en su rostro sonriente. Era demasiado temprano como para que alguien pareciera tan alegre, pero esta mujer lo lograba. Llevaba una túnica azul oscuro atada a la cintura, pantalones cafés sueltos y botas pesadas. En la mano derecha llevaba un guante sin dedos.

—¿Me gané algo? —preguntó Izzy.

—Ganaste el placer de mi compañía —respondió la mujer y extendió un brazo hacia el lado. Se inclinó en una reverencia exagerada e Izzy no pudo impedir que sus labios formaran una sonrisa.

—Soles brillantes… —La chica se quedó a la espera.

—Me llamo Izzy.

—Soles brillantes, Izzy. Yo soy Salju y me ocupo de este lugar. ¿Qué te trae por este rincón de la galaxia?

Izzy había conocido gente que hacía esa pregunta con la esperanza de sacar algún beneficio, ya fuera información de un embarque o de un posible botín. En la mayoría de los mundos a los que iba evitaban hacerla, pero Salju daba una impresión tan genuina que provocó que la joven creyera que realmente quería saber, no por malicia o ambición, sino por amabilidad e incluso por ser amistosa.

A Damar le encantaba inventar historias elaboradas en las que parecía que estaban jugando, más que haciendo un trabajo. Antes de eso, ella inventaba mentiras sencillas que involucraban pocas cosas que recordar, e implicaban incluso menos posibilidades de equivocarse después. Su madre acostumbraba decir que las mejores mentiras eran las que se asemejaban a la verdad. Sin embargo, ahora que había puesto pie en Batuu, parte de ella no quería ser simplemente otra desconocida. Por lo menos no en un sitio que alguna vez fue su hogar. Era algo irracional y sentimental que su madre no hubiera entendido.

—Solía vivir aquí cuando niña —explicó Izzy mientras metía las manos en los bolsillos de su chaqueta—. Recuerdo que había muchos trabajos en este lugar.

Salju le echó una mirada a la pequeña nave que estaba detrás de Izzy y su expresión era una mezcla entre curiosidad y compasión. La nave necesitaba cuidados, muchos más de los que Izzy podía haberse permitido o manejado por sí misma hasta ese día.

—Es obvio que sabes volar si llegaste hasta aquí en esa cosa —comentó Salju con una risita—. Supongo que necesitas reparaciones en el estabilizador de presión de la bomba de combustible y en el cañón láser izquierdo.

«Sí, entre otras cosas», pensó Izzy mientras volteaba hacia su nave con una sensación de indignación que se le quedó atorada en la garganta. Salju ya había pasado de largo junto a ella de camino al *Meridian*. Izzy la siguió y preguntó:

—¿Puedes saberlo solo con mirarla?

—Es uno de los muchos idiomas que domino —respondió la chica mientras se tronaba los dedos—. Me puedes pagar la mitad ahora y la otra mitad cuando la recojas. Si empiezo en este momento, estará lista para el mediodía.

Izzy suspiró. No quería quedarse tanto tiempo, pero sin importar a dónde fuera después, necesitaba las reparaciones. Empezó a sacar unos créditos del interior de su chamarra cuando Salju levantó la mano.

—Lo siento, querida. Me temo que solo recibo spiras batuuanas. Te apuesto que si vas con Dok-Ondar, él te los cambiaría.

La joven apenas pudo contener la sonrisa cuando reconoció el nombre. Esa era precisamente la persona que tenía que ver. Sabía que el puesto de avanzada de Black Spire era un lugar pequeño, pero ¿era así de afortunada? Su padre nunca había creído en la suerte. Para ser un hombre que alguna vez fue un erudito, se pasaba demasiado tiempo recordándole cómo funcionaba el universo y cómo la Fuerza lo moldeaba y movía. Por el momento, ella le llamaría suerte y repasaría sus bendiciones al terminar el trabajo. Quizá Dok-Ondar vería lo rápido que le había llevado su paquete y la tendría en cuenta para trabajos futuros.

—Iré para allá, gracias.

—Ah, y si estás buscando trabajo —continuó Salju—, a Dok le hacen falta mensajeros desde hace unas cuantas semanas. Y también se fueron repentinamente sus dos aprendices.

Izzy arqueó una ceja.

—¿Eso es normal?

Salju miró alrededor, presionando una mano contra el costado de la nave como si esperara que la bestia de metal literalmente le hablara.

—No hay nada de normal en este sitio, pero eso ya lo sabrías por ser de aquí y todo eso. El trabajo ha bajado con eso de… los recién llegados.

Dijo ese último trozo de información en un tono cuidadoso y susurrante. Agitó la cabeza e Izzy se dio cuenta de que sería mejor no indagar.

—Ya veo —respondió—. ¿Me indicarías hacia dónde está Dok?

—Claro —contestó Salju, y apuntó hacia un camino muy transitado que salía de la estación—. Toma esta calle a la izquierda y te llevará directamente a la calle de Mercaderes. Cuando veas una estatua grande de una sacerdotisa Jedi, habrás llegado.

La energía de Salju era contagiosa. Izzy tomó las correas de su mochila y salió de allí con una nueva sonrisa en el rostro.

—¡Qué tus asuntos vayan bien, Izzy!



La chica caminó con prisa por la avenida, donde unas pisadas frescas marcaban el camino. Los vendedores ya estaban armando los puestos; sacudían el polvo y las hojas secas de los toldos usando largos palos. Los zumbidos y pitidos de los droides competían

por su atención con los chillidos quejumbrosos que salían de una tienda de campaña. En la tienda había docenas de jaulas bien cubiertas, pero por lo menos algunas de las criaturas que se encontraban en su interior estaban evidentemente despiertas. Por un momento pensó en levantar la orilla de tela para ver el tipo de criatura que estaba debajo de ella, pero el sonido de un golpe a su espalda la hizo brincar. Parecía que dos vendedores habían chocado. Uno de ellos era un humano con una gruesa túnica y barba blanca que había estado empujando una carretilla llena de fruta verde brillante. Un gran cubierto con una capucha, con orejas caídas y tres ojos, le había interrumpido el paso al poner un tapete a mitad de la calle para descargar algunas mercancías. Ambos agitaban los brazos animadamente, lanzándose comentarios a diestra y siniestra en básico galáctico y un gutural huttés.

No quiso quedarse por si acaso se ponían violentos, así que siguió caminando. La pelea de la noche pasada le había bastado.

Cuando vivían en Batuu, sus padres rara vez se aventuraban al puesto de avanzada. Nunca fueron ermitaños, pero su madre tampoco era del tipo de vecina que intercambia recetas de guisado de ronto. Podía contar con los dedos de una mano las veces que su padre la había llevado al mercado, generalmente para comprar especias y reparar su viejo datapad.

Izzy tocó el anillo debajo de su camisa y se esforzó por encontrar más recuerdos de las calles empedradas y de las estructuras cilíndricas construidas sobre las antiguas rocas y agujas petrificadas. Se preguntó cómo hubiera sido vivir en uno de esos departamentos. De alguna manera, los domos de metal y los árboles petrificados combinaban, al conjuntar el antiguo pasado con el presente de ese planeta. Izzy contempló los estandartes coloridos que colgaban encima de ella para proteger a los visitantes del mercado de la luz de los soles. Al acercarse al obelisco de la plaza, se detuvo a escuchar gorjeos en idiomas que nunca había conocido. Parada en medio del mercado, justo antes de que se llenara de gente, se sintió como si se hubiera abierto un camino solo para ella.

Quizás esa fue la razón por la que dio una vuelta equivocada en uno de los arcos de la plaza. Caminaba buscando la enorme estatua que Salju le había mencionado, pero dudó de sí misma y se regresó. Tomó la derecha hacia un callejón oscuro que olía a agua estancada y a quemado. Parecía como si uno de los botes de basura se hubiera incendiado.

Allí fue donde una figura salió de entre las sombras. Después de lo que pasó en el sistema hosniano, Izzy había visto a los stormtroopers de la Primera Orden en transmisiones de la holonet, pero nunca había visto ninguno en persona. La armadura era de un blanco brillante, con unas líneas negras que marcaban las articulaciones como un esqueleto hecho de plástico. Llevaba un rifle bláster de alto poder colgado a la espalda. ¿Por qué necesitaría eso en un planeta donde no había presencia militar?

—¿Qué asunto te ha traído a este lugar? —preguntó en una voz que sonaba rara, como si viniera de un holomensaje defectuoso.

El cuerpo de Izzy la traicionó y se quedó inmóvil. De todos los lugares posibles, ¿por qué la Primera Orden estaría allí? En otras partes había puertos más concurridos en los cuales se transportaban exportaciones valiosas. ¿Por qué en Batuu? La boca se le secó al pensar en el paquete que llevaba en su mochila, acerca de cuyo contenido no debía preguntar. ¿Habría algo allí que pudiera meterla en problemas? Al tomarse demasiado tiempo para responder, el trooper se inclinó hacia delante.

—¿Y bien? —Su voz sonaba dura e impaciente.

—Es la primera vez que visito la tienda de Dok-Ondar y me perdí —respondió Izzy, suavizando la voz.

—¿Qué llevas en la mochila?

Fue una estupidez pensar que su exhibición de inocencia podría tener algún efecto en este tipo de soldado. Mirar su propio reflejo distorsionado en su casco le provocó náuseas y se sintió todavía peor cuando se dio cuenta de que era posible que le vomitara las botas. La noche anterior no tuvo duda alguna al dispararle al cazador de recompensas en la cantina, pero estos cascos específicos tenían algo propositivamente anónimo que la desconcertaba lo suficiente como para desear probarle que no había hecho nada malo.

De pronto, el trooper se enderezó y levantó una mano tanto para callarla como para indicarle que no se moviera.

—Enterado. Voy para allá —dijo, y luego inclinó su casco hacia Izzy—. Vaya que hoy tuviste suerte.

Luego volteó y la dejó sola en el callejón, sintiendo que el corazón se le salía del pecho. Izzy corrió de regreso a la calle principal, donde las personas que se arremolinaban junto a los puestos y el sonido de las lanzaderas que volaban a gran velocidad sobre ella la hicieron sentirse un poco más tranquila. Como si las estrellas se hubieran alineado a su favor, allí estaba la estatua que Salju le mencionó. La Jedi parecía severa y reverente de un modo que Izzy nunca había aprendido a ser. Las cajas de mercancías estaban apiladas contra la estructura cilíndrica. Corrió alrededor del perímetro hasta que encontró el domo de la entrada a la Cueva de Antigüedades de Dok-Ondar. Oprimió el timbre en un par de ocasiones, pero no pasó nada. Tiró de las correas de su mochila al sentir un dolor en los omóplatos, y trató de calmar su pulso frenético. ¿Por qué el trooper le había preocupado tanto?

Tal vez era un recuerdo enterrado en su memoria; tal vez era que no se había recuperado de lo ocurrido la noche anterior.

Se dio cuenta de que el timbre estaba descompuesto o era simplemente decorativo, así que levantó el puño para golpear la puerta. Detrás de ella, un droide de protocolo plateado con negro caminaba conduciendo un rebaño de animales que parecían como lechones cubiertos de lodo. Cuando menos Batuu no sería aburrido, pensó, y luego levantó el puño para tocar de nuevo.

Solo que, en lugar de golpear la puerta, su puño chocó contra una persona.

JULES

CAPÍTULO 6

—¡Ay! —exclamó Jules al sentir el latigueo de su cabeza. Se cubrió la nariz con la mano mientras la sangre caía hasta sus labios y le llenaba la boca con un sabor metálico. A pesar del agudo dolor que punzaba detrás de sus ojos, alcanzó a ciegas un trapo. Su mano se aferró al trozo de tela más cercano que había sobre la mesa y lo usó para detener la hemorragia. Tuvo la vaga impresión de que, al fondo, Tap se reía y que una voz repetía una disculpa.

Jules estaba seguro de que un par de noches antes había usado el mismo trapo para limpiar el terrario de los sarlacc recién nacidos, pero no tenía nada más a su alcance.

—Lo siento mucho, de verdad —repitió la chica que le había dado un puñetazo sorpresivo. Lo siguió dentro de la sala.

Al instante, Jules se percató de algo: conocía a la joven. Su mente empezó a escarbar en sus recuerdos, tratando de ubicar los altos pómulos y la barbilla afilada de la chica. La delicada curva de su carnoso labio superior. Sus cejas oscuras y juntas sobre unos ojos verdes que lo miraban como si tuviera tres cabezas. Mirarla provocaba que el dolor que rodeaba su tabique lastimado, y probablemente roto, fuera un poco menos intenso. La puerta se cerró detrás de ella y la brisa matutina agitó su cabello negro, lo que le recordó a Jules los listones de seda que Dok importaba de las lunas tropicales de Linasals.

¿De dónde venía, con esa actitud de golpear primero y disculparse después? Jules estaba convencido de que la conocía. Estaba seguro de que no era de la granja de Kat Saka. La chamarra de cuero verde oscura, las mallas negras y las botas llenas de rasguños evidenciaban que venía de otro lado. Había cientos y miles de personas que iban y venían al puesto de avanzada para recargar combustible, vender mercancías desde la parte trasera de cargueros desvencijados, ocultarse de tratos que salieron mal o jugar maratones de sabacc en la cantina de Oga. Esos rostros se confundían después de un tiempo, pero el aspecto de esa chica le despertó una familiaridad de lo más extraña.

—¿Estás bien?

Jules se dio cuenta de que le estaba haciendo una pregunta y de que había intentado hablarle durante todo el tiempo que él se pasó tratando de ubicarla en su memoria.

—Estará bien —aseguró Tap con su voz aguda de sabelotodo—. Se golpea la cabeza todo el tiempo.

El chico no se equivocaba. Jules se había llevado bastantes golpes en su vida, mayormente por jugar luchas con sus amigos locales y escalar en el cercano valle del río Surabat, o por pelear con visitantes de otros mundos que buscaban una víctima fácil. Pero creía que ya era lo suficientemente adulto como para haberse librado de eso último.

—Ninguno de los dos parece estar bien —comentó Tap, que estaba parado entre ellos con ojos desconcertados, mirando de uno al otro.

La chica inclinó la cabeza y entrecerró los ojos para mirarlo bien. Estaba seguro de que ella también trataba de recordarlo, o quizá solo estaba evaluando el daño. Cuando se quitó el cabello de la cara, la manga de su chaqueta se deslizó y Jules notó cómo las cicatrices que tenía arriba de la muñeca resaltaban blancas como el cuarzo sobre su piel dorada.

En ese momento, Jules pudo encontrarla en un descolorido recuerdo de tanto tiempo atrás que casi lo había sepultado: una niña de mirada intrépida, cubierta con un sucio vestido y montada al tope de un peñasco. Vaciló entre convencerse de que no podía ser ella y estar seguro de que sí era. Cuando era niño, había mirado al cielo con la esperanza de ver la curvatura de la nave en la que ella se había ido con su familia, pero nunca volvió.

Esforzó los labios y la mente para articular palabras, y se conformó con decir una sola:

—¿Izzy?

Ella contuvo el aliento y dio un paso atrás. Lanzó la mano hacia el cuello de su sencilla camisa negra y Jules casi pudo oír cómo giraban los engranes de su mente buscando una respuesta.

Por fortuna, la sangre dejó de fluir de su nariz, así que bajó el trapo. Lo apretó con sus manos porque una parte de él quería lanzarle los brazos alrededor del cuello y decirle… ¿qué? Había sido agricultor por tanto tiempo que, casi por reflejo, quiso preguntarle cómo iba su cosecha. ¿Qué podía decir en una situación como esta? «¿Cómo está el clima en el planeta del que vienes, cualquiera que sea?», «Y, entonces, ¿por qué regresaste?», «¿Tienes sed? Porque yo sí tengo». Estaba a punto de tener un corto circuito cerebral. Hubo un tiempo en que sus días empezaban y terminaban en compañía de su mejor amiga, hasta que ya no fue así. Ahora estaba parada allí, vestida de cuero, con ropa que parecía armadura y un bláster que colgaba de su cadera.

Ella se quedó rígida, enderezó los hombros a pesar del peso que cargaba y se hizo el silencio entre ambos. Jules pensó que quizá lo estaba imaginando. Podía echarle la culpa a la bebida de Volt de que su mente lo estuviera engañando e inundándolo de recuerdos del pasado. Habían pasado doce años. No, trece. Los Garsea se habían ido antes de los incendios.

Estaba empezando a convencerse de que la chica que tenía enfrente no era Izal Garsea cuando ella dijo su nombre en una rápida exhalación.

—Julen Rakab.

Entonces se lanzó hacia él y envolvió su cuello con los brazos. Cuando la abrazó, Jules estaba demasiado consciente de la torpeza de sus extremidades y de su corazón, que se esforzaba por latir con normalidad. El puente de la nariz le pulsaba, pero cuando se echaron hacia atrás y se miraron uno al otro, ya no le importó.

—No puedo… —empezaron a decir al mismo tiempo.

—Primero tú —dijeron, otra vez al unísono.

Jules le indicó con la mano que hablara.

—Estás más alto de lo que recuerdo —comentó la chica, y a él le conmovió la sorpresa que denotaba su voz.

Jules abrió los brazos, presentándose ante ella del modo en que había visto que hacían algunos de los asistentes de Dok cuando recibían a ricos compradores potenciales. No era que se estuviera vendiendo ante ella ni que tratara de venderle algo. Estaba abrumado por sus nervios crispados de un modo que nunca antes había sentido y casi estaba agradecido de que Tap se hubiera metido directamente entre los dos.

—Esas entregas no se van a llevar solas —murmuró Tap, volviéndose hacia Izzy con sus pequeños puños colocados sobre las caderas. Finalmente se había librado del atrapadedos—. ¿Qué deseas?

—Yo me ocupo, Tap —dijo Jules mientras le bajaba la gorra sobre los ojos y luego le daba un leve empujón hacia su rincón en la tienda apenas iluminada.

—Mis padres nunca me dejaron venir cuando era pequeña —comentó Izzy mientras paseaba la mirada por los exhibidores y caminaba junto a los montones de cajas abiertas, de donde sobresalía un tocado ewok cubierto de plumas y dientes.

—En general, este es uno de los sitios más seguros del puesto de avanzada —explicó Jules, encogiéndose de hombros.

El tanque reforzado que albergaba a una dianoga juvenil, cerca de la barandilla de metal, atrajo su mirada. No estaba seguro de si había crecido demasiado para su tanque o si tan solo le gustaba oprimir contra el vidrio su feroz panza, llena de colmillos.

—Pero ahora entiendo por qué algunas personas no pensarían lo mismo.

Izzy levantó la vista al entrepiso y miró el cuerpo del wampa disecado, cuyo último gruñido quedó congelado para toda la eternidad.

—¿Es real? —preguntó la chica.

Jules sintió que su cuerpo respondía antes que su voz. Fue hasta ella en dos zancadas y, por primera vez en un largo tiempo, no maldijo sus piernas por ser demasiado largas.

—Es tan real como tú o como yo. Dok se enorgullece de tener cosas poco comunes y auténticas.

Izzy volteó por un momento hacia él y luego volvió la mirada hacia el animal.

—¿Trabajas aquí?

No quiso meterse en explicaciones de qué lo había traído ese día a la tienda de Dok.

—Solo hoy. El personal de siempre parece haberse ido. Casi me da pena la gente que desafía a Dok-Ondar.

Izzy enarcó las cejas con escepticismo.

—¿Qué pasa cuando alguien le queda mal? ¿Una tortura lenta con droides?

—¡Se lo da a comer al dientón! —exclamó Tap con voz aguda.

—Ignóralo —comentó Jules—. A la dianoga solo le dan carne de ronto. Pero si planeas quedarte en el puesto de avanzada, no te conviene que te inscriban en la lista de Dok.

—¿La lista de Dok? —preguntó Izzy mientras sopesaba una bola de cristal en sus manos—. ¿Es como estar en la lista negra?

—Por estos lugares, más te convendría empacar tus cosas y encontrar trabajo en alguna luna distante y no volver nunca. Mis padres me lo dejaron más que claro casi desde que aprendí a caminar.

—Los míos no lo mencionaron.

Izzy emitió un sonido de comprensión y recogió uno de los muchos recipientes de vidrio que estaban llenos del brillante liquen dorado. A pesar del abrupto saludo de la chica, Jules tenía la sensación de que estaba esforzándose por mirar a cualquier lado excepto a él.

—¿Qué estás haciendo aquí, Izzy? —le preguntó con voz más grave de lo que pretendía.

¿Qué deseaba que le respondiera? ¿Que había regresado hasta el borde de la galaxia por él? Belen siempre le recordaba que era un tonto soñador, pero no era lo bastante tonto como para creer que Izzy Garsea había regresado después de trece años solo para verlo.

La joven respiró profundamente y examinó el candelabro de metal que colgaba encima de ellos. El carrillón del ithoriano se había quedado completamente quieto. A Jules le resultaba difícil interpretar las intenciones de la chica. Cómo podría, si prácticamente era tan desconocida para él como cualquiera que pasara por el puesto de avanzada. En contraste con su actual incapacidad para pensar con claridad, en general era bastante bueno para iniciar conversaciones con desconocidos porque eran lo más cercano que tenía para conocer sobre la galaxia, al menos por el momento.

Izzy ajustó las correas de su mochila y respondió:

—Vine a ver a Dok. Tengo un paquete que pidió.

Tap levantó la cabeza y entró de nuevo en la conversación.

—Dok no está, pero lo puedes dejar con nosotros.

La mano de Izzy tocó la base de su mochila, que se parecía mucho a la que cargaba Jules.

—Mis instrucciones fueron entregárselo únicamente a él.

—Como quieras —contestó Tap, encogiéndose de hombros—. Salió un momento, pero no acostumbra irse por mucho tiempo.

Justo en ese momento, Jules sintió la imperiosa necesidad de hacer cualquier cosa para que la chica se sintiera feliz. Por una fracción de segundo, incluso quiso convertirse en el ithoriano de dos siglos para que su día marchara mejor y poder quitarle el ceño fruncido que arrugaba su frente.

Izzy murmuró una grosería por lo bajo, pero luego le sonrió levemente.

—Supongo que no podrías cambiarme unos créditos a espigas batuuanas.

Tap resopló, apagando una risita.

—Spiras —la corrigió Jules amablemente.

—Con eso sí puedo ayudarte. —Tap se deslizó del banco en el que estaba y, tras avanzar hacia ella, saltó sobre la barandilla de metal que rodeaba la plataforma elevada donde Dok generalmente se sentaba. Jules apenas podía recordar otra ocasión en que el

ithoriano no hubiera estado allí, rumiando sobre sus libros de contabilidad llenos de letras ilegibles.

—Gracias, niño —le dijo Izzy.

Jules tenía su propio trabajo que cumplir, pero estaba anclado al suelo de piedra. No podía racionalizar su necesidad de que Izzy lo viera, que lo viera realmente. No tenía ningún derecho de exigir su atención, su tiempo ni cualquier otra cosa que ella no quisiera darle. Prácticamente eran unos desconocidos, pero la parte de él que había buscado en los cielos con la esperanza de verla de nuevo anhelaba la amistad que alguna vez tuvieron. Nadie, ni siquiera Belen, lo había entendido del modo en que Izzy lo hacía.

«Eso ocurrió hace mucho tiempo», se recordó. Pero Julen Rakab creía en el destino. Ese fue un concepto que aprendió de su madre. De sus padres, ella era la soñadora, la que sabía encontrar una brizna de esperanza y de bondad en cualquier situación. Creía que había tramas gestándose en toda la galaxia y que no siempre se podían explicar. Ya fuera el movimiento de los planetas, las deidades ancestrales o la Fuerza, siempre había alguna influencia. Haal, su cuñado, se burlaba de Jules por tratar de vincular los sucesos mundanos y llamarlos «destino».

En una ocasión se inclinó a recoger algún tipo de moneda que debía habérsele caído a un visitante de otro planeta y, al moverse en ese preciso momento, escapó apenas de que una planeadora que volaba a toda velocidad, cargada con chatarra, lo atropellara. Luego Dok le cambió la moneda por un holojuego usado. Otra vez, Jules se equivocó al dar la vuelta en el Callejón del Contrabandista y se topó con un chico togruta al que estaban asaltando. A los dos los aporrearon un par de pandilleros en ciernes, pero consiguió un amigo para toda la vida. Haal no creía que nada tuviera un significado o propósito ulterior. Para él, los días y las noches se mezclaban unos con otros porque ese era el orden del mundo, y esos sucesos no eran más que una cadena de coincidencias. Pero ¿acaso no eran las coincidencias simplemente una versión del destino para aquellos que no creían en nada?

Izzy Garsea estaba parada justo frente a él. Si se hubiera ido un minuto antes, si se hubiera dado una vuelta por los campos de cultivo para saludar a su hermana o hubiera parado a comer con Cookie como quería hacerlo desde el momento en que despertó, si hubiera hecho cualquier cosa de manera diferente, era posible que no hubiera encontrado a Izzy en absoluto. Claro, quizás era solamente el modo en que la Fuerza le estaba diciendo que necesitaba recibir un buen puñetazo, pero Jules era todo menos pesimista.

Tap le cambió los créditos a la chica y le entregó una bolsa considerable de spiras que luego ella dividió entre los bolsillos internos de su chaqueta.

—Gracias —dijo Izzy—. Le tengo que pagar a la señora de la estación de combustible para no tener que quedarme atrapada aquí esta noche.

A Jules eso le dolió. Se preguntó qué le parecería a ella su planeta natal. La mayoría de la gente no veía más allá del abrupto exterior de las agujas petrificadas, el puesto de avanzada construido entre viejas ruinas polvorientas y los puestos de mercado parchados con lonas que nunca eran del mismo color que las originales. Pero al joven le encantaba

su planeta. ¿Era por amor que nunca se había ido como lo tenía planeado? Hizo a un lado esos pensamientos.

—¿Sería eso tan malo? —preguntó.

—Han sido un par de días difíciles y mi plan era seguir adelante.

—Te podría llevar de regreso a tu nave —soltó Jules.

—Pensé que estabas trabajando.

El joven se encogió de hombros como si no fuera la gran cosa. En realidad, no era capaz de verla irse sin por lo menos hablar con ella. ¿A dónde se fue? ¿Cómo fue su vida lejos de Batuu? ¿Por qué había tenido un par de días difíciles?

—Ya verás que todo queda de camino en este lugar —le dijo Jules guiñándole un ojo. Nunca lo hacía, entonces ¿por qué le guiñó ahora? Se aclaró la garganta y continuó—: Por suerte para ti, soy el mejor guía de turistas del puesto de avanzada. Acompáñame en mi recorrido.

Izzy lo examinó con esos brillantes ojos verdes con manchas amarillas como el liquen dorado que solo crecía en las agujas negras de Batuu.

—Está bien —contestó ella. Jules no pudo pasar por alto la manera en que lo recorrió con la mirada y cómo se le pintó en los labios una sonrisita burlona mientras con un dedo hacía un movimiento alrededor de su rostro—. Pero quizá quieras…, no sé, limpiarte la sangre que tienes en la barbilla.

Tap, que estaba en su rincón, sofocó una risa y Jules subió al entrepiso de la tienda para encontrar un trapo limpio. Vertió agua de una de las cantimploras y revisó su reflejo en el vidrio opaco de la vitrina que contenía los zafiros azules de Oshira. Los ithorianos no eran exactamente seres vanidosos, así que no había espejos por ninguna parte. Cuando se aseguró de no estar cubierto de sangre, arrojó el trapo en un cesto de basura que necesitaba vaciarse.

El área de trabajo de Dok era una especie de caos organizado que solo tenía sentido para el anciano, pero parecía como si faltara algo. Lo que sí le pareció extraño fue que Dok hubiera dejado su intercomunicador. Estaba junto a la enorme lupa y los montones de pedidos. Jules sintió la necesidad de tocar las cuentas doradas y plateadas del ábaco, pero sabía que no debía tocar nada del escritorio sin permiso. Los rumores decían que Dok tenía una colección de dedos de pies y manos de aquellos que lo habían hecho enojar. Fue entonces cuando el chico notó algo que no había visto cuando subió a toda prisa. Debajo el cubículo había una estatuilla de metal de una diosa que estaba de cabeza. Retrocedió unos cuantos pasos y ubicó el estante vacío donde había estado originalmente.

No estaba el bastón labrado que el ithoriano usaba y la puerta de su oficina estaba cerrada, lo cual significaba que definitivamente había salido. Aunque había pasado algún tiempo desde su último trabajo con él, Jules sabía que Dok era muy exigente con el modo en que todo estaba colocado en su tienda. Tal vez él mismo tiró la estatua, o esta se cayó y él tenía demasiada prisa como para recogerla. El chico se aseguró de colocar la diosa danzante, que se decía que le daba fortuna a su dueño, mirando hacia la entrada de la oficina, como se suponía que debía estarlo.

Jules saltó del entrepiso y se despidió de Tap con un movimiento de la mano antes de seguir a Izzy al exterior. Docenas de personas caminaban en sentidos opuestos, llenando las calles con su charla tempranera. Aun desde allí podía oler la comida que se cocinaba en el mercado.

Condujo a la chica hasta donde había estacionado su speeder, junto al speeder bike de Tap y las docenas de cajas que iban y venían constantemente con los cargamentos de Dok. Metió su mochila en la cabina e Izzy hizo lo mismo.

—No es la gran cosa —dijo Jules—, pero corre muy bien. Lo compré por trescientos créditos a un granjero que llegó de Tatooine. Deberías haberlo visto. Le faltaban el parabrisas y los paneles laterales, pero me pasé semanas hurgando en la chatarrería. Lo modernicé con unos nuevos motores de turbina de lujo.

—Es fantástico, Jules —respondió ella—. ¿Te acuerdas cuando éramos niños y buscábamos piedras con forma de speeders para jugar a las carreras?

Le sorprendió que ella lo recordara.

—Por desgracia para ti, al año después de que te fuiste, mi hermana y yo recibimos un simulador de vuelo usado.

—Recuerdo que siempre quisiste volar. —Izzy se ató el cabello y se montó en el speeder.

Jules hizo lo propio y despegaron, sintiendo aún que estaba aguantando el aliento. Mientras viajaban por las rutas de tráfico que los llevarían hasta la estación de Salju, miró de reojo a Izzy.

Ella volteó al otro lado, como si la hubiera descubierto mirándolo primero. Sintió que le subía el rubor al rostro, aunque también podía ser el calor, que empezaba a aumentar.

—Pensé que te irías a la primera oportunidad que tuvieras —dijo ella—. Siempre dijiste que lo harías.

Jules se aferró con más fuerza al volante. Las palabras de Haal reverberaban en su mente, aumentando la semilla de la duda que siempre había crecido allí, pero no quería arruinar el momento con Izzy. No importaba por qué jamás se hubiera ido de Batuu.

—Nunca encontré el momento correcto —respondió—. Por un tiempo me dije que me iría en la siguiente temporada y después en la siguiente. —Ella asintió. ¿Lo entendía o simplemente estaba siendo amable? La Izzy que él recordaba nunca había estado tan tensa ni tan silenciosa. Aunque, por otro lado, ¿cuánto había cambiado él mismo en esos años? Todavía se sentía el mismo Jules.

—Te entiendo. Estuve en la academia de Eroudac. Es un pequeño planeta del Borde Medio. Pero no me quedé —continuó Izzy—. ¿Cuál será tu siguiente paso?

¿El siguiente paso? Antes de poder responder, el corazón se le fue a los pies. Cuando aún no habían recorrido ni la mitad de la distancia para llegar con Salju, se escuchó un chirrido que salía de su speeder justo antes de que este se detuviera por completo y empezara a lanzar chispas en medio del camino de tierra. En la consola empezaron a parpadear luces verdes y rojas, pero por lo menos el repulsor de elevación aún mantenía al speeder en el aire.

—¿Justo ahora? —Jules dejó escapar un suspiro lento, volteó hacia ella y sonrió—. Nuestro único paso a continuación es arrastrarlo.

La chica levantó el pulgar hacia su pecho.

—¿Nuestro? Tal vez deberías darle un buen uso a esos músculos.

Jules arqueó una ceja.

—Es bueno saber que notaste mis músculos, Izzy. —Antes de que la joven pudiera procesar lo que él le dijo, continuó—: Me debes una.

—¿Y eso por qué?

—Por romper mi delicada naricita esta mañana. —Saltó del vehículo, se quitó la chamarra y la lanzó sobre el asiento, retándola con su sonrisa.

Y, como todavía quedaba una fracción de la niña que conoció enterrada bajo ese sombrío exterior, Izzy estuvo a la altura del desafío.

IZZY

CAPÍTULO 7

Mientras Izzy se quitaba su chaqueta verde de cuero, se sintió agradecida de tener un trabajo físico que la mantuviera ocupada. No podía quedarse observándolo todo el tiempo que estuvieran juntos.

La cabeza le dio vueltas al verlo. Pensó en su recuerdo de Jules como aquel niño pequeño y enjuto, tan delgado como un junco, con dientes demasiado grandes y una voz aguda. Ahora le sacaba casi dos cabezas de estatura y tenía unos hombros amplios. Tenía la fortaleza que proviene del trabajo físico intenso. ¿No le había prometido que alguna vez la alcanzaría en estatura? A pesar de su apariencia, estaba convencida de que el niño que conoció seguía allí. Lo vio en su sonrisa amable, su cabellera con rizos castaños y sus ojos cafés, tan oscuros que mirar dentro de ellos era como caer dentro de un océano profundo.

Lo que no esperó fue su propia reacción. El modo en que lo abrazó luego de golpearle la nariz la mortificó un poco. No andaba por allí *lanzándosele* a cualquiera. Por suerte, a él también le dio gusto verla. La recordaba, incluso después de todos esos años.

Jules tenía el tipo de gallardía que hacía difícil mirarlo demasiado tiempo. Mientras estaban en la tienda ocupándose de otras cosas, trató de evitar verlo de un modo que la hizo sentir como una niña. Tenía dieciocho años y, aparte, se trataba de *Jules.* Julen Rakab. Repitió su nombre una y otra vez en sus pensamientos como para afirmar que no había conjurado un espejismo. ¿Cuántas veces había deseado huir para encontrarlo, enojada con sus padres por separarla de su mejor amigo? Pero Batuu era un lugar donde el pasado vivía al lado del presente. Jules era una enorme parte de su ayer, ahora estaba junto a ella y no tenía idea de cómo actuar.

Luego se percató de que aceptar su ofrecimiento de ver el puesto de avanzada mientras esperaba a Dok quizá no fuera la mejor idea. Quería hacerlo. Pero estar con él significaba que habría preguntas. ¿Cómo podría siquiera empezar a llenar los huecos de sus vidas de lo que ocurrió mientras estuvieron separados? ¿Cómo podía mirar a los ojos a su amigo y contarle todo lo que había hecho desde la muerte de sus padres? ¿Qué pensaría de ella? ¿Y a ella le importaba? No debería importarle, pero no podía evitarlo. Aun así, ¿cuándo regresaría de nuevo a Batuu?

A pesar de la mala suerte de que se descompusiera su speeder, no parecía preocupado. Y sí la sorprendió cuando se quitó su chamarra de tela roja oscura y prácticamente la retó a ayudarle. Quería preguntarle sobre la cicatriz de su antebrazo izquierdo, que sobresalía perlada y blanca en su piel dorada oscura. Lo que necesitaba hacer era empujar con más fuerza y dejar de mirarlo.

De modo que impulsó el speeder con todas sus fuerzas e hizo su mayor esfuerzo por mirar al camino irregular que tenían por delante y que estaba bordeado por placas de roca cubiertas de parches de musgo y hierba pálida.

—Te lo juro que es como si mi speeder hubiera estado esperando a esto. Al menos ya casi vamos a la mitad de camino de encontrar a quien lo puede arreglar —comentó Jules con un tono amable a pesar de las circunstancias. Si esto le hubiera pasado a ella sola, estaría furiosa. Si hubiera estado con Damar, su mejor opción hubiera sido simplemente abandonar el speeder y caminar hasta su destino.

—¿No hay grúas por aquí?

Él lo meditó por un momento.

—Podríamos conseguir ayuda del depósito de chatarra de Savi e Hijo, pero a estas horas de la mañana están revisando montañas de chatarra. Y si Salju está trabajando en tu nave, tendrá puestos los audífonos para escuchar esa música espantosa que transmiten los DJ de Coruscant. ¿Ya te cansaste, princesa?

Al oír ese apodo, Izzy lanzó chispas. Levantó la cabeza para mirarlo y vio que sonreía como un tonto.

—No me llames así.

—Si recuerdo bien —refunfuñó el chico—, solías pedir que te dijeran *princesa*.

—Eso era antes… bueno, me refiero a que solo tú y mi padre me llamaban así. —Se estremeció al pensar en la niña demandante y un poco grosera que fue alguna vez. En las pocas ocasiones en que su madre estaba con ella, no se lo toleraba. De algún modo, su padre y Jules le habían dejado ser como era. La mayoría de la gente no contaba con ese lujo.

Aunque casi todo el tiempo extrañaba a sus padres, no esperaba que un pequeño detalle de su pasado la hiciera extrañarlos todavía más. No tenía más familia, que ella supiera, ni amigos que la llamaran para enviarle sus condolencias. Los había llorado sola. Pero Jules los recordaba.

El chico empezó a hablar de nuevo, pero, a su espalda, un transeúnte se acercaba a ellos.

—¡Soles brillantes, joven Jules! —los saludó un viejo quarren que iba vestido con una túnica de colores brillantes, mientras ellos empujaban el speeder—. ¿Necesitan ayuda?

—Hoy no, Mako —respondió Jules, lanzándole de algún modo una sonrisa genuina a pesar del sudor que corría por sus sienes—. Ya casi llegamos.

Mako avanzaba apenas a una fracción más que su propio paso de tortuga. Los tentáculos que formaban su barbilla tenían una fina capa de lo que parecía un polvo brillante y llevaba una especie de pico sobre su hombro.

Dos personas más pasaron a su lado y les ofrecieron ayuda: una era una mujer humana que llevaba un pesado bulto sobre el hombro y el otro era un utai con ojos bulbosos. Jules rechazó las ofertas de ambos. Un dug que iba volando bajo en un speeder se detuvo solamente para burlarse de ellos antes de seguir su camino.

—Esa es una muestra de la hospitalidad batuuana de la que tanto he oído —comentó Izzy. Sentía los brazos cansados, así que volteó y empujó con la espalda, encajando las botas en la tierra—. No recuerdo que tanta gente hablara con mi familia cuando vivíamos aquí.

Jules, que seguía mirando al frente, volteó hacia ella. Pudo sentir su mirada y culpó a los soles por el calor que sentía en sus mejillas.

—Los batuuanos se ayudan entre sí. Al menos entre quienes se quedan durante años. Mi papá decía que la única forma de sobrevivir era trabajar juntos.

«Decía». Quizás fue porque se relacionaba con su propio pasado, pero se quedó fija en esa frase. Miró a Jules y se enderezó, obligándose a mirarlo a los ojos y decirle que lamentaba su pérdida.

Él entrecerró los ojos hacia la luz del cielo libre de nubes y se sacudió el polvo de las manos. El speeder se paró de nuevo delante de ellos.

—Yo también lamento lo de tus padres, Izzy.

—¿Cómo lo supiste?

—No lo supe. —Se pasó la mano entre el suave desastre de sus rizos despeinados—. Tuve la sensación cuando te llamé princesa y pusiste una expresión rara. Me imaginé que me dirías algo si querías hacerlo.

Hubo un momento de comprensión entre ellos, como el polvo que se asienta o la niebla que se levanta para revelar el camino que queda por delante. Nunca antes habló de lo que le sucedió a sus padres, ni a Damar ni a los amigos ocasionales que había tenido. No parecía lógico que Jules pudiera *adivinar* nada sobre ella. ¿Con qué bases? ¿Una sensación? La mitad de las veces incluso ella no sentía que se conociera a sí misma ni que supiera lo que quería. Deseaba tanto deleitarse con ello como rechazar la idea de que alguien pudiera conocerla tan bien.

Decidió evitarlo por completo. Empujaron el speeder el resto del camino hasta llegar a donde estaba Salju, cuyas botas sobresalían por debajo del *Meridian*. Izzy parpadeó dos veces, casi sin aliento mientras trataba de darle sentido a lo que veía: una criatura azul de apariencia felina al acecho, acercándose a la chica con algo metálico en el hocico.

—¡Cuidado! —gritó Izzy, y abandonó a Jules y a su speeder para perseguir al animal.

—¡Espera! —gritó Jules mientras corría tras ella y se adelantaba para bloquear su camino—. No la va a lastimar.

Salju salió rodando de debajo de la panza de la nave y se levantó los anteojos de protección. Un reproductor de música se cayó de su bolsillo y golpeó contra el suelo.

—Oye, Kuma, ¿dónde está la llave de tuercas?

Fue entonces que Izzy se dio cuenta de que la criatura era una especie de ayudante o mascota, o una combinación de ambos. El animal soltó la herramienta de metal en la mano estirada de Salju y luego se escabulló más cerca de Izzy. Tenía franjas azules y verdes, unas garras que serían más apropiadas en un ave y los ojos totalmente grises. Con el lomo arqueado y mostrando los dientes, le siseó.

—No parece que le caigas muy bien a Kuma —comentó Salju rascándose la cabeza con la llave. La metió dentro de su cola de caballo y luego pasó la vista por las dos personas que estaban paradas frente a ella—. Ya veo que pudiste encontrar fácilmente el lugar, Izzy. Pero *a ti* no te había visto en un tiempo. —Saludó a Jules golpeando levemente dos dedos contra un lado de su frente.

—Finalmente pasó, Sal —explicó Jules mientras se limpiaba el sudor de la frente con el dorso de la mano.

La chica hizo una mueca al ver el speeder detrás de ellos.

—¡No! Le acabas de cambiar la turbina izquierda.

—No fue eso —respondió Jules, haciendo también una mueca de enojo y dándole unos golpecitos al costado del vehículo—. ¿Le puedes echar una mirada?

La chica volteó hacia Izzy, quien ya tenía una idea de lo que la mecánica iba a preguntar.

—Si a Izzy no le importa…

—Está bien —concedió ella antes de darse cuenta de lo que respondía, lo cual le sorprendió. Había una falla de comunicación entre su mente y su instinto.

Quizá pasaría un rato con él y la magia de la nostalgia le mostraría que no tenían nada en común, que sus recuerdos no eran más que añoranzas de los días pasados y cada quien se iría por su lado. O recuperaría a su amigo, aunque fuera por un día. Al enfrentarse a esa decisión, estuvo dispuesta a aprovechar la oportunidad. Además, no iría a ninguna parte hasta que Dok-Ondar regresara.

—Jules necesita el speeder para su trabajo. ¿Puedes arreglarlo?

Salju se tronó los dedos y respondió:

—Tengo fama de obrar uno o dos milagros mecánicos. A menos que quieran que mi tooka les moleste, les sugiero que regresen en una hora.

Izzy miró a Jules, quien había logrado de algún modo someter a la criatura peluda. El animal frotaba la nariz contra los brazos del chico y ronroneaba, sacudiendo su cola gorda y corta.

—Jules le gusta bastante —comentó Izzy.

La mecánica descansó su codo sobre el hombro de Izzy y le guiñó de manera sugestiva.

—Es fácil que Jules les guste a todos.

Izzy quiso sentirse ofendida, pero tenía que admitir que estaba de acuerdo con ella, aunque de manera renuente. Le entregó a Salju su depósito.

—Los animales de Sal siempre se han sentido atraídos hacia mí —dijo Jules—. Creo que es por mi cabello. Les recuerda a un nido. Pero bueno, ¿qué te parece si desayunamos?

Izzy sintió un vuelco en el estómago cuando él le sonrió. Tal vez era que estaba hambrienta. Sí, definitivamente tenía hambre. Jules se levantó y el tooka se paseó entre sus tobillos. La chica formuló un nuevo plan: devorar la comida que tanto necesitaba,

visitar el puesto de avanzada con su viejo amigo, regresar con Dok, recoger su dinero y dejar el pasado donde pertenecía.

JULES

Cargando sus pesadas mochilas, caminaron entre los transeúntes que se dirigían a la plataforma de acoplamiento siete. Por más que quisiera confiar en Salju, Jules sabía que no debía dejar ningún paquete donde pudieran robarlo. Aprendió a detectar a los carteristas después de la primera vez que le robaron mientras compraba estambre para Belen. Los visitantes de ese día eran tranquilos y se daba cuenta de que el número de compradores en todo el puesto de avanzada era menor por lo mucho que gritaban los vendedores, intentando atraer a los paseantes para que derrocharan sus créditos.

Por lo común, a Jules le gustaba mirar, aunque siempre con discreción, a los recién llegados al puesto de avanzada. En general podía distinguirlos porque erguían el cuello para mirar las agujas petrificadas y los puestos del mercado mientras caminaban, distribuyendo su atención entre lo que oían y veían. Le llenaba de orgullo que los visitantes de otros planetas encontraran en Batuu algo que les encantara y esperaba que a Izzy le pasara igual.

Ella caminaba tranquilamente a su lado, aunque él mismo empezó a caminar más lento para dejar que la chica pudiera pasear la mirada por los deteriorados costados de los edificios, cubiertos por verdes enredaderas, y a las parejas que se sentaban en los escalones de piedra a compartir tazas de té con especias.

Se detuvo frente a un árbol alto. Había tomado una ruta un poco más larga, pero el aspecto del rostro de su acompañante hacía que valiera la pena.

—¿Qué es eso? —le preguntó Izzy mientras acercaba la mano a la rama más cercana.

Alrededor de la delgada madera había docenas de listones y trozos de tela. Adornaban el árbol atados a cualquier sitio que tuviera corteza. Los extremos flotaban en el viento como hojas.

—Es el árbol de los deseos —respondió—. Tomas un trozo de cuerda, o de tela o de lo que sea que quieras, y lo atas aquí. Cuando se rompe por sí solo, se te concede tu deseo.

En cuanto lo dijo, pudo imaginar cómo sonaba: como un chico de un pequeño puesto de avanzada que nunca dejó su hogar y que creía en la magia.

—¿Alguna vez ha funcionado? —preguntó la chica.

Una vez Jules fue al árbol de los deseos y ató alrededor de una rama un hilo azul que tomó de la madeja de Belen. De ninguna manera podía saber si el hilo seguía allí, porque había hilos de todos los colores. Además, el árbol había crecido al mismo tiempo que él. Pero su deseo había sido simple. Mientras respondía, no pudo verla a los ojos.

—Sí, pero se llevó mucho tiempo.

La mirada en el rostro de Izzy era de escepticismo, pero eso no impidió que metiera las manos en sus bolsillos para buscar un cordel, aunque no encontró ninguno. Tocó el

trozo de cuero que llevaba alrededor de su cuello, pero decidió dejarlo allí. La túnica de Jules tenía un hilo suelto que salía de un costado, así qué él lo jaló, lo rompió y se lo entregó a ella.

La chica se irguió sobre las puntas de los pies, lo más alto que pudo, y añadió su deseo al árbol.

—¿Qué deseaste? —le preguntó él.

Izzy se mordió el labio inferior y se encogió de hombros. Jules se daba cuenta de que una mentira se formaba en sus labios antes de que le respondiera:

—Comida.

—Ya casi llegamos con Cookie —dijo Jules—. Es un recién llegado a este lugar. Es francamente miserable y siempre está enojado. Tú podrás entenderlo.

—¡No siempre estoy enojada! —gritó indignada.

Pero era cierto. Era algo que flotaba alrededor de ella por momentos, como oscuras nubes que viajan lentamente tapando los soles. El enojo era uno de los sentimientos más difíciles de desaparecer, aparte del amor. Jules había visto cómo le había pasado eso a su propia madre. Después de que murió su padre, ella sucumbió a una profunda pena. La misma mujer que le enseñó a soñar se convirtió en alguien que maldecía a los cielos. Jules había esperado que él y Belen pudieran amarla lo suficiente como para compensar la pérdida que todos sentían, pero nunca funcionó del todo. No quería que le pasara lo mismo a Izzy, pero ella no le pertenecía como para poder remediarlo. No se lo deseaba, pero quizá sí pudiera ayudarla si se lo permitía.

Empezó a alejarse del árbol de los deseos para regresar al camino, cediendo el paso a un eopie asustadizo y cargado de equipaje que llevaba a una niña montada, mientras la madre tiraba del animal.

—Tengo un tabique desviado que dice lo contrario. Pero seguramente no eres la misma niña atolondrada que acostumbraba perseguirme por todas partes.

—Si alguien perseguía al otro, ese eras tú —lo corrigió Izzy.

Entraron al hangar en la plataforma de acoplamiento siete, donde estaba estacionada una nave convertida en restaurante móvil. Jules les hizo señas a sus conocidos, como Xexto, el mecánico que arregló al droide de limpieza de Belen, y a los cantineros humanos que descansaban de su turno con Oga. Se dirigió hacia el mostrador de la parrilla. A esa hora tan temprana no había nadie que ayudara a Cookie a servir las mesas y, en el poco tiempo que llevaba de conocer al artiodac, Jules había aprendido que mientras más le facilitara la vida al cocinero, mejor servicio recibiría.

—Deberías haber visto lo lleno que estaba este lugar cuando llegó —le comentó a Izzy—. Habría tenido que escaparme temprano del trabajo para conseguir una orden de gallina frita endoriana o siete.

—Es mejor que los paquetes de nutrientes con los que me he estado alimentando —contestó ella mientras tomaba asiento junto a él y se giraba para mirarlo de frente. Jules detectó cuatro pecas agrupadas en su mejilla.

De pronto, la cercanía con la chica le provocó la sensación de tener un tornillo que se retorcía en sus entrañas. Tuvo que desviar la vista hacia las animadas mesas que estaban debajo de ellos en el hangar. Dos humanos y un kel dor enmascarado estaban a punto de lanzarse la comida a la cabeza por un juego de dados. Junto a ellos había un grupo de alienígenas de piel morada y ojos grandes que metían paletadas de comida dentro de sus amplias bocas como si esa fuera su última cena. Era probable que pronto se dirigieran al mercado a abrir un puesto. Intentó ver si Volt estaba en la fila de pedidos, ya que su calva cabeza era fácil de localizar. El chico se preguntó si la borrachera de la noche anterior lo habría dejado demasiado enfermo como para aparecerse en su trabajo en el puesto de animales. Qué caray, incluso Dok podría haberse dado una escapada para ir con Cookie.

—¿Qué es jugo de moof? —preguntó Izzy.

Jules sonrió ampliamente y se encogió de hombros.

—A veces no pregunto. Simplemente lo pido y espero lo mejor.

—Y esto me lo dice el niño que podía sobrevivir durante días solo de granos inflados. —Izzy lo miró de una forma que le hizo sentirse intranquilo.

—Bueno, tampoco le sigo teniendo miedo a las alturas —respondió—. En especial después de la última vez que bajamos a toda prisa de ese peñasco.

Quería preguntarle qué pasó después de esa noche cuando su familia se fue, pero la chica parecía tan reservada que no quiso asustarla diciendo las palabras incorrectas.

—¿Cómo fue que terminaste trabajando con Dok? —preguntó ella—. La última vez que estuve aquí empezaste a trabajar en una de las granjas de vegetales.

—Duré un año, pero luego ocurrió el incendio.

—¿Qué incendio?

Jules tomó el desgastado menú y se inclinó sobre el mostrador.

—El año después de que te fuiste hubo una sequía. Los matorrales se incendiaron y el fuego se propagó al bosque y a nuestras casas. Logramos salir. Papá, por ser quien era, regresó para asegurarse de que todos estuvieran a salvo, pero inhaló demasiado humo.

—No tienes que hablar de ello —susurró Izzy.

—Está bien —la tranquilizó. Se sentía bien recordar a sus padres cada vez que podía—. Mis padres nunca hablaban del lugar donde vivía su gente antes de que se instalaran en Batuu, pero uno de sus rituales era recordar a los muertos para mantenerlos vivos. Mi mamá murió dos años después por un virus que se contagió por todo el puesto de avanzada.

Izzy lo escuchaba y jugueteaba de nuevo con el colgante que guardaba como un secreto debajo de su camisa.

—Entonces, cuéntame.

—Después de que papá murió, conseguí empleo con Dok. A Belen y a mi mamá nunca les gustó. Recibía muchos golpes. A ti te hubiera ido muy bien si te hubieras quedado.

La chica le rodeó el brazo con su mano y le dio un empujoncito juguetón.

—Lamento haberte pegado. ¿Alguna vez dejarás de recordármelo?

La sensación en sus entrañas se agudizó cuando ella lo tocó, pero se obligó a enfocar su atención.

—Belen me consiguió un trabajo en la granja de Kat Saka, pero me sentía impaciente. Casi me enrolé en la academia de la Nueva República cuando se fueron casi todos los jóvenes de mi edad.

—¿Qué te lo impidió?

Nada se lo había impedido, o quizá todo lo había hecho. Quería irse desde hacía mucho tiempo, pero cuando se le presentaba la oportunidad, simplemente regresaba a su rutina. Todas las veces. Al principio fue su madre, cuando enfermó. Luego no podía dejar a Belen. Después Kat Saka le imploró que se quedara para otra cosecha porque su negocio estaba prosperando. ¿Y luego? Las palabras de Haal pasaban de nuevo por su mente. Ya no había nada que lo amarrara a ese planeta. ¿O sí?

—Nunca me pareció el momento correcto. —Quería impresionarla y hacerle saber que había posibilidades en su futuro—. ¿Qué me dices de ti?

—No hay mucho que contar. —Izzy dirigió su atención al menú de una sola cara que estaba roto de las orillas. Echó su cabello hacia atrás y reveló una grapa metálica prendida de su oreja.

—No me digas eso. Cuando éramos niños querías ser senadora de un planeta que llamabas Ata Walpa, darles a los ciudadanos todos los dulces inflados que pudieran comer y prohibir la hora de dormir.

Cuando Izzy rio a carcajadas, aparecieron arrugas en los rabillos de sus ojos y se abrazó el estómago. Fue solo por un instante, pero el orgullo que sintió Jules al provocar esa reacción de alegría en ella… Bueno, fue algo que no se suponía que fuera a sentir con tanta rapidez y, sin embargo, quería lograrlo de nuevo.

Como eran de los únicos niños en su comunidad en aquel entonces, se habían unido por el simple hecho de no tener más opción. Cuidaban uno del otro mientras sus familias trabajaban. Inventaron mundos enteros que descubrir. Parte de él extrañaba lo fácil que era hacer planes cuando no había ramificaciones, ni expectativas ni posibilidades de fracaso. Se preguntó si esa era la razón por la que se le había dificultado tanto decidir cómo sería su vida después de renunciar a la granja de Kat. Con la mera fuerza de su presencia, Izzy le recordaba los niños que fueron, los chicos que solían montarse en las agujas petrificadas, correr por los campos y reír hasta que les doliera.

—Estoy muy lejos de la política —respondió ella antes de morderse el labio inferior.

—¿En qué problemas te estás metiendo?

—¿Por qué supones que estoy metida en algo malo?

—Nací y crecí en este lugar, ¿te acuerdas? Puedo detectar un trato potencialmente malo a un kilómetro de distancia.

—Ah, ¿sí? —Desafiante, Izzy apretó los labios, un reto que él hubiera dado todo lo que tenía con tal de igualarlo—. Vamos a dar una mirada alrededor, ¿te parece? Mira ese grupo de allá. ¿Cuál supones que es el asunto que se traen?

Jules se inclinó hacia ella y un rizo suelto de su cabello le rozó la mejilla.

—Veamos, tengo una ligera ventaja en este caso porque por casualidad conozco a la tripulación de Shelhorn. Transportan embarques de madera para el Wooden Wookiee.

—Bueno, entonces ¿a *quién* no conoces, si es que eres tan bueno para interpretar lo que la gente se trae entre manos?

Jules giró su asiento y exploró las mesas que cubrían el lugar como si fuera un comedor del ejército. Había un grupo de aspecto grave, vestidos de negro, en la entrada del hangar. Izzy pareció verlos al mismo tiempo que Jules.

—Están aquí para reclutar —afirmó él, con gran cuidado de no señalarlos—. Pero cualquiera podría decírtelo.

—Eso lo explica —murmuró la joven.

—¿Explica qué?

—Hace rato me perdí y me topé con un stormtrooper.

Jules abrió los ojos con asombro y entendió al instante que esa fue la razón por la que Izzy casi quiso derribar la puerta de Dok.

—No tengo nada que esconder —continuó ella con rapidez, casi a la defensiva—. Nunca había visto uno en persona. ¿Es necesario que parezcan tan…?

—¿Espeluznantes? —dijeron al unísono.

Se estaban acercando uno al otro, como si sus susurros no pudieran salir de la burbuja que los rodeaba.

—Inicialmente, cuando llegaron, se mantenían en su sitio, pero se han tomado libertades con su presencia.

—¿Pueden hacerlo? —preguntó Izzy.

—No importa si pueden, de todos modos lo hacen —respondió él—. Mi hermana ha estado trabajando horas extra en la granja de Kat porque la mitad del personal se fue a enlistarse. Me sorprende que alguien de la Primera Orden se atreva siquiera a comer aquí debido al temor a que los envenenen.

Cuando Izzy frunció el ceño, la pequeña arruga de preocupación entre sus cejas se acentuó.

—¿Por qué es así?

Cookie seguía volteado de espaldas a ellos, aplastando algún tipo de tortitas de carne con una gran espátula. Los jugos de la carne chisporroteaban en la parrilla caliente y alrededor se elevaban las voces de animadas conversaciones sobre el precio del combustible y el caos en Toledian después de un accidente minero que destruyó su principal ciudad. Por lo común, Jules se hubiera puesto a escuchar con disimulo cada trozo de información que pudiera obtener de la galaxia, pero por el momento Izal Garsea representaba mil planetas en una sola persona.

—A Cookie no le gusta hablar de ellos —dijo aclarándose la garganta.

Al escuchar su nombre, el gran cocinero artiodac volteó dando pisotones hasta quedar frente a Jules. Los brazos de Cookie eran de dos tamaños: uno era grueso y largo, y el otro más delgado y corto. Era un misterio cómo podía caber cómodamente detrás de la

parrilla, pero allí era donde parecía más tranquilo. Agitó su espátula con su brazo más corto.

—¿A Cookie no le gusta hablar de *quién*? —preguntó con su fuerte acento en idioma básico galáctico.

—Cookie —respondió Jules sin dar lugar a explicaciones—. Te traje un nuevo cliente. Esta es Izzy Garsea, una vieja amiga.

El cocinero miró a la chica, que estiró una mano para saludarlo. Jules estaba casi seguro de que Cookie le daría un golpe con la espátula, así que se sorprendió tanto como cualquiera de los que los rodeaban de que se la estrechara con su enorme mano de piel grisácea mientras murmuraba una bienvenida.

—Tu vieja amiga, ¿no? —comentó. Luego sus bulbosos ojos voltearon hacia el grupo vestido de negro que estaba en la entrada. Los oficiales parecían mantenerse más erguidos por pura incomodidad, con las narices volteadas al cielo como si intentaran alejarse lo más posible del suelo. No entraron al hangar—. *Basura* de la Primera Orden. Mira el descaro de aparecerse por aquí. ¿Qué tan lejos debo viajar por la galaxia para alejarme de ellos?

Izzy se inclinó hacia delante con una mirada engañosamente dulce. Jules la había visto usar esa mirada cuando quería obtener algo de su padre.

—Quizá me arrepienta de preguntártelo, pero ¿qué te hicieron?

Cookie volteó, golpeando más fuerte con los pies como si estuviera encerrado dentro de una caja. A Jules le preocupó brevemente que el chef destruyera el mostrador de su propia parrilla en un arranque de rabia y que luego friera la carne sobre los carbones que quedaran.

—Hicieron explotar el último lugar donde trabajé. Era el castillo de Maz Kanata. —Se escuchó un gruñido que salió de la profundidad de su garganta y su mirada se tornó desolada—. Qué pena. Fue una pérdida lamentable. Esa es la razón por la que me llevé mis asuntos a otra parte, para buena suerte de todos ustedes.

Jules ya había escuchado la historia tantas veces que prácticamente podría recitarla. La Primera Orden había llegado al planeta de Cookie persiguiendo a la Resistencia, que era un tema del que hablaba cada vez más gente en estos días. En lugar de escuchar la narración del cocinero, se enfocó en las expresiones faciales de la joven, que abría los ojos con asombro y se le cortaba la respiración en los momentos correctos.

—Qué horrible —murmuró ella.

—Me las ingenio —respondió Cookie, y su voz recuperó un tono más tranquilo—. El negocio va bien. ¿Qué te sirvo?

Izzy ni siguiera miró de nuevo el menú.

—Sorpréndeme. Estoy segura de que será muy bueno.

Al cocinero pareció agradarle eso y su ancha boca hizo un movimiento extraño. Jules pensó que Cookie parecía adolorido, pero luego se dio cuenta de que esa debía ser su versión de una sonrisa.

Mientras el chef regresaba a la parrilla dando pesados trancos, Jules no pudo evitar observar a Izzy.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Simplemente estoy imaginando cómo viajaste por toda la galaxia conquistando corazones.

Su intención había sido que fuera un cumplido, pero el rostro de la chica mostró una sombra de tristeza. Quiso poder retirar su comentario. Solo había sido cuestión de tiempo que dijera algo incorrecto, pero un momento después Izzy cambió de expresión y volvió la vista hacia el hangar para señalar a un joven togruta y a un niño humano de piel morena y cabello muy corto.

—¿Qué me dices de ellos? —preguntó reanudando su juego—. ¿Conoces su historia?

—Bueno, no sé —dijo pensativo—. Esos dos son de un tipo muy peligroso.

La chica inclinó la cabeza a un lado y puso cara de incredulidad.

—¿En serio?

Jules apenas podía contener la risa cuando contestó:

—Son piratas y les roban los lentes a las viejitas cuando tienen oportunidad. Te apostaría que están en la lista de Dok y todo lo demás.

Como si se percatara de que lo estaban viendo, el togruta levantó la cabeza y se le iluminó el rostro con una sonrisa despreocupada que parecía todo menos peligrosa. Los dos gritaron su nombre.

—Estás tratando de jugarme una broma, Julen Rakab.

—¿Y está funcionando? —replicó Jules, sonriendo.

—Ni un poquito.

—¡Jules! —gritó el togruta mientras corría hacia él—. Qué bueno verte, compañero.

—Izzy, estos son Neelo y Fawn. Hoy van a tocar en la cantina de Oga.

Neelo, el togruta, llevaba una túnica negra y cicatrices modificadas en los brazos. Tomó a Jules de los hombros y se los apretó.

—Vas a venir, ¿verdad? Te necesitamos allí. Y lleva gente, tenemos que demostrarle a Oga que sí somos buenos.

—Tocamos después de Rex —indicó el niño humano llamado Fawn con su voz profunda y naturalmente monótona—. Lleva a tu amiga.

—¿A mí? —preguntó Izzy señalando a su pecho—. No puedo.

Jules sintió una punzada de decepción. Ya sabía que no se quedaría por largo tiempo. Le entregaría a Dok lo que fuera que hubiera pedido y luego se iría. Se preguntó si esta segunda vez la extrañaría más o menos.

—Mala onda —comentó Neelo, pero levantó un puño hacia Jules.

Las voces aumentaron como si un enjambre de abejas recorriera a la multitud a medida que entraba al hangar un nuevo grupo que venía de la plaza. Los platillos salían cada vez más rápido y, además de sus pedidos, Cookie colocó dos vasos de jugo frío de moof frente a los dos como cortesía de la casa. Jules nunca recibía cosas gratis.

—Ahora regreso —anunció Izzy mientras se ponía de pie de manera tan abrupta que casi se tropezó.

Jules la tomó del brazo y ella volteó.

—¿Qué pasa? — le preguntó.

—Nada —respondió ella y el tono de su voz se elevó. El chico detectó la mentira, pero ¿quién era él para presionarla? ¿Un viejo amigo? Ella no le debía nada, ni siquiera una explicación. De cualquier forma le preocupó.

—Tengo que llamar a mi jefe. Debí hacerlo antes, pero… Ahorita regreso.

Esbozó una sonrisa tensa, y Neelo y Fawn se hicieron a un lado para dejarla pasar. Manteniendo la cabeza baja, se infiltró en la multitud. ¿Estaría huyendo de alguien? No había stormtroopers y no había reaccionado de ese modo al ver a los oficiales de la Primera Orden en la puerta. Los jugadores de dados se habían ido, pero habían llegado nuevos comensales: un grupo que Jules nunca había visto. Uno era un joven humano alto con el cabello azul y peinado hacia atrás con algún producto brilloso. Le susurró algo a su acompañante, una joven mujer que tenía más o menos la misma edad que Jules, aunque podía ser mayor, y que llevaba una brillante trenza pelirroja que colgaba sobre su hombro como una cuerda.

—Esto me huele a problemas —comentó Neelo mientras tomaba el asiento que había dejado la chica. Le arrebató el vaso de jugo de moof a Jules y se lo bebió.

—Los problemas pueden ser divertidos —dijo Fawn, encogiéndose de hombros con esa actitud despreocupada que era tan común en él.

Jules se dio cuenta de que sus amigos estaban hablando de él, y también de Izzy.

—No es lo que piensan.

—No creo que sepas qué pensamos —dijo Neelo al mismo tiempo que se limpiaba los labios con el dorso de la manga—. ¿Te vas a comer eso?

—Sí —respondió Jules, pero sabía que Neelo iba a tomar de todos modos parte de la gallina frita de su amigo.

La única razón por la que no se quejó fue porque sabía que tenían dificultades para conseguir tocadas después de que los visitantes al puesto de avanzada habían menguado. Y también en parte porque estaba observando y esperando a que Izzy regresara.

—Ya escúpelo —continuó. Antes de que Neelo se lo tomara literalmente, le explicó—: Dime lo que estás pensando.

—Puedo ver cómo se te aproxima una decepción amorosa desde diez klicks de distancia —comentó Fawn, asintiendo con la cabeza a un ritmo que solo él parecía escuchar.

Neelo se pasó la gallina frita con el resto de la bebida de Jules.

—Siempre haces lo mismo, compañero. Te alucinas con chavas de otros planetas que te abandonan.

Jules no estaba obligado a escuchar eso, pero de todos modos se quedó sentado allí.

—Nómbrame una ex…

—La prima de Fawn que llegó de visita desde Coruscant hace tres años —indicó Neelo y empezó a contar con los dedos.

—De verdad me gustaba su música —dijo Jules encogiéndose de hombros.

—La contrabandista de Onderon —añadió Fawn levantando una ceja—. Jali…

Jules se frotó el rostro con las manos y, cuando oprimió con demasiada fuerza su nariz, hizo una mueca de dolor.

—Anjali. Simplemente le estaba dando indicaciones.

—Sí, hacia tu caja fuerte —respondió Neelo con un resoplido de risa.

—Ya basta —les dijo a ambos. De por sí ya era difícil revivir sus propias malas decisiones, pero sus amigos eran espejos de los que no podía escapar.

—No te olvides de la hija de aquel senador de Naboo.

¿Cómo podría olvidarla? Si recordaba bien, se les acabó el combustible y se detuvieron en Batuu por unas horas. Jules estaba trabajando en el puesto de Kat y la hija del senador quería comprar los coloridos granos inflados. Le embelesaron tanto su belleza, la elegancia de su vestido color bronce y la manera en que llevaba trenzado su cabello negro. Estaba seguro de que había sido amor a primera vista; de hecho, estaba tan seguro que se le olvidó cobrarle. Necesitó trabajar horas extra para pagarle a Kat esa venta, y aparte nunca supo su nombre.

—Están haciendo que parezca un idiota enamoradizo —dijo Jules.

Neelo y Fawn intercambiaron miradas que decían que eso era exactamente lo que pensaban de él.

—No es así —replicó Jules. Verbalizarlo implicaba admitir cosas que no estaba listo para reconocer. En lugar de ello, continuó—: Izzy fue mi primera amiga. Vivía en la casa de al lado. Y sí, fue hace mucho tiempo, pero no te olvidas de alguien con quien acostumbrabas estar todos los días.

—Yo no la recuerdo —dijo Fawn.

—Su familia se fue antes de que ustedes dos llegaran. No importa. No la he visto desde entonces y le estoy enseñando el puesto de avanzada. Eso es todo.

Neelo asintió mientras escuchaba sus palabras.

—Dices eso, pero no dejas de mirar a la entrada desde que se fue.

—No la llevaste al árbol de los deseos, ¿o sí? —preguntó Fawn haciendo una mueca.

Jules quería pedirle a Cookie que le golpeara la cabeza con la espátula cubierta de gallina frita hasta desmayarlo.

—No diré que lo hice.

—¡Claro que la llevó! —exclamó Neelo entre risas.

—Mira, vas a hacer tu clásico *Jules* —afirmó Fawn.

—No sé ni a qué te refieres —afirmó el chico con incredulidad.

—Ya sabes. La galantería y la sinceridad. Así eres tú. Simplemente cuida de ti mismo aunque sea una vez.

En el fondo de su alma, sabía que tenían razón. Mientras se preparaban para irse, se despidió de ambos estrechándoles rápidamente la mano.

—Suerte en tus recorridos, compañero. Y no te olvides del show de esta noche —le recordó Neelo.

—Los veré allí —les gritó Jules desde el otro lado del hangar.

Tomó un trozo de gallina frita y lo metió en la picante salsa que la acompañaba. Miró al asiento vacío de Izzy y luego de nuevo hacia la puerta. No podía quitarse la sensación de que algo la había asustado. Se había llevado su mochila. ¿Qué tal si necesitaba ayuda?

Se levantó para ir a buscarla, pero luego pensó en lo que le habían dicho sus amigos y se obligó a sentarse de nuevo. Tenía que confiar en que la Fuerza misma los había reunido ese día, y tenía que confiar en que, si ella quería regresar por sí sola, lo haría.

Pero los minutos pasaron lentamente y se acabó todo su plato sin que hubiera señales de Izzy Garsea.

IZZY

CAPÍTULO 8

Mientras se alejaba de Jules y de sus amigos, Izzy lanzaba maldiciones en voz baja. Todo su cuerpo hervía de rabia, pasaba después a la tristeza y luego regresaba al enojo. De todos los planetas de la galaxia, Ana Tolla y su tripulación tenían que estar en Batuu. Ella quería encontrar un trozo de tierra donde enterrarse. No podía verlos de nuevo. Pasó deslizándose junto a las paredes grasientas del hangar, manteniendo la cabeza baja. Siempre quiso una capa, y en ese instante, mientras salía al patio exterior, le hubiera resultado útil para ocultarse.

No pensaba dejar a Jules, pero necesitaba un poco de aire. ¿Qué estaban haciendo allí? Pensó en el trabajo al que se habían ido la noche anterior. ¿Habían estado en Batuu todo ese tiempo o de camino se detuvieron en algún otro sitio?

—No importa —murmuró para sí misma—. Están aquí y no pueden saber que *tú* también estás.

Lo último que quería era que Damar pensara que lo estaba siguiendo. Sintió náuseas al pensar en él y en la forma en que permitió que le susurrara al oído sus estúpidas promesas. Odiaba en lo que se estaba convirtiendo su mañana con Jules debido a que era una cobarde y decidió esconderse.

Subió a un patio amurallado y se ocultó detrás de un árbol cuando vio que Neelo y Fawn se iban del hangar.

En ese momento, una mano le tapó la boca y la jaló hacia las sombras entre el muro y el tronco del árbol. Izzy lanzó el codo hacia atrás y trató de tomar su bláster.

—Calma —susurró una voz conocida, y entonces la mano la soltó.

Al voltear, se encontró con el rostro de Ana Tolla, cuya gruesa trenza roja descansaba sobre su hombro como una serpiente. Izzy mantuvo los brazos a sus costados, donde podría tomar su bláster. Aunque Ana tenía los brazos levantados como muestra de que no era su intención hacerle daño, Izzy no estaba lista para bajar la guardia.

—¿Qué quieres?

—Me preguntaba si nos habías visto —respondió Ana Tolla recargándose contra el muro con tranquilidad y sonriéndole de manera petulante—. No tenías que esconderte.

—No me escondo —la contradijo la chica, odiando lo engreída que sonaba la otra mujer. Por supuesto que se estaba ocultando—. Simplemente es que ustedes son los últimos en la galaxia a los que querría ver.

—Eso no es lo que dice Damar —respondió Ana mirándose las uñas.

—¿Qué quieres? —preguntó de nuevo, indignada.

—Como un millón de créditos y una pequeña luna donde pueda dedicar mi tiempo a broncearme —respondió y luego soltó una carcajadita sombría—. En este momento, sin embargo, quiero saber por qué nos seguiste. Nadie conocía mis instrucciones, a menos,

por supuesto, que quieras decirme si alguien de mi tripulación sintió la suficiente compasión por ti como para darte su ubicación.

—¿Te refieres a Damar? Por favor —exclamó, burlona—. Estoy aquí por un asunto mío.

Ana levantó una delgada ceja pelirroja.

—Lamento que las cosas hayan salido de este modo. Tú… bueno, tuviste tu utilidad, pero no tienes lo que se requiere para esta ocupación.

—Te desviaste de tu camino para venir a insultarme —respondió la chica y movió los dedos en el aire—. Pues siéntete en confianza para seguir adelante y alejarte de mí tanto como sea posible.

—Me desvié de mi camino para pedirte una tregua.

—Ni te preocupes, no vine aquí para buscarte.

—Al menos sé eso. Tus habilidades de supervivencia rivalizan con las mías.

Izzy quería gritar.

—No me parezco a ti en nada.

—Te iría mejor si te parecieras a mí —soltó Ana Tolla con una voz que sonó como un ronroneo—. ¿Tenemos un acuerdo? Mantente fuera de mi camino y yo me mantendré lejos del tuyo.

Izzy miró a la gente que caminaba junto a ellas. Era tan fácil pasar desapercibido en ese lugar. Nadie parecía escatimar una segunda mirada en las dos jóvenes que se ocultaban entre las sombras.

—No me importa lo que hagas ni por qué estás aquí —replicó Izzy con voz dura.

—Ese granjero con el que estabas. ¿Qué sucede con él?

Izzy sintió que el calor le subía por el cuerpo.

—¿Por qué?

Ana arqueó sus delgadas cejas, se cruzó de brazos y todavía tuvo la audacia de parecer aburrida.

—Por simple curiosidad.

Izzy había pasado el tiempo suficiente con la líder de la tripulación como para saber que nunca se interesaba en nadie a la ligera. Todo lo hacía con un motivo. Podía quedarse con Damar, pero Jules estaba fuera de discusión. La chica requirió de todas sus fuerzas para tragarse la rabia que le quemaba por dentro. Sabía que no podía impedir que Ana Tolla y los otros hicieran su trabajo, pero sí podía hacer que Jules les pareciera menos atractivo.

—Es solo un tonto granjero que nunca saldrá de este planeta —respondió, odiando cada palabra al mismo tiempo que la pronunciaba—. No es nadie.

—¿Viniste hasta acá para revolcarte con un granjero? —preguntó Ana para provocarla—. Damar no vale todo ese esfuerzo.

Esta vez, Izzy le lanzó la misma sonrisa que le había visto a su madre y que retaba a cualquiera a pelear con ella.

—Mantente fuera de mi camino y yo me mantendré lejos del tuyo.

—Quizá me equivoqué contigo, Izzy. —Ana Tolla se alejó de la pared y al pasar a su lado le dio un empujón con el hombro—. Aunque, por tu bien, espero que nunca nos volvamos a topar.

Izzy presionó las manos contra el tronco del árbol hasta que dejaron de temblarle. Si Ana Tolla estaba en Batuu, eso no podía significar nada bueno. «No tienes lo que se requiere para esta ocupación». La feliz reunión con Jules tendría que interrumpirse. Su propia decepción no la sorprendía, pero su temor de encontrarse de nuevo con Ana Tolla era más fuerte. Izzy debía largarse de ese planeta y alejarse lo más posible. Tendría que inventar una excusa que darle a Jules y esperar que lo entendiera. Unos momentos después, regresó al restaurante de Cookie. Ana Tolla y los demás se habían ido. «Qué bueno», pensó.

Detectó a Jules, que charlaba con el cocinero. Regresó con él despacio, repasando en su mente cómo se despediría a continuación. Sintió que el corazón se le estrujaba dolorosamente al pensarlo, pero sabía que eso era lo mejor.

«¿Lo mejor para quién?», pensó. «¿Para Jules o para ti?». A él no le importaría. Tenía una buena vida e Izzy era simplemente otra rezagada que pasaba por el lugar. La olvidaría en unos cuantos días.

«Pasaron trece años y sigue recordándote», le respondió su mente intranquila.

—Hola —saludó Izzy y, cuando él volteó para verla, podría haber jurado que parecía aliviado. Se sentía bien saber que le importaba lo que le sucediera.

—¿Qué pasó, Izzy?

Su sonrisa no debería haberle causado tanta confusión. Una parte de ella quería tocar su cabello y enredar un dedo en uno de los rizos sueltos que caían sobre su frente. Quería descansar su mano en su amplio hombro y… ¿Luego qué? ¿Felicitarlo?

«¿Viniste hasta acá para revolcarte con un granjero?». Maldita Ana Tolla por meter esa idea en su mente. Sin embargo, se habría estado mintiendo si dijera que eso no le había cruzado ya por la mente, aunque fuera por un segundo.

Antes de que pudiera soltar su retahíla de excusas, Cookie se acercó a ellos al otro lado del mostrador.

—No te comiste tu gallina frita —se quejó en tono bajo.

Izzy tomó un trozo de la crujiente carne frita y la mojó en la salsa roja. Estaba deliciosa a pesar de estar fría y se dio cuenta de que apenas había comido desde el día anterior. Cookie fue con otro cliente y trató de atraer su atención. Izzy le debía una explicación a Jules. Lo que fuera.

Él la miraba con paciencia. Tal vez era la comida o el calor que irradiaba la parrilla, pero otra vez se sintió tranquila. No: cuando terminó de comer y miró al chico, supo que era su compañía lo que la calmaba. Trató de prolongar ese instante y se dejó llevar por la confortable suavidad de su presencia. Jules evocaba líneas suaves y bellas, mientras que ella se sentía como fuego de bláster y caos, aunque el caos solo estuviera dentro de su cabeza.

—Tengo que ir… —dijo Izzy sin poder terminar la frase.

Jules levantó un pulgar señalando a la entrada del hangar.

—Los baños están pasando el patio.

—Me refiero a que tengo que irme —contestó mordiéndose los labios para sofocar la risa—. Tengo que ir con Dok y dejarle esto.

El chico se recargó en el mostrador y se acercó a ella. De pronto, Izzy sintió mucha sed y tomó el vaso de jugo de moof. Era agradablemente dulce y cremoso.

—¿De qué estás huyendo? —preguntó Jules.

No estaba preparada para que la mirada de sus oscuros ojos fuera tan profunda, pero enderezó los hombros e hizo a un lado sus dudas, enterrándolas tan hondo que no pudieran volver a salir.

—Mi jefe me necesita y este paquete no se entregará solo.

—Mentirosa —respondió él, agitando un dedo frente a ella con una sonrisa un poco presuntuosa—. Me da gusto que todavía sea capaz de darme cuenta de que estás mintiendo.

Izzy se sintió ofendida, principalmente porque no creía ser tan transparente. A lo largo de los años había cultivado sus mentiras y había aprendido a calmar el tono de su voz cuando estaba en problemas. Era una piloto de buen nivel y más o menos buena tiradora, pero hasta ese momento se había considerado una *gran* mentirosa.

—Me ofendes —replicó.

—Yo me siento más ofendido de que creyeras que no me daría cuenta —dijo el chico mientras se recargaba en el codo; aunque no parecía enojado, pasó frente a sus ojos una sombra de pena. Izzy no quería causarle dolor—. No tienes que decirme qué ocurre, pero no estoy aquí para juzgarte.

¿Por qué tenía que ser tan irritantemente paciente? Hubiera sido más fácil alejarse de él si fuera… ¿Qué? ¿Más parecido a Damar? Izzy inhaló profundamente y luego cedió.

—Vi a alguien a quien reconocí.

—¿Una ruptura amorosa? No, espera. Un corredor de apuestas. Un viejo maestro que te reprobó. No me digas. Soy buenísimo para este juego. —Nada de eso era divertido, pero Izzy no pudo evitar reírse—. Puedo seguir, ¿eh?

—Puedes detenerte, porque ya adivinaste.

Los ojos castaños del chico examinaron su rostro.

—¿Un maestro?

—Una ruptura amorosa. Probablemente la peor de mi vida.

No era como si tuviera mucha experiencia en ese campo. Había tenido un novio en su curso de política galáctica cuando estaba en la academia, antes de abandonar los estudios. Pero lo que había puesto fin a la relación es que conoció a los padres de su novio, a quienes no les gustaba una huérfana sin posición social ni aspiraciones de convertirse en esposa de un político.

—Ajá —contestó Jules.

Cruzó y descruzó los brazos, y evitó el contacto visual directo. Era enternecedor mirarlo esforzarse para mantener la calma. Se mostró más reservado y silencioso que en

ningún otro momento en toda la mañana, lo cual significaba que estaba rebosante de preguntas.

—Supongo que en realidad sí soy muy bueno para este juego.

—Me tomó por sorpresa.

La rodilla del chico empezó a saltar mientras exploraba al grupo de comensales que tomaban un desayuno tardío en el hangar.

—¿Está tratando de que regreses con él?

—Definitivamente no está aquí para que regresemos.

—Entonces es un idiota —concluyó con una sonrisa.

Si no lo hubiera creído absurdo, habría pensado que estaba celoso. Quería tocarlo, pero mantuvo las manos sobre sus propias rodillas con firmeza.

—Tengo curiosidad, Izzy —continuó él—. ¿Por qué otra razón terminarían los dos en el mismo puesto de avanzada si no te está buscando?

—Está con mi antigua tripulación, pero yo no estaba enterada del trabajo que iban a hacer.

—Espera —la interrumpió Jules—. ¿Esa es la razón por la que viniste? ¿Estabas huyendo?

—¡No! Estoy haciendo exactamente lo que vine a hacer. Entregar un paquete, recibir mi pago y largarme.

De nuevo, Jules mostraba la misma mirada de pena y ella lo lamentó en el mismo instante en que lo dijo, pero era demasiado tarde para retractarse. Desvió la mirada hacia un pequeño que estaba al otro extremo del hangar, persiguiendo a una criatura emplumada y gritando «¡Gallinita, gallinita!». Izzy pensó que por lo menos la comida de Cookie era fresca y después volteó de nuevo hacia su acompañante. Por mucho que odiara ser la causa de la mirada de desengaño que pasó por su rostro, no quería quedarse y toparse de nuevo con la tripulación de Ana Tolla. Y entonces tuvo una idea… pero no, él no querría. ¿O sí?

—Ven conmigo —le propuso.

Valió la pena ver cómo entreabría los labios por la sorpresa.

—¿Qué?

—Dijiste que querías irte y yo puedo llevarte a cualquier parte —respondió Izzy.

Mientras hablaba, sentía su piel cada vez más caliente, pero luego recordó rápidamente que su nave solo tenía un camarote, porque el otro estaba lleno de cosas para mantener libre la bodega de carga. «Revolcarte». «Granjero». Necesitaba quitar de su mente esos pensamientos. ¿Cómo habían pasado de hablar de su infancia a esto?

—No puedo —contestó él.

El alivio que sintió rivalizaba con su desilusión. Por supuesto, no pensaba que aceptara. Recordó al niño que había sido y que jugaba con piedras llamándolas naves. Ese niño nunca se fue. Había algo que mantenía a Jules en Batuu y ella deseaba saber qué era. ¿Se lo diría?

—Fue una idea tonta. Olvídate de que lo dije. —Izzy se bebió el resto de su vaso de un solo trago.

—Está olvidado. Ven, te acompañaré de regreso.

Pagaron y se despidieron de Cookie. Cuando salieron a la soleada mañana, ella se protegió los ojos con la mano. Jules se quitó el pañuelo azul y blanco que llevaba en el cuello y se lo ofreció. Se sentía como un ofrecimiento de paz, y la chica se envolvió la cabeza con él y luego arrojó uno de los extremos sobre su hombro.

El pañuelo tenía un dulce aroma, como a hierba, néctar y algo que pertenecía únicamente a Jules. Nunca había pensado dos veces en el olor de nadie excepto para describirlo como «agradable» o «insoportable». Ni siquiera podía recordar a qué olía Damar. Tal vez a los químicos del producto que usaba en su cabello. ¿Por qué con Jules era diferente? «Ya sabes por qué, estúpida», pensó mientras recorrían el accidentado camino hasta la estación de combustible.

Jules había declinado su oferta y la tripulación que la había abandonado hacía menos de veinticuatro horas antes estaba demasiado cerca como para que Izzy se sintiera cómoda. Una parte de ella quería meterse en su camarote del *Meridian* y esconderse. Pero ¿por qué tenía que ser ella la que se escondiera? No había hecho nada más que confiar en la persona incorrecta. Y ella era más fuerte que esto. Tenía que serlo.

—¿Sabes qué? Podría pedirle a alguien que se ocupe del tipo —dijo Jules—. Simplemente dilo. La cantina de Oga siempre está llena de sicarios, o podríamos darnos una vuelta por el Callejón del Contrabandista.

Ella soltó una carcajada.

—Sé que no nos hemos visto en mucho tiempo, pero dudo mucho que seas capaz de mandar asesinar a alguien.

Jules sonrió y de algún modo logró parecer inocente a pesar del tema del que hablaban.

—Nunca dije nada sobre matar a alguien. Estoy diciendo que uno de los cargamentos de Bina que transporta chinches de enebro podría terminar por casualidad en su cama. No son carnívoras, pero pican como locas.

Izzy sacudió la cabeza, pero rozó su hombro con el suyo.

—Eso me pasa por no hacerle caso a mi madre.

—¿Qué te dijo tu madre? —preguntó Jules.

Podía sentir la intensidad de su mirada, pero todavía no estaba del todo lista para verlo a los ojos. Recorrió el suave borde del pañuelo con los dedos.

—Me dijo que la única persona en la que puedes confiar es en ti misma.

Jules frunció el ceño.

—Esa es una forma muy solitaria de vivir.

—¿Qué sabrás tú de esas cosas?

—Sé que un canalla no vale la pena como para dejar de confiar en toda la galaxia. La confianza es una habilidad y, si solo confías en ti misma, ni siquiera estás haciendo el intento.

—No sabes lo que pasó —soltó ella con enojo.

—Puedes decirme —le respondió con dulzura mientras apartaba con la mano un adorno de madera que colgaba de un toldo para no golpearse la cabeza.

Izzy se preguntó por qué él no podía responderle también con enojo y por qué ella misma pensaba que la respuesta para todo era gritar. Estaba perdida de nuevo. Todas las calles en el puesto de avanzada de Black Spire parecían confundirse unas con otras y no lograba orientarse. Todos los árboles petrificados se veían iguales. Se sintió agradecida de estar con Jules o habría terminado en otro callejón sin salida y con otro trooper. «Confías en Jules», se dijo, tratando de razonar consigo misma. Pero su madre le había enseñado una cosa terrible: cómo ser terca.

—Entonces, si Cookie te envenenara con su comida, ¿simplemente volverías a comer allí porque confías en que no volverá a pasar?

Jules soltó un resoplido de asombro fingiendo que se sentía ofendido.

—Discúlpate por tus palabras.

—¿Ya ves? —Izzy empezó a voltear hacia los arcos.

—No veo nada, Izzy Garsea. —Jules la jaló de la manga y la orientó hacia la dirección correcta, por un callejón que olía a tintes y jabón—. Esas dos situaciones no tienen nada en común. Una es la comida y la otra es el amor, aunque te diría que son una y la misma cosa.

—Simplemente evitas decirme que tengo razón.

—Estás equivocada —insistió Jules, jugueteando con sus suaves rizos castaños y con actitud de frustración—. Si me intoxicara en el restaurante de Cookie, y que las agujas petrificadas no lo permitan, no me dejaría morir de hambre por miedo a enfermarme de nuevo. Todos tenemos que comer.

Izzy quería negar que alguna vez hubiera amado a Damar. Pero ¿no era esa la razón por la que su abandono la puso furiosa? Descubrió que el peso que sentía en el pecho tenía todo que ver con lo que no estaba diciendo. Así que le contó a Jules acerca del día anterior y de cómo Damar la abandonó en medio de una pelea. No habló de la parte relacionada con que era su cumpleaños porque la hacía sentir infantil.

Él se quedó en silencio, con las manos cerradas en un puño. Su fuerte mandíbula estaba apretada y los músculos de su cara se veían tensos.

«Lo logré», pensó Izzy mientras veía cómo se despertaba el enojo en él. «Logré alterar a Jules Rakab».

—Mi oferta original sigue en pie —dijo el joven al fin.

—No necesito que nadie me defienda, Jules. Además, estoy bien. Cuéntame sobre Belen.

Izzy le tomó la mano y el puño se relajó ante el contacto. Tenía los dedos callosos y tibios, y sus manos eran fuertes gracias a toda una vida de trabajo intenso. La chica se obligó a soltarlo, aun cuando lo único que quería era aferrarse a él con más fuerza.

Jules le habló de su hermana, de su cuñado y del pequeño departamento que compartían. Parecía tan firme, como si fuera su terreno y perteneciera allí. Los

transeúntes y comerciantes lo saludaban por su nombre y se animaban al verlo. Si sus padres nunca se la hubieran llevado de Batuu, ¿su amistad habría cambiado? ¿Habrían sobrevivido al incendio? ¿Al virus? ¿Ella y Jules se habrían vuelto más cercanos o se hubieran alejado, como les pasa a algunos amigos? Quería creer que la necesidad de estar entre las estrellas estaba tan arraigada dentro de ella que a la larga se hubiera ido, pero quizás él la habría acompañado.

Cuando llegaron a la estación de combustible, Salju había terminado con el speeder de Jules y estaba trabajando de nuevo en el *Meridian*. Se limpió las manos con un trapo y, por la peculiar expresión en su rostro, Izzy imaginó que tenía malas noticias.

—No vas a creer esto, Jules —dijo Salju—, pero está marchando bien. Reinicié el tablero, jugueteé con los motores y salí a darle una vuelta por el puesto de avanzada. No sé qué le pasó, pero debió de ser un fallo momentáneo.

—¿Fallo momentáneo? —repitió Izzy en forma de pregunta. Los músculos de sus brazos empezaban a sentir las consecuencias de la hora completa que les había tomado empujar el speeder.

Peor fue la risa de Jules mientras sacaba un trocito de gallina frita de su bolsillo y se inclinaba para ofrecérselo al salvaje gato tooka, que aullaba a los pies de la chica.

—Tendré cerca mi intercomunicador por si se descompone de nuevo —dijo Salju mientras se quitaba los anteojos de protección, que le dejaron un contorno de mugre en la frente—. Pero, como te dije, funciona perfectamente. Ahora, si me disculpan, tengo que regresar a la nave de nuestra encantadora visitante.

—Te llevo de regreso con Dok —ofreció Jules—. Me queda de camino.

Izzy había recorrido a pie el puesto de avanzada durante largo tiempo y sospechaba que su amigo exageraba qué tanto le quedaba «de camino», pero aceptó y lanzó su mochila dentro de la cabina. Jules pasó la mano por el tablero y sintonizó una transmisión en la que se escuchó la voz de un droide.

—Este es el DJ R-3X con los últimos éxitos de la galaxia. La siguiente canción es «Cosecha de Black Spire» de Mus Kat & Nalpal, quienes se presentarán únicamente esta noche en la cantina de Oga.

—¿Allí es donde tocarán Neelo y Fawn? —le preguntó a Jules y este le sonrió mientras subía el volumen. La chica quiso grabarse su sonrisa en la memoria antes de irse.

Cuando la dejó en la parte trasera de la tienda de Dok, Jules saltó del vehículo para despedirse.

—Me dio gusto verte, Jules —le dijo mientras le regresaba su pañuelo, pero él negó con la cabeza.

—Te lo presto —dijo—. Tal vez así tendrás una razón para regresar.

Izzy no quería hacerle otra promesa que no podría cumplir, así que lo abrazó. Todo en él era sólido, como un ancla, tan firme como las formaciones rocosas que los rodeaban. Cerró los ojos y se dijo que iba a hacer lo correcto. Tendría que irse tarde o temprano, y Jules pertenecía a ese lugar aunque todavía no lo supiera. ¿A dónde pertenecía ella?

Como siempre, ya lo averiguaría, pero primero tenía que desprenderse de su abrazo.

—Que las agujas petrificadas te protejan, Izzy —le susurró al oído y luego la soltó.

La joven no sabía qué quería decir con eso, pero estaba segura de que era algún tipo de despedida. Metió la mano dentro de la cabina, tomó su mochila y luego vio cómo se alejaba Jules.

JULES

CAPÍTULO 9

Jules volteó hacia atrás solo una vez, pero Izzy no lo miraba cuando entró a la tienda de Dok. Cuando se alejó lo suficiente, dejó que su mente revisara el último par de horas en compañía de Izzy y entonces lanzó un grito ahogado. Le había pedido que se fuera con ella. Izal Garsea prácticamente le había pedido que huyera con ella. «Ven conmigo». Hubo un momento en que iba a aceptar. ¿Cuándo tendría otra oportunidad como esa? Pero el temor había salido de algún sitio. ¿Qué tal si se odiaban después de ese día? Si tenía cualquier duda, no podía asumir el riesgo. De modo que, como el tonto enamorado que era, dijo que no.

Tuvo razón al decirle que no. Ella no lo dijo en serio, simplemente estaba enojada después de ver a su antigua tripulación y a su viejo… No estaba seguro de que alguna vez hubiera sentido unos celos tan irracionales y ridículos. Jules había conocido a personas terribles en el puesto de avanzada, criminales y pandilleros que venderían a su familia a cambio de un pago, pero no podía imaginar la idea de abandonar a alguien, sobre todo si se trataba de una persona que supuestamente te importaba.

Sin embargo, ¿no era precisamente eso lo que acababan de hacer Izzy y él, abandonarse el uno al otro?

Golpeó el volante y derrapó hasta casi atropellar a una mujer que arreaba a un ikopi de largos cuernos. Después de gritarle una disculpa, se enfocó en el camino.

Tuvo razón al negarse, ¿no es cierto? Si se hubiera ido, estaría aprovechándose de ella porque se sentía sola. ¿Qué le diría a Belen? Por no mencionar todo lo que estaría dejando atrás. No había averiguado aún lo que quería hacer. Las palabras saltaron a su mente: *inversiones, familia, futuro*.

Luego tuvo una idea que lo aterró: después de todos esos años, se habían encontrado de nuevo. ¿Qué tal si Izzy le había ofrecido un futuro y él simplemente lo rechazó? No un futuro *con* ella, sino el principio de la aventura que siempre había soñado. Suponiendo que él le hubiera tomado la palabra (o por lo menos que hubiera aceptado su oferta, aunque estaba seguro de que en realidad no lo decía en serio), ¿a dónde habría ido él? Solo había vivido en Batuu. ¿Qué pasaría si no se portaba a la altura de las circunstancias fuera de su planeta? Tal vez Haal tenía razón al decir que Jules nunca se iría del puesto de avanzada.

Un consuelo era que su speeder funcionaba como nuevo. Aunque Salju podía arreglar cualquier cosa de un modo que nunca había visto lograr a nadie, Jules se maravilló ante la idea de que el vehículo no tuviera nada mal. ¿Cómo podía ser una coincidencia? Regresó a su teoría sobre el destino. ¿Simplemente dejó de funcionar para lograr que Izzy y él terminaran en el restaurante de Cookie en el preciso momento en que su vieja tripulación estaba allí? Si su mente seguía girando, dejaría de funcionar igual que su speeder.

Izzy decidió irse y él no podía seguirla. Resolvió tomar el trayecto largo para visitar a Hondo con el fin de aclarar su mente. Era uno de esos días poco comunes en que el cielo estaba lo bastante despejado como para ver los tres soles. Sin su pañuelo, disfrutaba del calor en su espalda. El puesto de avanzada de Black Spire se veía diferente cuando los soles iluminaban las agujas petrificadas y los árboles silvestres que las rodeaban. Las ruinas de largo tiempo atrás envolvían a las construcciones más nuevas. A Jules siempre le había gustado eso de su planeta natal. A diferencia de las personas de otros sitios de la galaxia, sobre los que había escuchado que destruyeron todos los restos de su pasado, la gente del puesto de avanzada vivía a la par con su historia, arriba de ella y dentro de ella. Era la mejor forma de saber de dónde vienes. Su padre acostumbraba contarle historias sobre los antepasados. Todo el mundo tenía sus propias ideas de cómo se veían y quiénes eran, hasta el punto de que ya no eran más que cuentos que se narraban a la hora de dormir.

Mientras avanzaba a toda velocidad, Jules se percató de tres figuras que peleaban más adelante. Frenó un poco y vio a un humanoide de piel escarlata y a una joven humana que atacaban a alguien. Jules bajó la velocidad de su speeder. Los tres individuos no parecían oírlo. Si Belen pudiera verlo, le diría que siguiera adelante, que tenía un trabajo que hacer y que aquello no era asunto suyo. Pero una sensación visceral y profunda le dijo que tenía que detenerse a ayudar. A veces, le parecía como si su padre le hablara desde más allá del velo para guiarlo. Esperaba que no hubiera sido ese el caso cuando Jules estaba bebiendo y disparándole a las cabezas de los droides en el valle, pero definitivamente sí lo era ahora.

—¡Oigan! —les gritó y saltó de su vehículo.

El humanoide con piel escarlata se quedó inmóvil y giró, mirándolo amenazadoramente con su único ojo negro. Su compañera, una chica humana apenas un poco más joven que Jules pero igualmente musculosa, escupió al suelo.

—Lárgate, ordeñador de moofs —gritó, con sus mejillas gordas y pálidas quemadas por el sol.

Jules se puso las manos en la cintura y sacudió la cabeza.

—No puedo.

«Sí, sí puedes», dijo la voz de Belen en su mente. Sería tan fácil seguir adelante y fingir que no había visto que asaltaban a alguien al borde de un camino de tierra. Había sobrevivido toda su vida en el puesto de avanzada gracias a haber aprendido a devolver un golpe solo cuando era necesario. No todos podían decir lo mismo.

—Por lo menos igualaremos fuerzas —los interrumpió un chico que se apareció detrás de ellos. Uno de sus ojos estaba adquiriendo el color morado de una ciruela y usó un bastón para incorporarse.

Los atacantes se miraron furiosos y luego se fueron.

—Supongo que decidieron que no valía la pena correr ese riesgo por mis baratijas —dijo el chico.

Jules sacudió la cabeza y sintió que su corazón seguía latiendo apresuradamente ante la posibilidad de que hubiera una pelea.

—¿Estás bien?

—He tenido mejores días. —Cubierto con unos pañuelos polvorientos y una larga túnica café, el joven se tocó un costado e hizo un gesto de dolor. Jules le ofreció el brazo para ayudarle a subir de nuevo la pendiente y llegar al camino de tierra, que estaba lleno de piedras blancas redondas—. Me llamo Nate Grattonius —se presentó mientras extendía su mano hacia Jules—. Estoy en deuda contigo.

—Yo me llamo Jules y no me debes nada. ¿Estarás bien?

Nate levantó la capucha de su capa y se sentó en el suelo. Jules se dio cuenta de que había cosas desparramadas por la tierra que no eran simplemente los guijarros. Parecía un montón de basura, pero Jules sabía que un trozo de basura era un tesoro para cualquiera que se dedicara a la chatarra. El chico tenía unos ojos azules brillantes y su cabello parecía recién rapado. La parte superior de sus mejillas y el puente de la nariz estaban ensombrecidos por los moretones que estaban saliéndole. Cuando trató de tomar las baratijas tiradas, lanzó un gemido.

—Con calma, amiguito —dijo Jules—. Te pusieron una buena paliza, ¿no es cierto?

Nate se rió a pesar del dolor, pero no se levantó.

—Ya no importa, gracias a ti.

En dos ocasiones, Jules sufrió asaltos de visitantes de otros planetas cuando no era más que un niño escuálido, antes de crecer tanto y aumentar el volumen de sus músculos, que la gente lo pensaba dos veces antes de iniciar una pelea con él. La primera vez que le ocurrió tenía ocho años y había pasado todo el día escarbando en el depósito de chatarra cuando trabajaba con Savi e Hijo. Encontró un casco de piloto de combate de tiempos de la Guerra de los Clones. Mientras jugaba con los otros chicos, fantaseaba acerca de cómo había terminado eso entre los desperdicios. Iba caminando por las plataformas de acoplamiento, con el casco puesto, cuando dos niños más grandes se lo arrancaron de la cabeza. Jules los enfrentó, porque su tamaño no era excusa para no ser valiente. Después de que le partieron el labio y le magullaron una mejilla, corrió a casa y le contó a su madre. Ella le advirtió que se mantuviera alejado de los desconocidos y que no caminara solo por las afueras del puesto de avanzada. A su madre nunca le había gustado ir al mercado o al puerto espacial. Prefería la soledad de los territorios del interior, donde su familia se había asentado cuando era niña, y deseaba que Jules sintiera lo mismo.

La otra ocasión fue cinco años antes, cuando estaba con unos amigos en la cantina de Oga. Fue descuidado y quiso gastarse su dinero en una de las extravagantes bebidas que preparaban, aunque sabía que no debía hacerlo. En el instante en que salió y empezó a regresar a casa, tres tipos lo asaltaron y le quitaron sus últimas spiras. Mientras lanzaba golpes a ciegas, se prometió que nunca más lo volverían a acosar. Aprendió cada calle del puesto de avanzada, quién merodeaba por los callejones y quién le hacía trabajos a quién. No se dejaría llevar por la amargura de esas humillaciones, sino que usaría las experiencias para impulsarse. Y supo que cuando viera que eso le pasaba a alguien más,

intervendría. En especial ahora que era lo suficientemente fornido como para pelear como se debe.

—Parece que llegué al lugar correcto y a la hora correcta —comentó Jules—. O al lugar incorrecto y a la hora incorrecta. No estoy del todo seguro.

—Ambas cosas son ciertas, Jules. —El rostro de Nate se iluminó con una sonrisa—. Para mis asaltantes fue el momento incorrecto, pero para mí fue el correcto.

El chico ajustó el montón de collares alrededor de su cuello. A Jules le recordó la veintena de chucherías que Dok siempre llevaba. Nate tenía un cristal peculiar ensartado en uno de los collares. Empezó a recoger del suelo unas pequeñas piezas metálicas y cables de circuitos.

—Déjame ayudarte —se ofreció Jules y empujó las pequeñas briznas de pasto con su bota. Era fácil detectar el brillo del metal bajo los soles que ascendían.

—Eres muy amable —dijo Nate—. Espero que no te esté deteniendo de llegar a donde debes estar.

Jules soltó una risita mientras levantaba algo que parecía como un dedo metálico. Quizás aquel hombre supiera dónde debía estar Jules, porque, según avanzaba el día, él no tenía ni el menor indicio, aparte del trabajo que tenía que hacer para Dok.

—Créeme, he estado donde estás tú. ¿En qué estás trabajando? ¿Estás personalizando algún tipo de droide?

—Más o menos —respondió Nate mientras se limpiaba la frente. Una lanzadera pasó a gran velocidad sobre ellos; dos chicos en una speeder bike eran solo un manchón en el camino despejado—. Todo puede renovarse. Bueno, creo que eso fue todo, amigo. Debo seguir con mi camino.

Con su bolsa llena de piezas y tornillos, Nate se afianzó sobre su bastón y le extendió una mano a Jules.

—¿Vas cerca de donde está Hondo? —preguntó Jules—. Puedo llevarte.

Nate entrecerró los ojos por la brillantez de los soles y se bajó todavía más la capucha. Pareció incluso más joven cuando le sonrió, con su rostro manchado de polvo de manera que asemejaba un pequeño conjunto de pecas. Eso provocó que Jules pensara en las pecas de las mejillas de Izzy, a pesar de que no se parecían en absoluto.

—Tengo que ir a otra parte, pero gracias. Si volvieran a cruzarse nuestros caminos, espero devolverte el favor. Que la Fuerza te acompañe.

Jules asintió, pero no dijo nada. No había oído esa frase desde que era niño, cuando un grupo de creyentes de la Fuerza se volvieron conocidos en Batuu. A él lo criaron con la idea de que existía algo que lo guiaba; sin embargo, aunque sus padres habían hecho referencia a la Fuerza en unas cuantas ocasiones durante su vida, solo las personas muy ancianas que conocía seguían creyendo en esa religión. Jules pensaba que todas sus creencias sobre el destino y el universo podrían ser lo mismo.

Nate giró hacia el camino y prosiguió su viaje en dirección contraria, y Jules saltó al asiento del conductor de su speeder. No había dejado de pensar en Izal Garsea y lo que significaba que hubiera aparecido de nuevo en su vida, aunque fuera por un momento.

IZZY

CAPÍTULO 10

De regreso dentro de la Cueva de Antigüedades de Dok-Ondar, Izzy se sintió más relajada con la luz tenue y la frescura de la tienda. La ausencia de Jules era palpable, así que se desató el pañuelo que llevaba alrededor del cuello porque olía a él. No fue porque quisiera olvidarlo. No de nuevo. Estar con Jules, aunque fuera por unas cuantas horas, había acelerado la curación de algo que ni siquiera se había dado cuenta que estaba mal dentro de ella. ¿Por qué no podía lograr eso mismo por sí sola?

Con la llegada de Ana Tolla, se vio arrastrada oficialmente en demasiadas direcciones. Lo único que quería era meterse dentro de su cama y dormir. Reajustó el curso de su mente a lo que originalmente había ido a hacer en Batuu antes de encontrarse con Jules.

Tap levantó la vista de un antiguo juego de holovideo y entrecerró los ojos con escepticismo hasta que la reconoció.

—Hola —saludó ella.

—Dok todavía no regresa. Estoy fuera de servicio hasta entonces.

Sintió la acuciante sensación de que algo no estaba bien. ¿Por qué Dok dejaría su tienda sin supervisión, excepto por un niño, y durante tanto tiempo? Aparte, la estaba esperando a ella. Esta era su oportunidad de entregar el paquete y luego irse, además de que ya se había despedido de Jules y no podía hacerlo dos veces. ¿Qué pasaría si regresaba antes de que ella se hubiera ido? ¿Tendrían que repetir la misma despedida? Bastaba con una vez en el día.

Murmuró una grosería y caminó con sigilo junto a la barandilla metálica que separaba el entrepiso del resto de la tienda. Se agachó hasta el suelo y levantó su mochila. Era más pesada que cuando la recogió en la mañana, pero culpó al esfuerzo que había hecho para empujar el speeder de Jules.

—Puedes esperarlo aquí si quieres —dijo Tap y, cuando lo miró, vio lo pequeño que era.

¿Qué hacía ella cuando tenía diez años? Recordó que en ese entonces aprendió a limpiar un bláster en la bodega de carga de la nave de su madre.

Buscó dentro de la mochila sus granos de caf y el holocomunicador que Pall Gopal le había dado para contactarlo. Quizá si el rodiano le decía que podía dejarle el paquete a Tap, podría irse de ese planeta.

—No —murmuró mientras sacaba un maletín plateado y abollado. Era aproximadamente del mismo tamaño que el suyo, pero no tenía ningún teclado—. No, no, no, no.

—¿No qué? —preguntó el niño mientras los pitidos de las rápidas explosiones de su juego igualaban a la velocidad del corazón de Izzy.

Aunque seguía examinando la mochila café y desgastada, sabía cuándo había cometido el error. Si cerraba los ojos, podía verse a sí misma buscando con la mano dentro de la cabina, con la mente tan llena de emoción que no podía pensar con claridad. Había tomado la mochila de Jules. Eso significaba que él estaba a punto de entregar su maletín a alguien más.

—¿Dónde está Jules? —le gritó al chico.

—Acabas de estar con él.

—Por favor, Tap —insistió, metiendo el contenido de nuevo a la mochila—. Necesito encontrarlo o todos entraremos en la lista negra de Dok.

—¿La *lista negra de Dok*? —Tap bajó su juego el tiempo suficiente para ver el pánico de Izzy—. Habrá ido con Hondo y después de regreso con Oga.

—¿Dónde está Hondo?

Tras las rápidas instrucciones de Tap, Izzy se fue lo más pronto que pudo. Zigzagueó entre la multitud de gente que bloqueaba las arterias del corazón del mercado. Su paso acelerado giró hacia la música de flauta kamariana que venía de uno de los puestos. ¿Por qué no le pidió prestado un speeder a Salju para no tener que aceptar que Jules la llevara? ¿Por qué se quedó con él, para empezar? Quería echarle la culpa de todo a haber visto a Damar y Ana Tolla, o a que su presencia en Batuu la puso nerviosa, pero sabía que se trataba de algo más que eso. Estar con Jules había provocado que empezara a sentir cosas que no solía sentir y quería poner tanta distancia como pudiera entre ella y ese planeta. Su propio descuido era la razón por la que intercambiaron sus mochilas y no podía permitir que algo como eso le sucediera otra vez. Se detuvo frente al puesto donde estaba la flauta y se dio cuenta de que estaba caminando en círculos.

—Detente y piensa —se dijo, pero su propio pánico la estaba traicionando.

Escogió una dirección y siguió por allí. Por todos los cielos, prácticamente había *nacido* allí. No debería parecerle tan *desconocido*.

—¡Izzy! —Una figura encapuchada gritó su nombre a unos cuantos metros de distancia.

Su primera reacción fue voltearse. Solo Jules y la tripulación de Ana Tolla sabían que estaba allí. Pero cuando la figura la llamó de nuevo por su nombre y agitó una mano, vio los colores azul y blanco de los montrales del togruta bajo la capucha de su túnica. Eran Neelo y Fawn, montados en un speeder.

—¡Hola! —exclamó mientras se acercaba al speeder detenido.

No creía poder sentirse tan feliz de ver a alguien a quien apenas conocía. Su speeder estaba cargado de estuches de instrumentos musicales atados con sogas.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —le preguntó Neelo.

—Necesito encontrar a Jules. ¿Podrían llevarme con Hondo?

—Estamos de camino para allá porque vamos a ensayar —afirmó Fawn al tiempo que se deslizaba a la mitad del asiento del speeder, junto a Neelo.

—¿En dónde ensayan? —les preguntó mientras subía al vehículo.

Fawn, el niño humano, pasó una mano sobre los apretados rizos que coronaban el centro de su cabeza, mientras que los lados de la misma estaban cortados al rape. Dos aretes negros habían estirado los lóbulos de sus orejas.

—Como el turismo ha bajado en las últimas semanas, Oga nos renta la plataforma de acoplamiento cuatro para que ensayemos.

—Oga lo *odia*, pero siempre está dispuesta a aceptar las spiras, vengan de donde vengan.

—Aparte, mi mamá odia cuando tocamos en su casa.

Izzy apretaba tanto las manos en el borde del asiento que tenía los nudillos blancos y su cabello latigueaba en el aire mientras volaban. El aire seco era agradable sobre su piel sudorosa y un olor ligero a humo de escape le hizo saber que estaban cerca de su destino.

—Se los agradezco.

—No hay problema —contestó Neelo—. Cualquier amiga de Jules es amiga nuestra.

La chica sonrió a pesar de que el resto de su cuerpo estaba estallando de pánico.

—Jules tiene muchos amigos aquí.

Fawn volteó hacia ella con un guiño en sus ojos castaños.

—Pero no tiene novia, en caso de que te lo estés preguntando.

—No me lo preguntaba —respondió Izzy, pero definitivamente sí lo había hecho—. Solo me quedaré aquí unas horas.

Neelo golpeteó el tablero como si fuera su batería. La joven conocía a suficientes músicos como para saber que siempre tenían un ritmo que necesitaban tocar, ya fuera con sus dedos, sus pies o cualquier otra extremidad que estuviera libre. Incluso Pall, el músico, o espía o lo que fuera el rodiano, no podía dejar de juguetear con el borde de sus anteojos, intentando sacarle algún sonido mientras platicaban.

—¿Qué es tan urgente que no puedes quedarte un poco más? ¡Eres joven! Vive la vida un poco, o un mucho, pero vive.

«Músicos…», pensó.

—La última vez que me fijé tenía pulso, así que por definición estoy viva.

—¡Ya sabes a lo que me refiero! —exclamó Neelo, y Fawn rio—. ¿Qué caso tiene correr por toda la galaxia si no te vas a divertir?

—¡Sí sé cómo divertirme! —replicó ella, a la defensiva.

¿Esa fue la razón por la que la dejó Damar? ¿Se debió a que dejó de ser divertida? Al principio la hipnotizó con sus extraños ojos grises y sus bonitas palabras. Juntos habían aceptado trabajos, aunque muchos habían fallado y por un tiempo eso no se sentió como un fracaso, sino como una aventura. Pero ella se cansó de ser siempre la responsable de sacarlos de problemas con los oficiales. A medida que el trabajo fue escaseando, ella se fue enojando más. Y, sin embargo, temía pedirle que se fuera.

Sacudió la cabeza. No, esa no fue la razón por la que la dejó. Lo hizo porque eligió a alguien más, alguien que podía darle cosas que Izzy no podía: una tripulación, aventura, peligro. Izzy *no quería* ser Ana Tolla, ni un poco. Pero ¿no fue ella misma quien se dijo que les demostraría a Pall Gopal y a su vieja tripulación que estaban equivocados? Si

pudieran verla, pidiéndoles a dos músicos que la llevaran a seguir a un chico del que odiaba despedirse, se reirían de ella.

—Recuerda lo que te dije de vivir la vida. —Neelo le sonrió con sus dientes blancos y resplandecientes.

Frenó y detuvo el speeder en una concurrida plataforma donde estaba estacionado un resplandeciente carguero ligero hexagonal de la serie Avent100. Izzy besó a sus dos conductores en la mejilla. Si no hubiera sido por ellos, seguiría corriendo por todas partes y lo más probable hubiera sido que girara en otro callejón equivocado. Si tan solo le resultara tan fácil maniobrar en las ciudades como en el espacio infinito.

—Gracias a los dos. ¡Que tengan un buen ensayo!

Izzy se sintió abrumada por la cantidad de personas que había en la plataforma de mantenimiento. Cientos de cajas, paquetes de todos los tamaños, y barriles y cubos de cargamentos esperaban a que los subieran a las diferentes naves. Los hangares parecían haberse construido dentro de una pared curva de agujas petrificadas interconectadas. Buscó a Jules en el nivel principal. Era tan alto que debería destacar entre todos los demás, pero de nuevo empezó a caminar en círculos.

Una karkarodon estaba gritando órdenes, e Izzy se quedó inmóvil por un instante al ver los dientes puntiagudos que cubrían el contorno de su boca. Sus largas patas palmeadas golpeaban la plataforma de aterrizaje. Al agitar sus dedos palmeados y puntiagudos, la karkarodon parecía una directora de orquesta, como si se tratara de una sinfonía con instrumentos desiguales que tocaban en diferentes tonalidades. Aferraba un datapad contra su amplio pecho, aunque golpeó el dispositivo contra la gruesa piel azul de su cabeza en dos ocasiones en apenas un par de segundos. Izzy observó que la karkaradon oprimía un botón en lo que parecía ser un traje de regulación del hábitat. El traje liberaba vapor que la alienígena, parecida a un tiburón, inhalaba por las rendijas de su nariz. Aunque a Izzy el clima de Batuu le parecía húmedo, no podía imaginar cómo se sentía un ser acuático al estar fuera del agua. La criatura con cabeza de tiburón sacó del bolsillo de su cadera una llave de tarjeta plateada y una gran puerta de metal se abrió deslizándose.

Pero su atención se volvió a enfocar cuando vio a Jules. La sensación que golpeó su estómago al verlo bajar de la rampa de embarque del carguero hexagonal decorado con franjas rojas y blancas fue inesperada. Estaba sonriendo y llevaba la mochila cargada por una de las correas sobre su hombro. Sus gestos eran vivaces mientras hablaba con una morena de mediana edad que llevaba un peinado alto, con cientos de rizos individuales que se amontonaban sobre dos capas de chongos. Desembarcaron juntos, se estrecharon la mano y ella se fue, con su capa plateada ondeando en el aire mientras se alejaba del puerto espacial.

Izzy se mordió los labios para frenar la oleada de *sentimientos* que la inundó al ver a Jules Rakab y luchó contra el fuerte impulso de gritar su nombre. En ese momento, Jules levantó la vista como si sintiera su paso apresurado hacia él. No se movió ni hizo nada más que mirarla con la boca abierta.

—Izzy… —Al verla, pareció sorprendido y aliviado al mismo tiempo—. ¿Qué haces aquí? Me da gusto verte. No creerás lo que… —Su sonrisa se apagó al ver la expresión de la chica—. ¿Qué pasa?

Ella cerró los ojos mientras sentía cómo empezaba a crecer un dolor sordo detrás de sus ojos.

—Por favor, dime que no entregaste todavía ese paquete.

—¿Por qué? —preguntó él con cautela.

El pavor aumentó en la boca de su estómago. De todas las cosas que podrían haber sucedido, no se suponía que esta fuera una de ellas. Mientras Jules repetía su nombre y le preguntaba qué pasaba, su visión se puso borrosa y estaba casi totalmente convencida de que necesitaba vomitar. Repasó en su mente las cosas que podía hacer para remediarlo.

«Nadie en la galaxia sabe tu nombre». Las palabras de Pall Gopal resonaban en su mente. Tal vez esa fuera una ventaja, porque podría abandonar Batuu y esconderse donde nadie la encontrara. Podría esquivar al rodiano si tenía que hacerlo, cambiar la lista de embarque de la nave. Debía haberlo hecho hacía mucho, pero no podía tolerar la idea de borrar el nombre de sus padres. ¿Cuánto tiempo podría seguir buscándola? Si el paquete era asunto de vida o muerte, ¿por qué había enviado a una chica como ella? «Nadie en la galaxia sabe tu nombre».

Pero Jules sí lo sabía y, sin importar dónde estuviera en el puesto de avanzada, Dok estaba enterado de que debía esperarla. Izzy podía correr, esconderse… y luego ¿qué? ¿Culpar a Jules por el fracaso de su misión? Muchos contrabandistas tenían cargamentos que misteriosamente no llegaban a su destino. Esa era la razón por la que, al contratar a un contrabandista, se dividían los pagos para garantizar la entrega. Había logrado llegar a Batuu. ¿Por qué no quedarse allí? Su mochila estaba llena de los créditos que cambió y podía estirarlos mientras buscaba otro trabajo en el extremo opuesto de la galaxia.

Estaba empezando a sentir que, sin importar a dónde volteara, topaba contra una pared. Había aprendido del error de su madre. Lo único que necesitó fue hacer un mal trabajo, aunque fuera pequeño e insignificante, para que su vida estuviera acabada y terminara muerta junto con el padre de Izzy. La chica se juró que eso no les pasaría a ella ni a Jules. Fuera esa o no su intención, ambos estaban juntos en eso desde el instante en que intercambiaron paquetes.

Izzy Garsea no iría a ninguna parte, por lo menos no hasta que recuperara ese paquete. Colocó las manos sobre el pecho de Jules y se aferró a las orillas de su chamarra, jalándolo hacia ella.

—Cometí una enorme equivocación —afirmó—. Tienes que ayudarme.

JULES

No estaba seguro de si se debía a la mañana que pasó con Izzy o a los restos de adrenalina de su viaje, pero después de entregar el pago de Dok para Hondo tomó la decisión más impulsiva de su vida. Después de años de hablar de irse del planeta, lo haría. Debía darle las gracias por eso a Izzy. La extrañaba y se preguntaba si ya se habría ido, mientras reflexionaba sobre los sucesos que llevaron a su encuentro para encontrarles un propósito. En ese momento se topó con una comerciante de especias llamada Trix Sternus que lo llevó a un recorrido por su carguero ligero compacto y que le escuchó hablar sobre el día que había pasado con Izzy. Lo siguiente que supo fue que había aceptado una oferta suya. Esos eran los momentos singulares que vivía en el puesto de avanzada al entrar en contacto con personas desconocidas de otros mundos. Incluso descubrió una bolsa de granos de caf cubiertos de chocolate dentro de su mochila, como los que Tap acostumbraba acumular de uno de los puestos de dulces. Se comió la mitad del contenido de la bolsa antes de sentir que el corazón le latía a mil por hora y decidió que había llegado el momento de terminar sus encargos.

Estaba convencido de haber conjurado a Izzy en el instante en que bajó la rampa. Había oído sobre los espejismos por las narraciones de viajeros que venían de planetas desiertos, pero nunca había experimentado uno en carne propia. En algún punto a la derecha, Lee Skillen, la karkarodon que era supervisora en Ohnaka Transport Solutions mientras Hondo estaba fuera del planeta, gritaba con su terrible voz, tan aguda como un cuchillo.

Pero Izzy no era un espejismo. Estaba tirando de él para acercarlo a ella y le confesaba que había cometido un grave error.

—Lo arreglaré —respondió—. Simplemente quédate aquí.

Las testarudas arrugas de la frente de la chica permanecían fijas.

—Te acompaño.

El chico bajó la voz e inclinó la cabeza para susurrar en su oído:

—Hondo tiene ahora un negocio legítimo, pero un pirata siempre será un pirata. Confía en mí: cuando pides que te devuelvan un pago habrá problemas. Además, Lee no te conoce y pensará que estás tratando de robarles. Será mejor si voy con ella y le explico. Sabe que no haría nada para alterar la relación de Hondo con Dok. —Se quedó pensando un momento y prosiguió—: Bueno, más de lo que ya está.

—No me gusta esto —murmuró Izzy, soltándolo. Jules se dio cuenta de que de algún modo había terminado tomándole las manos—. Es mi paquete.

—Y yo soy el idiota pastor de nerfs que lo entregó. Por favor, confía en mí.

Se dio cuenta de lo difícil que le resultaba ceder ese poco de control. Ahora que sabía la situación por la que había pasado ese día, quería hacer todo lo posible para

proporcionarle una pizca de orden. Quería pensar que se había ganado un poco de buena voluntad en el puerto espacial, sobre todo por la frecuencia con la que la gente de Hondo se retrasaba con los cargamentos de Dok.

—De acuerdo —concedió Izzy.

—De acuerdo.

La dejó donde estaba estacionado su speeder y luego se acercó a la karkarodon. Siempre olía a agua salada, lo cual no era agradable considerando los otros olores que a veces flotaban por el puesto de avanzada de Black Spire.

—¡Oye, Lee, espera! —le gritó a la supervisora.

Como Hondo, Lee había viajado por toda la galaxia, pero a diferencia de su jefe, le afectaba la presión que se sentía por todo el puesto de avanzada cuando los vendedores exigían sus bienes y mercancías para poder pagarle a Oga Garra. Si seguía retrasándose, las consecuencias serían graves.

—¡Rakab! —respondió Lee, aunque no levantó la vista del datapad que estaba operando.

Jules estiró el cuello para ver el dispositivo porque estaba seguro de que lo tenía apagado y simplemente quería parecer ocupada para que la gente la dejara en paz. Una droide intérprete de color verde y blanco marchó hasta ellos y empezó a darle golpecitos en el hombro a Lee, al mismo tiempo que uno de los muchos pilotos en el hangar se acercó a Jules. Entre la acongojada voz metálica de la droide y la angustia por una nave que nunca llegó, el chico no estaba muy seguro de poder atraer la atención de la supervisora.

—Lee, *de verdad* tengo que hablar contigo —insistió.

El piloto humano, que era un hombre mayor con unas cejas pelirrojas erizadas y una cicatriz en la mejilla, extendió una mano para bloquear a Jules.

—De ninguna manera, primero voy yo. Estuve esperando para que me arreglaran mi asiento. ¿Cómo se supone que vuele una nave yendo de pie? ¿Y dónde estás consiguiendo esos copilotos? ¿De las granjitas atrasadas de este poblacho?

Algo atizó un fuego muy al interior de Jules.

—Debo hacerle saber que estos granjeros *atrasados* son la razón por la que usted tiene un trabajo.

El pelirrojo le picó el pecho a Jules con un dedo, pero Lee le golpeó la mano con su datapad.

—Óyeme, un momento. Si no puedes manejar este ambiente, entonces lárgate de mi plataforma de lanzamiento. Estoy segura de que Hondo puede encontrar en un instante a otro piloto que viaje de pie.

Jules observó que el hombre intentaba obligar a Lee a bajar la vista. Era evidente que Lee estaba blofeando, pero disfrutó ver cómo le sudaba la frente a ese pelirrojo cerebro de moof.

La karkarodon sonrió, y la vista de sus afilados y aserrados dientes provocó que incluso Jules y la droide de protocolo dieran un paso atrás.

—Qué bueno que arreglamos eso. Sigue a G1-MD. Ella te encontrará un astromecánico.

—Pero, señora… —empezó a decir la droide.

—Regresa conmigo después —le indicó a G1-MD en una voz que casi podía parecer paciente, o tan paciente como podía ser Lee.

—¿Es un día difícil? —preguntó Jules, recordándole que seguía allí.

La karkarodon se pasó su mano palmeada por el rostro. Sus ojos parpadearon con rapidez mientras soltaba más vapor para que los humedeciera.

—¡Rakab! ¿Por qué sigues aquí? No me digas que tu asunto salió mal, porque no tenemos nada que ver con las transacciones entre terceros.

Jules miró sobre su hombro y vio a Izzy, que caminaba de un lado a otro mordiéndose un pulgar.

—No es eso. Tengo otro problema.

Lee levantó las manos al aire.

—¡Todo el mundo tiene un problema! ¡Mi novia tiene un problema con las horas que tengo que trabajar! ¡Mi madre tiene un problema con que salga con una twi'lek! Pero la amo, ¿sabes? ¡Los droides tienen un problema! ¡Kat Saka tiene un problema con que Hondo importe granos y compita con ella! Y ni me preguntes de Hondo. ¡Nunca aprendió a leer una carta de navegación y simplemente manda las entregas a mi datapad y espera que les encuentre sentido! Así que dime, Rakab, ¿cuál es *tu* problema?

—Válgame, eso es mucho —exclamó Jules.

Lee agitó la cabeza.

—Discúlpame, amigo. Eres un buen chico y nunca antes tuve un problema contigo. De hecho, si alguna vez quieres ganar dinero en serio, además de tener un cambio de escenario, solo dímelo. Te puedo decir que no me sobraría ayuda por aquí. Es especial ahora que puedes…

—Gracias, Lee —la interrumpió Jules. La única desventaja de obtener la atención de Lee era que descargaba sus quejas. Cualquier otro día podría haberla escuchado, pero Izzy lo estaba esperando y no quería explicarle la confusión a Dok—. Sé que tuviste un día muy largo.

La karkarodon suspiró. El contorno de su mandíbula provocaba que su ceño siempre pareciera fruncido.

—Eso es cierto.

—Entiendes cómo son estas cosas. Todo el mundo necesita algo de ti y a veces te equivocas.

Lee levantó las cejas.

—¿Te equivocas cómo?

—El paquete que te entregué.

—¿Sí?

—Nunca debió llegar a tus manos. Estaba dirigido a Dok y no me preguntes qué tiene, porque no tengo idea y en realidad necesito recuperarlo o…

Lee le dio una palmada en la espalda. Hubiera sido fantástico si el chico se estuviera ahogando, pero en ese momento lo sorprendió. Cuando soltó una carcajada, dejó ver las filas de dientes en el interior de su hocico. Jules no podía adivinar qué parte de lo que le dijo era tan divertido, pero le siguió la corriente y también rio.

—Mira, Rakab, en mi primera semana en este trabajo envié todo un contenedor de gusanos al planeta incorrecto y no pude recuperarlo. No hablo de una cajita, sino de todo un *contenedor*. Ahora las selvas de Urajab han quedado reducidas a hierba gracias a una especie invasora.

A Jules le sorprendió lo comprensiva que se mostraba. Había tenido otros planes. Aunque no era tan bueno como otros chicos con los que se había topado en el puesto de avanzada, sus habilidades de prestidigitación eran bastante aceptables. Justo cuando pensó que tal vez lo dejara pasar a la oficina y que quizás evitaría la necesidad de robarle, Lee lo rodeó con un brazo. Al estar tan cerca, su olor no era el agradable aroma del agua salada. Olía a la pesca del día en las pescaderías del mercado. Lo condujo del centro de la plataforma de aterrizaje, hacia la puerta cerrada detrás de la que Jules sabía que estaba la oficina principal.

—¿Ves esa puerta? —le preguntó en voz baja al oído. Medía dos metros de estatura y tuvo que bajar la cabeza para mirarlo directamente con esos ojos profundamente negros.

—Sí —contestó, sorprendido de lo tranquila que sonaba su propia voz.

—Nada sale de esa oficina una vez que entró, a menos que Hondo esté contando sus créditos o se haga una entrega. —La karkarodon apretó su musculoso brazo alrededor del cuello del chico.

—Pero yo tengo el pago aquí —trató de explicarle.

—Me agradas, Rakab —replicó ella—. Y esa es la razón por la que solo te lo repetiré una vez más. Por eso y porque la sangre de los humanos se desperdiga por todas partes. Son seres tan frágiles. Nada sale de esa oficina una vez que entró. Pero si quieres, puedo tomar el otro paquete. ¿Me entendiste?

Se obligó a verla a los ojos y a no parpadear mientras ella abría sus mandíbulas y le respiraba en el rostro. Jules le dio un golpecito en el brazo y sonrió.

—Entendido.

En ese preciso instante alguien chocó con él y murmuró una ronca disculpa. Una figura vestida de gris pasó con gran prisa.

—Estupendo —respondió Lee y empezó a masajearse las sienes con el datapad metido bajo el brazo—. Si alguien te pregunta, fui a la oficina.

Lee volteó y se fue en dirección contraria.

—Pero la oficina está de este lado —murmuró Jules.

La karkarodon oprimió el dispensador de vapor de su traje y se alejó. Jules todavía no podía relajarse y dirigió la vista a la fila de speeders y bikes. Izzy no estaba allí. Se llenó de preocupación al pensar en que algo pudiera haberle sucedido.

—¿Y entonces? —La figura de gris reapareció a su lado y él se enderezó de golpe.

Le llevó un momento reconocer a Izzy bajo la capa. Fue *ella* quien chocó con él.

—¿Qué estabas pensando? —le preguntó mientras la llevaba detrás de un montón de cajas metálicas. Podía escuchar la canción *Desert Skiff Sunset* de Neelo y Fawn, que venía de alguna parte—. Todo estaba bajo control.

—No lo parecía desde donde yo estaba —señaló Izzy al tiempo que se bajaba la capucha—. Creía que te iba a arrancar la cabeza de un mordisco.

El chico se llevó la mano al pecho.

—Estuvo cerca.

—Pensé que podría sacarle la tarjeta de acceso del bolsillo, pero estaba vacío.

La droide de protocolo G1-MD trataba de seguirle el paso al furioso piloto del cabello rojo que acababa de renunciar. Aunque Jules sabía que su presencia en el puerto espacial no despertaría ninguna sospecha, quería proteger a Izzy. Apoyó un brazo en los contenedores metálicos que estaban detrás de ella, tratando de ocultarla. Por un breve instante, los verdes ojos de la joven miraron hacia su boca antes de desviar la mirada de nuevo.

—¿Y ahora cómo vas a entrar en esa habitación? —Izzy tocó de nuevo el collar que llevaba debajo de la camisa.

—Te lo dije. Todo estaba controlado. —Jules sacó del bolsillo la tarjeta de acceso que le había robado a Lee. Mirar directamente a las mandíbulas de la karkarodon había valido la pena con tal de ver cómo se iluminaban los ojos de Izzy y sus generosos labios se abrían en señal de sorpresa—. De verdad que tenemos que trabajar en tu problema con la confianza, Izzy.

IZZY

CAPÍTULO 11

Izzy siguió a Jules a la rampa de abordaje del carguero ligero hexagonal Avent100 por la que lo había visto salir antes.

—¿Estás seguro de que tienes permiso para estar aquí? —le preguntó mientras iban al área de descanso.

—Este… sí, conozco a la dueña —respondió y volteó para asegurarse de que su amiga lo siguiera.

—Mentiroso —respondió Izzy.

—Bueno, a la exdueña —se corrigió—. No importa. En este momento tenemos que llegar a esa oficina y salir de aquí antes de que alguien se dé cuenta. Hay un cambio de turno durante la primera hora para almorzar.

—¿Cuántas horas de almuerzo tienen?

Jules se encogió de hombros y se sentó a su lado.

—Nos gusta comer y en esta época del año los días son largos.

Ella estaba demasiado tensa como para quedarse quieta y golpeteaba sus muslos con las manos. El sudor le corría por la espalda y sentía las mejillas calientes. El cabello de Jules estaba encantadoramente revuelto después de que la karkarodon le había aplicado una llave rodeándole el cuello. La chica pensó en lo despeinado que siempre estaba cuando eran niños, mientras que, en su caso, su padre se esforzaba por peinarla con trenzas firmes y parejas. A pesar de la apariencia sudorosa y desaliñada del chico, se encontró a sí misma acercándose a él. Olía ligeramente al vapor salado de la karkarodon, pero no le importaba.

—¿Qué pasó en la tienda de Dok? —le preguntó él mientras oprimía botones en una mesa que definitivamente no debía tocar.

Uno de ellos abrió una bandeja y salieron botellas de bebidas. La chica tenía la boca seca, así que tomó la botella que le ofreció. Sabía a burbujeantes pétalos de flor y se bebió la mitad antes de responder.

—No estaba.

—Por un lado, eso nos da un tiempo para arreglar esto. Por el otro, estoy preocupado. Dok no deja la tienda sin supervisión. En especial cuando envía a encargos a la mayoría de su personal.

—Tap también estaba preocupado.

Jules se acomodó contra el elegante cuero negro del sillón y estiró el brazo por detrás de ella. Si Izzy se recargaba, su cabeza reposaría en el hombro de Jules. Sabía que no debía bajar la guardia, así que no cedió ante el impulso, aunque le dolía cada parte de su cuerpo y ansiaba descansar. ¿Cómo podía estar tan cómodo en un momento como este? La chica había olvidado la capacidad que tenía su compañero de quedarse dormido en

cualquier parte. Debajo de un árbol, a pesar de que hubiera montones de insectos reptando por el suelo. Dentro del hueco de un árbol petrificado. En la tierra que estaba detrás de sus casas mientras estaban mirando al cielo, tratando de entender las lunas y las estrellas. Jules le contaba historias que había oído de sus padres acerca de las antiguas ruinas que los rodeaban y luego se quedaba dormido mientras ella se quejaba del frío y se preocupaba por las serpientes que podía haber entre el pasto. El recuerdo pareció salir de los rincones de su mente donde creía haberlo enterrado. ¿Por qué no había tratado de regresar antes?

—¿Tengo algo en la cara? —le preguntó Jules.

Lo estaba mirando fijamente. *Sabía* que lo estaba haciendo, pero no era por la razón que él pensaba. Pero, ¿cómo podría saber las razones? Sintió que el calor subía por su cuello y se asentaba en sus pómulos; culpó de ello al esfuerzo físico que había estado haciendo. De otro modo, se habría visto obligada a admitirse a sí misma que no miraba a Julen Rakab por su frustrante amabilidad y optimismo, sino simplemente porque era bello.

—Polvo —le respondió y cruzó los brazos sobre su pecho.

—No sé, Izzy —dijo Jules—. ¿Tienes alguna idea de qué había en el maletín? Tal vez podemos…

—Si fuera algo que pudiéramos reemplazar, Dok no hubiera pedido que alguien se lo trajera de otro planeta.

Jules estudió el rostro de la chica con una mirada que se estaba volviendo demasiado familiar.

—No sabes que tiene dentro, ¿cierto?

—No —respondió—. Parte del trabajo consiste en no hacer preguntas. Además, es tu jefe. ¿Tienes *tú* alguna idea?

Jules suspiró.

—No sé las razones por las que Dok hace nada.

—Bueno. Entonces eso nos queda claro. —Izzy levantó una mano—. Dame la tarjeta de acceso y cambiaré los paquetes.

Al escuchar eso, él se incorporó hacia delante.

—Si te atrapan…

—No lo harán.

—Es peligroso.

La joven se encogió de hombros y siguió tomando su bebida floral y espumosa. No podía leer la etiqueta, excepto las palabras «Flora Wow» en básico galáctico.

—Ya hiciste tu parte y, además, yo soy más pequeña. Tú mides metro y medio de estatura.

—Mido un metro ochenta y cinco, y eso me resulta útil. Bueno, a veces —puntualizó con una sonrisa triste que a Izzy le provocó palpitaciones.

Logró controlarse casi de inmediato. Todas esas emociones fueron las que la alteraron de inicio. Sin importar lo que sintiera por Jules, tenía que encerrarlo en un rincón profundo y tenerlo bajo llave.

—Más razón para que vaya yo. Trae el speeder y rézales a las agujas petrificadas para que no se pare de nuevo.

—Esa es la última vez que permito que insultes a mi bebé —le advirtió.

Izzy levantó la mano fingiendo darse por vencida. No tuvieron que esperar mucho tiempo para que sonara la sirena anunciando el cambio de turno, y ella dejó la capa que había tomado de un cargamento abierto porque coincidieron en que llamaría la atención. En su lugar, ella se quitó la chaqueta de cuero y Jules la túnica, tras lo cual se quedó únicamente con una camiseta blanca andrajosa que con toda seguridad le había quedado chica hacía años.

Usó el baño de la nave para salpicarse la cara con agua y se acomodó la túnica. Era demasiado grande para ella, pero cuando la rodeó con su propio cinturón, quedó más parecida a lo que vestían los trabajadores humanos de la plataforma de lanzamiento. Después de atarse el cabello en un chongo, deslizó la tarjeta en su bolsillo y caminó a la rampa de embarque.

A veces, cuando Izzy no estaba segura de qué hacer en un trabajo, se preguntaba qué haría su madre. Ixel Garsea siempre entraba en una habitación con la cabeza en alto. La joven no había logrado dominar del todo el mismo orgullo que había hecho que su madre pareciera inaccesible, pero mientras se dirigía a la oficina con la mochila en la espalda, caminando en medio del caos del cambio de turno, pensó que se acercaba a lograrlo.

Cuando presionó la tarjeta contra el sensor y se abrieron las puertas, pudo respirar finalmente. El aire olía frío, con una combinación de sustancias químicas y notas terregosas que no le eran conocidas. Contenedores y cajas de embarque se amontonaban en pilas menos organizadas que las de la tienda de Dok-Ondar. Allí por lo menos parecía que el caos seguía un método. Jules le había mencionado que Ohnaka Transport Solutions estaba perdiendo clientes. Era asombroso que pudieran encontrar algo y mucho más que pudieran entregarlo.

Se deslizó por el lugar, pasando la mirada de los contenedores de madera a los de metal. Se maldijo por no haber marcado su paquete de algún modo, pero estaba segura de que podía identificarlo entre los demás. Aunque primero tendría que encontrarlo. Levantó un montón de pieles peludas que brillaban como un derrame de aceite en la lluvia. Con el dorso de la mano acarició una; era la cosa más suave que hubiera tocado en su vida. No conocía a ninguna criatura de la que pudiera provenir, pero despertó su curiosidad. Quizá cuando saliera de allí podría ir a buscar una de esas pieles.

En una esquina estaban colocados los barriles de cerveza. No parecía que los artículos en ese sitio fueran a ser enviados en absoluto, porque la mayoría de las cajas estaban abiertas. Miró dentro de una y encontró algún tipo de monedas circulares de oro. Siguió con la mirada las demás cajas, hacia arriba. Fuera de su alcance estaba lo que buscaba, el maletín con el teclado cuadrado al centro, pero quedaba demasiado lejos. Renegó en voz

baja. Jules no habría tenido que estirarse para alcanzarlo, así que decidió que no le contaría acerca de esta parte. Lo único que necesitaba era encontrar algo sobre lo cual pararse. Un contenedor que pudo mover la llevó a centímetros del asa del maletín. Dio un salto y lo agarró con la mano; luego repitió el movimiento para colocar el maletín. El sudor corría por sus omóplatos y su pecho, pero lo había conseguido. Con el corazón latiéndole a toda velocidad, empujó el contenedor hacia su lugar y volteó para irse.

Oyó un ruido que venía del otro lado de la puerta y pudo escuchar la voz ronca de Lee. El recuerdo de sus dientes afilados vino de pronto a su mente. Si casi estranguló a Jules, ¿qué le haría a Izzy?

No tenía dónde ocultarse. Además, ¿qué tal si Lee podía *olerla*? ¿Esa aguzada capacidad se daba también sobre la superficie o solo la poseía bajo el agua? No tenía tiempo para reflexionar acerca de ello, y sabía que solamente había un lugar seguro donde esconderse. Levantó la mitad de las pieles brillantes y se enterró entre ellas, manteniendo su cuerpo tan plano como pudo. Sintió un poco de vanidad al darse cuenta de que a Jules le hubiera llevado demasiado tiempo esconderse en ese mismo sitio, pero mientras metía el maletín, su mano sudorosa lo soltó. Cayó en el suelo justo en el instante en que se abrían las puertas.

—¡Maldición! —gritó Lee, e Izzy pudo ver apenas una fracción de sus pies palmeados, que golpearon a unos centímetros de donde ella estaba—. Me estoy volviendo loca. ¿Dónde está mi tarjeta de acceso? Gracias a Karkari que recordé los códigos de cancelación.

Un par de botas pesadas y una carretilla de plataforma seguían a Lee de cerca.

—¿A dónde voy? —escuchó decir a una voz aguda y delicada de una mujer.

El gruñido de Lee causó que se tensara el cuerpo de Izzy, a quien le dio gusto haber ido al baño en el Avent100.

—¿Hueles eso?

—No sé. ¿Alguien limpió?

Izzy hubiera soltado un resoplido de risa si no hubiera estado conteniendo el aliento. Cerró los ojos y los apretó, como si eso la volviera invisible. Se recordó que las pieles eran suficientemente voluminosas y que no sobresalía ninguna parte de su cuerpo. Los pulmones le ardían y, a pesar de todo el líquido que había bebido, tenía la boca seca como si hubiera estado masticando arena. El golpeteo de los pies se acercó y sintió que el peso arriba de ella disminuía apenas un poco.

Podía escuchar las profundas inhalaciones de Lee.

—Estas pieles de urusida me recuerdan a mi hogar. Es por todo el pescado que comen.

—¿Puedes olerlo? —preguntó incrédula la otra mujer.

—Los humanos son delicados —musitó Lee.

—Y entonces, ¿a dónde voy?

—Los embarques para Corellia están a la derecha; los de Clak'dor, a la izquierda —indicó Lee.

—Pero se supone que…

—Lo sé, se supone que tengas la semana libre. La renuncia de Orin fue… ¿cómo decirlo? Inesperada —explicó la karkaradon—. Hablaré con Hondo para que te dé un bono, ¿qué te parece?

Hubo un momento de silencio e Izzy pudo haber saltado ante la oportunidad, pero sabía que no debía parecer demasiado ansiosa. Entonces la mujer respondió:

—¿Dijiste Clak'dor?

—Gracias por ser tan cooperativa, Delta Jeet —agradeció Lee, como si estuviera recitando un guion—. Ohnaka Transport Solutions es afortunada de tenerte.

El golpeteo de pies se alejó e Izzy respiró lentamente, con un fuerte deseo de estornudar. Movió el brazo hacia su rostro y se frotó la nariz. Lo único que tenía que hacer era esperar a que la tal Delta se fuera y podría salir. Confiaba en que Jules se quedara donde estaba, pero no le extrañaría que fuera a buscarla. Sin embargo, tenían un plan.

Delta cargó los contenedores y los paquetes para su envío. Izzy empujó apenas un poco el borde de la piel y vio que su maletín seguía en el suelo.

Luego vio que un par de manos morenas lo tomaban y lo apilaban en el montón de paquetes que saldrían del planeta. «A Corellia y Clak'dor». Izzy hubiera deseado gritar todas las groserías que había aprendido en la galaxia. Tenía una sola oportunidad para aprovechar el elemento sorpresa. Haciendo acopio de cada pizca de valor y de fuerza que pudo reunir, rodeó su bláster con la mano y se incorporó, dejando caer las pieles al suelo.

Apuntó y, en el momento en que Delta volteó, jaló el gatillo.

JULES

Supo que algo había ido mal cuando Izzy salió de la oficina con el bláster en la mano. Había estado impidiendo que la droide de protocolo entrara a la habitación para buscar a Lee.

—Señor Jules —insistía G1-MD—. Le repito que todo está en orden. Debo ir de inmediato a buscar a la señora Lee. Todavía no han subido la mercancía al carguero que va a Corellia.

—Allá está —le indicó Jules señalando al otro extremo de la plataforma de aterrizaje, donde pilotos furiosos rodeaban a Lee. ¿Habría algo en el agua que estaba causando que todos estuvieran furiosos?

Abrió los ojos, sorprendido, cuando Izzy guardó su arma en la funda y saltó al speeder.

—¿Qué pasó? —preguntó mientras también se subía en la cabina de mando, detrás del volante, y ella apretaba su mochila contra su pecho. Jules aceleró el speeder, que cascabeleó y se sacudió durante un angustioso momento. Deslizó los dedos por el tablero y susurró—: No, no, no, chiquita. No me hagas esto, por favor.

—¿Conoces a una tal Delta Jeet? —preguntó Izzy.

—La he visto dislocar brazos cuando alguien le hace trampa en las mesas de sabacc.

«Estupendo. Fantástico», pensó ella.

—Le disparé.

—¿Que hiciste *qué*?

—Está viva. El bláster estaba ajustado para aturdir.

Jules se preguntó si había sido un feliz accidente o si Izzy siempre tenía su bláster en ese nivel.

—Si no nos saco de aquí, estamos muertos —le dijo a la chica.

—No, todavía no lo estamos —respondió ella y golpeó el tablero con su puño.

—Con calma, por favor. —Aunque, ya fuera por sus palabras cariñosas o por el golpe que Izzy le propinó, el speeder salió a toda marcha del hangar, dejando un rastro de polvo detrás.

No hablaron durante unos minutos y Jules se aferró al volante, dejando que su corazón recuperara un ritmo que le permitiera respirar. Ella rodeaba la mochila con los brazos, pero lo miraba a él. En el rostro de la chica había pelos brillantes. ¿Qué había sucedido exactamente allí adentro?

Jules giró abruptamente por una calle peatonal. Nunca lo hubiera hecho si no tuvieran tanta prisa.

—Tenemos que llegar con Dok. Algo…

En ese momento los envolvió una multitud que salía del mercado. Muchos iban gritándose entre sí y Jules pudo identificar insultos en huttés y en twi'lek.

—¿Qué está pasando? —preguntó Izzy mientras escondía la mochila bajo el asiento, lejos de las miradas de la gente.

Jules se impulsó a la parte superior de su speeder y se inclinó contra el vidrio. Había oído sobre los disturbios que habían sucedido en el puesto de avanzada, cuando pandillas y tripulaciones rivales llegaban a los puertos desde las cercanías de Galma. La multitud estaba dividida en grupos. Uno era el flujo de transeúntes, que intentaban quitarse de en medio mientras llevaban sus canastas de frutas y provisiones del día en bolsos de red colgados de sus hombros. El eopie que había visto antes estaba todavía más nervioso, así que la madre había elegido cargar a la niña en lugar de arriesgarse a que el animal la tirara de la silla.

Luego había dos grupos que se gritaban entre sí; no estuvo seguro de por qué hasta que escuchó las palabras con claridad:

—¡Entréguense a la Primera Orden! ¡Restauren el imperio de la ley en toda la galaxia!

El grupo que gritaba, y que era de menor tamaño, estaba formado por hombres y mujeres que vestían ropas sencillas de granjeros. Jules se sorprendió al reconocer a dos de ellos: el asistente y el mensajero de Dok que habían desaparecido y que fueron la razón por la que llamó a Jules esa mañana. Nunca los conoció bien, pero eran huérfanos que terminaron en las calles del puesto de avanzada pidiendo trabajo allá donde pudieran encontrarlo. Miró cómo sus labios se contraían en muecas de rabia y entrecerraban los ojos con actitud de total convencimiento. Era como si hubieran estado buscando un propósito y alguien se los hubiera dado.

—No, Jules —murmuró Izzy al tiempo que jalaba su manga.

Podía sentir el aire pesado, cargado de enojo. Quienes intentaban pasar con dificultades entre la multitud mantenían la cabeza baja. Muchos vendedores se agrupaban alrededor. Algunos lanzaban guijarros, aunque nada lo suficientemente grande como para lastimar a nadie, pero había tantos que era como estar rodeado de las clásicas moscas veraniegas de las agujas petrificadas.

—¡Oye, lárgate de esta calle! —gritó un delgado twi'lek de piel azul.

—¡Están espantando a nuestros clientes! —vociferaba una panadera regordeta que aullaba tanto que se estaba quedando ronca.

—¡Batuu es un páramo lleno de delincuentes y de desorden! Los pandilleros se dedican a robar en nuestras calles y… —gritaba uno de los jóvenes, pero el griterío de uno y otro bando se había convertido en un murmullo denso que apagó sus palabras.

Un sonido de pies que marchaban fue lo que silenció todo. Venían de entre las sombras de las agujas petrificadas y avanzaban en filas perfectas, con armaduras blancas y relucientes que brillaban bajo la luz de los soles y largas franjas oscuras que se proyectaban sobre ellos mientras avanzaban. No decían nada. Ni siquiera había oficiales

entre ellos, pero se apostaron sólidamente, formando una barrera de protección alrededor del pequeño grupo de fanáticos.

Lentamente, los grupos en conflicto se dispersaron y lo único que Jules podía oír era «Batuu es un páramo…». Sin embargo, reconoció a algunos de los pocos que no se fueron y que miraban de frente a los oscuros ojos de esos terribles cascos.

Ni siquiera se percató cuando Izzy salió del speeder y se paró frente a él.

—Jules —llamó y repitió su nombre hasta que él enfocó su mirada en sus ojos, salpicados de manchas semejantes al liquen dorado.

No podían quedarse allí, pero la vía estaba bloqueada por los stormtroopers. Rápidamente se echó en reversa; sin embargo, el flujo del tránsito le impedía el paso. Solo les quedaba un camino por donde salir. Jules dirigió el speeder directamente hacia las sombras del Callejón del Contrabandista.

IZZY

Cuando vivía en Batuu, Izzy nunca había ido a esa zona del puesto de avanzada. No había tiendas agradables ni la gente conversaba alrededor de una taza de té. Era la clase de lugar donde todos sabían a dónde se dirigían, a quién estaban buscando y nadie exploraba con curiosidad los puestos del mercado.

Jules bajó la velocidad del speeder frente a una tienda que anunciaba modificaciones corporales. Seguía aferrado al volante. Izzy nunca lo había visto tan alterado. Se mordió la parte interna del labio intentando encontrar las palabras correctas. Había visto su rostro mientras aquel joven gritaba todas esas cosas sobre su planeta. Aunque estuvo fuera mucho tiempo, alguna vez también fue su hogar. Colocó su mano sobre la de Jules y sintió como si una corriente de estática golpeara sus dedos. Él levantó la vista y en sus oscuros ojos podía verse el conflicto que se libraba en su interior. Aceptó el contacto de su mano y entrelazó sus dedos con los suyos.

—Debí quedarme con ellos —susurró mientras se dejaba caer sobre el respaldo de su asiento.

—¿Ya había sucedido esto antes?

Jules negó con la cabeza.

—Las cosas han estado muy raras. No es solo que la gente se vaya del planeta, sino que hay algo más. Creo que ni siquiera Oga sabe por qué está aquí la Primera Orden. Porque, si lo supiera, ya les hubiera entregado lo que sea que desean y los hubiera mandado al demonio.

Izzy se rio.

—Una vez mi madre me dijo que la revolución y la guerra son buenas para los negocios.

La chica odió haber dicho eso, pero Jules no le soltó la mano.

—¿Sabes cuál es la peor parte? —preguntó su amigo.

Podía adivinarlo al sentir la tensión de Jules. La noche anterior, cuando estaba en la cantina en Actlyon, ¿no había sentido el deseo de quedarse a ayudar, pero se obligó a irse? Había visto la misma mirada en los ojos de Jules apenas unos momentos antes. Solo que él siempre era mucho más valiente que ella, porque *siempre* quería hacer el bien, no únicamente cuando las cosas se ponían violentas.

—¿La impotencia? —le sugirió.

—Ese chico ni siquiera estaba equivocado —explicó Jules—. Batuu está controlado por delincuentes. Todo lo que he hecho está marcado por eso. Todos lo están en este planeta.

—Tú eres un granjero, Jules. —Izzy le apretó la mano entre las suyas—. Eres un amigo, un hermano. Sin importar a dónde vayas en la galaxia, siempre encontrarás cosas

buenas y malas. Existen desequilibrios de poder y Batuu no es mejor ni peor. Ellos destruyeron *todo* un sistema. Nada puede corregir eso.

Él le besó los nudillos como si fuera algo que ya había hecho antes. De una forma natural y con dulzura. De nuevo, Izzy quiso justificar ese beso con los sucesos del día. Estar con Jules se sentía como pasar a la velocidad de la luz sin haber establecido un rumbo. No estaba segura de si se acercaría a un planeta o chocaría de frente con un asteroide, pero quería ver qué sucedería.

—Cuando era niño —le contó él—, mi padre me dijo que Batuu alguna vez estuvo tan lleno de personas que huían del mal, como de aquellos que huían porque habían hecho el mal.

—¿Qué pasa con la gente que queda atrapada en medio?

El chico rio.

—Ah, ellos también estaban aquí. Creo que me dolió que dijera que Batuu era un páramo, porque no lo es. Para aquellos que eligen quedarse, es una segunda oportunidad.

En todo el tiempo que Izzy había pasado reinventándose y tratando de descubrir a dónde pertenecía realmente, ¿por qué no había considerado que pudiera tener también una segunda oportunidad? ¿Cómo sería eso, quedarse en Batuu?

Las palabras nunca llegaron a sus labios porque vio a alguien conocido. Era Ana Tolla. Llevaba la cabeza cubierta con una pañoleta, ocultando su reconocible cabellera pelirroja, pero vestía la chaqueta azul que Izzy le había regalado a Damar. Pensaba que quizá la líder de la tripulación la habría vendido a cambio de combustible, pero cuando la mujer levantó la mano para tocar a una puerta, la chica pudo dar una mirada a su rostro. *Definitivamente* era ella.

Jules le apretó la mano con fuerza suficiente como para sobresaltarla y le susurró:

—No te muevas. Deja que hable yo.

Izzy estaba confundida porque Jules nunca había visto a Ana Tolla, pero cuando volteó a mirar a su alrededor, comprendió que no se refería a su antigua líder. Estaban rodeados de piratas de aspecto desaliñado.

Un humano de veintitantos años, con una barba oscura y enredada y el cabello grasiento, se adelantó.

—Oga Garra quiere verte.

Jules dudó un brevísimo instante antes de encender los motores. Tomó el volante con una mano y no soltó la de Izzy mientras respondía:

—Dile que vamos para allá.

JULES

CAPÍTULO 12

Jules podía contar con dos dedos el número de veces que había visto a Oga Garra. La primera vez fue por puro accidente. No tenía ni la más mínima idea de cómo lucía, solo había escuchado lo que los granjeros, algunos de los cuales ni siquiera solían aventurarse a ir al puesto de avanzada, susurraban durante sus descansos. Hasta que un día estuvo observando en el puerto espacial cómo salían de las naves emisarias unos alienígenas vestidos con ropas brillantes, en fila y acompañados de decenas de sirvientes. Los siguió directamente a la cantina para echarles un vistazo más de cerca. En un inicio, no sabía lo que estaba mirando. Vio un montón de tentáculos rosas que salían de la capucha de una capa. Esta se mimetizaba tan bien con las sombras que, de no haber sido por la luz de las lunas, no la habría notado. Cerca había dos granjeros ebrios, gritando y haciendo escándalo. Con las manos hacían gestos que Jules no comprendió en un primer momento. Presionaban los dedos juntos en un solo punto y hablaban en huttés. Al día siguiente esos granjeros no se presentaron al trabajo. Jules no los volvió a ver.

La segunda vez fue cuando entró a la guarida de Dok mientras este y Oga discutían en la habitación de atrás. Dok cerró las puertas en su cara, así que tuvo que regresar a trabajar más tarde.

Eso fue todo lo que le contó a Izzy. Apagó los motores y cubrió el speeder con una lona. Sus escoltas los esperaban en la puerta trasera. Jules hizo un recuento de las posibles razones por las que Oga podría haberlos convocado.

—¿Crees que sepa lo de Delta? —preguntó Izzy.

—Tiene un don para saberlo todo, pero estamos a punto de descubrir si es así —respondió Jules manteniendo sus brazos firmes a los costados—. Debo mencionar en este preciso momento que a los blutopianos no les gusta que los miren fijamente.

—A nadie le gusta eso—contestó Izzy.

—No conoces a mi amigo Volt.

Logró guiñarle un ojo. ¿Quién era en realidad, guiñando y piloteando un speeder durante una huida? Él había pasado gran parte de su vida tratando de mantenerse justo al lado de los problemas de manera que estos no lo tocaran. No siempre había tenido éxito, pero estaba vivo, aunque el día aún no terminaba. La perezosa sonrisa de complicidad de Neelo y Fawn parpadeaba en su mente mientras Izzy y él eran escoltados por un corredor estrecho. «Problemas», dirían ellos. Los problemas se habían presentado, de hecho, en forma de Izal Garsea, y, mientras entraban en la fría oscuridad de la oficina de Oga, supo que volvería a elegirla una y otra vez. Después de todo, ese había sido su deseo muchos años atrás, cuando era un niño pequeño y le pidió al árbol de los deseos que trajera de regreso a su mejor amiga.

Trató de darle una mirada tranquilizadora, pero la atención de Izzy estaba puesta en otro lugar. A pesar de que su expresión era firme, él podía sentir su ansiedad.

A Jules lo maravillaron los adornos que colgaban de los muros, una serie de piezas cuadradas de arenisca con diseños erosionados por el paso del tiempo. Parecían haber sido extraídos de las ruinas mismas. Recordó las leyendas que su padre le había contado sobre una reina que construyó esa ciudad con piedra, antes de que cayese ante los invasores. Se preguntó si esa era la razón por la que Oga conservaba esas piezas, cual si fuese la reina del puesto de avanzada, como los antiguos sin nombre de la leyenda.

Oga Garra estaba sentada en una elaborada silla de respaldo alto tallada en madera de Batuu. El respaldo estaba acojinado con almohadas de seda y en una mesa pequeña junto a ella había un cuenco con larvas de tres cabezas y un narguile encendido que perfumaba el aire con aroma de flores silvestres. Sobre ella flotaban unas esferas de luz, lo que le daba un brillo lustroso a su gruesa piel marrón y a los tentáculos de su rostro rosado.

En una esquina había un escritorio tallado, pero a diferencia del de Dok, sobre este había paquetes y datapads en lugar de papeles. Jules no podía imaginar a Oga encargándose de sus pedidos y llenando solicitudes de envío, pues no tenía que solicitar nada.

Las puertas se cerraron, aunque la música de R-3X salía de un intercomunicador que Jules no podía ver. Oga oprimió un botón y el ruido cesó. Los rígidos tentáculos de su boca se movieron y habló en huttés con voz chillona.

Jules se inclinó para hacer una reverencia e Izzy siguió su ejemplo. No estaba seguro de que la gente se inclinara ante Oga, pero quería tomar todas las precauciones y pensó que lo mejor era dejarla hablar primero.

—Siéntense —tradujo Jules para Izzy.

Obedecieron sus órdenes. Las bancas de piedra parecían diseñadas para hacer que la persona que estuviera sentada frente a Oga se sintiera incómoda. Cuando Jules volteó para ver cómo estaba Izzy, esta parecía hipnotizada. Tenía los ojos bien abiertos y una sonrisa en el rostro. Jules se dio cuenta de que estaba más acostumbrada que él a encontrarse con seres como Oga. No pudo evitar preguntarse: ¿estaría Izzy enamorada del poder de Oga? ¿Era lo que deseaba? ¿En qué situación lo dejaba eso a él? No era que importase en ese momento. Primero tenía que salir de la reunión sin desatar la furia de Oga.

Oga habló nuevamente y Jules agradeció haber pasado tanto tiempo en los puertos escuchando conversaciones en huttés. Se quedó atónito cuando Oga terminó de hablar.

—¿Sabe mi nombre? —le preguntó a la blutopiana.

—Sé todo lo que sucede en mi puesto de avanzada —le contestó en su gutural lengua—. Así que, cuando me entero de que una chica que no es del planeta intenta hacer tratos sin tomarme en cuenta, evidentemente me preocupo.

Jules tradujo mientras Oga tomaba una larva blanca y bulbosa, y mordía una de sus tres cabezas.

—Entonces, creo que tiene a la chica equivocada —contestó Izzy en básico galáctico.

Oga produjo un ruido extraño y Jules no supo si se trataba de una buena o mala señal, o si se estaba ahogando. Entonces habló más claramente.

—¿Quién eres? —tradujo Jules.

—Me llamo Izal Garsea y vengo a entregarle un paquete a Dok-Ondar.

Oga reflexionó mientras terminaba de masticar la larva. Cuando habló nuevamente, Jules apretó la mandíbula y volteó hacia Izzy.

—¿Garsea? —tradujo—. Tu madre. Tenía unos ojos verdes como los tuyos. Sí, la recuerdo. Trabajó para mí una vez. Era una de las mejores. Nunca perdió un botín.

Izzy dio un respiro corto.

—Mi madre era contrabandista.

Oga espetó una serie de palabras que hicieron que Jules se sofocara.

—No puedo decirle eso.

—¿Decirme qué? —preguntó Izzy.

Jules no podía ignorar a Oga. Regresó el mismo sentimiento de impotencia que había experimentado momentos antes. Mientras miraba a Izzy directo a los ojos, forzó su boca para formar las palabras.

—Chica estúpida. No conocías a tu madre en absoluto.

—Entonces, dígame —dijo Izzy con una voz más fuerte que la de él.

Aguardaron mientras Oga terminaba de hablar. Jules odió tener que ser quien pronunciara esas palabras para Izzy.

—Sé que vino para escapar, tal como lo hicieron otros —tradujo Jules—. Funcionó por un tiempo, pero comenzó a impacientarse. Le di trabajo. Cuando no pudo completar la última tarea, le perdoné la vida mientras se fue esa misma noche.

Izzy frunció el ceño y no dejó ver nada más. Jules hubiera dado lo que fuera por llevársela de ahí. Odió haber hecho todo lo que estuvo en su mano para aprender a pelear, para ayudar a otros, cuando se encontraba frente a la única persona en el planeta a la que no podía tocar. Oga había sido la razón por la que los Garsea se fueron hacía tantos años.

—Gracias, Oga —susurró Izzy despacio, como si tratase de elegir sus palabras cuidadosamente—. Esto ha sido… muy revelador. ¿Usted la mató?

Oga soltó una carcajada y el golpe húmedo de su boca hizo que Jules contuviera un escalofrío mientras traducía deprisa:

—¿Importaría? ¿Tratarías de hacerme daño? ¿Qué podrías hacerme que yo no pudiese vengar?

Entonces Oga miró fijamente a Jules, como si lo estuviese retando a defender a su amiga. Había una sensación de impotencia en el ambiente, tal como la había sentido antes, y la odiaba.

Izzy asintió en señal de comprensión, pero Jules pudo sentir cómo se separaba de él. La nube que había percibido a su alrededor cuando aquel día la vio por primera vez regresó en forma de tormenta. No tenía otra opción sino escuchar de nuevo a Oga. Cada golpe de sus palabras hacía que le dolieran los dientes.

—No he visto a Dok en todo el día —comentó él.

—¿Qué has visto, Jules? —preguntó en un tosco básico galáctico con un acento marcado. Continuó en huttés y dijo que había enviado a un mensajero a la tienda para vigilar al ithoriano, cuyo mensajero estaba demorado. Había regresado justo antes de la llegada de Jules e Izzy con la noticia de que Dok aún no estaba ahí.

Jules decidió que era mejor no señalar que no se le había asignado una hora para llegar a lo de Oga, y que todo el mundo estaría demorado si ella podía elegir una hora de manera arbitraria.

Por el bien de Izzy, tradujo:

—Algo está pasando aquí y averiguaré de qué se trata. Si descubro que ustedes dos están involucrados…

Dejó que la amenaza flotara sobre ellos; arriba, las esferas comenzaron a pulsar. Él supo que la reunión había terminado cuando Oga encendió de nuevo la transmisión del DJ R-3X, que mencionaba cosas de una lista de artículos perdidos.

—El pago de Dok —dijo Oga, señalando un paquete que estaba sobre el escritorio—. Devuelvan ese barril de podredumbre a Volt y díganle que no hay trato. No puedo hacer dinero si todos mis clientes se desploman envenenados. Ahora, márchense.

Mientras se retiraban, Oga llamó a Izzy y le ordenó a Jules esperar afuera. Se sentía más intranquilo que nunca dejándola sola, pero hizo lo que se le ordenó, se recargó en la pared opuesta y golpeó su cabeza contra ella. Un hombre robusto pasó junto a él cargando un barril de cerveza. Le silbó a Jules; sus cejas, oscuras y muy pobladas, expresaban sorpresa. Murmuró algo que para Jules sonó como «¿Aún sigues con vida?».

Ciertamente seguía con vida, pero el día todavía no terminaba.

IZZY

Izzy estuvo casi agradecida cuando Oga le pidió que permaneciera en su oficina. No podía enfrentar a Jules después de todo lo que habían tenido que escuchar. No sabía si había sido mejor o peor que viniese de él.

—¿Cómo te sientes aquí después de todo este tiempo? —preguntó Oga en un básico galáctico casi perfecto.

Después de haberse esforzado durante toda la conversación por mantener en sus facciones una calma de acero, Izzy finalmente reaccionó.

—Usted no necesitaba que Jules tradujera —señaló.

—Me parece que a la gente le gusta sentirse útil.

—¿Qué más puedo hacer por usted, Oga Garra?

—Ixel era una de mis favoritas. Tanto talento desperdiciado.

Izzy se dio cuenta de que nunca había conocido realmente a su madre. ¿Cómo lo había podido pasar por alto? Era una tonta. No podía estar molesta con Oga porque le hubiera revelado una verdad que había muerto con sus padres.

—¿Es todo?

—No exactamente. —Su voz sonaba muy aguda y casi le perforó los tímpanos a Izzy—. Alguna vez yo también fui huérfana. Debes conocer tus raíces si quieres averiguar qué tan robusto crecerá el árbol. Si vas a quedarte aquí, tienes que saber cuáles son las reglas.

Izzy sacudió la cabeza. Su idea de quedarse en Batuu se desprendió de su mente y comenzó a alejarse.

—Ya he pasado aquí más tiempo del que era mi intención.

Oga gruñó y la despidió agitando una mano.

—Si algún día deseas saber quién hizo el trato con tu madre, ya sabes dónde encontrarme.

—¿A qué costo?

—Me deberás un trabajo. Considéralo como… una audición.

Sintió como si las entrañas se le fundieran. Apenas podía respirar; el empalagoso aroma del narguile encendido le había irritado las fosas nasales y los ojos. Volteó para marcharse, pero, justo antes de empujar la puerta para abrirla, suspiró. Jules era Jules. Él querría hablar sobre sus sentimientos, pero ella no. Ella quería volar, quería pelear, quería usar sus manos. En lugar de hallar la calma, se encontró prisionera de nudos más fuertes.

Cuando la puerta se abrió, Jules estaba ahí, recargado contra el muro con una expresión de preocupación en los ojos. Se echó el barril al hombro y le sonrió. Izzy odiaba la manera en que reaccionaba al verlo. ¿Cómo podía estar segura de que lo que

sentía era real? ¿Y si se debía a que había terminado con Damar? ¿Y si solo era nostalgia?

Ninguna de esas preguntas impidió que tomase a Jules de la mano y se la apretase con firmeza durante todo el camino de salida de lo de Oga. Se había equivocado. Él no quería hablar, ni siquiera la presionó.

—Caminaremos —afirmó Jules.

—¿No te preocupa que alguien se robe tu speeder?

Jules soltó la mano de Izzy para poder cargar mejor el barril que Oga le había hecho llevarse. Izzy deseó alcanzarlo nuevamente, pero en su lugar metió las manos en sus bolsillos.

—No sería la peor cosa que nos ha pasado.

Se rieron. Fue un alivio sorprendente, tras el peor y más largo día de su vida. Mientras caminaba por el mercado al lado de Jules, pensó que también era el mejor de los días.

—Si tenemos suerte, Volt estará ahí en lugar de Bina y podremos regresar a lo de Dok.

—Nunca tengo suerte, así que supongamos que el tal Volt no está ahí.

—Ya veremos.

La multitud vespertina se iba reduciendo. A pesar de que unas sábanas de colores servían como techo, los intensos rayos de los soles se filtraban entre ellas. Izzy no necesitaba su chaqueta, así que la ató alrededor de su cintura. Cuando pasaron frente a un puesto en el que vendían una carne seca salada llamada tasajo de nuna, Izzy compró una bolsa grande para compartirla. Debido a que sus manos estaban ocupadas, Jules tenía que inclinarse para que Izzy lo alimentara.

Ella sacudió la cabeza, deseando poder empaparse de su regocijo. Si lo hacía, quizá podría olvidar las palabras de Oga. ¿Cómo era posible que no supiera que su madre había sido una asesina? Durante el tiempo que pasó sola, lo que la mantenía con vida era imaginar qué haría su madre. Ahora podía afirmar con certeza que no lo sabía.

—Izzy —llamó Jules, trayéndola de regreso al presente.

El puesto frente al que se detuvieron estaba abierto y abarrotado de clientes. Entraron y Jules dejó el barril en el suelo. El olor a heno y a excremento de animales le produjo picazón en la nariz. A cada lado de la entrada de la tienda, en unos recipientes metálicos, se quemaba incienso. Izzy se preguntaba por qué estaba más oscuro ese lugar que otros puestos y entonces notó unos ojos rojos que parpadeaban dentro de jaulas. Había decenas de ellas, apiladas unas sobre otras y aseguradas a las vigas metálicas. En algunas aleteaban pájaros.

Un hombre bajo y de espalda ancha, que vestía una túnica escarlata con adornos metálicos, recibía el pago de una madre con tres hijos. Uno de los niños metía una vara en una jaula. Estaba cubierta con una lona y algunos trozos de heno, y algo que parecía una cola de rata salía de entre los barrotes.

—Yo no haría eso si fuera tú —gritó el empleado al darse cuenta de lo que hacía el niño.

Como si hubiese estado esperando una señal, la criatura se abalanzó hasta donde se lo permitió la jaula. Sus ojos amarillentos resplandecieron, y dos colmillos afilados que salían de su mandíbula inferior descendieron mientras dejaba escapar un aullido.

—Los fyrnocks tienen mal temperamento, pero este es más amistoso que otros con los que me he topado. Aun así, será mejor que no lo provoques.

El niño no mostró miedo alguno por la criatura, solo abrió más los ojos y volteó hacia su madre.

—¡Genial! ¿Podemos llevárnoslo también? ¿Sí? ¡Por favor, por favor, por favor!

Era el mayor de los tres. A juzgar por su tamaño, no tenía más de cinco años estándar. Los otros dos, unos gemelos, se escondieron tras las piernas de su madre y lloriquearon:

—¡No, mamá, no! Se comerá a nuestro nuevo amiguito.

—¡Claro que no! —exclamó el mayor de los niños, listo para poner sus manecitas en los barrotes de la jaula.

Izzy creyó ver miedo en los pequeños ojos oscuros del empleado. Sostenía los créditos en una mano y una jaulita en la otra, por lo que estaba demasiado ocupado para alejar al pequeño; lo mismo pasaba con su madre.

Fue Jules quien intervino rápidamente y sujetó al niño mientras el fyrnock lanzaba una mordida al lugar en donde había estado la mano del pequeño.

—Calma, amigo.

La madre era delgada; tenía el cabello castaño, y lo llevaba trenzado alrededor de la cabeza y adornado con hilos de oro. Vestía ropas de seda vaporosa y unas hermosas perlas embellecían sus orejas y muñecas. Todo en ella parecía delicado y, al tomar a su hijo de los brazos de Jules, Izzy pudo ver una gran paciencia en sus grandes ojos marrones.

—Muchas gracias —suspiró la madre, jalando a su hijo hacia ella.

—Pero ¡yo quiero un *fry rock*! —lloriqueó el niño, e Izzy se preparó para correr y esconderse mientras los labios temblorosos del pequeño mostraban signos de un llanto inminente.

Jules dejó caer las manos como diciendo «Los *fry rocks* no son la gran cosa».

—Estoy seguro de que Volt te llevaría por el buen camino, chico. ¿Qué tienes ahí?

El empleado se alegró por la interrupción. Alzó sus espesas cejas angulares.

—Un cerdo globo; solo tiene cuatro meses y es tan dulce como sus propios hijos.

Jules se hincó en una rodilla para quedar a la altura del niño. Todos voltearon a verlo como si fuese el gran guardián de toda sabiduría.

—¿Sabías que los cerdos globo tienen un poderosísimo sentido del olfato para los metales? —Jules les dio un golpecito en la nariz a los niños más pequeños—. Apuesto a que tus hermanos y tú pueden soltarlos en su jardín y desenterrar toda clase de tesoros.

—¿Como piratas? —preguntó el mayor de los niños.

Jules volteó a ver a Izzy, quien, por más que lo intentó, no pudo contener las carcajadas que salían de sus labios.

—Como piratas que se bañan, se cepillan los dientes y beben su leche —puntualizó la madre.

El niño más pequeño hizo una mueca y luego se quejó:

—Odio la leche.

—Gracias, Volt. Que las lunas iluminen tu camino —dijo la madre y cargó la jaula mientras el hermano mayor arreaba a los gemelos.

Volt se apresuró para abrazar a Jules. Se dieron palmadas en la espalda como si no se hubiesen visto en meses.

—No esperaba ver tu carota por aquí hoy —comentó Volt mientras soltaba a Jules para ver a Izzy. Se pasó una mano por la piel lustrosa de su cabeza calva.

—¿Buenas ventas hoy? —le preguntó Jules a su amigo.

Volt gruñó.

—Solo hasta que esos malditos cerebro de bantha casi comienzan un disturbio. Cada vez que veo uno…

Jules apretó el hombro de su amigo.

—Ya, ya. Tranquilo.

Volt se tomó un segundo para concentrarse; durante la meditación, las venas del cuello le palpitaron. Izzy se volteó para darle un poco de privacidad. Mientras caminaba cuidadosamente entre jaulas y cajas llenas de criaturas que no paraban de parlotear, notó una cicatriz en el lado izquierdo del rostro del hombre, unas marcas rosadas que destacaban sobre el resto de su piel, que era de color marrón claro.

—Me trajiste una clienta nueva. Qué amable de tu parte, Jules.

Volt, que ya se había recuperado del ataque de rabia, se acercó a Izzy de la forma en que alguien se aproxima a un ave curiosa para intentar atraerla al interior de una jaula. Con la sonrisa de un felino encantador, parecía el tipo de vendedor que siempre logra que le compren algo. Aunque Izzy tenía una actitud positiva, él se decepcionaría cuando conociera la verdadera razón de su visita.

—Me llamo Izzy y lamento decirte que no soy una clienta —dijo extendiendo una mano para saludarlo.

Volt se la estrechó con ambas manos. Al sentir de repente unas frías articulaciones metálicas contra su piel, Izzy saltó. Miró hacia abajo y pudo ver que el meñique y el anular de la mano derecha de Volt habían sido remplazados por dos dedos mecánicos. Ese tipo de cirugía era muy común, por lo que supuso que en el Borde Exterior el procedimiento de reemplazo con piel sintética sería más difícil de conseguir que aquí. Pero ¿qué sabía ella? Quizás él prefería que sus manos fuesen así.

—Ya me rompiste el corazón —murmuró Volt con voz profunda y acogedora—. ¿Estás segura de que no puedo ofrecerte algún animalito? Todo el mundo necesita una mascota. Podría ser un gato tooka. Eres piloto, ¿cierto? Estoy seguro de que mi querida

Kishka se encargaría de que no tengas problemas de roedores nunca más, sin importar en qué rincón de la galaxia te encuentres, aunque espero de verdad que vuelvas y me visites.

Volt quitó la lona que cubría una jaula llena de gatos tooka somnolientos de pelaje castaño con franjas negras. Claramente, Jules trataba de contener la risa. Izzy ya había tenido suficiente de los gatos tooka para el resto de su vida después del incidente en lo de Salju.

—¿Cómo sabes que soy piloto? —preguntó.

Volt se encogió de hombros y se paseó alrededor de un tanque lleno de worrots. Su piel rugosa brillaba bajo la luz azul fluorescente.

—Conozco a uno que otro hombre del aire… y… eeeh… también a mujeres. Sé cómo lucen. Caminas como si estuvieses planeando en la atmósfera.

A Izzy no le importaba que la analizaran, pero no se creyó su actuación ni por un minuto.

—No lo escuches, Izzy. Cuando nos conocimos, trató de venderme un barril de escamas de pescado porque creyó que era parte de un grupo de buzos que acababa de llegar de Mon Cala.

Volt colocó las manos sobre su pecho, al tiempo que tamborileaba una melodía con sus dedos metálicos. Sus ojos negros miraron primero a Izzy y después a Jules.

—¿Pasas o no pasas un gran número de horas nadando con bagres en los cenotes?

—Eso no significa que quiera un tanque lleno de esos peces —se quejó Jules.

—Es una pregunta de sí o no, amigo.

En las mangas de su túnica escarlata había algo que parecían lagartijas bordadas con hilo negro. Izzy pudo ver las ásperas cicatrices asomándose por el cuello. Apostaría que era un exmilitar y se preguntó cómo habría terminado en Batuu vendiéndoles bichos a los turistas. Volt le hizo un gesto a Izzy.

—Entonces, querida, ¿eres o no eres piloto?

Izzy se cruzó de brazos y sonrió.

—Lo soy, pero no tengo problemas de roedores.

—Todos ustedes tienen problemas de roedores.

—Si cuentas a los mynocks que se emborrachan con mis cables —replicó—. Como sea, debemos irnos. Tenemos algo que te pertenece.

Volt se aclaró la garganta divertido con lo que decía Izzy. Alzó una ceja y preguntó:

—¿Acaso es mi corazón?

—Me estás avergonzando, amigo —intervino Jules mientas metía el barril a la tienda y lo depositaba sobre el mostrador.

—Te avergonzaste a ti mismo la otra noche cuando no pudiste dispararle a un blanco inmóvil. Aun así, no tengo más que amor para ti. —Volt se quedó boquiabierto ante el barril. Estaba chorreando un líquido marrón que parecía corroer el metal—. ¿Qué…? ¿Dónde…? Era un obsequio.

Desde lo alto, una lagartija-mono kowakiana dejó escapar una risa chillona, lo que provocó un pequeño frenesí en el resto de los animales, un concierto de alaridos y

aullidos. Uno de ellos incluso sonó como el grito de una persona. Izzy notó que el tránsito peatonal se movía a mayor velocidad. Algunas mujeres vestidas de seda no dejaban de voltear, señalando la jaula exhibida al frente, la cual contenía una gran ave púrpura con cola de reptil que Izzy no había visto nunca.

Volt empujó a Jules para poder pasar y tratar de engatusar a las damas para que compraran algo.

—Un ave loralora. Un raro espécimen híbrido de la luna selvática de Ketz.

Las mujeres no dudaron en mirar una segunda vez. Jules le dio una palmada a Volt en la espalda. Izzy notó el momento en que su amigo echó un doble vistazo a la calle. Frunció el ceño y, cuando él inclinó la cabeza hacia la entrada del puesto, ella lo tomó como una señal de que necesitaban partir, pero… ¿qué había visto Jules para reaccionar de esa manera?

—Volt, te veo en la cantina en la noche —se despidió Jules.

Izzy se aproximó a él, pero Volt no parecía querer dejarlos ir.

—¿Por qué tanta prisa? —les preguntó

—Dok-Ondar nos está esperando —respondió Izzy—. Por cierto, Oga nos pidió que dijéramos que no vuelvas a mandarle esa cosa.

—¿Cosa? —repitió Volt con una expresión de incredulidad—. Vengan, les daré una muestra gratis.

Jules sujetó a Izzy por la muñeca, pero cuando estaban a punto de salir a la calle, la chica se dio cuenta de por qué tenía tanta prisa por irse. Delta Jeets caminaba en sentido contrario al tráfico, dando fuertes pisadas y empujando a un lado a la gente que se interponía en su camino. Izzy solo había visto sus botas, pero el resto de su ser era igual de intimidante. Su rosto redondo, fruncido en ese momento en una mueca mientras buscaba entre la multitud, estaba enmarcado por un cabello castaño y corto.

Era demasiado tarde. Jules e Izzy dieron un giro para volver a la tienda cuando escucharon una voz salvaje que les gritó:

—¡Ustedes!

Unas manos carnosas agarraron a Izzy por el cuello y la jalaron hacia atrás.

—La próxima vez que pienses en dispararme, será mejor que termines el trabajo —le advirtió Delta Jeet.

JULES

CAPÍTULO 13

A Jules le complació ver que Izzy se llevaba bien con Volt. Se la imaginaba perteneciendo a este mundo, a *su* mundo. Todo se esfumó cuando vio a Delta. Esperaba que pudieran salir sin llamar la atención.

Entonces sintió que algo le arrancaba a Izzy de las manos.

—¡Colgaré sus cabezas como trofeos en la pared! —gritó Delta.

Izzy lanzaba puñetazos que Delta parecía no sentir, se estremecía y se agachaba mientras la mujer le torcía el brazo. Delta estaba acostumbrada a pelear en el vecindario Galma, por lo que Jules podía adivinar que estaba a punto de correr la sangre.

—Ey, ey, ey —gritó Volt y alcanzó la jaula volteada, donde el ave loralora revoloteaba sin control—. ¡Salgan! Están asustando a mis animales, por amor del cielo.

Jules tenía que hacer algo. Los animales estaban muy inquietos; siseaban, gruñían y lanzaban mordidas al aire. Los curiosos se aglomeraban en la entrada, con el cuello estirado, y ahogaron un grito cuando Izzy cayó en la jaula del fyrnock. Jules sabía que Volt lo perdonaría por lo que estaba a punto de hacer… o al menos eso esperaba.

Quitó los pestillos que mantenían las jaulas cerradas y desanudó las ataduras de los momongs blancos y naranjas. La primera en volar libre fue el ave loralora. Su cola prensil de reptil osciló ante la cabeza de Delta, lo que la cegó por un instante.

—¡Izzy! —gritó Jules.

Chocó con Volt, que estaba agachado tratando de proteger un dokma petrificado para que la muchedumbre, que se acercaba cada vez más, no aplastara su caparazón. Los mynocks se abalanzaron sobre Delta y otras personas. Sus alas de cuero envolvieron la cabeza de la mujer, que cayó en medio del tumulto.

Jules corrió adelante; chocaba con la multitud y se disculpaba por ello mientras avanzaba hacia la salida. Detrás de ellos las criaturas siseaban. Las aves salieron volando hacia la libertad a través de los huecos entre las lonas que formaban el techo.

—¡Por acá! —gritó Jules mientras pasaban corriendo por delante de los puestos Joyas de Bith y La Tetera de Kat Saka.

Por primera vez en muchos años, se había equivocado al doblar en un callejón. Todo el día parecía una serie de malas decisiones. Sin embargo, ya estaban muy cerca de la tienda de Dok. Dieron vuelta en una esquina. Nunca se había sentido tan contento de ver la Cueva de Antigüedades. Golpeó la puerta con el puño.

—¡Tap! ¡Soy yo!

Podía escuchar a Delta en la distancia… y también a Volt. Bueno, quizá su amigo no lo perdonaría tan pronto.

El aire fresco de la tienda lo golpeó directo a la cara. Tap no mostró sorpresa por su apariencia sudorosa y sucia, pero se hizo a un lado y los dejó pasar.

—Les tomó bastante tiempo —murmuró.

Jules estaba casi contento. Que Tap lo molestara era lo más normal de su día. Izzy cruzó la habitación y se sentó, recargándose en el muro del entrepiso elevado para recuperar el aliento. La mirada de Tap iba del uno al otro. A Jules nunca le tomaba tanto tiempo realizar una tarea tan simple, pero este día era todo menos simple.

—¿Ya regresó Dok? —preguntó Jules.

—Cerré porque no tengo autorización para ponerle precio a nada.

Jules le dio una palmadita en la espalda.

—Eso fue muy sensato, Tap. —Sacó el pago que le había dado Oga y se lo entregó al niño.

La tienda se sentía abandonada y extraña sin Dok moviéndose de un lado a otro, asegurándose de que cada artículo estuviese desempolvado, impecable y meticulosamente puesto en un orden que parecía tener sentido solo para él.

—¿Te ha dicho algo tu contacto? —le preguntó Jules a Izzy.

La chica buscó en su mochila y sacó el holocomunicador circular. Cuando intentó encenderlo, una luz azul titiló antes de desdibujarse y quedarse inmóvil. Bien podía ser un portavasos de la cantina.

—Pues eso es todo —exclamó Izzy mientras lo lanzaba de regreso a la mochila.

—No tiene sentido.

Jules estaba de pie en el centro de la tienda. Sus ojos escrutaron los exhibidores por si alguien había movido o se había llevado algo, pero nada estaba fuera de su lugar, excepto los juguetes de Tap. Jules resopló de frustración. Izzy se levantó, se acercó a Jules y puso una mano sobre su hombro.

—¿Hay *algo* que te parezca extraño? —preguntó Izzy.

—Nada está fuera de su lugar —respondió Jules—. Tap puede confirmarlo.

El niño asintió en señal de acuerdo.

—¿Crees que lo hayan secuestrado? —preguntó Izzy.

—Ayer te hubiera respondido que eso es imposible, pero después de todo lo de hoy, ya no descartaría esa posibilidad.

Jules no podía deshacerse de la sensación de que algo se le estaba pasando. Cuando llegó a la tienda aquella mañana, no se había preocupado. Dok era Dok y hacia las cosas a su modo.

Corrió escaleras arriba, hasta donde se encontraba el escritorio de Dok, y revisó con mayor detalle. ¿Por qué no se le había ocurrido inspeccionar todo con más atención? Pues porque estaba listo para llegar e irse y porque Izzy lo esperaba. No creía que Dok dejara la tienda sola durante tanto tiempo.

Sobre el escritorio de Dok había libros de contabilidad completamente abiertos en idiomas que Jules no entendía. Deseó tener el talento de Volt para los idiomas, pero solo hablaba básico galáctico, algo de huttés y suficiente ithoriano para comunicarse con Dok. En otras circunstancias, no habría hurgado en las cosas de Dok. Cerró la carpeta metálica con el índice. Debajo había un mapa de Batuu garabateado en un lienzo *beige* enrollado.

Dok era muy anticuado, pues seguía usando pergaminos cuando todo el mundo usaba holomapas. Jules reconoció el puesto de avanzada, las granjas y, más allá, el cañón del río, las afueras de la ciudad y los cenotes cerca de las ruinas. Vio un viejo librote en el borde del escritorio; había algo metido entre sus páginas. Cuando Jules lo volteó, encontró una cuchara en el medio. Pertenecía a una taza de té verde especiado de la que apenas se había bebido un poco.

—Al parecer, su intención era regresar —comentó.

—¿Qué quieres decir?

Caminó alrededor del escritorio e imaginó a Dok sentado ahí.

—Es como si hubiera estado sentado aquí a punto de tomar su té. No le agrega nada, pero lo revuelve. Yo no tomo té, así que no sé por qué le da vueltas, pero quizá sea un viejo hábito ithoriano.

—Seguramente —replicó Izzy, tratando de alentar sus pensamientos—. Dime más. ¿Qué hace después de tomar el té?

—Les asigna tareas a sus aprendices, pero hoy no se presentó ninguno. Por eso Tap fue a buscarme… pero no nos asignó tareas. Dejó un trozo de papel. Me pareció algo extraño, pero Dok es un tipo extraño. ¿Dok te dio la lista hoy, Tap?

Tap movió la cabeza.

—Aún la estaba escribiendo cuando me fui. Pensé que lo impresionaría si comenzaba sin que me lo pidiera.

Jules recordó que cuando era niño deseaba ganarse su respeto y su confianza. A Dok le gustaba probar la manera en que sus aprendices enfrentaban diferentes obstáculos: clientes groseros, estafadores e incluso alguien lo suficientemente valiente para tratar de robar la tienda. Tap aún era demasiado joven para que lo sometiera a semejantes pruebas. Sin embargo, Jules no podía quitarse la preocupación que se había infiltrado bajo su piel. Se volteó para inspeccionar la puerta cerrada que llevaba a las habitaciones traseras.

El metal estaba raspado, pero siempre había estado así. Los sensores automáticos habían sido desactivados hacía mucho tiempo, porque Dok caminaba con mucha frecuencia de un lado a otro en el entrepiso.

—¿Qué hay ahí detrás? —preguntó Izzy desde la planta principal.

—Cuartos de seguridad —le respondió Tap.

Jules empujó el seguro de la puerta y esta se abrió con un siseo. En circunstancias normales no se habría atrevido a hacerlo, pero tenía un presentimiento. Volteó para mirar sobre su hombro a Tap e Izzy.

—Dok no la dejaría abierta si iba a salir.

Izzy y Tap subieron la escalera y lo flanquearon.

—¿En qué estás pensando, Jules? —preguntó Tap.

No tenía una respuesta completa. Repasó lo que sabía: faltaba el báculo de Dok, su té matutino estaba intacto, había dejado su intercomunicador, la radio estaba encendida para escuchar la transmisión del puesto de avanzada. Jules dio un paso al frente.

—Se supone que no debemos entrar ahí —le advirtió Tap.

—Lo sé, créeme —dijo Jules con los nervios alterados—, pero quizás haya algo allá atrás que nos dé una pista.

Sintió un vacío en el estómago al entrar en la oscura habitación que alojaba las cajas fuertes de Dok y, más allá, su dormitorio. ¿Acaso la razón por la que a simple vista todo parecía normal en la tienda era que el verdadero problema se encontraba allá atrás? Dok era invaluable para el puesto de avanzada, para el comercio, para el trabajo. Era parte integral, como los viejos y desgastados cimientos de piedra o las altas agujas, pero tenía enemigos.

—¿Pueden pensar en alguien con quien tuviese cuentas que ajustar? —preguntó Izzy.

Tap y Jules se miraron y se rieron. Podían pensar en muchos alguien.

—Sí, pero el último intento de asesinar a Dok falló —respondió Tap.

Jules sentía que no estaba bien husmear en aquella habitación apenas iluminada, pero no le quedaba otra opción. El cuarto trasero estaba lleno de jaulas apiladas y cajas repletas de artículos que necesitaban limpieza o reparación. El dormitorio de Dok estaba detrás de una cortina. Jules aguantó la respiración mientras hacía a un lado uno de los paneles. Exhaló aliviado.

—¿Qué esperabas? —preguntó Izzy con sus ojos verdes llenos de sorpresa.

—Un cadáver que hubiese tenido que explicar a Oga —murmuró Jules y deseó no haber mencionado a la reina del crimen. Aún no sabía lo que le había dicho a Izzy. En ese momento debía concentrarse.

Izzy atravesó la habitación. Volvió sobre sus pasos desde la entrada y de regreso. Posó una mano sobre la enorme puerta del cuarto de seguridad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Jules.

—Tratando de pensar… —Se calló súbitamente y tamborileó con los dedos sobre la superficie—. Si quisiera atrapar a Dok no lo haría en la tienda, donde podría dejar evidencia. Quizá se lo llevaron, incluso diría que lo raptaron.

—Pero no hay ninguna señal de violencia aquí atrás.

Izzy se encogió de hombros.

—Quizá Dok los conocía.

Jules se rio nerviosamente. ¿Le causaba problemas que la mente de Izzy fuese directo a la posibilidad de un secuestro?

Entonces se dio cuenta. Había algo que estaba completamente fuera de su lugar. Había supuesto que Dok habría tirado la estatuilla de la diosa. ¿Y si había sido alguien más en su prisa por entrar o salir? ¿Quién conocía los hábitos de Dok? ¿Quién tendría el valor para siquiera intentarlo? Su intuición le decía lo que debía hacer.

—Tenemos que entrar al cuarto de seguridad —afirmó Jules—. Es la única habitación que no hemos revisado. Si falta algo, entonces al menos tendremos una indicación. Tap, tráeme a Jaycee.

Tap corrió de regreso a la tienda.

—No dejas de caminar de un lado a otro, Jules —comentó Izzy.

Ella, por otra parte, estaba recargada en la pared. Quizás estaba tan tranquila porque no comprendía del todo lo que significaba para él romper una regla que había tenido tan arraigada desde que era niño.

—Lo que nos ayude a recuperar a Dok —dijo—. Cuando todo esto termine, quizá podríamos ir por algo de beber.

Izzy bajó la mirada al suelo. Las baldosas estaban raspadas por todas las jaulas que habían entrado y salido de la habitación a rastras a lo largo de tantos años.

—Sí, quizá.

Tap regresó con un antiguo droide astromecánico que había sido reacondicionado como aspiradora. JC-284 se encendió y comenzó a succionar el polvo del suelo. Tap la dirigió hacia la puerta del cuarto de seguridad.

—La puerta, Jaycee —dijo Tap—. Necesitamos abrirla.

—¿Funcionará? —preguntó Izzy.

—Dok la programó. No veo por qué no habría de funcionar.

El droide pitaba sin control, completamente confundido por tener que hacer algo que no era parte de su nueva programación. Pero llevó a cabo la tarea. Jules apenas pudo respirar mientras veía al droide girar y finalmente conectarse a la cerradura metálica hasta que la puerta se abrió con un suspiro.

Un báculo de madera salió de la puerta y golpeó en el abdomen a Jules, que gruñó y se recargó sobre sus rodillas, luchando para recobrar el aliento.

—¡Dok! —gritó Tap, y corrió para ponerse frente a Jules—. ¡Somos nosotros!

—¿Cómo te metiste ahí? —alcanzó a preguntar Jules.

En un ithoriano profundo y reverberante, Dok murmuró una serie de palabras demasiado rápido como para que Jules las entendiera, pero pudo escuchar «traidor» con claridad. Cuando comenzó a calmarse, no se disculpó con el joven por el golpe en el estómago, aunque sin duda lamentaba que hubiese sido precisamente él quien se puso en su camino. Lo ayudaron a llegar a una sala donde sentarse, detrás de una cortina.

El sofá, sencillo y afelpado, estaba adornado con una manta de lana de bantha. Frente a él había una mesita hecha de madera wroshyr con bajorrelieves que Jules reconoció del Wooden Wookiee. Dok se sentó sosteniendo su báculo de madera entre sus manos enormes y nudosas.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Tap. Aún estaba aprendiendo ithoriano.

—Que le traigamos té —respondió Jules y miró a Izzy, que estaba detrás de él—, y que será mejor que tengamos una buena razón para estar aquí atrás.

—¿Liberarlo no es razón suficiente? —murmuró Izzy.

Por fortuna, Dok no la había escuchado, pues estaba demasiado ocupado haciendo un inventario de la habitación.

Dok les indicó con un gesto que se sentaran. Parpadeó con sus ojos redondos al ver a Izzy y después miró Jules mientras hablaba con voz trémula.

—Quiere saber quién eres —tradujo Jules.

—Me llamo Izzy Garsea —se presentó ella, con voz fuerte y confiada—. Me envió Pall Gopal. Tengo un paquete para usted.

Golpeó ligeramente el paquete que sostenía.

Dok asintió. Entonces musitó una serie de maldiciones que Jules no le tradujo a Izzy. Tap regresó con el té para Dok, pero no para los demás.

—¿Qué sucedió? —preguntó Tap mientras se sentaba en una orilla del sillón.

Dok golpeó el piso con su báculo, lo que llamó la atención de todos. Sacudió la cabeza. Sus ojos negros se entrecerraron por la ira. Dejó su taza y estiró la espalda antes de hablar. Jules tenía que concentrarse para poder entender. Veía cómo se movían las bocas del ithoriano, a cada lado su cuello.

—Dos traficantes que tenían deudas con Dok escaparon —explicó Jules—. Más asustados por la presencia de la Primera Orden que por Dok. Dos de sus consejeros de mayor confianza fueron a cobrar.

Dok hizo una pausa, levantó su taza de té, lo revolvió y bebió.

—Pero ¿cómo terminó en la caja fuerte? —preguntó Tap—. Estaba aquí cuando me fui.

La voz de Dok tenía un dejo de ira. Jules trató de imaginar cómo sería para alguien como él sentirse tan desvalido de repente. Atrapado, sin ningún lugar a donde ir. Cuántos se sentían así, pero no tenían el poder y la libertad del ithoriano. Cuando terminó de hablar, Jules tradujo.

—Uno de sus viejos asistentes vino a confrontarlo —dijo—. En nombre de la Primera Orden.

—¿Para qué? —preguntó Izzy.

—Para contribuir a la corrupción de Batuu. Estaba convencido de que matar a Dok terminaría con todo esto de alguna manera. Le iba a disparar, pero se acobardó. Dok se defendió, pero Calin lo tomó desprevenido, lo encerró en la caja fuerte y huyó.

—¿Lo conoces? —preguntó Izzy.

Jules sacudió la cabeza.

—No muy bien. Lo viste cuando estábamos atrapados en el tumulto de la calle. Tienes que reparar tu droide asesino, Dok.

Sorprendentemente, Dok dejó escapar una carcajada y estuvo de acuerdo con Jules.

—Me encargué de todo mientras no estaba —le aseguró Tap a su jefe, poniendo la mano sobre el pecho—. ¿Verdad, Jules?

Pero Dok espetaba más instrucciones. Jules se detuvo y volteó a ver a Izzy. Su oscuro cabello flotaba alrededor de su rostro y sus brillantes ojos parecían expectantes mientras aguardaba a que su amigo de la infancia hablara. De nuevo, Jules no quería decir las palabras. Esta vez se debía a que eso significaba que su día estaba llegando a su fin. Hasta ese momento no veía ninguna razón por la que ella pudiera querer quedarse más tiempo. No le había dado el deslumbrante tour por el puesto de avanzada que le había prometido.

—Dok se disculpa por retenerte. Fue algo inesperado. Siempre realiza mejores negocios que este. Tiene tu pago.

—Inesperado es una forma de decirlo —replicó Izzy; su sonrisa lo devastó. Tomó su mochila y sacó el maletín—. Al menos llegó a su destino.

—Dice que el paquete es para un cliente, que si tienes prisa puedes irte. Has cumplido con tu parte.

Dok no dejaba de hablar. Era evidente que Jules trataba de encontrar el valor para despedirse de Izzy otra vez. Había cosas que quería decirle. Quizá la razón por la que no podía hacerlo era que los acontecimientos del día continuaban interponiéndose y los hacían correr de un lado a otro del puesto de avanzada para salvar sus vidas.

Entonces, volteó hacia Dok. No estaba seguro de haber escuchado correctamente.

—¿Quieres que me encargue de esto?

Dok odiaba repetir sus palabras, por lo que Jules se maldijo en su mente.

—Bueno, no —respondió—. Yo soy tu hombre, Dok.

—¡Un momento! —intervino Izzy. —Con todo respeto, Dok-Ondar, si el trabajo aún no está terminado, yo lo terminaré. No me iré hasta entonces.

Jules estaba demasiado aliviado para sonreír.

—Dice que hagas lo que quieras.

IZZY

¿Por qué no había aprovechado la oportunidad para irse? Tenía muy buenas razones para marcharse. Para ese momento, Salju ya debía de haber terminado con el *Meridian*. Ya le había entregado el paquete a Dok. Delta Jeet debía de seguir buscándola. También estaba la promesa que le había hecho a Ana Tolla de mantenerse fuera de su camino. Acababa de descubrir una verdad sobre el pasado de su madre y no estaba segura de cómo lidiar con eso. No había descansado ni tenido tiempo para pensar, pero había encontrado una razón para quedarse, aunque fuese por poco tiempo. Aún no estaba lista para despedirse de Jules.

El bono extra era que podría causarle a Dok-Ondar una buena impresión por si alguna vez tenía que volver a Batuu. Lucía exactamente igual que la vez en que lo vio cuando era niña, por lo que se preguntó cuál sería la esperanza de vida de un ithoriano. Por un instante sintió la necesidad de preguntarle si también él había conocido a su madre, pero se negó esa posibilidad. No había tiempo para los sentimientos tan complejos que eso podía desatar. ¿Qué diferencia haría? De cualquier forma, no podía hablar de esto con sus padres, que ya habían muerto.

De regreso al frente de la tienda, Dok tomó un datapad. Era un modelo antiguo que había modificado usando otras piezas. Todo podía reutilizarse en Batuu. Izzy y Jules se pusieron a su lado para observar. Dok también había marcado ese lugar en su mapa de lienzo. Pulsó algunas coordenadas en la pantalla brillante y recitó más información.

—¿La entrega es aquí al caer los soles? —tradujo Jules, como si no estuviese seguro de lo que acababa de escuchar—. No hay nada ahí. Ni siquiera granjas. Solo una pila de rocas.

Dok respondió en tono burlón.

—Sé que las rocas no son *la nada*. Pero ¿por qué no vienen al puesto de avanzada?

Izzy se encogió de hombros.

—Quizá no tienen un medio de transporte o su speeder está descompuesto. Ya sabes cómo es esto.

Jules ignoró la broma. Dok rio y no volvió a hablar.

Mientras se preparaban para partir, Izzy analizó hacia dónde se dirigían. ¿Una entrega a la puesta de los soles para un ermitaño que vive en una cueva en algún lugar a las afueras de Batuu? Su intuición le decía que había algo extraño en ese cliente de Dok. Tenía que haberlo. Ya no conocía las maquinaciones típicas de la vida en Black Spire, pero al hacer un recuento de los acontecimientos del día, había una gran diferencia con respecto a su niñez: la presencia de la Primera Orden. ¿Por qué reclutar en un planeta que para la mayoría solo servía como estación de reabastecimiento de combustible o como escondite? Claramente el asistente Calin y otros habían sido engañados. No obstante, no

pudo evitar pensar que quizá la verdadera razón para que la Primera Orden estuviese en Batuu era porque la Resistencia también estaba ahí.

¿Quién era ella para preocuparse siquiera? Una huérfana. La hija de una cazarrecompensas, aparentemente. Alguien que trataba de sobrevivir. «Nadie conoce tu nombre».

Pensó en la amarga furia de Cookie cuando los estaba atendiendo, en la prisa de Oga para olfatear lo que podía amenazar su poder sobre su pequeño reino, en el aprendiz que había tenido un arrebato de odio disfrazado de propósito. Un pensamiento la llevó a otro.

¿Cuál era *su* propósito? En ese preciso momento era cumplir con la entrega…y pasar un poco más de tiempo con Jules. Lo vio ponerse su chamarra roja y peinar sus rizos oscuros con los dedos.

—Sabes que casi nunca te pido favores, Dok —dijo Jules—, pero ¿podrías llamar a Delta y arreglar todo?

Izzy se cruzó de brazos y vio cómo Jules trataba de zafarse de ese problema. Conocía a Dok desde hacía solo unas horas, pero ya podía predecir cuál sería la respuesta. Alzó uno de sus largos dedos en señal de protesta. Su piel marrón estaba manchada con pecas oscuras.

—Sí, sí, ya sé que causamos un problema —concedió Jules—. Sí, ya sé que no debí haber liberado a las criaturas de Bina. Sí, Izzy trae puesta mi túnica.

—Estoy de incógnito —espetó la chica. Sintió que su rostro se tornaba caliente.

El ithoriano produjo un sonido sibilante. ¿Acaso era una risa?

—Lo que quiero decir es que mientras Delta se interponga en nuestro camino, no podemos quedarnos en el puesto de avanzada. A menos que quieras que acampemos aquí hasta la reunión.

—Podrían usar máscaras —sugirió Tap y volvió a pulir los adornos de metal.

Dok los despidió con un gesto de la mano antes de regresar a su escritorio.

Izzy estaba a punto de sugerir que podían intentar regresar a su nave para tener una conversación sin interrupciones acerca de su vieja tripulación, disturbios o mascotas sueltas, pero Jules chasqueó los dedos con una curiosa sonrisa en el rostro.

—Tengo una idea.

No estaba segura de cómo, pero sospechaba lo que estaba a punto de decir.

—Hogar.

Ella sabía exactamente lo que quería decir. ¿Aún podía llamarle hogar? Aunque no la había visto en mucho tiempo, pudo imaginar su vieja casa de inmediato. Si la iba a visitar con alguien, tenía que ser con Jules. Además, a nadie se le ocurriría buscarlos ahí.

Al salir por la puerta, casi deseó estar parada frente a Delta Jeet o ante un Volt enfurecido, en lugar de encontrase cara a cara con la persona que encontró ahí.

—Hola, florecita estelar —saludó Damar.

IZZY

CAPÍTULO 14

Hubo un tiempo en el que creyó que su vida sería diferente. Quizás así habría sido si no hubiesen asesinado a sus padres, o si hubiese sido el tipo de chica que se preocupa por sus estudios lo suficiente para mantenerse en la escuela. Esa chica quería explorar antiguas ruinas como su padre lo había hecho antes de volverse granjero. Pero ella había desaparecido y la había remplazado la persona en la que Izzy Garsea se estaba convirtiendo tras una serie de malas decisiones y pésima suerte.

Sintió cómo se cerraban las puertas de la tienda de Dok detrás de ella y cómo Jules se paraba junto a ella. Una parte de Izzy quería estar sola si tenía que hablar con Damar. La otra, la parte mezquina y egoísta que formaba gran parte de quien era, estaba feliz de que Jules estuviese a su lado. No era que quisiera darle celos a Damar, pero el modo en que sus ojos grises se abrieron al ver a Jules la complació en verdad. Era porque, con Jules ahí, tenía una razón para seguir su camino.

Damar previó hacia dónde se dirigía y se puso frente a ella.

—¿Qué? —preguntó.

—No seas así, Iz —exclamó Damar extendiendo los brazos con dramatismo. Le gustaba pensar que siempre lo seguían las miradas, y ¿acaso no había sido Izzy una de sus muchas admiradoras tan solo el día anterior?—. Si estás molesta por lo que pasó en Actlyon, sé que tienes buena puntería. No te habría dejado si no creyese que puedes cuidarte sola.

Sintió que Jules se ponía a su lado y lo miró a los ojos. Este era un problema que tenía que resolver sola.

—Tú debes de ser el granjero del que tanto he oído hablar —dijo Damar, y extendió una mano, gesto que Jules rechazó.

Izzy apretó los dientes con fuerza. Se le secó la boca al pensar que Damar repetiría las palabras que ella le había dicho a Ana Tolla. La única razón por la que había mencionado esas cosas sobre Jules era porque deseaba desalentar el interés de Ana Tolla en él.

—Julen —se presentó, sin mencionarle su sobrenombre a Damar.

Los dedos de Izzy se retorcieron como si tuviesen voluntad propia y trataran de alcanzar su arma. Cuando era niña, su madre solía dormir con un bláster bajo la almohada, y cuando ella le preguntaba por qué, siempre respondía «Por la misma razón por la que duermes con tu bantha de peluche, querida». Esas palabras tenían ahora un nuevo sentido.

—Ana Tolla y yo tenemos un acuerdo —afirmó Izzy—. Mantenernos fuera de la vista de la otra.

—Sobre eso… —La sonrisa de Damar era retorcida, hermosa, cruel—. Ya convencí a los demás de que actuamos con precipitación.

—¿De verdad? —Izzy rio.

—Por supuesto. Ana Tolla me envió a pedirte que regreses.

Izzy se cruzó de brazos. Recordó la conversación con Ana Tolla de esa mañana. Entonces la vio tratando de pasar desapercibida en el Callejón del Contrabandista antes de que los hombres de Oga los recogieran. ¿Qué habría cambiado desde que hablaron?

—Me sorprende que Ana aceptara un trabajo que no puede terminar —dijo bajando la mirada.

Se mordió el labio e intentó ver a Damar. Parecía feliz.

—¿Sabes? Todo fue culpa de Safwan. Se metió en los disturbios de esta mañana y resultó aplastado. —Damar alisó el frente de su fina camisa y agarró una hoja verde que había tenido la mala suerte de aterrizar sobre su hombro—. Le dije a Ana que serías perfecta. Tú también, Jupen.

—Julen. —Su voz parecía oscura, casi lastimera, cuando volteó a verla—. No estarás considerándolo, ¿o sí?

Por supuesto que no, pero deseaba saber lo que estaban planeando. Oga Garra pensaba que Izzy deseaba hacer tratos con los nativos. ¿La habría confundido con Ana Tolla? Quizá no. Había varias jóvenes nuevas en el puesto de avanzada. Además, Izzy conocía lo suficientemente bien a Ana para saber que sus trabajos usualmente requerían de uno o dos nativos.

—Tendré que rechazar la oferta —contestó Izzy y se encogió de hombros.

Disfrutaba la forma en que Damar había tenido que tragarse su orgullo. Sin duda alguna, no había querido ser él quien viniera por ella, pero las palabras de Ana Tolla eran su ley. Quizá, después de todo, Izzy sí tenía la suerte de su lado, pues a la única persona a la que tenía que rendirle cuentas era a ella misma… y a Dok-Ondar, por el momento.

Damar alzó las manos. Se podía percibir una sensación de pánico en su voz.

—Creo que no entiendes la clase de pago de la que estamos hablando. Esto se trata de algo más que cualquier entrega que tengas que hacer en este momento. Has estado aquí toda la mañana y todo lo que has hecho es correr de un lado a otro con el granj… —Se detuvo a observar a Jules. Damar era alto y muy delgado. Izzy sabía muy bien lo inútil que era en una pelea sin blásteres—… con Julen.

—Si se trata de tanto dinero, ¿por qué no buscaron a alguien en el Callejón del Contrabandista antes? —preguntó y se miró las uñas. Había mugre debajo de ellas, tal como solía haber debajo de las de su padre. Cuando dejaron el planeta, él tardó semanas en tenerlas limpias. No era así con su madre. Sus manos siempre estaban pulcras—. Déjame adivinar. Nadie en la ciudad quiere aceptar un trabajo que seguramente molestará al jefe del puesto de avanzada.

Damar puso mala cara, aunque enseguida la quitó. Se rascó la sien, la joya que portaba en ese dedo casi la deja ciega cuando la luz se reflejó en ella.

—¿Sabes, Izzy? Me lastima un poco que hayas superado lo nuestro tan pronto.

Ese había sido un golpe muy bajo, incluso para Damar.

—¿Qué creíste que haría? ¿Llorar por ti durante seis lunas y enviarte holomensajes si me sentía sola en medio de la noche?

Sonrió, dejando ver un colmillo afilado.

—Pensé que superar el tiempo que pasamos juntos te tomaría más que solo una noche de sueño, pero siempre supe que eras despiadada.

Izzy se inclinó hacia delante con una sonrisa en los labios que no provenía del corazón.

—Te sobreestimas, Damar. La respuesta es no.

—Por ahora —puntualizó él, y puso la mano sobre su hombro. Izzy se sorprendió al descubrir que eso la entristecía… hasta que él terminó—: Pero tarde o temprano cambiarás de opinión.

—No lo creo.

—Estoy seguro de una cosa sobre ti: odias estar sola.

Izzy agarró su bláster.

—Vete.

Damar agitó la mano y comenzó a caminar.

—Por cierto, Julen —dijo, apuntando a la cabeza de Jules con un dedo como si fuese el cañón de un bláster—. Asegúrate de llevarla a celebrar a algún lugar lindo.

Una ráfaga de ira la atravesó y disparó su pistola. El tiro hizo una marca en el suelo, cerca de los pies de Damar. Sus ojos gris eléctrico brillaban aún más por la rabia que sentía. Mientras corría, Damar murmuró algunas maldiciones que no pudieron escuchar muy bien. Aunque algunos vendedores voltearon a ver al oír el disparo, perdieron el interés en un abrir y cerrar de ojos.

Jules volteó hacia Izzy.

—Tengo más que un par de preguntas, Izzy, pero quizá podamos hablar primero sobre por qué sigues disparándole a la gente.

Guardó el arma en su funda y se encogió de hombros. Su madre no habría fallado a propósito. ¿O sí?

—Jules, lo siento…

—No tienes que explicarme nada.

Se quedaron bajo la sombra de un árbol, detrás de la tienda de Dok, por unos momentos más.

—Desearía que no lo hubieses visto —dijo Izzy finalmente.

—Entre las botas de piel de serpiente y la joyería ostentosa, es difícil no notarlo —trató de bromear Jules, pero pudo percibir una sensación de incomodidad que no había antes.

—¿Qué quiso decir con celebrar?

—No es nada. —Movió la cabeza.

Jules se inclinó para acercarse a Izzy, sonriendo con aire juguetón para tratar de sacarla del caparazón que ella misma se construyó. Su voz parecía un susurro rodeada por la cacofonía de los gritos de los vendedores.

—Pensé que se habían acabado las mentiras, Izzy.

Lo miró a los ojos y se sorprendió al recordar las palabras de su madre.

—Mentir es un arte.

JULES

Regresaron rápidamente a la cantina, donde Jules había estacionado el speeder. Aunque el furioso exnovio de Izzy se había ido en otra dirección, Jules no podía dejar de sentir que alguien los seguía. Revisó los escondites preferidos de los carteristas. Todo estaba despejado. El puesto de avanzada parecía tranquilo mientras se aproximaba el atardecer.

El silencio entre los dos le dio a Jules el tiempo necesario para pensar en Damar, cuyo cabello era de un tono de azul que Jules solo había visto en la lengua de algunos animales subacuáticos. Todo en él era perfecto. Sus botas de piel de serpiente eran nuevas; sus pantalones no tenían ni una arruga, como los de los dignatarios de clase alta que disfrutaban pasar el tiempo apostando en el negocio de Oga. A Jules no le importaba la ropa que vestía ni una cola de lagartija-mono kowakiana. Lo que le provocó una sensación de horror y calor hasta la médula fue la sonrisa de superioridad en su rostro mientras hablaba con Izzy. Al menos ella había tenido la última palabra, o el último disparo.

—Gracias a los antiguos —dijo Jules, y quitó la lona que había usado para cubrir el speeder.

Izzy lo señaló.

—No te atrevas a decir que fue suerte.

—No lo diré, pero definitivamente lo creo.

Encendió los motores y, tras despegar, dejaron el puesto de avanzada por el camino vacío que bordeaba el valle del río Surabat. Respiró el primer momento de paz y tranquilidad verdaderas desde que chocaron esa mañana. Dejó de mirar a Izzy, tratando de no pensar en lo mucho que le gustaba cómo se veía vestida con su túnica.

Izzy apoyó el codo en uno de los costados del speeder y se inclinó para admirar el paisaje. Se había amarrado el cabello, pero unos mechones sueltos se agitaban alrededor de su rostro. Si Jules no tenía cuidado, terminarían chocando con la siguiente aguja petrificada, porque Izzy Garsea era la chica más bella que había visto.

Entre más trataba de entenderla, más débil parecía la comprensión que tenía de ella. Izzy era como la rara ocasión en que brillaban los tres soles de Batuu al mismo tiempo que se desataba una tormenta eléctrica. Su madre tenía un dicho para ello de cuando era pequeña, algo sobre los dioses del sol luchando con los dioses de la lluvia, y sus padres le contaban historias sobre las ruinas que encontraban en el camino. Izzy era dos cosas imposibles al mismo tiempo: su mejor amiga de la infancia y una extraña que lo arrastraba a sus problemas; era completamente independiente, con deseos de irse del planeta, y también era una chica que había elegido quedarse con él; se estaba riendo un minuto y al siguiente le disparaba a alguien a los pies, aunque algunas veces lo merecían; era una maravilla y también podría ser su ruina.

Las cosas no podían ser de otro modo para él.

La transmisión de DJ R-3X chirrió cuando se alejaron del puesto de avanzada.

—Ahora escucharemos a Sentient 7 y los Clankers con su gran éxito «Mundo droide».

Cuando la señal se volvió más débil, Jules apagó la radio.

—En cuanto se termine el día de hoy, creo que me iré de vacaciones —afirmó.

—¿A dónde?

—Aún no lo sé.

—Estoy segura de que las mereces, sin importar a donde vayas.

Jules quería que retomaran la conversación que habían comenzado durante el desayuno, pero cada vez que comenzaba a hablar, se detenía. ¿Por qué tenía miedo de decirle lo que había hecho cuando conoció a Trix Sternus en lo de Hondo?

Después de haberle contado toda su vida, la comerciante de especias le hizo una pregunta: «¿Deseas verla de nuevo?». Desde luego, la respuesta era sí, pero Jules había hecho una lista de sus preocupaciones en voz alta frente a Trix. No sabía a dónde iba Izzy. Parecía una locura ir por toda la galaxia en busca de una chica a la que no había visto en años. Además, no tenía nave.

«Bueno, chico» había respondido Trix, «sucede que estoy aquí para vender mi nave y quedarme aquí un tiempo. Te puedo proponer un buen precio».

Había firmado tan rápido que no tuvo tiempo para procesar lo que acababa de hacer. A continuación, bajó la rampa y vio a Izzy. El arrepentimiento no era una opción. Aunque sus caminos se separasen por algún tiempo, hizo algo que siempre había querido hacer. Aunque quizá debería mencionárselo a Belen…

Llegaron al asentamiento abandonado en el que alguna vez habían sido vecinos. Los cubría un cielo despejado y un sentimiento de infinitud, como si fuesen los únicos en el planeta; los embargó. Al estar tan lejos del puesto de avanzada de Black Spire, las casas eran más pequeñas y sencillas. El sol había blanqueado la arenisca de los techos abovedados.

Salieron de la nave y se aproximaron a las edificaciones en ruinas. El exterior de las casas, en la orilla donde se había originado el fuego, estaba manchado por el humo. Izzy puso una mano cerca de unas huellas que alguien había dejado al usar la pared para apoyarse.

—¿Sabes, Izzy? —dijo Jules—. Tus pensamientos se oyen más fuerte que los alaridos de Neelo en las noches de música en vivo en la cantina de Oga.

—Y tú conduces más lento que un barco sin combustible.

Sus palabras lo hicieron sonreír. Izzy se puso las manos sobre las caderas y miró fijamente las casitas.

—No puedo distinguirlas —afirmó con amargura.

—Tu casa está más allá —explicó Jules—, junto a la nuestra.

Lo siguió. Era como si atravesaran un portal hacia el pasado. Cuando era pequeño, Belen le dijo que los cenotes que había cerca de las ruinas eran portales. Eran cavernas

agujereadas y llenas del agua azul claro de los estanques. Él solía nadar hasta el fondo, pero lo único que encontraba eran guijarros y bagres.

—Las cosas que recuerdo de cuando vivíamos aquí son como destellos —comentó Izzy.

—Si te sirve de consuelo, no recuerdo haberte conocido —replicó Jules—. Siempre estuviste ahí.

—Hasta que ya no.

Los guijarros crujían bajo sus botas.

—Y ahora sé por qué.

En los tiempos en los que Jules había esperado que Izzy volviera, se preguntaba por qué se había ido. Al saber, y saberlo realmente, que había sido culpa de Oga Garra, se sintió aún peor.

La casita que los Garsea habían llamado hogar por cinco años estaba plagada de enredaderas y arboles jóvenes de un color verde brillante. Todo el asentamiento había sido abandonado. La comunidad se había mudado lejos de las granjas y se había dispersado. Lo que quedaba lucía como el resto del puesto de avanzada: una batalla en curso entre la tierra y aquellos que construían sobre ella.

Izzy puso una mano en la entrada y miró hacia el interior. A través de los agujeros en el techo se filtraba una luz tenue. Jules permaneció en el umbral. Ella lo asombraba, tanto como lo había hecho cuando eran niños.

No quedó nada después del incendio. Aun así, Izzy inspeccionó toda la casa que alguna vez fue su hogar.

—Aquí es donde estaba la cama de mis padres. Yo tenía la mía, pero solía escabullirme para acurrucarme entre ellos. A veces, cuando me despertaba, mi madre ya no estaba, pero mi padre seguía ahí. Era como dormir junto a una chimenea, pues siempre irradiaba calor.

—Lo siento, Izzy —susurró, acercándose a ella.

Encontró un cajón apenas afectado por el fuego y que no había sido saqueado por los carroñeros.

—¿Por qué?

—No era mi intención entristecerte al traerte aquí.

—No estoy triste, Jules —respondió.

Había algo en el cajón: una muñeca con costuras en los costados que había tenido mejores días. Jules podía reconocerla porque él había tenido la misma cuando era niño.

—¿Sabías que nunca regreso sobre mis pasos? Cuando era pequeña, después de dejar Batuu, nunca nos quedamos en ningún lugar por más de seis meses o un año. El periodo más corto fue en Corellia, donde estuvimos dos semanas, y el más largo fue aquí. Nunca me permití perder algo o hacer amigos, porque no quería volver a sentir lo que sentí la noche en que me desperté y nos íbamos del planeta. Desearía haber podido agradecerle a tu madre por esto.

Dejó la muñeca sobre la mesa. Jules no podía soportar verla así en ese momento y en ese lugar. Perdida. Como si no tuviese a dónde ir. Tampoco estaba en posición para prometerle u ofrecerle nada, excepto su compañía.

—Mi madre preguntó por ti antes de morir.

—¿De verdad?

—El virus hizo que olvidara muchas cosas, incluso creía que mi padre seguía vivo. Creo que se refirió a ti como la chica flacucha de al lado.

—Mi padre solía decir que tú eras mi sombra.

Suponía que alguna vez lo había sido, pero la corrigió.

—Sigo diciendo que eras tú la que me seguía.

El rostro de Izzy mostró una gran sonrisa. En sus ojos verdes había destellos dorados y se veían más brillantes bajo el haz de luz en el que estaba parada. Ella pasó una mano por el antebrazo de Jules y la posó sobre su pecho. ¿Podría sentir qué tan rápido latía su corazón?

—Izzy, hice algo hoy…

Entonces, ambos escucharon un ruido y voltearon hacia la puerta. Era un lamento agudo. El hechizo del pasado se rompió cuando salieron a la cegadora luz del día. No había nuevas huellas en el suelo además de las suyas.

—¿Aquí hay animales? —preguntó Izzy.

—Ratas y serpientes nocturnas batuuanas, pero nada que produzca ese tipo de ruido.

—¿Qué me estabas diciendo?

El momento se había esfumado, pero ya que estaban solos, podría preguntarle lo que había deseado saber durante todo el día. Regresaron a la sombra de la casa y se sentaron en el piso. Jules sacó la bolsa de granos de caf cubiertos de chocolate e Izzy abrió aún más los ojos.

—¡Ladrón! —exclamó, arrebatándole la bolsa.

—No le digas a Tap.

—¿Tap? Estos estaban en mi mochila. He estado soñando con ellos durante todo el día.

Dejó caer unos cuantos en la mano de Jules.

—Definitivamente, eres más generosa ahora que cuando éramos niños.

—Siempre compartía todo contigo.

—Izzy, después de tus padres… ¿por qué dejaste la academia?

Entrecruzó las piernas mientras jugaba otra vez con el collar que ocultaba debajo de su camisa.

—Al principio, fue un accidente.

—¿Dejarla o ingresar?

—Entré para tranquilizar a mi padre. Solía decir que había pasado la mejor época de su vida en la escuela, hasta que conoció a mi madre. Después nos convertimos en todo su mundo. Por fin dejamos de mudarnos y Eroudac estaba bien. Vaya que le sirvió de mucho haber seguido a mi madre.

—No lo dices en serio —musitó Jules—. No estarías aquí si no lo hubiera hecho.

Izzy respiró profundamente y miró hacia otro lado.

—Ojalá…

Se detuvo de repente. Se frotó los labios y frunció el ceño. ¿Acaso tenía miedo de lo que iba a decir? Se puso las manos sobre las rodillas. Jules se estiró para alcanzar las puntas de sus dedos. Era la única manera de hacerle saber que podía hablar con él. Esperaría si era necesario.

—Ojalá pudiese hablar con ellos —continuó Izzy—. Aunque fuese solo por un minuto. Sé que si pudiera hacerlo, no tendría el valor para enfrentar a mi madre y decirle que no debes formar una familia si te dedicas a algo que va a matarte. Todo lo que haces es dejar atrás a las personas.

Jules lamió el chocolate que se había quedado en uno de sus colmillos y pensó en lo que acababa de decir Izzy. Lo irritaba de una forma que no pudo explicar hasta que la expresó en voz alta.

—¡No es justo! Hasta donde sé, mis padres eran personas promedio. Mi padre trabajó todos los días de su vida haciendo lo que se esperaba que hiciera. Al final, se metió al incendio para rescatar a algunas personas. Me dejó atrás, pero eso no significa que no debió formar una familia.

—Pero tu padre rescató a esas personas —replicó Izzy.

—Izzy, eso no cambia el hecho de que algunas veces esté enojado con él. —Tomó su mano y la apretó—. Continúa.

Ella dejó que sus dedos recorrieran los de él.

—La razón por la que abandoné la academia y el día en que acepté mi primer trabajo están conectados. Mi profesora de genética siempre tenía los nervios de punta, pero había hallado una manera de preparar un potente té de flores de Haneli. Sin embargo, una sequía en Haneli hizo que le resultara casi imposible comprarlas con su salario.

—Te contrató —concluyó Jules.

—Yo le ofrecí mis servicios —lo corrigió Izzy—. Me estaba quedando sin créditos. Había observado a mi madre, así que estaba segura de que el contrabando era la razón por la cual nunca nos quedábamos en un solo lugar. Pensé que podía hacerlo. Además, sin mis padres, tenía que comenzar a valerme por mí misma. Era amiga de algunos de los guardias del puerto espacial, porque pasaba casi todos los días gastando combustible al tomar el *Meridian* para hacer carreras en solitario hacia ninguna parte. Había visto a mi madre salirse con la suya en los citatorios por transgredir la ley y hacer que los policías le garantizaran los permisos de aterrizaje en planetas en los que no tenía nada que hacer. Por desgracia, el encanto no es hereditario.

—No estoy de acuerdo.

Izzy empujó suavemente la pierna de Jules con la suya y dijo:

—Bueno… pues me atraparon.

—¿Qué hiciste?

—La única cosa en que pude pensar. Entré en pánico y tiré la carga. Después de eso, no podía dejar que mi profesora volviera a verme. Ya había gastado los créditos. Además, sabía que pertenecía al cielo y no a un salón de clases donde estudiaba cosas que mi padre ya me había enseñado hacía mucho tiempo.

Jules quería comentar que las flores de Haneli no solo se usaban para preparar té y que quizá su profesora la había timado, pero no deseaba arruinar su recuerdo.

—Y después de eso, ¿solo continuaste? —preguntó.

En lugar de responder, Izzy preguntó:

—¿Aún deseas volar?

—He estado ahorrando por años. Me desperté esta mañana sin saber qué deseo hacer o a dónde quiero ir. Siempre encuentro algo que me retiene en este lugar.

Izzy, la chica a la que pensaba que nunca volvería a ver, la chica que lo había consumido en las pocas horas que habían pasado juntos otra vez, le echó una mirada.

—¿Qué te retiene aquí en este momento?

Jules se mojó los labios.

—Aún no he encontrado una aventura que valga la pena.

La mirada de Izzy se desvió a su boca brevemente. Jules quería inclinarse hacia ella y ver si ella lo encontraba a mitad del camino, pero había demasiada tristeza en su sonrisa y él no se sentía bien con eso.

—Los mundos del espacio no son como soñamos —afirmó Izzy.

—O quizá lo son, pero has estado con las personas equivocadas.

—No siempre fui parte de la tripulación de Ana Tolla.

—Estás mejor sin ellos. Si cometen el error de cruzarse con Oga…

—No me gustaba eso, ¿sabes? Nunca nos daba los detalles de los logros. Pero su tripulación hace todo lo que ella les pide, cuando se lo pide. La gente sabe quién es Ana Tolla.

Jules se rio.

—Nunca había escuchado de ella. Sin ánimo de ofender, los contrabandistas son tan comunes como las ratas en el puerto.

—Los que la contratan no desean transportar cargamentos de pieles exóticas de Batuu al Núcleo. Ana Tolla vacía tu cuenta bancaria hasta dejarte en la ruina, toma rehenes, la mandan a deshacer y aplastar compañías.

Jules hizo una mueca y se cruzó de brazos.

—Tengo razón. Estarían locos si lo intentaran. En Batuu, Ana Tolla, quien quiera que sea, es una aficionada.

—Entonces, yo no soy nada.

Jules observó cómo la frustración transformaba en un puchero la dulce boca de Izzy. No debía fijarse tanto en su boca, pero así pasó.

—¿Es lo que quieres? ¿Tener mala fama en la galaxia?

—No tendré gran cosa en la galaxia si ni siquiera puedo completar una simple entrega.

En ese momento volvió el sonido que habían escuchado antes, un graznido horrible, pero esta vez seguido de un aleteo. La criatura entró por la puerta volando. Abrió sus alas púrpuras y azules mientras se balanceaba en dirección a Izzy y se acomodó en su regazo, envolviéndole uno de sus brazos con su cola prensil.

—¿Qué está pasando? —preguntó mientras alzaba el otro brazo.

Jules tuvo que calmarla. ¿Acaso el ave los había estado siguiendo desde la revuelta en el mercado?

—Volt me contó algo sobre estas aves. Al parecer, se unen a la gente con un fuerte lazo.

—Nada de lazo —exclamó Izzy; trató de quitar a la criatura de su regazo, pero eso solo hizo que el ave loralora se acomodara mejor—. ¡Fuiste *tú* quien la liberó!

—¿Cómo se llamará? —preguntó Jules.

—No puedo darle un nombre —aseguró Izzy—. Debemos soltarla o regresársela a Volt.

Jules chasqueó los dedos.

—Ya sé.

—No vamos a ponerle nombre, Jules.

No obstante, mientras él pronunciaba la palabra, el ave loralora batió las alas y graznó en señal de acuerdo.

—Lucky.

IZZY

CAPÍTULO 15

Lo último que Izzy necesitaba era un polizón. Quería que el ave loralora estableciera su lazo con alguien más. Aunque Jules le gustaba, parecía especialmente unida a Izzy. Ella nunca había sido buena con las mascotas, porque jamás le permitieron tener una. En un último esfuerzo, tomó la muñeca que había encontrado momentos antes y la agitó frente a la criatura púrpura y azul, que graznó y picoteó la cabeza de la figurilla, pero no se movió. A Izzy se le escapó una risa ahogada cuando la muñeca sin cabeza comenzó a desbaratarse por las costuras. Recordó que mamá Rakab se la había hecho después de verla llorando de envidia por el juguete de Jules.

Si Julen Rakab se hubiese aparecido llorando en la puerta de los Garsea, Ixel Garsea lo hubiera dejado llorar hasta que sacara todo de su sistema y después lo hubiera puesto a limpiar refacciones para reparar la nave.

Encargarse de un animal doméstico no se encontraba entre las habilidades que su madre le había enseñado. El ave loralora, con el acertado nombre debido al sonido que producía, entró con ellos al speeder.

—¿Crees que podamos alimentar a Lucky con granos de caf? —preguntó Jules mientras conducía.

Estaba aliviado de no tener que preocuparse por Delta Jeet o Damar en ese momento. Aún les quedaban un par de horas antes de la puesta de los soles y quería mostrarle a Izzy un poco más de los alrededores. Ella accedió con gusto, pero su mente se había quedado en el pasado.

—¿Izzy?

—Perdón. Pensaba en lo amable que era tu madre en comparación con la mía.

Jules sonrió de ese modo increíblemente encantador tan característico de él.

—Tu madre era amable conmigo.

—¿Cuándo? —Jules se preguntó por qué ella habría hecho esa pregunta tan rápidamente.

—Hubo un tiempo en que estabas enferma. Todos los niños se habían contagiado de fiebre del valle, pero por alguna razón, yo estaba bien. Me dijo que volviera a casa, pero le sugerí que podía ayudar a cuidarte.

Izzy no podía creer lo que Jules le estaba diciendo.

—Me sorprende que no te haya dicho que eras un tonto y que también te enfermarías.

—Sacó un caramelo de su bolsillo y me lo dio. Dijo que la mejor forma de ayudar era dejarte descansar. Cuando te vi hoy más temprano, pensé que con esa chaqueta lucías exactamente como ella.

Izzy miró al ave en su regazo, que usaba su chaqueta como si fuese un nido. Cuando se miraba al espejo, le gustaba pensar que se parecía más a su padre, pero cada uno ve lo que quiere ver cuando se trata de los padres.

—No suena como ella —dijo Izzy—. Nunca conseguí ningún dulce, a menos que lo hurtase.

—¿Crees que deberíamos entender a nuestros padres? —preguntó, apartando la mirada del camino para verla.

—Yo creo que al menos debemos saber quiénes son.

Odiaba el hecho de que Oga hubiese profundizado en ello. Odiaba el hecho de que le molestara tanto, pues solo podía pensar que si su madre hubiese tomado otras decisiones, hubieran podido tener una vida normal en lugar de saltar de un lado a otro como un gorg en pleno verano. Quizá necesitaba dormir un poco para aclarar su mente.

Subieron por una pequeña colina verde y un recuerdo volvió a ella de repente. Corría por los campos dorados de trigo. Se reía a todo pulmón. Una vez estuvo ahí con su padre. No la llevaba al trabajo a menudo, pero ese día en particular su madre estaba… de viaje.

—Recuerdo esto —murmuró mientras Jules disminuía la velocidad del speeder. Más adelante había hileras de cultivos, silos y una torre de agua—. Es una granja de granos. ¿Es más grande que antes?

—Kat está orgullosa de la forma en que opera. Últimamente el negocio está floreciendo. Nunca he probado el maíz ni los granos de otro lugar, pero no necesito hacerlo.

—Ganaría una fortuna si les vendiera a grandes granjas.

Jules abrió más los ojos.

—Aquí no menciones a las grandes granjas. Ha recibido ofertas de todo tipo de compañías. Es demasiado orgullosa.

—Podría ser orgullosa y tremendamente rica.

Jules sacudió la cabeza, pero mientras se acercaban a la granja, ya le estaba sonriendo de nueva cuenta. Izzy distinguió el área hacia la cual se habían expandido recientemente, donde levantaron más graneros blancos. A la distancia, dos torres de agua flanqueaban los campos. Dos pequeños terrenos se reservaban para los speeders, pero no había muchos estacionados a pesar de la multitud que se congregaba alrededor de las mesas comunitarias. Jules dejó su speeder en una esquina y se echó al hombro el paquete de Dok.

—Hora de que te vayas —le dijo Izzy al ave loralora.

—No creo que Lucky quiera ir a ningún lado —le recordó Jules.

Pero el ave echó a volar desplegando sus enormes alas. Se lanzó en picada y describió un inmenso arco antes de aterrizar sobre el hombro de Izzy y enrollar de nuevo su gruesa cola de reptil alrededor de su brazo. Jules estaba a punto de hablar, pero la chica le hizo un gesto para que guardara silencio.

Al acercarse, Izzy pudo ver que los granjeros eran de todo tipo de especies, algunas de las cuales no había visto nunca. Alguna vez creyó que era lo suficientemente culta y

que había visto de todo, pero en los últimos días se había dado cuenta de que había sido muy arrogante. Aún tenía mucho que aprender. Después de todo, solo tenía dieciocho años.

Un grupo de hombres twi'lek con la piel de color verde claro y los ojos marrón oscuro estaban jugando cartas. Al acercarse, pudo ver que no apostaban con créditos o spiras, sino con objetos cotidianos: botones, tornillos metálicos, clavos, alfileres y cualquier otra cosa que podría parecer inútil hasta que la necesitaras en un apuro. Eso parecía mantener todo en buenos términos, aunque cuando uno de los twi'leks más pequeños mostró sus cartas, los otros golpearon la superficie de la mesa y todo retumbó. Izzy saltó al escuchar el ruido, pero acto seguido todos se estaban carcajeando de nuevo.

Las siguientes dos mesas estaban ocupadas por unos jóvenes humanos y sullustanos, y por un ente con el cuello largo y unos grandes ojos cuyo nombre Izzy desconocía. Estaban todos juntos viendo una transmisión en la holonet. Cuando una de las chicas levantó la mirada y vio a Jules, se levantó como flor en busca del sol. Tenía la piel un poco más oscura que la de Izzy y dos trenzas que la hacían lucir muy joven.

—¡Jules! —gritó y de inmediato volvió la vista hacia la mesa. Tenía una cáscara de fruta enrollada frente a ella.

—Ey, Shari —saludó Jules amablemente—. ¿Cómo va el día?

Shari se sentó más derecha y se pasó los dedos hasta el final de una de las trenzas. Tenía un rostro redondo y una pequeña cicatriz en una de las mejillas. Una cortada como esa tuvo que realizarse con una navaja bien afilada. Parecía hecha a propósito. Izzy se preguntó cómo se habría lastimado ahí la chica.

«Una roca es tan buena como cualquier otra». Las palabras de su madre reverberaron en su cabeza. Pero ¿era eso verdad? Si una era tan buena como otra, entonces ¿por qué algunos planetas eran del tipo que podía convertirse en un hogar, en tanto que otros eran del tipo que sus padres no la dejaban siquiera poner un pie fuera de la nave? Jules había afirmado que siempre encontraba una razón para permanecer en Batuu. Debía preguntarle cuáles eran esas razones. Quizás entonces tendría una mejor idea del lugar al que pertenecía.

—Ahí va —respondió Shari—. Me sorprende verte hoy aquí. ¿Cambiaste de parecer acerca de tu renuncia?

Shari, así como los otros hijos de granjeros, no dejaban de mirar a Izzy. Observaban todo, desde el dobladillo de sus leggings hasta su coleta despeinada por el viento. No estaba acostumbrada a que tanta gente la mirase fijamente, por lo que se sentía un poco cohibida. Se soltó el cabello para dejar que su cuero cabelludo respirase mientras se soltaban los mechones.

—¿Quién eres? —le preguntó alguien con voz aguda—. ¿Eso es una lagartija-mono? Mi abuela no me dejaría tener una.

—Esta es Lucky —dijo Jules acariciando al ave entre los ojos—. Es una loralora.

Izzy miró a la pequeña niña nautolana que le había hecho la pregunta. Tenía unos grandes ojos marrones y tentáculos en lugar de cabello. Su piel era verde con pecas doradas y su sencillo vestido *beige* estaba adornado con flores silvestres hechas de tela.

—Soy Izzy. ¿Cómo te llamas tú? —preguntó a su vez.

—¡Ksana! —gritó, estirándose para tratar de tocar la cola del ave.

La loralora batió las alas y voló hasta el hombro de Jules, una percha más alta y segura.

El joven se rio y dijo:

—Hola, pequeña. No te había visto desde que bebiste toda mi leche esta mañana.

La niñita dejó escapar una risita que a Izzy le recordó a un riachuelo.

—¿Eres la *novia* de Julen?

Los otros niños se rieron, e Izzy se preguntó por qué su primera reacción había sido mirar el rostro de Jules. Lo único que debía hacer era decir que estaban trabajando juntos, que ella era solo su amiga. Pero en el transcurso del día su mirada había estado posándose sobre sus labios y su cabello. El asunto se tornó muy complicado, por lo que decidió no contestar.

—¿Julen tiene novia? —insistió alguien detrás de ellos—. ¿Desde cuándo?

—No soy… —Izzy se quedó callada cuando, al voltear, vio un rostro muy parecido al de Jules, lo que la paralizó.

—Belen —dijo Jules, nervioso—. ¿Tiempo extra?

—¿Escuché bien? ¿Es Izal Garsea? —preguntó.

Belen Rakab era casi tan alta como su hermano. La edad de la mujer, casi trece años estándar mayor que Jules, y el trabajo pesado que realizaba se mostraban en las arrugas que tenía alrededor de sus ojos. Izzy siempre asociaba esas arrugas con la gente que disfruta de la vida y sonríe mucho. Su padre tenía líneas de expresión alrededor de los ojos. ¿Y su madre? Ella lucía joven, casi petrificada en el tiempo.

Izzy se acercó para estrechar la mano de Belen, pero la mayor de los hermanos Rakab la jaló para darle un caluroso abrazo.

—Por favor, no me digas que mi hermano te involucró en uno de sus salvajes planes.

—Me ofendes, hermana —intervino Jules—. Izzy está de visita y solo nos ponemos al corriente.

Julen Rakab no sabía mentir. Izzy casi se rio al oírle. Sus ojos iban de un lado a otro, y su voz profunda habitual se volvió más aguda al decir el nombre de Izzy. Era demasiado bueno para este mundo, probablemente también para cualquier otro. Se rascó la nuca, además.

Belen miró al ave y después a Izzy, quien simplemente se encogió de hombros. La mirada que compartieron fue de complicidad. Había algo más, Belen lo sabía, pero no se quería entrometer… aún.

—Claro —replicó con un tono que dejó claro que ella conocía a su hermano menor mejor que él mismo—. Bueno, hoy estoy trabajando horas extra. Un par de nuevos empleados se tomaron la mañana libre.

—Parece que eso mismo sucede por todos lados —comentó Izzy.

—¿Te vas a quedar? —le preguntó Shari a Jules—. Aún hay suficiente estofado de topato.

Jules se frotó el abdomen.

—Si te parece bien.

Tenían hasta la puesta de los soles, así que Izzy no puso ninguna objeción.

—Vuelvo enseguida —dijo Jules dejándola en la mesa donde se congregaban los niños.

Lucky voló hasta ella y comenzó a picotear a los pequeños insectos que se arrastraban entre las láminas de madera.

Izzy escuchaba con atención y descubrió que Shari tenía trece años, como los otros chicos, menos el twi'lekiano, que tenía dieciséis y estaba a cargo del pequeño grupo. Se les había confiado la cosecha de las hileras púrpuras de granos de Surabat, los cuales eran más dulces que el promedio.

—Tengo el récord de velocidad —afirmó una niña sullustana. Sus mejillas semicirculares se dividían aún más al llenarse de orgullo.

—¿Qué haces, Izzy? —le preguntó un niño gungan. Su acento era igual que el de los otros chicos.

Izzy se inclinó y tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Acabo de terminar un trabajo y espero para empezar el siguiente.

—Y, entonces, ¿cómo llegaste hasta aquí? —le preguntó la niña sullustana.

—En mi nave. Se llama *Meridian*.

Todos se asombraron.

—¿Tienes una nave propia?

—Podrías trabajar aquí —sugirió el gungan—. Kat siempre hace lugar para la gente y su granja es pequeña, aunque pa' dice que será la temporada más grande.

—Sí, Izzy —la apoyó Shari—. Quédate.

Había algo que brillaba en sus ojos. Eran tan… inocentes y esperanzados. Aquello se clavó profundamente en Izzy, como si fuese una herida. ¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido así? «Siempre supe que eras despiadada».

—¿Son tontos? —intervino el twi'lekiano—. ¿Por qué habría de quedarse aquí, cuando literalmente puede ir a cualquier lugar de la galaxia?

—Este es nuestro hogar —respondió Shari un tanto confundida.

—Quizá lo sea para ti —replicó el twi'lekiano—. Tus abuelos necesitaban un lugar donde esconderse después de la Guerra de los Clones.

Eso hizo que Shari se sonrojara.

—¿Quién dice…?

Lucky graznó y batió las alas. Izzy se dio cuenta de que la discusión estaba a punto de ponerse fea. A diferencia de lo que hubiera ocurrido en una cantina, no le preocupaba que un grupo de niños demoliera el lugar a tiros. Después de todo, ella era la única con un bláster.

—Yo solía vivir aquí —les contó Izzy. La impresión fue tan grande que los apaciguó—. Mi nave ha sido mi hogar por mucho tiempo. Es lo único que me queda de mis padres. Pero es bueno saber que, si me quedara, tendría una amiga. Gracias, Shari.

Esto hizo que la niña sonriera de nueva cuenta, justo en el momento en que los hermanos Rakab regresaban con comida. Lucky echó a volar para ir a la caza de ratas de campo. Comieron mientras Izzy les contaba la historia de cuando el *Meridian* se quedó sin combustible en medio del espacio. De no haber sido por el circo itinerante de Frin Mak, que se dirigía a Cuyacan, habría flotado hasta quedarse sin víveres. Belen estaba apenada, pero los niños (y Jules) parecían muy entretenidos.

Cuando bajó la temperatura, Izzy se ofreció para llenar las cantimploras de los trabajadores que iban a trabajar horas extra. Fue a pie con el chico twi’lekiano, llamado Jac Lodain, hasta el pozo, que se encontraba cerca de la torre de agua.

—No creo que estés entre trabajos —le dijo Jac mientras caminaban con dificultad bajo el sol. Tenía la sonrisa de un niño que creía saberlo todo. Por un momento le recordó a Damar.

—¿Sí?

—Escuché los rumores. La Resistencia está aquí.

—Tienes una idea equivocada sobre mí, chico —explicó con una risa—, pero tienes razón sobre una cosa. No estoy entre trabajos. O, mejor dicho, una contrabandista siempre está entre trabajos.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, aunque todavía estés en una misión, ya estás tratando de averiguar cómo conseguirás la siguiente. Así que técnicamente siempre estás entre trabajos.

Al chico parecía haberle gustado lo que acababa de decir. Izzy había pasado bastante tiempo entre twi’lekianos, por lo que sabía perfectamente que sus lekkus eran una extensión de sus emociones; de acuerdo con el suyo, el chico estaba tan complacido como un hutt contando créditos. Esa forma de petulancia era peligrosa. Mientras llenaban las cantimploras, Izzy se dio cuenta de que el chico deseaba que alguien lo escuchara, que lo viera.

—Mi madre dijo que oyó algo sobre ellos. —El chico miró sobre su hombro. Estaba tratando de impresionarla y ella le daría la oportunidad—. Dijo que vio un par en las viejas ruinas. Mi pa’ le advirtió que se quedara tranquila. Especialmente si esos cabeza de chorlito aún están por aquí.

—Tu papá tiene razón —dijo Izzy.

Regresaron a las largas mesas de descanso. Solo algunos seguían ahí.

Jac sacudió la cabeza.

—Mi papá y mi tía lucharon contra el Imperio. Ella murió. Pa’ perdió un brazo. Mis padres nos trajeron aquí. Quiero ser así de valiente.

—¿Cómo es «así»?

—Lo suficiente para irme, para luchar por algo.

Lo observó. Tenía energía que quemar. Pensó que la galaxia era demasiado grande y que seguramente había alguien en algún lugar que podía darle al chico lo que estaba buscando: una causa. Justo como la gente que habían visto en el puesto de avanzada antes de que los stormtroopers hicieran su despliegue.

—Lucha por tu familia —le dijo. No podía decirle en qué creer, pero eso era algo de lo que estaba segura—. Por aquellos que son de tu sangre y por aquellos que te han elegido.

Él asintió en señal de acuerdo.

—Espera —dijo el niño—, ¿qué familia elegiste *tú*?

—Aún no lo hago —le respondió.

Sonó una alarma. Izzy se puso de pie y reaccionó con preocupación, pero el niño twi'lekiano dijo:

—Es el fin de mi jornada y la campana anuncia las horas extra para los demás. Nos vemos, Izzy.

Estrechó la mano que el niño le extendió mientras le mostraba esa sonrisa de nuevo. Decidió que ya no se parecía tanto a la de Damar, era más amable.

—¿Sabes? Podrías elegirnos a nosotros.

Izzy estaba sentada sola a la mesa y se dijo que no debería ponerse tan cómoda. Esta clase de camaradería no era real. Era como un enamoramiento platónico. Algunas veces la gente se agrada al principio, después algo sale mal. «Odias estar sola». Aborrecía tener que admitirlo, pero Damar tenía razón.

—Parece que has causado una buena impresión en ellos —dijo Belen al acercarse a Izzy.

Se sentó y ambas observaron al joven que tenían en común.

Jules correteaba a la niña nautolana. Mientras trotaba entre la hierba, lucía como un bebé de dos metros.

—Gracias —dijo Izzy.

¿Por qué se sentía la necesidad de *agradarle* a Belen, de tener su aprobación?

—No dije que fuese algo bueno.

Izzy sintió un nudo en el estómago. Una ráfaga de calor recorrió todo su cuerpo.

–¿Ah?

—No me expresé bien. —Belen suspiró —. Lo siento, pero no conoces a mi hermano.

Izzy quería discutir. Lo tenía en la punta de la lengua. Sabía que Jules era hermoso, honesto y fuerte. Sabía que se había quedado con ella, aunque no tenía razón alguna para hacerlo. Sabía que él le importaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Sin embargo, acalló esos pensamientos, pues ¿qué podía ofrecerle ella a Jules?

—Tienes razón —admitió Izzy.

—Sé que no estás solo de paseo. Sé bien a qué se dedicaba tu madre.

—Tú y todo el mundo —replicó Izzy en un murmullo que casi quedó ahogado por los gritos de la niña—. No soy como ella.

—Lo suficiente. He visto suficientes forasteros para reconocer cuando alguien está en busca de problemas.

—No quiero problemas.

—Quieras o no, son parte de tu línea de trabajo.

Izzy se encogió de hombros.

—Tengo una nave. La gente necesita que entreguen sus paquetes. No es muy distinto de lo que hace Jules para Dok.

—Quizá. Pero Jules no hará eso toda la vida. Hay cosas que te siguen a casa —insistió Belen, como si la severidad de sus palabras fuese por protección y no por malicia—. La gente te sigue a casa. ¿Por qué crees que la mayoría de los contrabandistas y piratas mueren antes de hacerse viejos?

—Algunos no mueren. He visto…

—Esa no es la vida que quiero para mi hermano.

Izzy estaba respirando rápido. ¿Qué importaba la opinión de Belen sobre ella o sus decisiones?

«Podrías elegirnos a nosotros», había dicho Jac.

—Estamos haciendo un trabajo para Dok —explicó Izzy. Sintió cómo se tensaba su piel e imaginó que llevaba por escudo la armadura más fuerte e indestructible. Esa era la manera en que sobrevivía—. Es todo. Me iré esta noche, tan pronto como terminemos.

—Tú tienes la culpa, Izzy Garsea.

—¿De qué exactamente?

—Quería algo mejor para Jules. Lo reclutaron de la Academia de la Nueva Republica, pero no fue. No quiso irse. Incluso cuando se hizo mayor, algo lo retenía aquí. Solía creer que se trataba de nuestra madre, pero entonces murió. Ver cómo te mira me rompe el corazón. Lo sé, sé muy bien que tú eres la razón por la que ha desperdiciado tantas oportunidades.

Izzy sacudió la cabeza. No quería escuchar eso. ¿Cómo podía ser verdad? Belen estaba equivocada al tratar de culpar a Izzy por algo que no era su responsabilidad.

—Jules se quedó aquí porque ama este puesto de avanzada.

Tal como le sucedía con Jules, a Izzy le costaba mirar a Belen directo a los ojos.

—Respóndeme una cosa, Izal. En todo ese tiempo que pasaste volando de un planeta a otro, ¿en alguna ocasión pensaste en volver?

Izzy sintió la garganta inflamada. Había pensado en ello, pero no lo había hecho. ¿Cómo podría haber sabido que Jules la estaba esperando?

—Termina lo que viniste a hacer. Vete y mejor no regreses.

Izzy se puso de pie abruptamente. Le echó un vistazo al ave loralora, que volaba en círculos sobre ella. No había querido tener a la criatura a su lado. Que se uniera a ella con un fuerte lazo, como dijo Jules. Sin embargo, cuando Lucky comenzó a alejarse de la granja, algo en el interior de Izzy se congeló. ¿Acaso no había estado ella al lado de Jules todo el día? Él la hacía reír. Nunca había podido hablar con nadie del modo en que hablaba con él. Jules era paciente y tenía un gran corazón. Izzy no podía rompérselo.

—No regresaré jamás. Es una promesa.

Belen asintió una vez y dijo:

—Necesito volver al trabajo.

Fue en ese momento cuando Izzy notó que Belen tenía las dos manos sobre el abdomen de forma protectora. Apenas podían notarse los signos del embarazo. Imaginó a Jules cuidando a su sobrino o sobrina. Era bueno con los niños, era bueno con la gente de una forma que ella nunca había siquiera intentado. Jules pertenecía a Batuu con su familia.

—Fue lindo verte, Garsea. Buen viaje de vuelta a… bueno, a donde quiera que esté tu hogar.

Aunque esto molestaba a Izzy más de lo que le hubiese gustado admitir, hizo su mejor esfuerzo por no estremecerse cuando Belen la abrazó antes de regresar a los campos de cultivo de la granja.

Jules eligió ese momento para volver con Izzy. Tenía el cabello despeinado y su piel lucía acalorada. Quería sacudirlo. Quería que la abrazara.

—Siento haberte dejado sola con mi hermana —se disculpó Jules—. Es muy intensa. Es la madre sustituta de todos los niños de este lugar que no tienen mamá. ¿Dónde está Lucky?

Izzy no necesitaba una madre sustituta, lo que necesitaba era alguien que le recordase a dónde pertenecía. ¿Dónde estaba su hogar? Eso era el *Meridian*. Estaba viejo y gastaba mucho combustible, pero era el único sitio en el que se sentía a salvo. Estar en Batuu le estaba causando problemas mentales. Debía dejar de vacilar entre la nostalgia y los sueños, y terminar su trabajo.

—¿Izzy?

—Se fue volando —respondió.

Pasó junto a él, siguió una vereda en la que el laberinto de hierba crecía alto y sin control, y se perdió de vista. Respiró el dulce aroma de los granos, de la tierra fertilizada, de la hierba, de Jules.

Dejó escapar una risa dolorosa al pensar que les había hecho promesas a los dos hermanos Rakab. A Jules le prometió que volvería; a Belen, que se mantendría lejos. Podía cumplir ambas promesas, aun si la primera le había tomado trece años.

JULES

CAPÍTULO 16

Había sido una buena temporada de lluvias; podía verse en la frondosidad de los árboles, en las tierras que se extendían por la periferia de la granja y daban paso a una zona de agujas petrificadas y aserradas. Tal como hacían cuando eran niños, caminaron por los riscos ayudándose con las manos para mantener el equilibrio. Se detuvieron frente a un pequeño montículo cubierto de hierba y bordeado por unos estrechos muros de roca, lo suficientemente lejos de la granja para que nadie pudiera notarlos.

Algo había disgustado a Izzy. Jules tenía una idea muy clara de qué había podido ser.

—¿Te dijo algo Belen?

—No —respondió con voz tensa.

—Mentira. Creo que hoy me he ganado algo de buena voluntad de tu parte.

Entonces, ella giró para enfrentarlo. El verde de sus ojos era tan salvaje como las hierbas que se alzaban sobre ellos. Se pasó una mano por el cabello y agitó la cabeza.

—¿Quieres que hablemos de mentiras? Comencemos contigo.

—¿Qué hay de mí? —preguntó Jules. El corazón le palpitaba con rapidez, chocando con sus costillas.

—Me dijiste que no sabías qué te retenía en este lugar —le recordó Izzy—, que no habías encontrado una aventura que valiera la pena.

—¿Qué hay de malo con eso?

Ella agitó las manos en el aire, su voz se puso tensa.

—¡Todo! Yo no soy tu aventura, Jules.

—Nunca dije que lo fueras. —Jules retrocedió un paso. ¿Qué le habría dicho Belen?

—Entonces, ¿por qué sigues aquí en Batuu cuando podrías estar en cualquier otro lado?

Mucha gente le había hecho la misma pregunta. Belen. Haal. Otros granjeros. Lee. Incluso Dok. Nunca había podido darles una respuesta concreta. Podía entender por qué Belen creía que Izzy era la razón por la que nunca había abandonado el planeta.

Una vez, cuando tenía alrededor de ocho años, hubo una cosecha terrible. No había mucho trabajo y algunas familias se fueron a otros mundos cercanos en busca de empleo. Todo lo que hizo Belen fue sugerirlo a sus padres. Jules no quiso irse. La recordaba como una de las pocas veces en que había perdido los estribos. ¿Qué habría pasado si Izzy regresaba? ¿Qué si él no estaba ahí cuando volviera? La familia Rakab no se mudó, pero no fue por complacer a Jules. Fue porque sus padres consiguieron un trabajo temporal. Su padre habría resistido los lloriqueos de Jules de todos modos. Él lo sabía.

En otra ocasión, cuando tuvo la oportunidad de enlistarse en la academia tras la partida del planeta de muchos de sus amigos, Belen lo llevó a celebrar. Fue la primera vez que se emborrachó. Le confesó que había declinado y rechazado su postulación.

Nunca la había visto tan molesta. Recordaba haber mencionado a Izzy cuando Belen le preguntó por qué, pero no lo que dijo con exactitud. Quizá solo dijo su nombre. Ese recuerdo estaba borroso, nublado por la primera vez que había bebido demasiado.

Quizá cuando era pequeño tenía el corazón roto y esperaba que la niña regresara. Era un niño entonces. A los niños se les permite tener sueños ridículos. No podía mentirse. Aun cuando había renunciado a la idea de volverla a ver, una pequeña parte de él seguía deseándolo. ¿Acaso ese deseo se había arraigado en su mente tan profundamente que incluso esa mañana, hasta que ella apareció, seguía sin saber qué hacer con su vida?

La respuesta era simple. Incluso si lo que Belen había dicho era cierto, él era un individuo. Su vida había sido buena en Batuu. No importaba el motivo por el que se había quedado.

—¿Por qué no basta el hecho de que este es mi hogar? —preguntó—. Imagino lo que te dijo mi hermana. Pero Izzy, todo ha cambiado. Ahora tengo…

—Oga me ofreció un trabajo —dijo Izzy enseguida—. Una audición, en realidad. Lo aceptaré.

El viento sopló a su alrededor y, mientras los soles comenzaban a descender, el ambiente se tornó más fresco. Lo habían golpeado muchas cosas ese día, pero nada se comparaba con esas palabras.

—¿Por qué harías eso?

—Porque es lo único que tengo. —Sus ojos se tornaron brillantes—. Comencé a pensar que pertenecía a este lugar, pero ahora no estoy tan segura. Conozco un lugar que siempre ha sido una constante en mi vida: mi nave. El cielo.

Quería abrazarla, decirle que también lo tenía a él. No tenía por qué sentir que seguía sola en la galaxia. Pero no creía que ella quisiera escuchar eso.

—Hace una hora estabas furiosa con tu madre por haberte abandonado. ¿Y ahora? Estás lista para seguirla a la tumba.

—¿Estás consciente al menos de lo que hay allá afuera, Jules?

Él respondió en tono burlón:

—Sabes que no. Por favor, ilumina a este granjerito con tus grandes conocimientos sobre la galaxia.

—Te pedí que vinieras conmigo.

—No fue una oferta real y lo sabes. Era tu deseo de asegurarte de que no puedes confiar ni contar con nadie. Me tendiste una trampa para que yo asumiera la culpa.

—No me conoces. —Izzy sacudió la cabeza—. Puedes darme este tour por el puesto de avanzada, pero al final somos prácticamente un par de extraños.

—Mentira —repitió Jules.

Izzy estaba tan cerca de él que, si hubiese inclinado un poco la cabeza, habrían estado lo suficientemente cerca para besarse. ¿Por qué la deseaba más allá de lo razonable? ¿Por qué había tenido que volver solo para continuar recordándole que partiría de nuevo?

—Sé que la galaxia nunca será lo bastante grande para llenar el vacío que hay en tu corazón, Izzy, pero es porque tú no quieres. Deseas seguir huyendo porque no sabrías qué hacer si tuvieses que detenerte.

—Y tú deseas quedarte aquí porque, en el momento en que atravesaras la atmosfera, perderías la única seguridad que conoces.

Jules se estiró para abrazarla, para decirle que no había nada malo con la seguridad. Deseó poder hacer de la galaxia un lugar seguro para todos ellos, pero él era una persona solamente, así que cerró los puños en el aire y fue poniendo más distancia entre los dos, hasta recargarse contra uno de los muros de roca.

—Tienes razón —le dijo, exhausto—. Es mejor que te vayas. Persigue el recuerdo de tu madre o a Ana Tolla. Los cielos, incluso Oga, son una mejor opción para ti que yo. Pero mientras andas en busca de eso, no olvides que también tuviste un padre y, por lo que me dices, él no hubiera querido esto para ti.

Izzy caminó hacia él y presionó su hombro con un dedo, fuertemente.

—Eso no cambia el hecho de que no pueda darte lo que deseas.

Estaba muy enojado con ella. Sin embargo, cuando su piquete se suavizó hasta volverse una caricia, un poco de ese enojo se disolvió. Ella apoyó la palma de la mano sobre su hombro.

—¿Qué te he pedido que no me puedas dar, Izzy? Porque creo que estamos luchando por la misma causa.

—Yo —respondió—. Estabas dispuesto a cambiar el curso de tu vida por un capricho. Eso es demasiada presión. No sé cómo ser tanto para alguien.

Sintió que su enojo hervía, se derretía y tomaba forma nuevamente del modo en el que los vendedores del mercado transformaban los costales de arena en vidrio. Quebradizo. Frágil. No podía permitirse el lujo de ser así. Ninguno de los dos podía.

Izzy y Jules tenían un pasado y, al parecer, no tenían futuro, pero cuando ella puso sus labios sobre los suyos, la única cosa en sus vidas que no había cambiado era que se tenían el uno al otro.

IZZY

CAPÍTULO 17

Debió haberlo besado horas antes, pero ser honesta consigo misma era tan difícil como serlo con los demás. Jules la tomó suavemente por los hombros y la apretó contra su pecho. Izzy lo sujetó, tan sólida como las rocas que los rodeaban.

Cuando se despertó esa mañana, enojada y con el corazón roto después de haber sido abandonada, no habría podido predecir en dónde iba a terminar: rodeada de rocas escarpadas y unos árboles tan torcidos que parecían estar pidiendo un aventón para subir por la ladera del acantilado. Presionó su cuerpo contra el de Jules deseando que ambos pudieran retirar todo lo horrible que se habían dicho. Pero ¿acaso no era justo ahí donde habían fallado? Sus propias mentiras, la reticencia de Jules.

Pensó en la niñita que solía ser: cazaba luciérnagas en la planicie detrás de su casa; su cabello siempre estaba recogido en dos trenzas que su padre le hacía cada mañana antes de dejar que saliera a jugar con Jules. Se raspaban las rodillas al escalar los pináculos de roca. Equipados con unos desarmadores oxidados, grabaron sus nombres en la roca. No podría encontrar el pináculo en el que lo habían hecho ni el risco en el que habían pasado su último día juntos, pero podía apostar a que Julessí sabía cuáles eran.

Fue Jules quien detuvo el beso. De alguna forma, habían acabado acostados en el suelo. Se apoyó en un codo y se miraron fijamente. Él buscó las manos de Izzy con las suyas, manos de granjero. Ahora que sabía cómo era besarlo, ¿cómo iba a cumplir la promesa que le había hecho a Belen? ¿Cómo podría partir?

Jules dejó escapar una risita.

—Di algo, Izzy, porque mi cerebro está frito.

—Desearía haber vuelto antes.

Se quitó su chamarra y se la ofreció a Izzy como almohada. Ella miró al cielo. Debían partir pronto para llegar a las coordenadas que Dok les había proporcionado. Solo entonces terminaría ese extraño día. Sentía una emoción que no había experimentado en mucho tiempo. El fuerte nudo de ansiedad que parecía estar siempre alojado en su pecho se había deshecho en algún punto entre el momento en que dejaron la guarida de Dok por la mañana y su llegada a la granja. Quizás era un efecto secundario de estar con Julen Rakab.

—No habría sido lo mismo. —Jules le acarició el conjunto de pecas de su barbilla—. El año pasado me afeité la cabeza porque Volt me retó.

—Tienes razón. Me hubiera seguido de largo —dijo Izzy y frunció la nariz.

Él sacudió la cabeza al tiempo que sonreía.

—Quizá yo estaba demasiado ocupado trabajando o corriendo por ahí con mis amigos, y tú estabas con tu tripulación. Aún no hemos terminado de entendernos. Tal vez hayas regresado en el momento preciso.

Tenía razón al respecto, suponía Izzy.

—Gracias por traerme aquí. Casi había olvidado que mi padre me trajo a trabajar un par de veces.

—Lamento haber dicho eso sobre tu padre —dijo y se mordió el labio inferior.

—No te equivocaste. Es posible que mi madre me haya enseñado a volar y a disparar, pero siempre sentía como si estuviese persiguiendo su cariño. Mi padre simplemente me lo daba.

Había otras cosas que su padre le había enseñado: a ser amable, aunque no lo sintiera de corazón; a leer mapas astrales, pues siempre había una forma de salir de cualquier lugar, excepto de un hoyo negro. Le había enseñado otras que no podía poner en práctica, no si deseaba tener una carrera como contrabandista, como amar a alguien incluso si no siempre podía comprenderle. No había sido una lección oficial, pero había observado y entendido que el amor era la única razón por la cual su padre se había quedado junto a una mujer que prácticamente estaba casada con las estrellas. Era inútil pensar en sus padres en un momento como ese, pero no pudo evitarlo. En verdad, aunque odiaba admitirlo, Izzy sentía que había salido de su caparazón.

—Le hice una promesa a Belen.

Jules frunció el ceño.

—Por favor, dime que no tiene nada que ver conmigo.

Lo miró directo a los ojos, aunque deseaba mirar hacia otro lado. Era más fácil ser sincera cuando no tenía que verlo.

—Me dijo que, si me iba, no volviera jamás.

Jules gruñó.

—No debió haberte dicho eso.

—Cierto. No debió, pero lo hizo y yo acepté.

—Entonces, no te vayas.

—¿Qué quieres decir?

—Me pediste que me fuera contigo, y te dije que no porque creí que la única razón por la que me lo estabas pidiendo era porque tenías miedo.

Sí había tenido miedo. Una parte de ella aún tenía miedo.

—Pero yo no tengo miedo —continuó Jules—. No te pido que te quedes para siempre. Quédate un par de días. Apuesto a que no has dormido en horas.

Izzy le dio vueltas en la cabeza a la oferta. ¿Qué haría en el puesto de avanzada? Sentía que lo había visto todo media docena de veces a lo largo del día.

«Estar con Jules». La respuesta le llegó al instante.

—Para ser una mentirosa profesional, te tomas tus promesas muy en serio —se mofó de ella.

—¿Quieres que me quede?

El Jules con el que había estado todo el día había regresado. Su risa era contagiosa. Mientras se recargaba en ella, le dio un beso en la mandíbula.

—Claro que quiero que te quedes —contestó—. Aún no termino de conocerte.

Izzy estaba tan concentrada en él que no se había percatado de que el cielo había comenzado a mostrar las primeras señales de color, tan despejado como una gota de tinta en un vaso de agua cristalina. Se sentó y le devolvió su chamarra a Jules.

—¿Qué sucede?

—Los soles se ponen —respondió Izzy.

Se apresuraron a regresar al speeder.

JULES

Jules Rakab había besado a muchas chicas a lo largo y ancho del puesto de avanzada de Black Spire, pero nunca se había sentido tan extasiado como cuando Izal Garsea se puso de puntas para alcanzarlo. El viento que soplaba a su alrededor estaba frío y el suelo se sentía incluso más frío, pero sus labios estaban tibios. El momento pareció durar para siempre, pero se acabó muy pronto.

Lo que sea que hubieran comenzado ese día podía continuar. Izzy se quedaría. Él ya estaba pensando en cómo celebrarían después de deshacerse del condenado paquete que había convertido su día en un caos total.

—¿Qué tan lejos están las coordenadas? —preguntó Izzy.

—Llegaremos a tiempo —le aseguró Jules.

El gesto de preocupación había regresado al rostro de Izzy.

—¿Estás seguro?

Aceleró los motores del speeder hasta alcanzar la máxima potencia. La fuerza de la velocidad le impedía hablar. Deseaba decirle a Izzy que no estaba seguro de muchas cosas: qué quería hacer de su vida o dónde se encontraría el año siguiente. No estaba seguro de si algún día llegaría a ser el hombre que su padre deseaba que fuera. Tampoco debió haber estado seguro de sus sentimientos hacia Izzy, pues eran irracionales. Al inicio, se debieron a su belleza y a la nostalgia por la juventud, pero, con el paso del día, quería más y más de ella. Su ira, sus miedos. Estaba seguro de lo que sentía por ella.

Jules recordó el día en que se cayó en una caverna cuando llegó al punto de entrega. Junto a sus amigos, había estado buscando los cenotes y se encontró encima de una caverna cubierta por raíces de árboles y ruinas desmoronadas. Se resbaló al pisar sobre las rocas mojadas y cayó por un agujero en el suelo que no había visto. Lógicamente, sus amigos huyeron porque no querían meterse en problemas. Belen lo encontró. Odiaba ser tan pequeño, pero no estaba tan asustado como era de esperar, porque estaba seguro de que Belen lo rescataría. Ella también trataba de cuidarlo cuando le pidió a Izzy que se mantuviera lejos de él. Pero Jules era independiente. Esperaba poder hacer que lo entendiera.

—Si algo pudiera hacerme creer en la magia, sería este lugar —susurró Izzy.

Jules le apretó la mano. Esta parte de las tierras estaba cubierta de formaciones rocosas grises y una frondosa hierba verde que se alimentaba del agua de los cenotes. Los arboles crecían bajos y sus escasas hojas rozaban el suelo como si se inclinaran para hacer una oración. Ahí reinaba la calma. Era un lugar de secretos del tiempo de los antiguos, quienes alguna vez vagaron por esas tierras. No había nada nuevo en Batuu y los nuevos colonos no habían desperdiciado nada de lo que encontraron, sin importar qué tanto se hubiesen quedado.

Los soles parecían sangrar en el horizonte para dar paso a dos lunas plateadas. Podría haberla contemplado hasta que la luz se apagase, pero en ese momento escucharon un chasquido detrás de ellos.

Voltearon de repente y se mantuvieron cerca uno del otro.

—Soles brillantes, viajeros —saludó Jules.

Dos desconocidos se acercaron. Vestían unos pantalones sencillos y unas camisas de manga larga que habían visto mejores días, y en la cintura portaban blásteres. Uno de ellos era un joven mon calamari, la otra era una mujer un poco mayor que Jules. Tenía una piel marrón oscuro y el cabello corto y muy rizado. Entrecerró los ojos con desconfianza.

—Y lunas ascendentes —respondió el mon calamari—. Mi nombre es Lejo.

—Dok-Ondar les manda sus saludos —le respondió Jules.

—Que las agujas lo guarden —dijo Lejo. Su voz parecía cargar un gran peso.

—Gracias por haber venido hasta aquí —dijo la mujer. No se presentó, pero tampoco lo habían hecho ni Jules ni Izzy.

Izzy sacudió su mochila y se arrodilló para sacar el paquete. Después de todo lo que había pasado aquel día, logró decir:

—Solo hago mi trabajo.

La mujer les sonrió un instante. Después volteó hacia Jules y lo observó detenidamente.

—En ese caso, gracias a ambos por hacer su trabajo.

La idea le llegó de golpe. No vivía nadie en las ruinas, ni siquiera nuevos colonos. Se percató de que, si la Primera Orden era un ruidoso desfile en el puesto de avanzada, entonces el lado opositor debía de ser un murmullo escondido que esperaba el momento adecuado. Algo dentro de él cambió por segunda vez aquel día. La primera vez había sido cuando Izzy lo besó. Eso significaba posibilidades. Este cambio aún no podía nombrarlo. Pero era brillante.

—Escuché rumores de que la Resistencia estaba en el planeta, pero no creí que fuese verdad —comentó.

Lejo inclinó la cabeza hacia la izquierda.

—¿Por qué?

Jules sonrió y alzó un hombro.

—En estos lares nunca se sabe lo que es verdad.

—Dok no hubiera enviado a cualquiera —afirmó la mujer.

—¿Cómo conocen a Dok? —preguntó Izzy.

—Mi madre era botánica en Raysho. Solía proporcionarle bulbos para su jardín.

«¿Dok tenía un jardín?» fue lo primero que Jules pensó, después recordó que Raysho estaba en el sistema hosniano. Antes de que pudiera decir algo, la mujer habló de nueva cuenta.

—He escuchado que todos en Batuu están en busca de una nueva vida o huyen de una. ¿Qué hay de ti?

Pensó en ello un momento. ¿Por qué quería saberlo? Él no tenía nada de lo que huir. Al parecer la gente siempre quiere más: más créditos, más cosas, más espacio. Pero eso no significaba tener una nueva vida. Él nunca había querido huir de la suya. Cuando miró a Izzy, a las emociones que guardaba tras muros de hierro, meditó lo que significaría para ella tener que comenzar de cero. Y qué significaría eso para él, si ella lo aceptaba.

—Ninguna de las dos opciones. Sé perfectamente quién soy.

La mujer sonrió. Volteó hacia Izzy y le hizo la misma pregunta. Jules esperaba que no contestara, pero entonces Izzy dijo:

—Ambas.

Antes de que los desconocidos se fueran, Izzy vaciló.

—¡Esperen! —exclamó abruptamente, con un brillo en los ojos—. Sé que no debería hacer preguntas, pero ¿podrían decirnos qué hemos estado cargando todo el día?

Los desconocidos se miraron. Lejo asintió. La mujer enderezó sus hombros y dijo:

—Antes no les importaba. ¿Qué cambió?

Izzy le echó un vistazo a Jules y luego volvió a mirar a los desconocidos.

—Quizá me ha vencido la curiosidad.

—Imagina que algo te empuja hasta el borde de un precipicio del que puedes caer —le explicó Lejo—, que estás sola en la galaxia, que no puedes cubrir tus necesidades básicas de comida y medicina. Pero algunas veces hay esperanza y tus aliados te sorprenden. ¿Aclara eso tus dudas?

Izzy apenas asintió.

—Buena suerte.

—Si quieren seguir haciendo algo bueno, ya saben dónde encontrarnos —dijo la mujer.

Un sentimiento extraño se encendió en el interior de Jules. Pensó en la desolación que había sentido todo el día. ¿Podría cambiarlo?

—Tenemos que irnos —anunció Lejo.

—Lunas ascendentes —se despidió la mujer— y que la Fuerza los acompañe.

Jules observó las dos figuras, que desaparecieron en la oscuridad de las cavernas que serpenteaban bajo los cenotes.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó Izzy cuando los desconocidos ya no estaban a la vista.

—Solo he estado ahí una vez y creí que era un pozo —contestó al recordar que había tenido que esperar en medio de la oscuridad hasta que alguien lo rescató—. Creo que me equivoqué.

Se quedaron ahí un momento mientras escuchaban el sonido de la brisa sobre el agua. Pensó en lo que podría haber sucedido si Calin no hubiese abandonado su trabajo. ¿Lo habrían enviado a él en lugar de a Jules? Dok nunca se involucraba en la política, hasta donde Jules sabía. ¿Hacía cuánto que Dok sabía de los ermitaños en las ruinas? Tenía más de doscientos años y había conocido numerosos disturbios y guerras políticas. Si hubiese querido quedarse fuera del asunto, lo habría hecho. Entonces, entre más rápido

obtuviese la Primera Orden lo que había ido a buscar, más rápido se iría la Resistencia. ¿Y luego qué? Black Spire regresaría a la normalidad, aunque ¿qué era la normalidad? Justo cuando creía que sabía todo sobre el puesto de avanzada, algo lo sorprendía.

—Lo logramos, Jules —dijo Izzy—. Deberíamos celebrar. Te daré la mitad de los créditos que me pagaron por la misión.

Tomó la mano de Izzy entre la suya.

—Dok puede pagarme. No tomaré tu dinero.

Ella sonrió y bajo la mirada.

—Serías un pésimo contrabandista.

—Pero no diré que no si me invitas algo de beber en la cantina de Oga. Pero antes debo asearme. No sería la primera persona en aparecerme cubierto de polvo, sudor y sangre, pero está mal visto.

Comenzó a alejarse de ella.

—¡Espera! ¿A dónde vas?

Jules volteó, pero siguió caminando de espaldas, retando a Izzy a seguirlo.

—Al cenote. ¡El agua tiene la temperatura perfecta!

—No deberíamos meternos ahí. Ahí es don…

—¿Te da miedo, Garsea?

Se miraron fijamente. La única razón por la que Izzy había regresado a Batuu se había esfumado, pero él le había dado un motivo para quedarse. Una parte de Jules deseaba prolongar la puesta de los soles para poder verla siempre bañada por esos colores.

Siguió caminando y agradeció a las estrellas que Izzy lo estuviera siguiendo.

IZZY

CAPÍTULO 18

Fue la mejor o la peor de las ideas que Jules había tenido en todo el día. Quizás habían logrado entregar el paquete como se esperaba que lo hicieran, pero a su regreso al puesto de avanzada les aguardaba otro problema: Delta y, peor aún, Volt. Seguramente Salju había terminado las reparaciones, así que Izzy necesitaba encontrar un lugar donde atracar la nave por algunos días.

Pero mientras Jules caminaba de espaldas con esa sonrisa en el rostro, Izzy supo que no iría a ningún lado si no era junto a él. La vereda, que se internaba por entre las ruinas, estaba flanqueada por árboles retorcidos. La hierba crecía más alta entre las formaciones rocosas, y las enredaderas colgaban de los riscos. En el centro se encontraba el cenote. La superficie azul estaba punteada con hojas que había arrastrado el viento. Sintieron como si estuvieran entrando al pasado.

Al pararse en la orilla y observar las piedras y las formaciones rocosas, la sobrecogió un sentimiento de familiaridad. Ya había estado ahí antes. No con Jules y tampoco con su padre, sino con su madre. Entrecerró los ojos al mirar los sauces, que parecían estar reverenciando el estanque. Se concentró en el recuerdo, jalándolo hacia ella. A su madre le fascinaba nadar. Cuando pensaba en nadar, siempre recordaba el momento en que su padre le enseñó a flotar y a zambullirse, pero antes de eso estuvieron su madre y estas ruinas. Izzy podía verse como en ese entonces: asustada por los peces negros que nadaban en el estanque. Su madre se rio y la dejó sentarse y jugar con los bichos en la hierba.

Sonrió y pensó que Jules era el mejor guía de turistas del puesto de avanzada. La había ayudado a regresar sobre sus pasos. No habría podido hacerlo sola.

El cenote estaba iluminado con los colores de la puesta de los soles. Unos pececillos negros nadaban en el fondo. De no haber sido por las ondas de la superficie, habría pensado que estaban flotando en el aire. El agua era prístina.

Ya que se encontraban solos de nuevo, Izzy se enfrentó a todo lo que había accedido. Se quedaría, al menos unos días. Pero no era la preocupación o la ansiedad lo que le molestaba. Era Jules. Se había quitado todo hasta quedar solo en ropa interior. Izzy sintió el rubor extenderse por todo su rostro y volteó hacia los árboles. Gracias al cielo estaba demasiado oscuro para que Jules pudiera ver qué tan rojo estaba su rostro.

Él amontonó su ropa sucia. Ella se permitió mirar su cuerpo. Se dijo que solo eran piel y músculos y que no tenía nada de extraordinario. Sin embargo, tal como lo había hecho muchas veces a lo largo del día, se estaba mintiendo. La luz cristalina bailaba sobre sus músculos firmes.

—Mis ojos están acá arriba, Garsea —le dijo Jules con un guiño.

–Yo no estaba… —Se estaba poniendo nerviosa. Sinceramente, había dokmas con más aplomo que el que Izzy estaba mostrando.

Jules saltó al agua cristalina, que irradiaba un suave brillo azul. Criaturas bioluminiscentes emitían una luz tenue que remplazaba a la de los soles.

La salpicó, pero Izzy no se pondría a su altura. Jules se limpió el agua de los ojos y dio algunas brazadas cerca de ella. Los peces que estaban justo debajo de él se apresuraron a huir a los agujeros en el fondo.

—Mi madre me trajo aquí una vez —le contó Izzy—. Prefería los lugares tranquilos como este. No lo recordaba hasta este momento.

—¿Te contó cómo se creó este lugar?

—No creo que lo haya sabido. Nunca se interesó por la historia local, pero es posible que mi padre sí supiera. —Se quitó la chaqueta, las botas, las calcetas, pero no se metió al agua—. Cuéntamelo.

—Mi padre solía decir que hace miles de años, cuando los primeros pobladores de Batuu vivían aquí, un meteorito golpeó el planeta justo en este sitio. El impacto formó estas pozas, que luego se llenaron de agua. Era sagrado; ahora solo son ruinas, pero pudieron ser templos o casas.

—¿Por qué no viene mucha gente por aquí?

—Está muy lejos del puesto de avanzada. Además, no a muchos les gusta nadar, a menos que haga mucho calor.

—Pero a ti sí te gusta.

—Claro que sí. Tenía siete años cuando mis amigos y yo creímos haber descubierto este lugar. No tuve otra opción más que aprender, pues me aventó un niño, Lu algo, en realidad no lo recuerdo muy bien. Tuve que nadar o me hundiría hasta el fondo.

—Yo tengo el vívido recuerdo de haber aprendido a nadar cuando vivía en Glee Anselm. En ese entonces, parecía que mi padre y yo siempre estábamos a la espera de que mi madre regresara de sus viajes —dijo Izzy mientras miraba como las rocas reflejaban la luz—. Después de dejar Batuu, no volvimos a hablar de nuestra vida aquí. Era como un acuerdo tácito. Cada que pensaba en este lugar, recordaba la forma en la que nos habíamos ido. No quería sentirme así nunca más.

—No lo harás —susurró Jules. Sonó tan optimista que ella le creyó.

Jules se alejó nadando, y todo lo que había en el interior de Izzy le decía que se echara un clavado, que lo persiguiera. ¿Por qué las dudas eran más fuertes que su corazón si no había tenido ninguna cuando se besaron? Pensó que tenía que ver con Damar. Pero, sin importar qué tan enojada estaba con él por haberla dejado, no se sentía lastimada por haberlo perdido. Un solo día con Jules había sido mejor que todo un año con Damar.

«¿A qué le temes, Garsea?». Estas palabras reverberaron en su cabeza y las sopesó. El miedo era el combustible que generalmente la ponía en acción. El miedo al hambre y a acabar muerta en medio del espacio hizo que continuamente buscara trabajos. El miedo a convertirse en su madre la había atormentado por mucho tiempo. Ya que sabía más sobre ella, deseaba aferrarse a los recuerdos que tenía. Su madre se había quedado con ella por

tanto tiempo como pudo. El miedo a quedarse sola la había mantenido en la academia, con Damar y después con la tripulación de Ana Tolla. Temía perder también a Jules, pero esta vez ella estaba a cargo del resultado.

Así que, mientras Jules perseguía a los peces en el fondo del cenote, ella terminó de quitarse la ropa y la puso sobre el suelo, en el montón sucio.

Se zambulló, tirándose un clavado. Julen Rakab le había mentido. El agua estaba fría, tan fría que no podía ni respirar mientras agitaba los brazos. Nadó hasta la superficie.

—Mentiroso —murmuró mientras rechinaba los dientes. Al lamerse los labios, se sorprendió de que el agua estuviese salada.

—Nada hasta mí. Te calentarás moviendo el cuerpo.

Así lo hizo, disfrutando cada movimiento de sus brazos y piernas. Hacía meses, quizá años, que no hacía eso.

—¿Ya ves? ¿Aún tienes frío? —preguntó Jules cuando emergió frente a él.

Lo abrazó por el torso y puso las rodillas a cada lado de la cintura de Jules.

—¿Ahora nadarás por ambos? Definitivamente.

Jules se lamió los labios. Izzy le pasó los dedos por la base del cuello. De sus oscuras pestañas pendían unas gotitas de agua. Se percató de que no deseaba dejar de mirarlo. Deseaba decirle todo lo que había estado conteniendo.

—Pensaba en ti todo el tiempo. Algunas veces volaba a un nuevo planeta y pensaba en lo mucho que te gustarían las montañas, o los lagos congelados o las luces. Quise regresar a ti cuando asesinaron a mis padres.

—¿Por qué no lo hiciste? —Sus brazos comenzaron a moverse más rápidamente para impulsarlos hasta el otro lado del cenote, que era menos profunda. ¿En qué momento la noche se había tornado tan oscura?

—Tenía miedo —contestó—. De niños éramos amigos. ¿Y si no me recordabas? ¿Y si había pasado demasiado tiempo? No podía correr ese riesgo.

—Todo lo que haces es correr riesgos, Izzy. ¿Por qué este habría sido distinto?

Pensó en ello. Jules no se equivocaba. Si Damar tenía razón acerca de algo, era que a ella no le gustaba estar sola. Trató de recordar quién era durante esa etapa de su vida. Asustada, imprudente, impulsiva. Sola. A veces había pensado en Jules, en visitarlo. Después se había convencido de que era mejor no hacerlo.

—Porque ya había perdido a mis padres. Era mejor soñar con lo que hubiera podido ser en lugar de enfrentar una verdad para la que no estaba preparada. ¿Y si me ignorabas? ¿Y si me odiabas? No quería averiguarlo.

—Créeme cuando te digo que te extrañé cada día desde que te fuiste.

Izzy no podía creerle.

—Esa es una declaración muy fuerte.

—Es cierta. Fuiste tú quien dijo que no sé mentir. Dime, Izzy, ¿estoy mintiendo?

Sabía que no era así, pero un pánico que le resultaba familiar se estaba apoderando de ella. Si Jules no hubiese estado sosteniéndola, el temor la hubiese hundido hasta el fondo.

—¿Qué pasará mañana? ¿Y el día siguiente? ¿Qué pasará si en una semana decides que soy terrible, que no soy la chica que recordabas? ¿Y si decides que no soy lo que quieres?

—Te quiero —susurró Jules.

—¿Por qué?

—Porque lo eres todo para mí. Tú eres la razón por la que me armo de valor cuando no quiero ser valiente. Tenías razón. Sí te seguía a todas partes cuando éramos niños. Deseaba seguirte el paso.

—Yo no soy valiente, Jules. —Inconscientemente, estaba pensando de nuevo en Damar. A diferencia de todos los momentos con Jules, no podía recordar un solo momento con Damar que hubiera sido tan íntimo emocionalmente—. Si lo fuese, me habría ido por mi cuenta antes. No habría seguido a Ana Tolla aunque sabía que hacía cosas espantosas. Acepté más de lo que quisiera contarte.

Jules le besó la mandíbula.

—No tienes por qué hacerlo. Creo que estás de acuerdo conmigo, Izzy.

—Desearía haber pasado contigo el día de ayer.

Jules le puso las manos sobre la cintura para sujetarla con más firmeza. El agua les cubría los hombros.

—¿Tiene que ver con lo que dijo Damar?

Izzy asintió.

—Cuando era pequeña, mi padre solía conseguir unas velitas para mi cumpleaños. Las tenían en Coruscant o algún lugar en el que había estado. Se encendían como si fuesen fuegos artificiales. Después de que murió, no volví a celebrar mi cumpleaños.

—¿Por qué?

—Porque estuve sola un tiempo. Quizá te parezca sorprendente, pero no tengo tantos amigos como tú.

—Yo soy tu amigo, Izzy. ¿Qué tiene que ver eso con Damar?

—Estuve con Damar por casi un año. Sabía que las cosas no estaban bien, pero cuando traté de romper con él, me pidió que le diera otra oportunidad, que había planeado algo especial para mí. Me dijo que el día de mi cumpleaños iluminaría el cielo de la forma en que me lo merecía. En lugar de eso, se fue.

Jules la miraba con ojos oscuros. La luz del cenote a su alrededor daba a su piel un brillo azul incandescente. Odió haber borrado la sonrisa del rostro de Jules.

—Te lo dije, no debería importar. Sé cuidarme sola. Debí haberlo sabido…

—Dijiste que te dejó ayer.

Izzy acarició el contorno de los hombros de Jules y, por alguna razón, sintió como si siempre lo hubiese estado haciendo.

—Fue lo mejor que pudo haberme sucedido, porque eso me condujo hasta aquí. Oh, cielos. Sueno como tú, ¿verdad?

Jules frunció el ceño, aunque solo por un instante.

—Ahora tenemos dos cosas que celebrar. Dime lo que quieres.

Flotaron hacia el centro del cenote y todo lo que había a su alrededor se desvaneció. Si tan solo pudiese voltear al cielo, vería las estrellas y el brillo de las lunas sobre ellos, pero sus ojos estaban fijos en Julen Rakab, y por un momento estuvo segura de que se encontraba en donde necesitaba estar.

—Quiero que me beses.

JULES

CAPÍTULO 19

Desde el momento en que lo golpeó en la cara, Julen Rakab había estado imaginando cómo sería besar a Izal Garsea. Entonces, ella lo besó afuera de la granja. No deseaba nada más que volver a hacerlo. Así que, cuando ella dijo las palabras, debió tomar la oportunidad.

Si fuese otro tipo de persona, un bribón, un sinvergüenza, un pirata que roba corazones solo por el gusto de hacerlo, la habría besado al instante. Quizá no era el chico bueno que todos pensaban, porque deseaba hacerlo con todas sus fuerzas. Pero Izzy acababa de pasar por una de las peores experiencias de su vida desde la pérdida de sus padres. Ser abandonada por alguien que decía preocuparse por ella debió de tener algún efecto sobre ella. ¿Besarla no sería sacar provecho de eso? Antes de la confesión, lo habría hecho sin problemas. En su interior, ardía el deseo de besarla.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —le preguntó como si estuviese pidiéndole permiso.

—Sí.

Jules la jaló hacia él y la besó. Sabía un poco a sal por el agua del cenote, y un poco dulce por las frutas que habían comido en la granja. Pudo sentir las pestañas húmedas de Izzy sobre sus mejillas. Se le estaba olvidando respirar, patalear y flotar. Todo lo que podía hacer era sostenerla mientras se hundían bajo la superficie. Ella detuvo el beso. A la luz del agua podían verse claramente. Sus narices se tocaban en la punta. Izzy le mordió el labio inferior y se alejó nadando.

Al salir a la superficie, a Jules le ardía y le dolía el pecho, pues necesitaba inhalar. Miró la sonrisa de Izzy y la siguió. Sea lo que fuere aquello de lo que estaba huyendo, él la seguiría mientras se lo permitiera.

Nadaron hasta la orilla del cenote. Izzy se empujó para subir al borde, en donde había un poco de hierba. El agua se movió alrededor del cuerpo de Jules mientras él salía del cenote para ponerse a su lado.

Izzy recargó la cabeza en su hombro y entrelazó los dedos con los suyos. Al mirar al cielo vieron ráfagas de luz y las naves distantes que llegaban y se iban del planeta. La idea de que alguien la hubiese lastimado le quemaba las entrañas. Entonces, ese pensamiento desapareció cuando ella se inclinó para darle un beso nuevamente.

Esta vez su beso tuvo un efecto diferente. Comenzaban a conocerse de una manera con la que solo había soñado hasta antes de esa tarde. La jaló hacia él y la sostuvo con firmeza. Ella exhaló por la fuerza de su abrazo. Por un momento, Jules no estuvo seguro de dónde poner las manos. Apenas podía respirar por el calor que ella irradiaba, a pesar del agua de cenote que chorreaba por su piel, a pesar del viento helado que los envolvía.

—Jules —murmuró al besar cada uno de sus parpados, su cuello y su boca.

Al principio, Jules no pudo hablar por temor a decir algo que pudiese arruinar el momento. Entonces, se aclaró la garganta y respiró profunda y pesadamente.

—¿Izzy?

—Tengo algo que quiero devolverte.

—¿Acaso es el beso? ¿Tan mal estuvo?

Izzy se rio suavemente, llevó sus labios hasta los suyos y todos los pensamientos se desvanecieron. Terminaron tumbados en la hierba. O más bien ella presionó su pecho con las manos y su fuerza lo empujó hacia atrás. Jules le acarició la piel suave de la espalda baja, donde la camiseta se le estaba subiendo.

Cuando no pudieron respirar, se apartaron. Ella se sentó en la parte baja de su abdomen. A Jules le llamaron la atención tres cosas. En primer lugar, no había nada ni nadie en la galaxia tan hermosa como Izal Garsea. En segundo lugar, estaba seguro de que los mecanismos del mundo, de las estrellas, de la suerte, de la Fuerza misma, la habían llevado de vuelta a él. En tercer lugar, la amaba.

Miró hacia arriba para contemplarla, mientras unas gotitas de agua caían desde su cabello a su pecho desnudo. Su delgada camiseta negra se pegaba a su piel. Izzy tiró del cordón de cuero alrededor de su cuello. De él colgaba un pequeño dije dorado. Lo balanceó entre los dedos. Al inicio estaba demasiado oscuro para que Jules pudiera verlo. Entonces, se percató de lo que era.

—¿Lo guardaste todo este tiempo?

—Por supuesto.

Era su anillo familiar, el que le había dado como agradecimiento por salvar su vida. Quizás incluso desde que eran niños, Jules ya sabía lo mucho que Izzy significaría para él, a pesar del largo tiempo que pasaría antes de que pudieran verse de nuevo.

—¿Por qué?

—Al principio era para recordarte y para recordar la vida que alguna vez tuvimos. Por un tiempo creí que te lo devolvería.

Jules le acarició la barbilla e hizo que lo viera a los ojos.

—He estado aquí todo el día, Izzy. No creo que quieras devolvérmelo.

—Quizá muy muy muy en el fondo soy una romántica empedernida.

—Muy en el fondo.

—¿Lo quieres? —le preguntó. Había un tono retador en su voz.

Él trato de alcanzarlo, pero ella lo levantó sobre su cabeza y luego saltó de regreso al cenote. Jules la observó alejarse nadando. Su cuerpo se veía hermoso mientras trataba de alcanzar la otra orilla. Él nadaba rápido, y sabía que podría alcanzarla. Pero lo que quería de vuelta no era el anillo, sino a Izzy.

Mientras se preparaba para zambullirse, algo lo sujetó y lo jaló hacia las sombras. La piel de una palma callosa aterrizó sobre su boca y le impidió advertir a Izzy. Sintió el cañón de un bláster sobre su sien. Un hombre de cabello azul se paró frente a él y al atacante que le sujetaba.

—Aún tenemos algo pendiente —dijo Damar.

IZZY

CAPÍTULO 20

Después de todo, quizá Jules no había mentido. El agua, una vez que regresó a ella, estaba perfecta. Le dio la bienvenida como si la abrazara. Podía sentir la antigüedad de todo lo que la rodeaba, como los arcos naturales que se encontraban debajo, donde se reunían los peces. Aunque la noche estaba más oscura, había luz en el agua. No creía en la magia, pero mientras nadaba hasta la otra orilla del cenote, supo que al menos creía en ella misma. Tenía que confiar en su intuición, tal como le habían enseñado sus padres. La galaxia seguiría su curso, pero ella podía ser una mejor versión de sí misma. Podía seguir todos los impulsos de ayudar a los demás que había tenido. El día que había pasado en Batuu era prueba de ello. Su mente parecía más despejada de lo que lo había estado en mucho tiempo.

Cuando salió a la superficie, seguía sonriendo. Miró a las estrellas y sintió algo parecido a la esperanza.

—¿Jules? —llamó.

No estaba en el agua, y tampoco donde se habían sentado momentos antes. La vereda flanqueada por arboles que habían tomado para llegar hasta ahí estaba despejada. De inmediato supo que algo estaba mal, podía sentirlo.

—No deberías dejar esto por ahí —dijo Damar mientras salía de entre las sombras de una formación rocosa con un bláster en la mano.

En cuanto vio a Damar, sintió un calor repentino y le costó mantenerse a flote. Fue la furia lo que le dio la fuerza necesaria para nadar hasta la otra orilla y salir del agua. Se sentía desnuda, su ropa ya no estaba ahí. Ya no había nada.

—¿Dónde está Jules? —dijo bruscamente.

—Siempre me ha gustado esta arma —comentó Damar—. Tu madre la modificó, ¿cierto? Siempre disparó bien. Al menos, eso se supone.

—Damar, ¿qué estás haciendo?

Damar caminó hacia ella. Había algo salvaje en su mirada gris. Solo vestía su túnica de cuello abierto y unos pantalones oscuros. Su cabellera azul estaba desarreglada. Nunca lo había visto así. Ni siquiera se despertaba con el cabello así. No tenía puesto el anillo que siempre usaba. Tampoco lo había visto nunca tan desesperado, ni siquiera cuando una vez los acorralaron en un hangar durante una misión que él echó a perder al hacer sonar una alarma. En esa ocasión, Izzy estaba aterrada por la idea de que la dejara ahí con toda la responsabilidad. Si no les hubiera disparado a sus atacantes tan rápidamente, quizá lo habría hecho.

Sus extraños ojos grises parecían atrapar la luz de las lunas.

—Debiste haber escuchado, Izzy.

—Claro que escuché —gritó—. Ana Tolla y yo tenemos un trato.

Izzy miró a su alrededor. Podía huir hacia las cuevas, pero eso significaría dejar a Jules solo con la tripulación de Ana Tolla. Había rocas esparcidas por todos lados, pero las que eran lo suficientemente grandes para causar algún daño estaban fuera de su alcance. Damar le dispararía antes de que ella tuviera alguna oportunidad. A pesar de que estaba segura de que la necesitaba lo suficiente para no lastimarla, eso no cambiaba el hecho de que tenían a Jules.

—Vamos —exclamó Damar. Cuando no se movió, le gritó—: ¡Si quieres a tu granjerito con vida, tendrás que moverte!

Izzy alzó las manos. La humillación la atravesó mientras caminaba descalza y en ropa interior por la hierba húmeda. Se maldijo por haber bajado la guardia. Si lastimaban a Jules… ¿qué? ¿Qué podría hacer? Todas sus ideas de ayuda y desinterés se fueron por la borda. Todo lo que quería era pelear. Pero siguió caminando, volviendo sobre los pasos que había dado momentos antes. De pronto, sintió el bláster sobre su espalda mojada.

—Créeme, nada me hubiera hecho más feliz que encontrar a alguien para que hiciera este trabajo, pero los nativos son mucho más difíciles de sobornar de lo que habíamos pensado. Encontrar a tu amiga fue algo bueno.

«¿Amiga?». La sal en su lengua tenía un sabor amargo. Había un speeder estacionado justo al lado del de Jules. El cielo estaba despejado y las dos lunas los iluminaban con una luz plateada: Delta Jeet y Jules.

Una sonrisa oscura se dibujó en los labios de Delta. No sabía por qué clase de tonta la estaban tomando. Apuntaba con un bláster a Jules, que estaba atado y amordazado, pero al ver a Izzy con Damar, trató de arremeter.

Un disparo del bláster dio en los pies de Jules y Delta gritó.

—Fue una advertencia, Jules —anunció Damar—. No trates de hacerte el héroe.

—Casi me das a mí —siseó Delta.

—Sé cómo apuntar —replicó Damar empujando a Izzy para que avanzara.

—Quiero hablar con Ana Tolla —dijo Izzy—. Quiero hacer un trato.

Damar sacudió la cabeza. Su casi siempre perfecto peinado estaba empapado. ¿Qué había sucedido durante el día que lo puso en ese estado de desesperación? La gente hace cosas terribles cuando siente que no hay escapatoria, que no hay otra opción. Casi podía escuchar lo que Jules habría dicho sobre eso. Habría afirmado que todo el mundo tiene opciones. Esa era la clase de persona que era.

Quería asegurarle a Jules que todo iba a salir bien, pero le preocupaba que sus ojos solo mostraban un temor inquebrantable.

—Tuviste tu oportunidad, Izzy. Necesitamos al granjerito para el trabajo. Tú solo eres la garantía.

Damar le apuntó, indicándole que se pusiera frente a frente con Jules. Delta le sujetó las muñecas con esposas magnéticas.

—Pero antes, Ana envió un obsequio de agradecimiento.

Sacó un holodisco y lo sostuvo en su palma.

—¡Detente! —gritó Izzy sofocando sollozo le que salió desde el fondo de la garganta.

—¿Por qué te importa lo que le pase? —le preguntó Damar—. Me dijiste que odiabas este lugar, que lo único que te quedaba eran malos recuerdos.

Jules levantó la mirada. Había dolor en sus ojos. Incluso Delta, que seguía apuntándole con el bláster, hizo una mueca. Izzy sacudió la cabeza. Era cierto que alguna vez le había dicho eso a Damar, pero se estaba refiriendo a la ausencia frecuente de su madre y al terrible recuerdo del día en que se fueron.

—Solo estabas escuchando a medias, Damar.

—Te conozco lo suficiente. Me gusta cómo estás fingiendo. Comienzo a creer que este granjerito ordinario no te conoce en lo absoluto. No conoce a la verdadera Izzy, la que no quieres que nadie vea. Pero está a punto de descubrirla.

Su corazón se aceleró. Incluso antes de que Damar presionara el botón de inicio, ya sabía lo que había en el disco. Vio que las facciones de Jules se endurecían al ver su imagen holo. Era de cuando había estado con Ana Tolla afuera del restaurante de Cookie. ¿Por qué no pensó que le habían tendido una trampa?

«Ese granjero con el que estabas. ¿Qué sucede con él?», preguntó Ana.

Izzy vio la cara de desagrado que había puesto.

«Es solo un tonto granjero que nunca saldrá de este planeta. No es nadie».

Hubo un momento en el que la imagen parpadeó y nadie se movió. El viento meció las hojas de los sauces. Podía sentir lo rápido y frenético que latía su pulso.

—Jules —comenzó a decir.

Pero él no la estaba mirando. La tensión bajaba desde sus hombros y tenía la mirada fija en el suelo. Parecía como si estuviese renunciando a ella. ¿Cómo podía hacerlo tan fácilmente?

Izzy volvió su atención hacia Damar.

—¿Por qué haces esto?

—Ya te lo dije. Necesitamos a tu chico. No puedo tenerlo si desea hacer algo noble por ti. Pero tal vez haya cambiado de opinión ahora que conoce tus verdaderos sentimientos. ¿Qué tienes que decir, granjero? —preguntó Damar mientras seguía apuntándole con el bláster, su bláster, en la espalda.

Delta le quitó la mordaza de la boca. Izzy dio un paso al frente con las manos atadas. No llevaba nada puesto, excepto el collar, una reliquia. La felicidad se había retirado, dando paso a una furia incontrolable. No había estrellas, no había luz, no había esperanza. Deseaba decir su nombre, pero no podía articular las palabras.

—Sabes bien que no quise decirlo —dijo finalmente—. Quería que se alejara de ti.

Jules se rio y agitó la cabeza. ¿Por qué no podía solo mirarla y comprobar que estaba diciendo la verdad? Solo él podría saber si estaba mintiendo. Cuando finalmente volteó a mirarla, Izzy pudo notar la misma intensidad que había visto cuando discutieron cerca de la granja justo antes de besarlo.

—Mentir es un arte —murmuró Jules—. Ve a casa, Izzy. Toma tus cosas y vete.

Había citado sus palabras. No estaba segura de si eso significaba que le creía o si simplemente la estaba llamando mentirosa. Cerró los ojos y maldijo a Ana Tolla, a ella misma, a todo y a todos. Si perdía a Jules, ella… No se permitió concluir esa idea.

—Para tu mala suerte —dijo Damar—, a Ana le gusta que sus juguetes estén un poco rotos antes de usarlos. Delta, si no llego a salvo, tienes permiso para dispararle a la chica.

No pudo ver el rostro de Jules mientras abordaba su speeder. Delta empujó a Izzy dentro del segundo speeder y despegaron una al lado de la otra.

JULES

CAPÍTULO 21

—No funcionará —le advirtió Damar a Jules.

Mientras se apresuraban a toda velocidad por el camino iluminado por la luna, alejándose cada vez más del puesto de avanzada, Jules trató, sin éxito, de liberarse de sus ataduras. Estaban magnetizadas. Al menos había logrado quitarse el pedazo de tela de horrible sabor que habían usado para amordazarlo.

—Eres nuevo aquí, amigo —replicó Jules—. Quizá deberías ahorrarte el esfuerzo porque no se saldrán con la suya.

—Creo que ya lo hemos hecho —contestó Damar.

Jules quiso golpear la cara de aquel imbécil con las esposas metálicas. Así, podría conducir de vuelta al puesto de avanzada para pedir ayuda, pero pensó en la amenaza de Damar. Delta se pondría furiosa y lastimaría a Izzy. Estaba seguro de eso.

Deseó haber puesto más atención cuando estaban en el cenote. Habían estado tan cerca de terminar el día ilesos.

—¿Qué pasa? —preguntó Damar mientras movía el timón de un lado a otro, tratando de recobrar el control del speeder.

A pesar de estar semidesnudo, congelado por el agua salada que se secaba sobre su piel y atado, Jules se rio como un bebé. El speeder se detuvo.

—No te preocupes —dijo Jules—. Siempre hace eso. Tienes que golpear un poco el tablero.

El speeder de Delta bajó la velocidad hasta detenerse junto a ellos.

—¿Qué está pasando?

El imbécil peliazul trataba de golpear el tablero, pero era evidente que nunca había golpeado nada. Las luces parpadearon y su sonrisa se iluminó antes de apagarse de nuevo.

—Adelántate —ordenó Damar—. Dile a Ana que estamos en camino.

Jules aprovechó ese momento para mirar a Izzy a los ojos. Estaba aterrada. Lo peor de todo era que parecía haber creído su actuación. Habían sido muy tontos al pensar que eso sería suficiente para alejarlo de Izzy. ¿Acaso no sabía ella que lo había comprendido? Cualquiera que hubiera sido su razón para decir esas cosas, él le creía. Creía que ella tendría que hacer todo lo que estuviese en sus manos para pedir ayuda o escapar.

Sin embargo, mientras Izzy apartaba los ojos de los suyos, Jules se preguntó si sería suficiente o si ambos estaban condenados.

IZZY

Un dolor punzante le trituraba las sienes por la tensión. Sentía el sabor amargo del remordimiento en su boca. Gimió en una noche que no reconocía su lucha.

—¡Quieta! —le gritó Delta y la jaló del hombro para mantenerla en el asiento del copiloto.

—Delta, ¿por qué haces esto? —preguntó Izzy.

—Ana Tolka, o como sea que se llame, me ofreció un buen trato. Mil créditos por capturarlos, y yo podré matarte por lo que me hiciste.

—¿En serio?

—¿Qué parte?

—Para mí que terminarás matándome gratis —replicó Izzy, aunque odiaba el hecho de que su vida valiera tan poco—. Siento haberte aturdido, pero tenía que conseguir ese paquete. Había gente que lo necesitaba para sobrevivir.

Delta se encogió de hombros.

—Todos necesitan algo.

—Lo sé —admitió Izzy mientras se llevaba las manos atadas al pecho—, pero ¿cómo gastarás tus mil créditos cuando Dok alimente a su dianoga contigo? O incluso peor, quizá la misma Oga te engulla.

Delta sacudió la cabeza.

—No lo creo. Esta misión la autorizó Oga.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es la misión? —Delta frunció el ceño. Izzy podía ver ya cómo había resultado—. Déjame adivinar. Ana se acercó a ti. Te pagó la mitad. Te pidió que nos encontraras. Entonces, te dio detalles suficientes para hacerte creer que eras parte de la pandilla. Apuesto a que Lita incluso compartió sus dulces contigo.

—Estás tratando de engañarme —gruñó Delta sosteniendo el timón con más fuerza.

Izzy casi brilló al percatarse de que el speeder retroacondicionado de Jules se apagó frente a ellas. Él no la estaba viendo, pero parecía disfrutar los mediocres intentos de Damar para encender la nave otra vez.

Cuando Damar les hizo señas para que siguieran, Izzy aprovechó la oportunidad para razonar con Delta. La autopreservación era la mejor motivación que había encontrado.

—¿Estás diciendo que Oga no sabe que Ana está orquestando esta misión? —preguntó Delta.

—¿Alguna vez te han convocado a la oficina de Oga? —Izzy hizo una pausa para dejar que la mujer pensara en ello—. Porque a mí sí. Sé que es un hecho que Oga está buscando a la mujer que anda husmeando por *su* puesto de avanzada y que está tratando de dejarla fuera de un trato.

Delta no necesitaba saber que Oga no tenía idea de cómo lucía Ana Tolla; Izzy solo necesitaba hacerle ver que Ana la estaba usando.

—En Kat Saka dijeron que sería un golpe fácil —dijo Delta.

Estaba demasiado oscuro para poder ver dónde se encontraban exactamente, pero deberían de estar por llegar a la granja. Necesitaba que Delta siguiera conduciendo.

—¿Por qué Oga perjudicaría a su propio bolsillo? —preguntó Izzy, desesperada. Razonar con Delta en ese momento era la única manera de que después no la superaran en número—. He estado donde estás tú. Ana me mantuvo a su lado por semanas, y a una parte de mí le gustaba, pero me abandonaron. No querrán recortar sus ganancias por ti.

Izzy se detuvo para respirar. Estaba tan cerca de Delta que esta tuvo que empujarla de vuelta a su lado de la cabina.

—La única manera de sobrevivir es pedir ayuda, ahora mismo.

—¿Sabes qué? Está bien. Prefiero que Ana nos mate, porque si no lo hace ella, Oga lo hará. ¿Quién nos va a ayudar?

—Oga.

Delta sacudió la cabeza.

—No podremos sobrepasar la línea de sus guardias.

Izzy pensó que quizá ella sí podría. Pero no importaba, primero necesitaba a alguien que priorizara salvar a Jules. Se le ocurrió una idea.

—¿En dónde está Volt a esta hora de la noche?

—Agárrate fuerte —ordenó Delta, y el cuerpo entero de Izzy golpeó contra el asiento mientras aceleraban hacia el puesto de avanzada de Black Spire.

JULES

La diversión de Jules se desvaneció cuando el speeder encendió nuevamente. Tendría que desarmarlo por completo para averiguar qué era lo que andaba mal. Pero primero tenía que mantenerse con vida durante las próximas horas.

Condujeron la nave con la transmisión en vivo de la cantina de Oga a todo volumen. El estomago de Jules se revolvía cada vez que viraban.

—¿En dónde aprendiste a conducir? —preguntó Jules.

Damar le hizo una mueca.

—Mi chofer me enseñó.

—Genial —musitó Jules.

—¿Por qué te irrito tanto, granjero? —le preguntó Damar. Una sonrisa digna de ser golpeada le dividía el rostro anguloso—. ¿Es porque Izzy anduvo conmigo por un tiempo?

¿Qué habría dicho su padre? ¿El granjero que se confía demasiado no guarda lo suficiente para una sequía? No podía recordar las palabras exactas; además, por el aspecto de sus delicadas manos, Damar no podía ser granjero, pero desde luego se confiaba demasiado. Jules era más grande y fuerte, y podía saltarle encima. Podía salvar a Izzy y arreglar el asunto.

Jules alzó el codo y golpeó el ojo de Damar. Tomó el bláster de Izzy de su regazo y se inclinó sobre el timón del speeder. Damar se retorció de dolor y gritó, pero no soltó el timón.

—Sal de mi nave —ordenó Jules.

Damar tuvo el valor de reírse.

—No habrás pensado que haríamos esto sin refuerzos, ¿o sí?

Una ráfaga de calor recorrió el cuerpo de Jules. Titubeante, bajó el arma.

Damar sacó el holodisco nuevamente y presionó un botón. Jules reconoció a la granjera que estaba inconsciente. Era Belen. Nunca había visto a su hermana desplomada de esa manera. Tenía las muñecas y los tobillos atados. ¿Qué iba a hacer cuando se despertara? Pelearía y haría que la lastimaran. No podía permitirlo.

—Ahora tomaré el bláster —anunció Damar—. Siéntate.

Jules apretó los puños durante todo el camino hasta la granja de Kat Saka.

IZZY

—No tienes mi ropa, ¿o sí? ¿Y la llave de estas? —preguntó Izzy.

—Estás pidiendo demasiado. Deberías estar feliz de que te perdoné la vida.

De mala gana, Delta sacó un cubo y lo presionó contra las esposas magnéticas, la cuales cayeron sobre el regazo de Izzy. Las hizo a un lado. Habían puesto su ropa en el suelo de la cabina. Estaba mojada y olía a grasa de hangar, pero al menos ya no estaba semidesnuda.

Cerró los ojos contra el viento y pensó en esos momentos perfectos que había pasado besando a Jules en el cenote. En ocasiones se encontraba en una misión y lo único que la guiaba eran la comida y el combustible. Estaba a la deriva en una galaxia en la que no había vivido suficientes años como para explorarla, pero eso no le impediría tratar de hallar su camino. Ahora tenía algo que la guiaba. Ya fuera que la perdonase o no, tenía que salvar a Jules. Si nada se interponía en su camino, se aferraría a esos momentos con él.

Las luces frontales iluminaban el camino que Jules y ella habían recorrido, su risco y la granja. El planeta entero estaba salpicado de su historia.

«Vete a casa, Izzy».

Eso dolía más viniendo de él porque sabía perfectamente que no tenía hogar. No se equivocaba al estar enojado con ella. Pero todo lo que tenía era una piloto que quería matarla y un vendedor de criaturas que probablemente también quería matarla. ¿Al menos no estaba sola?

Se concentró en el área de luz donde el puesto de avanzada de Black Spire se enclavaba en el medio de tierras oscuras. Su mente iba y venía entre la extrema felicidad de haber besado a Jules y el momento en el que Damar la capturó con su propio bláster.

Todo hubiese sido distinto si le hubiese hecho caso a Belen: Belen, a quien no le agradaba y creía que solo le traería problemas a Jules. La intuición maternal de la mujer había sido correcta, ¿cierto?

No, no podía pensar de esa manera. Si se hubiese ido, quizá Ana Tolla hubiese capturado a Jules, y ¿dónde estaría él entonces? Muerto.

—Eso fue muy frío —comentó Delta después de un largo silencio incómodo—, todo lo que pasó con tu novio.

—Lo sé. —Izzy le echó un vistazo. A ambas les hervía la sangre por la ira impotente—. Creí estar ayudándolo. Lo peor es no saber si creyó todo o no.

Delta emitió un sonido ahogado. ¿Era una risa?

—Yo diría que ser secuestrado es peor que lo que tú puedas sentir.

Tenía razón. Tenía que mantenerse concentrada.

—Por eso acepté el trato —explicó Delta gritando por el viento y el zumbido del speeder—. Para ayudar a mi familia. Debí haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad. Llegué a Batuu hace solo un mes.

—¿Dónde estabas antes?

—Chibbier, un planeta boscoso. Despidieron a todos hace un par de meses.

—¿Por qué?

—Sin árboles, no hay nada que cortar. Tuve suerte de poder salir. Mis primos querían conseguir un empleo en el Núcleo, pero yo escuché que Hondo necesitaba pilotos y pensé que sé pilotear bastante bien.

Izzy recordó a los dos soldados de la Resistencia que conocieron justo antes de ser capturados. ¿Qué había dicho la mujer? «Todos en Batuu están en busca de una nueva vida o huyen de una». No tenía idea de que también Delta estaba en ambas situaciones.

—En verdad siento mucho lo que sucedió —susurró.

—¿Te refieres a dejarme inconsciente en el piso de una oficina?

Izzy repitió su disculpa y se aseguró de que sonara sincera, porque en verdad lo sentía.

—Estaré bien —dijo Delta—. Ya que no puedo matarte, me gustaría poder golpear algo.

Izzy miró al frente y asintió despacio. Black Spire no era como las otras ciudades brillantes en las que había estado, pero había algo en ella que la maravillaba al verla de noche. Las luces de las casas parpadeaban, y el mercado permanecía abierto para la clientela nocturna. Los transbordadores trasladaban a la gente desde ambos lados del puesto de avanzada y no dejaban de aterrizar naves que traían cargas misteriosas desde todos los rincones de la galaxia.

Izzy nunca había tenido muchos amigos. Nunca había permanecido en un mismo lugar el tiempo suficiente para ello. Era demasiado callada. Demasiado rara. Demasiado enojada. Demasiado temerosa. Demasiado *demasiado*. Había docenas de excusas que podía usar, pero esa noche no quiso pensar en ninguna. Delta era lo más parecido a una amiga que iba a poder conseguir, y la necesitaría para rescatar a Jules.

Se detuvieron en el puerto espacial y salieron del speeder. Había una persona de Ohnaka Transport Solutions dirigiendo el tráfico. G1-MD deambulaba dando órdenes. Izzy no vio a la karkarodon, lo que fue un alivio. El carguero ligero Avent100 seguía atracado.

—No lo veo —dijo Izzy.

—Debe de estar jugando —replicó Delta.

Izzy corrió detrás de ella. Sus pesadas botas marcaron un ritmo en la rampa de despegue. Delta golpeó un código en la puerta de una oficina que se abrió con un siseo. Escuchó la voz de Volt antes de verlo.

En la habitación, llena de humo, había un juego de sabacc, pero a diferencia del que vio antes en la granja, en este usaban créditos de todas las formas y tamaños. Incluso vio un anillo de turquesa en el montón.

—¡Delta! Creímos que no vendrías. ¿Cómo va…? —Volt abrió más los ojos y las venas de su cuello se abultaron, y eso las hizo parecer serpientes nocturnas reptando por el suelo. Se levantó de un salto mientras exclamaba—: ¡Tú!

JULES

Pudo reconocer a Ana Tolla por el holovideo que le habían mostrado. Aunque estaba casi seguro de que Izzy había dicho esas cosas por su bien, igual dolían. Había estado tan apabullado ese día que se sentía como uno de los droides perdedores en los combates a muerte que tenían lugar en el vecindario Galma. Si en ese momento Izzy hubiera entrado en el granero para decirle que lo había estado engañando todo ese tiempo, en su estado actual le hubiera creído.

Mientras Damar lo internaba más en el oscuro granero, intentaba hacerse una idea de lo que estaban tramando. Izzy le había contado que Ana Tolla no le daba todos los detalles a su tripulación. Él conocía otras tripulaciones, como la Botsini, que operaban de la misma manera. El capitán le asignaba a cada uno una tarea específica; de ese modo, si alguien echaba todo a perder, sabría quién había sido. Jules siempre había creído que eso solo funcionaría si había respaldos.

¿Por qué estaba pensando en la tripulación? Necesitaba hallar la forma de rescatar a Belen. No la tenían en el granero.

Vio a Ana Tolla, que vestía completamente de negro y tenía un rifle bláster colgado sobre el pecho. Había una ketzaliana de aspecto nervioso volando de un lado a otro con sus alas moradas. Tenía una cabeza humanoide con facciones de lagartija y, en lugar de cabello, unas plumas cerosas. La única vez que había visto esa especie fue cuando algunos de ellos estaban en el planeta comerciando con aves loralora a cambio de líquenes dorados. El vigilante a sueldo, un musculoso zygerriano con cara gris felina y ojos amarillos, estaba contra la puerta. Produjo un sonido gutural al ver a Jules. El último era un twi’lek con unos lekku de color coral claro que se difuminaba en múltiples tonalidades. Tenía uno de los brazos, adornados con tatuajes diversos, en un cabestrillo y el lado izquierdo de su rostro estaba lleno de moretones de color azul.

—Ya deberían haber llegado —dijo el zygerriano. Cuando cruzaba los brazos, sus músculos parecían rocas.

—Veníamos justo detrás de ellas —gritó Damar.

Ana Tolla se acercó a Jules. La bilis subió por su garganta. No estaba acostumbrado a llenarse de ira de este modo. Lo odió.

—Ya veo por qué pasó todo el día contigo —comentó Ana Tolla mientras lo observaba de arriba abajo—. Que alguien le traiga algo de ropa.

Jules se rio.

—No creo que me hayas traído hasta aquí para vestirme. ¿Dónde está Belen?

—Yo me preocuparía más por dónde está Izal Garsea —replicó Ana Tolla.

—Ya escuchaste a tu sleemo. Partieron antes que nosotros.

La ketziliana regresó con un par de pantalones verdes holgados. Jules levantó sus muñecas aún esposadas.

—¿Les importaría?

El zygerriano gruñó en desacuerdo.

—No te preocupes, Oksan —lo tranquilizó Ana Tolla—. Hará lo que le digamos o su querida hermanita no saldrá de donde la tenemos. Izal, por otro lado, es una sobreviviente. Me imagino que está por abandonarte.

Jules se esforzó por mantenerse firme. Ana estaba equivocada respecto a Izzy. Esa certeza lo ayudó a concentrarse en su hermana. Casi pudo sentir la libertad de sus manos cuando Ana Tolla agitó la llave frente a sus ojos.

—Intenta algo —propuso Ana Tolla—. Me gustaría un reto.

—Has venido al planeta equivocado —respondió Jules.

Ana Tolla bajó la mirada para verlo y sonrió, con sus labios pintados de rojo.

—Dime por qué.

—Nadie que haya hecho enojar a Oga Garra ha sobrevivido.

—Aún no —dijo Ana Tolla con una sonrisa arrogante—. ¿Listo para ponerte a trabajar?

Se encogió de hombros y recordó todo lo que había aprendido de Izzy ese día. Mentir era un arte.

—Soy un granjero común y corriente. ¿Qué tengo que hacer?

Ana se acarició la barbilla con un dedo. Sus ojos eran de un espeluznante azul claro.

—Necesito que hagas exactamente lo que te diré.

IZZY

CAPÍTULO 22

—¡Tú! —Volt abandonó la mesa de juego y arremetió hacia el espacio abierto de la rampa de aterrizaje como un rancor listo para cazar su cena—. ¿Cómo te atreves a aparecer por aquí después de lo que me hicieron tú y Rakab? Alimentaré a mi tooka con tu cadáver cuando termine contigo.

—¡Por favor, escúchame un momento! —gritó Izzy. Alzó los brazos para mostrarles que estaba desarmada.

Volt se tranquilizó cuando se percató de que Delta estaba con ella. Miró el speeder y luego a ellas. Aunque su respuesta estaba llena de rabia, parecía muy confundido por la visión de las dos mujeres juntas. Delta se revisó las uñas, cortas y sorprendentemente limpias. Izzy sabía que solo porque tuvieran una tregua temporal, eso no significaba que Delta la protegiera de Volt.

—Siento mucho lo que hicimos —dijo Izzy.

—Ni siquiera sabes lo que hicieron. —La expresión de Volt era de locura: tenía los ojos bien abiertos mientras se pasaba las manos por su cráneo venoso—. ¡Casi pierdo otro dedo! Bina está furiosa conmigo. Tuve que comprar provisiones de bebida de leche de dokmas para un mes. ¿Sabes cuántos barriles de jugo especial de Volt tendré que vender para pagar eso?

Mientras subía el volumen de la voz de Volt y sus gritos aumentaban, la determinación de Izzy comenzaba a marchitarse. Menos de un día en el puesto de avanzada y ya había provocado tal caos.

Pensó en Jules esposado. En el momento en que le había dicho que se fuera. Hubiera sido lo más fácil. ¿Acaso no había huido antes? Flotar en medio del espacio era a menudo más fácil que enfrentar la realidad. Había huido después de la muerte de sus padres. Lo único malo de huir era que tarde o temprano no había ningún lugar a donde ir.

—¿Cuántos barriles de tu veneno tendrás que vender? —preguntó—. Yo lo pagaré.

Volt miró a Delta.

—Espera. ¿Cuál es el truco?

—¡¿Cuántos?! —repitió Izzy.

—Diez. Cada uno a cien spiras.

—¿Mil spiras?

—No subestimes nunca cuánta leche puede beber un dokma —contestó con una sonrisa—. Además de los otros desperfectos…

Sus carcajadas eran casi histéricas. Estaba al borde de la bancarrota.

—Tengo la mitad de eso. El resto lo puedo conseguir con Dok una vez que esto termine. Pero antes necesito comprarte un fyrnock.

Volt se llevó las manos a las caderas y la miró con desconfianza.

—¿Por qué haces esto, forastera?

—Porque Jules está en problemas y no tengo armas.

Volt se quedó en blanco. Volteó y regresó de inmediato a la sala de juegos.

—¡Espera! —Izzy miró de nueva cuenta a Delta, quien solo se encogió de hombros—. Creí que teníamos un trato.

Antes de que siquiera pudiera desesperarse, Volt regresó a la rampa de despegue, esta vez sostenía un rifle bláster. Era un préstamo de la Nueva República, quizá se les había caído de un carguero. Alzó las manos.

—Espera un segundo, hablemos de esto…

Pero no le estaba apuntando. Estaba esperando a que le diera instrucciones.

—¿Y el fyrnock?

Volt se aclaró la garganta.

—¿Acaso crees que lo voy a sacar de su jaula? Me tomó una hora y seis ratas meterlo de nuevo. Además, ¿quién va a beber conmigo después del trabajo si unos lunáticos matan a Rakab? No, no. Voy contigo.

Por primera vez desde que su exnovio la capturó con su propia arma, Izzy sonrió.

—¡Vamos por nuestro chico!

JULES

Ana Tolla le quitó las esposas. Cayeron al suelo con un chasquido.

—Eso no es una buena idea —dijo el twi'lek—. ¿Y si te ataca?

Ana Tolla alzó una ceja. Jules no podía decir si dudaba de su fuerza o si estaba molesta porque alguien había hablado cuando no era su turno.

—Si eso sucede, su hermana se muere, Safwan.

Jules siguió a la capitán de la tripulación y, mientras salían del granero, pasaron al lado de una caja llena de lo que parecían ladrillos blancos. Habían apagado los reflectores para no activar ningún sensor. Vio a la ketzaliana volando alto más allá de los muros, por donde nadie que no tuviera alas hubiese llegado sin una escalera o un elevador. El resto de las luces en el campo de cultivo se apagaron. El temor se alojó en su estómago cuando vio frente al silo un carguero plateado con una rampa abierta. Ana lo abordó.

Las luces en el techo hacían que su cabellera roja luciera como una llamarada. No le tenía miedo al fuego, pero algo en el ambiente, en ella, le recordaba a aquella noche. Jules y Belen huían de su casa, que estaba a punto de colapsar. Se quedó ahí de pie, esperando a que su padre saliera de la casa de los vecinos. Nunca había estado tan asustado en su vida. Entonces, su pa' atravesó las llamas con Tap en brazos, y, por un breve instante, pareció que todo estaba como siempre.

—Me da gusto que hayas visto quién es Izal en verdad —le dijo Ana Tolla, sacándolo de su recuerdo—. Te abandonó. No te trajo nada más que dolor. Es mejor que se haya ido. ¿Y yo? Yo te puedo dar una oportunidad.

No creía que Izzy se hubiese ido. Tenía que creer en ella. Debía tener esperanza.

—Tú no puedes darme ninguna oportunidad. Si hago enojar a Kat, entonces haré enojar a Oga; y si Oga se enoja, eso significa la muerte. Lo único bueno es que estarás justo a mi lado.

Ana Tolla miró sobre su hombro.

—No te estoy ofreciendo un empleo, granjero. Te estoy ofreciendo la oportunidad de ser un héroe y salvar vidas.

Extendió el brazo hacia un área de descanso. Cuando Belen lo vio, sus ojos casi salen de sus órbitas. La habían amordazado con fuerza, y tenía las muñecas y los tobillos atados mediante esposas magnéticas.

Jules tenía las manos en los costados y respiraba pesadamente. Podía tratar de abalanzarse sobre Ana Tolla. ¿Y luego qué? ¿Enfrentarse a los otros cuatro con blásteres? Aunque el twi'lek estaba herido, el resto superaba a Jules por mucho en número y armas. Nunca podría poner a Belen a salvo.

—¿Qué dices ahora, granjero? ¿Estás listo para hacer exactamente lo que te diga?

Pensó en Izzy: en sus ojos brillantes, en sus labios, en las mentiras que salían de su boca. Se concentró en Belen. Ana Tolla no se saldría con la suya. Solo esperaba ser capaz de detener lo que fuese que estuvieran haciendo. Izzy le había contado sobre algunas de las misiones de Ana Tolla, así que esperaba lo peor.

«Deprisa», pensó en Izzy.

—Estoy listo —afirmó—. ¿Qué tengo que hacer?

—Quemar esta granja hasta que solo queden sus cenizas.

IZZY

CAPÍTULO 23

—¡Disculpen! —gritó la droide de protocolo G1-MD, blanca y verde—. Disculpen. ¿Qué están haciendo aquí? No hay ningún envío autorizado a esta hora. ¡Delta! ¿Qué significa esto?

Delta caminó alrededor del contenedor de carga y agitó los brazos.

—Calma, G-1.

—No nos vamos a robar nada —aseguró Izzy, pero se abrió paso hasta el Avent100 de franjas rojas, el carguero ligero que había estado atracado ahí todo el día—. Excepto esta nave.

—¡Esta nave no está autorizada para el trasporte de pasajeros! —gritó G1-MD. Sus ojos esféricos parecían aún más asustados mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Si quieres, puedes venir con nosotras —ofreció Izzy—. Tú eres la supervisora de esta misión, ¿cierto? La nave estará en buenas manos.

La droide captó sus palabras y luego las procesó.

—Si lo pone de ese modo, las probabilidades de tener éxito incrementarán si voy con ustedes.

Volt y Delta abordaron rápidamente con sus armas. G1-MD avanzó, recitando infracciones a las regulaciones y a las reglas de Ohnaka Transport Solutions. Se quedaron pasmados al escuchar el zumbido de una moto swoop que parecía demasiado grande para el niño que la montaba. Tap se detuvo justo frente a ellos.

—Niño, ¿qué haces aquí? –gritó Volt.

Tap sacudió la cabeza.

—Vi a Izzy y Delta sin Jules y supe que algo andaba mal, así que las seguí hasta aquí.

Volt dejó escapar un profundo suspiro.

—Es demasiado peligroso.

—Sí, pero seré de ayuda, ¿o no, Izzy?

—Lo siento, Tap —murmuró Izzy—. Capturaron a Jules. No podemos arriesgarte también a ti.

—Puedo abrir cualquier cerradura. ¿Alguien más puede hacerlo?

Izzy miró a Volt y a Delta para que la ayudaran, pero no se movieron. Había una mirada feroz en los ojos del niño. Izzy tenía la misma edad que él cuando su madre empezó a enseñarle todo lo que necesitaba saber: cómo volar, cómo disparar. Pero ella no podía tomar esa decisión por Tap.

—Si te digo que no, ¿qué harás?

Tap sonrió.

—De cualquier modo, los seguiré.

—Bien. Todos a la nave, ya. No sé cuánto tiempo tenemos. —Izzy guio a su tripulación a bordo—. ¿Quién está en comunicación con la cantina?

Todos voltearon a ver a Volt. Él se encogió de hombros.

—Mi chica es la cantinera, pero no sabe nada del juego…

—Comunícate con ella ya —le ordenó Izzy— o te alimentaré con tus propios intestinos podridos.

Volt se dirigió a la bahía de carga de la nave, murmurando una serie de maldiciones.

Izzy se acomodó en la cabina y se puso el cinturón. Delta se sentó en el lugar del copiloto. Todo se sentía nuevo para Izzy. No podía entender ni una palabra del extraño alfabeto en el tablero de control. Estaba a punto de pulsar el botón que en su nave hubiese abierto el acceso a la rampa.

—¡No! —gritó Delta—. Esos son los cañones frontales. Es teklada, un idioma matemático.

—¿Lo puedes leer?

—No, pero lo recuerdo de una etiqueta en la bodega de Hondo. G-1, ven acá y tradúcelo, ¿sí?

Izzy respiró profundamente. Estaba tan nerviosa que se había olvidado de G1-MD. La droide se sujetó detrás de ellas, alzó la cabeza sobre el hombro de Izzy y comenzó a interpretar los símbolos.

—Esto será divertido —murmuró Izzy—. Sujétense bien. Nos dirigimos a la granja de Kat Saka. Ajusten sus cinturones, ¡será un viaje muy corto!

La nave despegó. Era la nave más suave que había piloteado, aunque en realidad solo había volado el *Meridian* y un planeador de un piloto en la academia.

—Muy bien, Delta. Es hora de que me digas todo lo que sabes sobre el plan de Ana.

G1-MD recitó como si estuviese leyendo toda la información sobre su destino:

—Los granos de Kat Saka son los mejores del planeta, algunos dirían que incluso del Borde Exterior. Los minerales especiales del suelo de Batuu…

—Muy bien, droide —interrumpió Delta, y volteó hacia Izzy—. Lo que me dijo Ana fue que necesitaba a alguien que conociera los códigos de acceso al silo. Ese es Jules.

Volt había regresado a la cabina.

—Envié una advertencia a Oga. Escuché que la temporada pasada Kat se rehusó a venderle a StarFlora Corp, a pesar de que le ofrecieron créditos suficientes para comprar un yate o llenar un yate.

Izzy pensó en los trabajos que habían hecho juntas. Ana Tolla no solo hurtaba cosas. Las destruía. Sintió que la esperanza se le escapaba con cada segundo. Le costaba respirar. «Jules», pensó. No sería lo suficientemente rápida para alcanzarlo.

—Por cierto, ¿de quién es esta nave? —preguntó Delta.

Izzy recordó a la elegante comerciante de especias que había hecho amistad con Jules.

—De Trix Sternus, creo.

—De acuerdo con los registros de ventas de Ohnaka Transport Solutions, esta nave le pertenece a…

Comenzó a sonar una serie de pitidos. Izzy tomó el control.
—Prepárense para la batalla al aterrizar.

JULES

CAPÍTULO 24

La primera vez que Jules trabajó en la granja de Kat, era apenas más alto que la hierba silvestre. A veces seguía sintiéndose como el niño escuálido que solía correr por esos campos, frágil pero feliz. Sin importar cuánto hubiese crecido, seguía sintiéndose desamparado. Aborrecía tener que ayudar a Ana Tolla y sus piratas a destruir parte de su mundo natal. Pensó en que Belen estaba en la nave de Ana Tolla y esperaba a que él la rescatara. Pensó en Izzy.

Solo en Izzy.

Entonces se paró frente al edificio principal e introdujo el código de acceso a las bodegas donde Kat guardaba las semillas que ella y su familia habían cultivado por cuatro generaciones. Después de todo lo que había dicho sobre proteger su mundo, su hogar, tenía que salvar a la persona que no podía perder. Se preguntó si esa era la razón por la que Izzy siempre estaba a la defensiva. Amar significaba ser vulnerable.

Sintió que la culata de un bláster golpeaba su espalda.

—Apresúrate —ordenó Damar.

—Les dije que los ayudaría a entrar. No que los ayudaría a cargar. No soy parte de la tripulación.

El bláster se movió hasta su frente. Podía sentir el metal frío sobre su piel. Estaba desamparado. Chirrió los dientes. No era más rápido que un bláster, pero podía tomar por sorpresa a este bantha. Podía… no hacer nada. Belen. Pensó en su nombre como una oración a las agujas petrificadas, a la Fuerza, como una promesa de que este no sería el final.

—Haz lo que te ordenamos —insistió Damar.

—Secuestraste a mi hermana y me retienes a punta de bláster. —Estaba derrotado pero también furioso—. Sabes que obedeceré.

Ana y Oksan estaban afuera preparando lo que ella llamaba la fase dos, la verdadera destrucción de los cultivos. Se habían llevado consigo la caja de ladrillos blancos. La había escuchado decir algo como «minas de sodio». Sin importar lo que fuesen, de algún modo tenía que llegar a ellas. Vio la puerta.

—Sigue observando, granjero —le dijo Safwan. Con su brazo en cabestrillo y los brazos cortos de la ketzaliana, se necesitaron dos de ellos para cargar una caja. Al menos se movían en silencio.

Jules tomó una caja a regañadientes y comenzó a cargarla junto a los demás.

Damar sonrió. ¿Cómo era posible que Izzy estuviera con alguien como él? No merecía eso. Jules azotó la caja encima de otra.

—¿Por qué hablas más que tus amigos? —le preguntó Jules.

Damar alzó el bláster de Izzy para asegurarse de que Jules cumplía su parte del trato.

—Porque no tienen nada que decir.

Jules se rio y el twi'lek y la ketzaliana fruncieron el ceño, pero siguieron trabajando.

—Debe sentirse bien estar ahí de pie mientras la tripulación hace todo el trabajo pesado, ¿no? Apuesto a que Ana Tolla y tú celebrarán mientras ellos hacen la parte sucia.

—Cállate, granjero, o te volaré los sesos —gruñó Damar, pero a la advertencia le faltaban agallas. Oga había amenazado a Jules ese día. Comparado con eso, cualquier otra cosa era solo habladurías.

—¿Aprendiste a hablar así en el Núcleo? ¿A Safwan le toca menos porque está lastimado y solo hace una parte de su trabajo?

—No lo escuches, Safwan. A todos nos tocan partes iguales —dijo Damar—. No puedo creer que fueses el plato de segunda mesa de Iz. Hay poco de donde escoger en Batuu, ¿cierto?

Trató de bromear con sus camaradas, pero Jules esperaba que la duda que había sembrado fuese la razón por la que no se estaban riendo.

—No la merecías —replicó Jules.

—¿Incluso después de todo lo que dijo sobre ti? —Se rascó la cabeza con el bláster—. Necesitaré más de una semana para quitarme de encima la mugre de este planeta. Estoy pensando en un buen spa en la cálida luna primaveral de Risso. He escuchado que las aguas termales son geniales.

Jules no se dejaría arrastrar a una pelea que terminaría en su muerte, no cuando necesitaba poner a Belen a salvo.

—Quizá busque a Iz después de esto —continuó Damar. Se estaba poniendo cómodo. Bajó el bláster y se recargó en el muro—. ¿Cuánto apuestas a que logro que me perdone?

Jules tenía una caja en las manos. No era pesada, pero si la lanzaba, al menos lastimaría a alguien.

—Ya basta, ¿sí? —chilló la ketzaliana, agitando las plumas de su cabeza—. Estás estorbando, Damar. Alista la nave para partir.

Jules apartó la mirada de la alienígena. Quería odiarla. Quería odiar a todos. Que no lo hostigaran como Damar no significaba que fueran buenos. Solo significaba que tenían prisa.

Entonces pensó cuántas veces les había hecho favores a los piratas del puesto de avanzada. ¿Qué hacía de la tripulación de Ana algo distinto? Para empezar, los otros no eran tan estúpidos como para robar a la gente que tenía sangre de Batuu, y sin duda no se metían con su familia. Ana Tolla era atrevida o estaba loca.

—Tú no eres mi jefa, Lita —le recordó Damar.

Safwan azotó la caja en el suelo y Lita perdió el equilibrio en el aire.

—No, pero he sido la segunda al mando por cinco años. Soy tu superior. Ve a preparar la nave para que estemos listos cuando terminen con los campos de cultivo.

Damar se puso rojo. Torció la boca y se fue. Jules debió de estar mirando fijamente la salida durante mucho tiempo, porque Safwan dio unos golpecitos en el bláster enfundado que cargaba en su lado bueno.

—Ni lo pienses, Jules.

—Creo que prefiero que me llamen granjero. Hace todo menos personal.

—¿Qué hace menos personal? —preguntó el twi'lek. Puso la mano sobre el bláster en señal de advertencia y lo miró fijamente.

—Esto… —Jules lanzó la gran caja sobre el hombro lastimado de Safwan. El twi'lek azotó contra la pared sosteniéndose la cabeza y gritando de dolor.

Jules tomó el bláster del pirata y lo programó para aturdir antes de dispararle a Lita, quien había emprendido el vuelo para ir por ayuda. Sin embargo, mientras se dirigía hacia la salida, el chico sintió como si se estuviese desatando una tormenta. Una luz cegadora destelló y el viento le sopló polvo en los ojos.

No podía creer lo que tenía frente a él. Una nave había aterrizado junto al silo. Pero no era cualquier nave: era la que, en un impulso, le había comprado a Trix Sternus aquel día. Cuando descendió la rampa, nunca se había sentido tan aliviado al ver que sus amigos habían hurtado su nave.

IZZY

CAPÍTULO 25

Cuando Izzy vio a Jules Rakab, lo único que deseaba era correr hasta él y asegurarse de que estaba ileso, pero como Volt, Delta, G1-MD y Tap se apresuraron a bajar por la rampa antes que ella, no hubo tiempo para eso.

—Ya viene la ayuda —anunció Izzy.

Jules asintió; estaba más tenso de lo que ella lo había visto en todo el día, lo que incluía la sesión con Oga. Se dirigió a Tap de inmediato, puso una mano sobre el sombrero del chico y le dijo:

—Belen está en el área de descanso de su nave. Tiene esposas magnéticas en los tobillos y las muñecas. ¿Puedes hacerlo?

Tap asintió.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

A pesar de todo lo que había pasado, Jules sonrió. Alzó la mirada para ver a Delta.

—Ve con él. Damar está preparando el despegue.

—El reencuentro ha sido genial, pero estamos a punto de tener compañía —dijo Volt alzando su rifle.

Todos tomaron un arma y se pusieron a cubierto detrás de las patas del carguero Avent100.

—G-1, ¡alista la nave! —gritó Izzy—. Tan pronto como Tap y Delta vuelvan con Belen, llévalos de regreso a la casa de Hondo.

—No estoy programada para seguir sus órdenes —dijo la droide.

—¿Estás programada para sobrevivir? —le gritó Volt.

—Al instante, maestro de las bestias —exclamó G1-MD, se volteó y murmuró—: El Maestro Hondo sabrá esto.

—Ustedes, tortolitos —dijo Volt e hizo un disparo de advertencia a la entrada del granero—. Sé que esto va a sonar muy raro, pero ¿podrían esperarse hasta que impidamos que estos piratas destruyan nuestras cosechas? ¿Cuál es el reporte de la situación, hijo?

—Dos en el granero —reportó Jules—. La ketzaliana está aturdida, pero Safwan está en camino. Tiene un brazo fracturado.

—Me agradan estas cifras —contestó Volt y le dio una palmada en la espalda—. Encendí la alarma. El cuerpo de seguridad privada de Kat estará aquí en cualquier momento.

—Aún no —dijeron al unísono Jules e Izzy.

El estómago de Izzy parecía un cable eléctrico expuesto. Dejó que Jules hablara.

—¿Sabes qué son las minas de sodio? —preguntó—. Parecen ladrillos blancos.

—No. Solo la he visto usar un lanzallamas.

Los oscuros ojos de Volt prácticamente brillaban.

—Quiero un lanzallamas. He oído de detonadores de sodilium, altamente tóxicos e inflamables. Si los activan, lograrán que nada vuelva a crecer en estas tierras.

—¿Cómo es que una tripulación como esa puede conseguir algo así? —preguntó Jules.

—De quien sea que la haya contratado —respondió Izzy—. Seguramente ella tiene consigo el control de los detonadores. El zygerriano estará con ella. Volt, creo que deberías venir conmigo. Puedo con Ana.

—Izzy…—comenzó a decir Jules.

—No hay tiempo —lo interrumpió—. Encárgate de Lita y Safwan.

Izzy corrió con Volt hacia los cultivos. Para ser un hombre que no había entrado en acción en muchos años, corría muy rápido. Los sensores luminosos habían sido desactivados, por lo que tuvieron que correr en medio de la oscuridad. Deseaba tener algo más que el viejo bláster que le había prestado Volt, pero tendría que arreglárselas solo con eso. Ella era la que controlaba los disparos, no el arma, con suerte o sin ella.

—Dime, Izzy —le dijo Volt—. ¿Cómo se supone que conseguiremos el control de los detonadores para desactivarlo?

—Dijiste que esa cosa es tóxica, ¿cierto? —Su corazón era un puño que golpeaba su pecho—. No la activará si sigue en el área de los explosivos, así que lo mejor será acorralarla ahí dentro. Y yo… ¿Lucky?

Mientras hablaba, el ave loralora volaba sobre ella. No estaba preparada para el alivio que sintió al ver nuevamente a la criatura. Volt miró hacia arriba, y ella no se perdió del momento de rabia que cruzó por su rostro. Tendría que lidiar con él después.

Siguieron corriendo. A lo lejos, Izzy vio que Ana Tolla y Oksan estaban a la mitad de la torre de agua, y colocaban los ladrillos blancos mientras subían.

—¡Lucky! —gritó Izzy, lista para poner a prueba su lazo.

Señaló a Oksan. El loralora emitió un alarido agudo, se lanzó en picada y lo picoteó hasta que se soltó de la torre de agua. Cayó desde una altura de tres metros, pero aterrizó de pie.

—¡No, idiota! —gritó Ana Tolla y se agarró de los travesaños metálicos.

Oksan sacó un bláster y disparó mientras trataba de huir. Con un empujón, Volt tiró al suelo a Izzy, que rodó sobre un costado. Todo estaba de cabeza; el cielo oscuro y las lunas giraban a su alrededor. Podía escuchar los rojos disparos de láser que intercambiaban Volt y Oksan. El batir de alas. La sangre que se agolpaba en sus orejas. En medio de todo, se escuchó un fuerte gruñido y el fuego cesó.

Cuando se sentó, Volt había vuelto a su lado y Oksan rengueaba. Ana Tolla se arrojó desde los travesaños inferiores de la torre. Alcanzó al zygerriano y alzó el detonador.

JULES

Ver a Izzy correr hacia los campos con Volt fue casi doloroso. Debió ser Jules quien estuviese a su lado. Debió ser él quien la ayudase a detener a Ana. Pero ella había elegido a la persona correcta. Volt podía desarmar el detonador. Todos tenían un papel para salvar la granja de Kat.

Sin embargo, Jules también había tenido un papel para ayudar a destruirla. Había ocasiones en las que no podía entender por qué la gente decidía lastimar a otros. En el momento en que Ana Tolla lo había obligado a decidir entre la granja y su hermana, no había titubeado. La culpa pesaba terriblemente sobre él. La única manera en que podía compensar lo que había hecho era deteniendo a Ana Tolla y su pandilla.

Jules regresó al silo con su bláster por delante. Alguien había apagado las luces. Se mantuvo con la espalda contra la pared y se escabulló entre las pilas de cajas. Trató de escuchar pisadas, una respiración pesada o cualquier otra cosa que delatara la ubicación de Safwan y Lita.

Recordó dónde había estado la noche anterior, casi minuto a minuto: afuera, en los campos vacíos usando cabezas de droide huecas y cascos para su práctica de tiro y deseando que la respuesta a su futuro se revelase. Había pasado años esperando que su vida cambiara y, en el transcurso del día, esta había cambiado una y otra vez, gracias a Izzy. Debió decirle algo más antes de separarse; debió asegurarle que todo estaría bien.

Entonces lo escuchó. Unas alas batían exactamente sobre él. Se estiró para alcanzar la cola de Lita, pero solo agarró el aire.

—¡Ahora! —gritó la ketzaliana.

Jules volteó justo a tiempo para ver que una torre de cajas le caía encima. Se quitó de un salto, pero cada columna azotaba contra la siguiente. De los contenedores cayeron alambres retorcidos y cientos de miles de granos. Gateó a través de la avalancha que estaba cubriendo el suelo. Al aproximarse a la puerta, se puso de pie con dificultad y salió corriendo. Safwan y Lita le llevaban ventaja, pero no mucha. Podría alcanzarlos.

Con la ayuda de la luz de las lunas, corrió hacia la nave de Ana. Sabía que algo marchaba mal, porque su Avent100 seguía atracado ahí. ¿Qué habría pasado con Tap y Belen? Jules excavó en lo más profundo de su ser para encontrar la fuerza que le permitiría correr más rápido. Pensó en las personas que dependían de él, pensó en Izzy. No había escuchado nada desde los campos de cultivo. ¿Acaso eso significaba que estaban a salvo? ¿O no?

Cuando llegó a la rampa de la nave de Ana, un golpe en la cara lo empujó hacia atrás. Cayó a la hierba desde la rampa. Por segunda vez ese día, su nariz sangraba. Se limpió con el dorso de la mano.

—¡Vámonos! —gritó Lita; su voz se sentía tan nerviosa que era casi un chillido.

Damar se volteó.

—¡No sin Ana!

—Ella te abandonará en un abrir y cerrar de ojos —dijo Jules.

—Por supuesto que no. —Damar sonó tan serio, tan inflexible, que Jules casi sintió pena por él. De todos modos, no era suficiente. No después de todo lo que le había hecho pasar a Izzy. No después del ataque a su hogar.

Se escuchó el disparo de un bláster seguido de gritos y después silencio.

Jules quería voltear a los campos de cultivo, aunque estaba demasiado oscuro para ver algo. ¿Y si había sido Izzy? ¿Tal vez Volt? ¿Y si había sucedido algo horrible? Damar pensó lo mismo. A Jules le molestó pensar que tenía algo en común con el baboso peliazul, pero se percató de la frenética preocupación que había sobrecogido a Damar, que miraba a la distancia. Quizá fuera el único momento de distracción que se iba a presentar, así que lo tomó.

Disparó a Damar; el rayo del bláster era del color de su cabello, y lo arrastró fuera de la nave. Jules recuperó el bláster de Izzy con la intención de devolverlo a su dueña.

Se escuchó un estruendo grave en la distancia mientras una serie de speeders se acercaban a la granja. Jules echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Aún no es momento de celebrar —escuchó que decía la voz de Delta, a quien le faltaba el aliento porque había corrido hasta él.

—¿Por qué sigues aquí?

—Para ayudar a los demás. —El sudor le brillaba bajo los rayos de las lunas—. Tu hermana y Tap no se irían sin ti.

—¿Dónde están?

—Tap dijo que podía encender de nuevo las luces y Belen está tratando de desmantelar a G-1. —Delta bajó la mirada para ver a Damar y luego volvió a mirar a Jules—. ¿No había otros dos?

—En la nave —respondió Jules al tiempo que le daba el bláster que le había quitado a Safwan—. Iré a ayudar a Izzy.

IZZY

CAPÍTULO 26

—Hay bombas por todas partes —advirtió Ana—. En los campos de cultivo, en la torre. Nunca las encontrarán todas.

Izzy la apuntó con el bláster.

—Entréganos el control, Ana, y te dejaré ir.

—Mentirosa.

Izzy se encogió de hombros.

—Tenía que intentarlo.

—¿Tan altruista de pronto? —le preguntó Ana—. No lo olvides, Izal. Si no te hubiese abandonado, estarías siguiendo mis órdenes como el resto.

Izzy vio que Oksan hacía una mueca. Al parecer, no le había agradado el comentario.

—Quizá —replicó Izzy—. Pero debiste haber respetado nuestro acuerdo.

Quiso pensar que, una vez que se hubiese enterado del plan para causar tal destrucción, se habría retirado. Izzy recordó cuando estaban en la cantina de Actlyon. El hedor en el aire. La confusión por la pelea. Por muy malos que hubiesen sido esos momentos, ella sabía que tuvo que ser así. La habían sacado del aturdimiento en el que se encontraba. Saber que estaba ayudando a la gente que había conocido en la granja era un sentimiento al que podía acostumbrarse.

—No creí que fueras capaz de sorprenderme —dijo Ana. Su trenza roja se balanceaba en su espalda—. Después de todo, quizás haya lugar para ti en esta tripulación. Aún no es demasiado tarde, Izzy.

Izzy respiró profundo y miró a Volt. En la distancia, vio que tres landspeeders se aproximaban.

—Trabajo mejor sola —replicó Izzy.

Cada una de las luces que había estado apagada, desde los campos de cultivo hasta el granero, se encendió.

—Estás rodeada —añadió Volt.

Ana Tolla alzó el detonador y le sonrió a Izzy. Su sonrisa de oreja a oreja era cruel.

—El capitán se hunde con el barco.

Izzy se tensó por el miedo. A su lado, Volt levantaba su bláster, pero Ana sostenía el control demasiado cerca de su cuerpo para que pudiera disparar un tiro limpio.

—Pero yo no —murmuró Oksan, y en un parpadeo se estiró y agarró la muñeca de la mujer con tanta fuerza que lo único que ella pudo hacer fue gritar y soltar el control.

Izzy se apresuró para atrapar el detonador, pero antes de que cayese en la hierba, Lucky voló en picada y lo atrapó con su cola prensil. Izzy no pudo detener su impulso y cayó en la hierba. Gimió al ponerse de rodillas y después de pie. El ave aleteó hasta

posarse en su hombro con la cola en el aire. Izzy tomó el detonador con cuidado y suspiro de alivio.

—Me debes el costo de esa ave —señaló Volt con una sonrisa en los labios.

En un instante, los hombres de Oga Garra descendieron sobre ellos. Izzy reconoció al menos a uno de los humanos de aspecto rudo, de cuando Jules y ella habían sido rodeados en el Callejón del Contrabandista. Pero, bajo la brillante luz de la granja, sus rostros eran bienvenidos.

Oksan se arrodilló con las manos detrás de la cabeza y los siguió pacíficamente, pero Ana luchó todo el camino mientras una mujer enorme se la llevaba sujetándola con una llave de lucha libre.

—Oga quiere vivos a todos —advirtió un balosar de piel azul.

—¡Algún día te encontraré, Izal Garsea! —gritó Ana Tolla—. ¡No olvidaré esto!

—No te preocupes, hija —le dijo Volt tomando el detonador y desactivándolo con cautela.

—¿Qué hay de las bombas en los campos de cultivo?

—Estoy seguro de que mañana vendrán los droides buscaminas.

Mientras cruzaban la oscura hierba verde de regreso a donde estaban atracadas las dos naves, el carguero plateado de Ana Tolla encendió sus luces. Con la rampa aún abajo, comenzó a despegar. Izzy no estaba segura de quién estaría volando la nave, pues ascendió describiendo un arco extraño y luego azotó en el suelo, no sin antes golpear el costado de la nave que Izzy había hurtado.

Izzy se quejó. Volt la miró y se rio.

—Que las agujas te salven, Izal Garsea.



A su alrededor todo era celebración. Izzy se mantuvo a la sombra del granero, mirando cómo el caos comenzaba a disiparse. Subieron a Ana Tolla y su tripulación a los speeders. Vio a Damar mientras se lo llevaban, y él gritaba su nombre una y otra vez.

¿No era lo que había deseado? ¿Verlo lastimado después de todo lo que le hizo? El sentimiento de satisfacción nunca llegó, ni siquiera cuando el speeder quedó fuera de su vista.

Volt corría de un lado a otro tratando de mantener la descarga de adrenalina, mientras que Delta descansaba en la hierba atendiéndose una herida en el brazo. Por fortuna, Belen y Tap estaban ilesos, a pesar de no haber podido regresar la nave al hangar. No sabía qué había sucedido para que cambiasen de plan, pero no vio a G-1 con ellos. Trató de reunir valor para caminar hasta donde se encontraban los demás, pero sus viejos miedos habían vuelto, así que no se movió.

Izzy sintió que se desconectaba de lo que sucedía. Era parte del momento, pero desde la distancia. Había hecho lo que deseaba hacer, salvar a Jules y la granja. Jules abrazaba a su hermana y se les había unido otro hombre. Izzy creyó que sería el esposo de Belen.

Se subió a uno de los landspeeders y lo encendió. Si lo regresaba, entonces no sería un robo. Habría partido de no ser porque alguien estaba de pie frente a ella, bloqueando su camino.

De entre todos, Tap la había encontrado.

—Encendí las luces. Te dije que sería de ayuda.

—Buen trabajo, chico. —No pudo evitar sonreír—. ¿Dónde está G-1?

—Belen la apagó, pero ya está funcionando de nueva cuenta.

No se sentía tan mal al abandonar la nave robada. Si G-1 no la piloteaba de regreso por voluntad propia, alguien responsable, como Jules, lo haría.

—¿Te ibas sin decir adiós? —le preguntó Tap.

—No todo el mundo tiene la oportunidad de despedirse —le respondió—. Regresa con los demás, ¿sí?

—No entiendo. Ganamos. No tienes por qué irte.

—Le hice una promesa a alguien. —Pensaba en Belen. Todo lo que Belen temía había sucedido, y también ella había estado en peligro.

Izzy extendió una mano y Tap se la estrechó a pesar de sus protestas.

—Dejaré el speeder con Salju. Dile a Delta.

—Está bien. —Tap sacudió la cabeza.

Entonces Izzy partió. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no mirar atrás.

JULES

CAPÍTULO 27

Seguía tratando de escabullirse, pero todos querían agradecerle personalmente. ¿Qué había hecho? Sí, había luchado, pero no había estado solo. «Así es como se sobrevive, juntos». Era lo que su padre siempre solía decir. Estaba convencido de que esa había sido la razón por la que habían salido bien librados.

Jules buscaba a Izzy entre la multitud. Tenían que hablar. Necesitaba decirle que nada había cambiado los planes que habían hecho, que le creía, que la amaba, que la necesitaba.

La noche estaba tan despejada que las lunas brillaban con rayos bien definidos. La gente de Oga se llevó a la pandilla de Ana Tolla. Tenía los tímpanos casi perforados por los gritos de Damar.

Había otro asunto: su nave. Su nueva nave, que ni siquiera había piloteado, se había dañado cuando Safwan y Lita la golpearon al tratar de despegar. De no haber sido por Delta, habrían desaparecido en el hiperespacio. Cuando regresó a la nave de Ana, su tiro perforó una de las alas de la ketzaliana y rozó el hombro bueno de Safwan. Fue suficiente para impedir el despegue.

Volt se acercó a él. Sus dedos mecánicos se retorcían mientras él se rascaba un costado del rostro.

—Ey, hijo —murmuró frotándose el brillante cuero cabelludo.

Se veía despierto como solo una batalla podía lograr que estuviera. Le dio una palmada en la espalda. Era la última cosa que Jules esperaba después del incidente del puesto de criaturas.

—Siento lo que pasó antes —le dijo Jules—. Pagaré los daños.

—La chica ya se encargó de eso.

Jules no estaba seguro de por qué estaba sorprendido. Algo se agitó en su pecho.

—¿En serio?

—Vino a pedir ayuda. Lógicamente, no podía dejar que nada te sucediera. Si hubieses muerto, ¿quién compraría mis bebidas?

Jules se rio y un dolor surgió en sus costillas. Estaba seguro de que se había lastimado algunas cuando se cayó de la rampa después del golpe que le dio Damar.

—Tap fue muy valiente —añadió Volt. Cada vez estaba más seguro de que su amigo estaba tratando de distraerlo—. Desde que tu padre lo rescató de entre las llamas, supe que querías proteger al niño.

Jules miró a Tap mientras este ayudaba a Delta a levantarse de la hierba y se iban juntos hacia su nave. Su nave.

—¿Qué hay de Izzy?

—Es una buena chica. —Volt le apretó el hombro—. Hizo lo correcto.

—¿Por qué tratas de distraerme?

Volt suspiró.

—No quiero que te molestes. Se ha ido. Tomó un speeder y se marchó. Me agrada, en verdad, pero no creo que debas ir tras ella.

Se marchó antes de que Volt terminase de hablar. Él se quedó de pie a la sombra del granero. Cuando despertó esa mañana, Jules pensó que nunca volvería a ver a Izal Garsea. Solo hubo una vez en que la había deseado, un deseo firme y tangible que tenía algo de añoranza. Fue un mes después de que su familia se marchó, cuando no había señales de que alguna vez regresarían. Había soñado con ella, y la realidad había resultado más complicada que lo que había imaginado. Pero la quería a pesar de todo.

En ese momento, Jules podía dividir su vida en dos partes: antes y después de Izzy. ¿Cómo podía amar a alguien que se obstinaba en huir de él? Miró el montón de estrellas e imaginó que le contaba las pecas de la mandíbula, del brazo. Podía unir todos los puntos hasta llegar a su corazón.

Mientras se reunía con su familia y amigos, nunca se había sentido tan lejos de un futuro que casi había podido alcanzar… Se había esfumado justo en ese momento y en ese lugar.

IZZY

CAPÍTULO 28

Izzy llegó a la casa de Salju.

La mujer seguía trabajando, haciendo algunos ajustes con un pequeño droide verde bajo las luces de la estación de servicio. Se quitó los anteojos de protección al escuchar que se aproximaba Izzy.

—Me da gusto que hayas sobrevivido un día entero en el puesto de avanzada —le dijo Salju con un tono demasiado optimista para la hora que era. Al notar el aspecto de su ropa empapada, de su piel sonrojada y de su cabello despeinado, añadió: —Aunque por poco no sobrevives, por lo que veo. Y trajiste a una amiga.

Lucky la había alcanzado. Cuando Izzy se detuvo, también ella lo hizo.

—Ha sido un día muy largo —susurró Izzy, y se desplomó al lado de la chica.

—Veo que estuviste en el negocio de Volt —comentó Salju, apuntando a Izzy con el desarmador—. Una vez trató de venderme mi propio tooka después de que Kuma se fue de vacaciones por su cuenta. Estoy pensando que quizá lo intente de nuevo, porque no encuentro a Kuma por ningún lado.

No estaba segura de por qué, pero lo que dijo Salju hizo que se doblara de risa. Salju también se rio, al principio por nervios. Seguramente había visto a un forastero o dos desmoronarse después de pasar un día en Batuu. Cuando le dolió el abdomen, y un poco más las mejillas, Izzy miró al cielo.

—No me había reído así en mucho tiempo. —Suspiró—. Quisiera hacerlo más seguido.

—Otro cliente feliz. ¿Conseguiste todo lo que necesitabas?

Izzy deseaba decir que sí. Había entregado el paquete y seguido los pasos que sus padres habían dado en el pasado. Había aprendido cosas sobre su madre, sobre sí misma, y también besado al chico de sus sueños, lo había salvado y lo había dejado ir. Deseaba tanto responder que sí que eso la asustaba.

—Casi —respondió.

—¿Fuiste al obelisco cuando llegaste?

Izzy frunció el ceño.

—Creo que pasé por ahí esta mañana. ¿Por qué?

—Pues la gente frota el obelisco para que le dé buena suerte. En estos lares, amamos nuestra buena suerte. Nunca es suficiente.

Izzy se rio.

—Gracias por todo, Salju.

—Ni lo menciones. Asegúrate de mandarme a tus amigos si necesitan algún trabajo.

Amigos. Necesitaba hacer algunos. Buenos amigos, sin tácticas de guerra.

Izzy pagó a Salju las spiras que le debía y le dio instrucciones para que le entregara a Volt lo que le debía a él. Después de todos los daños que había causado en la granja, deseaba huir. Dok podía darle su parte a Jules. No se sentía bien tomándola.

—Por cierto, Delta vendrá a recoger ese speeder —agregó justo antes de que la rampa del *Meridian* se cerrara.

A pesar de que solo habían pasado algunas horas, se sentía como si hubiesen transcurrido años desde que había estado en los corredores de su nave. Pasó la mano por los paneles lisos. Su madre había elegido el color turquesa para los cojines del área de descanso porque ese era su color favorito: el color de los ojos del padre de Izzy. Fue algo que su madre le confesó cuando vivían en la ciudadela de Eroudac y trataban de ser una familia normal. En ese momento, Izzy creyó que era ridículo, pero ahora era un recuerdo que guardaba con cariño. A pesar de que sentía que no conocía a su madre, a cada momento la comprendía un poco más. Ixel Garsea no había sido perfecta. Nadie lo era. Izzy había visto suficientes niños solos en la galaxia. Al menos su madre la había querido, le había enseñado a sobrevivir sin ella. Jules había dicho que la gente podía elegir qué parte de sus padres quería conservar. Comenzó la secuencia de despegue y pensó que tomaría lo bueno y lo malo una y otra vez, si eso significaba conservarlos para siempre.

Se sentó en la cabina y jugueteó con el anillo negro y dorado que descansaba en su pecho. Quiso regresárselo a Jules, pero había fracasado. Lo colgó sobre la consola y lo frotó con el pulgar para que le diera suerte.

—¿Tú qué dices, Lucky? —le preguntó al ave loralora—. ¿Lista para irnos de esta roca?

Pero la loralora no estaba a la vista. Izzy volteó y la llamó. Estaba segura de haber cerrado la rampa después de que el ave entró volando. Revisó sus aposentos y la pequeña ducha. Cuando llegó al área de carga, el corazón de Izzy se detuvo y su estómago se hizo un nudo.

Lucky y Kuma estaban ahí, dándose un festín con una docena de ratas batuuanas muertas. Volt se lo había advertido. Todas las naves tienen problemas de alimañas. Por lo menos no se había ido con la mascota de Salju. Izzy entró en uno de los clósets y buscó algún líquido limpiador. Fue en ese momento cuando se encontró con una portezuela suelta, como aquella en la que había escondido el maletín aquella mañana. Era más pequeña y, aparentemente, estaba vacía. Pero entonces vio una datacard.

Se preguntó si la habían dejado ahí en una de las misiones de su madre. Pero eso no era algo que haría Ixel Garsea. El estomagó de Izzy se hizo nudos mientras la llevaba al frente de la nave. La transportó en sus palmas con el mismo cuidado con el que había sostenido el detonador de sodilium. La miró fijamente y por largo rato mientras se preguntaba qué contendría. No estaba lista para más revelaciones.

¿Qué le diría Jules si estuviese ahí? Seguramente algo alentador seguido de un codazo o una sonrisa. Reunió valor y encendió la datacard.

Una grabación azul claro le mostró a Izzy un rostro que no había visto en años. Era su madre. Al inicio, el mensaje ondulaba como una mala transmisión holo. No tenía sonido. Solo la cara de Ixel Garsea. Su madre lucía tan nerviosa como lo estaba Izzy en ese momento. Entonces, su madre habló y la miró directamente.

—Si estás viendo esta grabación significa que ya no estoy a tu lado. Desearía que hubiésemos tenido más tiempo, pero si se trata de desear cosas, entonces me hubiera gustado darte el hogar que siempre quisiste tener. Tu padre hizo todas las cosas que yo no pude hacer. Me temo que no hice lo suficiente. Tengo tantas esperanzas puestas en ti. Espero que vivas sin arrepentimiento y que tu corazón sea más fuerte que el mío. —Izzy miró sobre su hombro y luego regresó la vista a la datacard—. Tú y tu padre son la única cosa que hice bien en la vida. Te amo, mi querida Izzy.

Izzy vio el mensaje una y otra vez.

JULES

CAPÍTULO 29

La cantina de Oga estaba llena de cuerpos acalorados. Jules estaba seguro de que ahí estaban reunidas todas las especies, incluso un grupo de wookiees, cada uno de los cuales tenía dos bebidas.

Después de tomar una larga ducha y ponerse ropa limpia, se sentía como nuevo, un poco apaleado, pero nuevo. Bueno, prácticamente como nuevo. DJ R-3X estaba en su estación, bailando al ritmo de la música que estaba tocando. Junto a él estaba Jon Yowza, exmiembro de la Max Rebo Band, quien había venido a Batuu para dar un concierto como solista en varios turnos.

Era como si todos en el puesto de avanzada hubiesen oído hablar de las aventuras de Jules a lo largo del día, porque incluso los desconocidos le daban palmadas en la espalda y le invitaban bebidas. Las dos cantineras, que nunca lo habían volteado a ver siquiera, le acariciaban los brazos con los dedos.

—Disfruta tus fugaces quince minutos de fama, hijo —le aconsejó Volt, y le dio una palmada en la espalda.

Se movieron entre la multitud para llegar a la barra. Una mano grande y pesada le dio una palmada en el hombro. Cookie lo felicitó y le dijo que volviera por la mañana a la plataforma de acoplamiento por un desayuno gratis.

Jules se quedó sin palabras. No quería ser el centro de atención, nunca lo había querido. Julen Rakab amaba a la gente. Era un espécimen raro que siempre estaba dispuesto a ayudar, incluso cuando no tenía la capacidad de hacerlo. Ahora que todo el mundo trataba de ayudarlo, todo lo que deseaba era meterse a la cama y dejar que las heridas de su cuerpo sanasen. Pero tenía que hacerse el fuerte, pues más temprano ese día había hecho una promesa.

Neelo y Fawn estaban en la barra tomándose las bebidas gratis que les daban a los músicos antes de su actuación. El togruta tocaba una guitarra imaginaria mientras Fawn se atragantaba con su bebida de tal forma que casi se picó un ojo con la sombrillita de adorno.

—¡Jules! —gritaron al ver que se aproximaba—. Ah, hola, Volt.

—Yo también ayudé —puntualizó Volt, ofendido—. Mucho, de hecho. Yo desarmé…

El cantinero que estaba del otro lado, un gigorano de tres metros de altura cubierto de pelaje blanco, se aproximó a ellos. Volt ordenó dos Fuzzy Tauntauns.

—¿Dónde está tu chica? —preguntó Neelo—. Me cayó bien. Le dimos aventón antes.

Por suerte, en ese instante sus bebidas aterrizaron frente a ellos. El Fuzzy Tauntaun era una de las más caras, pues estaba espolvoreada de líquenes dorados que brillaban

como el cielo nocturno. Jules no había podido ordenarla nunca antes, pero como todo el mundo le estaba invitando…

Al otro lado de la habitación, Oga estaba en una cabina privada con Dok-Ondar. Todos murmuraban sobre el hecho de que Oga hubiese salido esa noche. Oga y Dok alzaron sus copas por Jules, y se sintió muy mal. Él no había hecho nada sino dejar que lo tomaran prisionero. Todo lo que había conseguido fue aturdir a Damar.

Había sido Izzy quien regresó por él. Había reunido a sus amigos. Lo había encontrado y luego lo había abandonado sin siquiera decir adiós. Lo lastimaba tanto que vació su bebida en segundos. Neelo y Volt intercambiaron una mirada que decía que no debían hacer más preguntas sobre la chica.

—Estoy bien. Estoy completamente bien. Quiero escuchar tocar a mis amigos. Dormiré todo el día, y les juro que si alguien me despierta…

—¡Guau! —exclamó Volt y alzó una copa, mirando a la distancia—. Nunca te había escuchado decir mentiras. Es fascinante.

Jules frunció el ceño y ya estaba listo para decirle a su supuesto amigo qué podía hacer con sus acusaciones cuando DJ R-3X detuvo la música y se inclinó sobre el micrófono.

—Volt Vescuso, en la bodega hay una lagartija-mono kowakiana que le pertenece. Por favor, pase a recogerla.

Volt volteó rápidamente a ver a Oga, que frunció sus labios de tentáculos en un gruñido.

—Creo que me faltó una —dijo, y se escabulló para encargarse del problema.

Neelo y Fawn se fueron a hacer sus pruebas de sonido. Unos granjeros rodearon a Jules. No habían tenido tanta aventura desde hacía muchos años, aunque fuera de manera indirecta, y estaban felices de que nada estuviese fuera de su lugar cuando regresó Kat.

Jules le dio un trago a su bebida y se dio cuenta de que, por más que amase a su gente, por más que amase su hogar, no quería despertarse un día dentro de algunos años sin poder recordar cuándo había sido la última vez que tuvo una aventura o había oído siquiera de alguna.

—¿Cuál era el nombre de la chica? —preguntó el padre de Ksana.

—Izal Garsea. Una chica valiente —respondió un quarren que debía de ser nuevo en la región. Los tentáculos de sus labios estaban cubiertos con espuma de cerveza—. ¿Está por aquí? Me gustaría invitarle una bebida. Cuando pasé por el taller de Salju, su nave aún estaba ahí.

Todos voltearon a verlo. Pestañeó con rapidez. Su nave aún estaba ahí.

—Tengo que irme. —Jules se puso de pie. Su cuerpo parecía poseído.

Todos le hablaron, pero cuando se dieron cuenta de a dónde se dirigía, hubo una oleada de gritos.

Al salir de la cantina, lo impregnó un aroma a clavo y un humo floral. Atisbó una mancha blanca en medio de la oscuridad. Reconoció primero al stormtrooper y luego al hombre frente al que el stormtrooper alzaba un puño.

—¡Ey! —gritó Jules.

El trooper volteó. Mirar directo a sus ojos negros e invisibles hizo que Jules diera un paso atrás.

—Nate, todos te están esperando —anunció Jules con la respiración agitada por el miedo. El mismo chico al que había ayudado antes en el camino estaba ahora contra la pared—. Oga dice que las bebidas corren por su cuenta. Estaba preguntando por ti.

El ojo de Jules se movió, presa de un tic involuntario. No le gustaba mentir, pero no le importaba si servía para salvarle la vida a alguien. Sonrió y pensó «Mentir es un arte».

Lo consideró como un examen acerca de la situación en el puesto de avanzada. Si la Primera Orden sabía respetar el nombre de Oga lo suficiente como para alejarse, entonces quizá las cosas no estaban tan mal. Aunque se preguntó cuánto tiempo duraría. Con lo que ahora sabía, Jules sentía que las cosas en Batuu no serían lo mismo por mucho tiempo.

Sin más palabras, el trooper volteó y se alejó. Jules ayudó a Nate a quitarse el polvo de encima.

—Ya te debo dos —dijo Nate mientras se alisaba la ropa.

Sujetaba un cristal prístino cortado burdamente. Era uno de los muchos amuletos que colgaban de su collar y que reflejaban la luz tenue de las holopantallas. Algo en ese gesto le recordó a Jules por qué había salido: Izzy.

—Ni lo menciones.

—La Fuerza nos une y nos separa conforme lo necesita —dijo Nate.

Después de ese día, Jules estaba seguro de que era verdad. Al mirar al cielo, vio un conjunto de naves que surcaban el cielo hacia la estratosfera. Entre ellas había una que no olvidaría pronto, un carguero triangular llamado *Meridian*.

—Sí —respondió Jules, agitando la mano para despedirse de Nate y caminando de vuelta a la cantina de Oga—. Ciertamente así lo hace.

IZZY

CAPÍTULO 30

No estaba acostumbrada a ponerse elegante, pero después de limpiar tripas de alimaña en el área de carga, Izal Garsea necesitaba una ducha. La única ropa limpia que tenía era un vestido negro sencillo y una capa que su madre había comprado en Ciudad Nube.

Caminó por el mercado. A pesar de lo tarde que era, aún había algunos puestos abiertos y los clientes se reunían alrededor de las parrillas de los comerciantes que vendían comida callejera. Un contorsionista hacía trucos sobre una alfombra de colores para una horda de niños. Se doblaba de una manera que parecía físicamente imposible. Se veía de la misma forma que Izzy sentía que tenía su mente.

¿Qué le diría a Jules cuando lo viera? ¿Qué pasaría si no estaba ahí? ¿Y si no quería hablar con ella? Una vez que hubo visto el mensaje de su madre tantas veces que ya lo había memorizado, solo pudo pensar en una persona a la que quería contarle sobre él.

Al doblar una esquina, vio el obelisco. Después de su travesía desde el puesto de avanzada a las ruinas y de vuelta, se preguntó si lo que estaba a punto de hacer la haría ver como una turista. Se subió a la cornisa circular de piedra tallada con símbolos parecidos a aquellos que había visto en la oficina de Oga. Después estiró la mano y frotó el obelisco para que le diera buena suerte. La necesitaba.

Izzy no se detuvo hasta estar frente a la puerta de la cantina de Oga. El cadenero de enfrente, un trandoshano con cara de lagartija, la miró y abrió la puerta. Entrar por la puerta principal era una experiencia mucho más agradable que ser escoltada por la puerta trasera. La luz era tenue, pero mucho más agradable que la de cualquier otra cantina en la que hubiese estado hasta entonces. Sí, las paredes lucían desgastadas y tenían marcas de bláster, pero el metal expuesto alrededor de la barra, las luces de colores en el escenario y las mesas le daban un aire romántico. Nadie se percató de ella cuando entró, y no esperaba que nadie lo hiciera.

El droide DJ al que solo había escuchado en la radio detuvo la música.

—El dueño de un speeder XP-38, ¿podría sacar su vehículo del estacionamiento? La grúa está a punto de llevárselo.

Una criatura blanca, extremadamente delgada y con un cuello largo, salió disparada de la mesa de apuestas. Ese fue el momento en el que lo vio sentado frente a la barra.

Jules Rakab se había aseado. A pesar de la oscuridad, podía verle la herida en la mejilla y la cortada en el labio inferior. Estaba escuchando a algunos de los granjeros que ella había conocido esa tarde. Se preguntó qué habría hecho Oga con Damar y los otros. Se preguntó si Ana Tolla buscaría venganza, si no estaba muerta. Quizás esa venganza lastimaría a Jules de nueva cuenta.

El viejo miedo a perder a las personas le arañó la espalda. No podía respirar. El humo era demasiado. Él la rechazaría. Él…

—Izal Garsea, pase a la barra por una bebida de celebración —dijo DJ R-3X por el micrófono. Un ruido de distorsión hizo que todos se estremecieran—. ¡Esa fue la última! No más peticiones especiales por hoy.

Pudo sentir las miradas incluso antes de voltear. Cuando finalmente logró hacerlo, se dijo que debía ser valiente. Había corrido a través de Batuu para entregarle un paquete a la Resistencia, había detenido un ataque con armas químicas, había besado a un chico bajo tres soles y dos lunas, había escuchado la voz de su madre de nuevo. Había vivido mil vidas desde la muerte de sus padres, pero nunca había elegido quedarse en lugar de huir.

Mientras caminaba entre la multitud, todos se apartaban para abrirle paso. Cada pisada se sentía como parte de una travesía para cruzar el ancho mar, pero lo haría porque al otro lado la esperaba Julen Rakab. Se quedaron parados mirándose fijamente.

—Sería mucho más fácil si no tuviésemos espectadores —susurró Izzy.

—Nada contigo es fácil, Garsea —replicó Jules. La comisura de su labio se estremeció al tiempo que el gigante y peludo cantinero deslizaba frente a ellos dos bebidas que brillaban con motas doradas. Jules le dio uno de los vasos y alzó el otro. Todos en la cantina los miraban.

—Por Izal Garsea —exclamó Jules con una voz tan llena de confianza que se escuchó en toda la cantina—, quien salvó muchas vidas esta noche.

Hubo una ovación y la gente coreó su nombre.

«Nadie en la galaxia sabe tu nombre». Pero eso nunca había sido verdad: Jules siempre había sabido su nombre. La recordaba desde antes que ella a él. Confiaba en ella desde antes que ella en él. Oga Garra también sabía su nombre. Ana Tolla y su tripulación nunca podrían olvidarlo.

Recibió felicitaciones y agradecimientos. No creía merecerlos, no cuando la galaxia parecía ser mucho más grande.

—Hace un momento —dijo Jules—, vi tu nave partir.

Izzy se relajó un poco. Ambos se recargaron en la barra.

—Le dije a Salju que podía llevarla a dar una vuelta. Le añadió unos propulsores nuevos. Además, no le digas a Volt, pero tenía un problema terrible de alimañas y Lucky se comió seis.

Jules casi escupió su bebida. Se rieron y extendieron los brazos hacia el otro al mismo tiempo.

—Pensé que te habías ido de nuevo.

—Estuve a punto.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Un par de cosas. —Sostuvo el anillo entre ellos—. Para comenzar, esto. Te dije que te lo devolvería.

Ese había sido el momento en el que todo había comenzado a ir mal. Una parte de ella estaba conteniendo el aliento en caso de que algo sucediera e interrumpiera su felicidad

otra vez. Pero la música fluía y el ruido de las conversaciones se hacía cada vez más fuerte.

Jules se acercó a su oído.

—No te atrapé, así que tendrás que quedártelo un poco más.

Izzy lo puso de nuevo en su collar. Parecía como si ese fuera el lugar al que pertenecía realmente. Ella era el lugar al que pertenecía mientras Jules estuviera con ella.

—Lo siento —murmuró Izzy—. No quise decir todas esas cosas…

Jules sacudió la cabeza. Se estiró para alcanzarle la mano y sus dedos se entrelazaron.

—Ya te lo dije, sé cuando estás mintiendo. No tienes que protegerme.

—Quiero hacerlo. —Lo miró fijamente. ¿Le habían roto la nariz otra vez?—. Incluso me robé una nave por ti.

Él se rio y le besó el dorso de la muñeca.

—Era mi nave. Izzy, te robaste mi nave.

Se llevó la mano que tenía libre a la boca, pero no pudo acallar el grito.

—No. Ay, no.

—Sí. Ay, sí. La acababa de comprar cuando nos encontramos. Era lo que estaba tratando de decirte.

—¿Qué harás con ella?

Se encogió de hombros.

—Primero tengo que esperar a que la reparen. Luego, ver la galaxia contigo, si me llevas.

Izzy le acarició el cabello.

—Nos vemos en Eroudac.

—¿No es donde abandonaste la academia?

—También es el último lugar donde viví con mis padres. Hay ruinas y tiene una luna rosa.

—Es una cita —afirmó Jules, y bebió.

—Tienes algo en los labios.

Jules se tocó la barbilla.

—¿Aquí?

Esparció por su rostro los líquenes dorados que tenía en los dedos. Izzy se rio y se tocó la comisura de los labios.

—Te equivocaste.

—¿Aquí? —volvió a preguntar, como si disfrutara ensuciarse la cara. Estaba cubierto de polvo fulgurante, como un niño que hubiera devorado una barra derretida de chocolate dorado—. Me tienes que ayudar, Garsea, porque no hay espejos en este lugar.

Ella le presionó la comisura con el pulgar y luego lo besó. Los líquenes dorados sabían a miel quemada. Se inclinó sobre él: el ancla, el amarre, el equilibrio que necesitaba. Esta vez fue Jules quien detuvo el beso. La miró directamente a los ojos y ella tuvo una sensación extraña. Era lo opuesto al vértigo, una certeza firme e inquebrantable que no podía nombrar con exactitud.

Otra ronda de bebidas llegó deslizándose frente a ellos. Esta vez eran unas peceras redondas y adornadas con peces reales. Volt regresó de allá donde estuviera. Tenía el cuero cabelludo y las mejillas llenos de rasguños.

Neelo y Fawn subieron al escenario y el programa de bandas comenzó con los Frozen Wampas. Jules bailó con Izzy, haciéndola girar en su lugar. Se sentía ágil y liberada del arrepentimiento que cargaba. Algunas veces, para ir en la dirección correcta era necesario retroceder algunos pasos.

La música siguió hasta bien entrada la noche. Su cansancio se desvaneció y fue reemplazado por la sensación eléctrica de besar a Jules Rakab hasta que los soles salieron de nuevo y los puestos que habían estado cerrados por la noche comenzaron a reabrir. La vida en el puesto de avanzada de Black Spire seguía como si nada hubiese cambiado. Era un lugar que se reconstruía día tras día. Nuevos desconocidos, rostros olvidados: todos se mezclaban.

Se decía que todos en Batuu estaban en busca de una nueva vida o huían de una. Por el momento, Izal Garsea había encontrado una tercera opción: volvió a casa.

EPÍLOGO

La chica voló cada vez más alto desde el puerto espacial y se niveló sobre el valle del río Surabat. Un mar de tierras verdes se extendía bajo su nave. Por un momento, siguió las hileras de agujas petrificadas y el río, que se abría camino entre las vetustas rocas. En la cabina del *Meridian*, volteó a ver el asiento vacío del copiloto. Cuando la voz del chico sonó en el canal del intercomunicador, una sonrisa que él no pudo ver iluminó el rostro de la chica.

—No estarás perdiendo el tiempo nuevamente, ¿o sí, Izzy? —le preguntó Jules. Volaba a su lado en su propia nave.

Izzy imaginó su mirada juguetona, que siempre la retaba. Se ajustó el intercomunicador en la oreja y le preguntó:

—¿Por qué estaría perdiendo el tiempo?

—Porque no quieres admitir que te vencí la última vez.

—¿Consideraste que quizá solo estaba siendo buena maestra?

Jules soltó una carcajada. Algunas veces Izzy creía que podría escucharlo reír por horas; la única excepción era cuando le ganaba alguna carrera. Durante las semanas que tuvo que esperar a que repararan su nave, Izzy lo enseñó a volar en el *Meridian*. Había crecido usando simuladores y naves para una sola persona, por lo que necesitaba acostumbrarse a pilotear un carguero para su próxima aventura.

—A tu señal, Garsea —dijo Jules—. Si puedes seguir mi ritmo.

No podía resistirse a ningún reto o desafío que pudiera ponerle, incluso si se trataba de quedarse en un lugar que nunca creyó que volvería a ver. No se arrepentía de ello ni un segundo.

—No te preocupes por mí. Ya estoy eligiendo la bebida con la que celebraré.

Despegaron tan rápidamente que desaparecieron en un manchón. Serpenteaban entre las enormes agujas negras y se precipitaban por los riscos escarpados que flaqueaban el cañón del río. El corazón de Izzy se sobresaltó cuando un pedazo de roca se desprendió y golpeó el ala izquierda de la nave de Jules.

—¡Demonios! —gritó Jules con un tono herido.

—¿Jules?

—Nunca terminaré de reparar esta nave.

—Mala suerte, Rakab —dijo Izzy mientras aceleraba al máximo e imaginaba que el *Meridian* era una de las agujas que Belen usaba de manera tan precisa en su costura. Se deslizó entre dos columnas y contuvo el aliento esperando que él pudiera seguirla. Siempre lo hacía.

Al llegar al final del camino, Izzy dejó escapar un grito. Jules estaba justo detrás de ella.

—Empate —exclamó Jules—. Definitivamente un empate.

—Sí, claro. Te veo en la cantina de Oga para mi Bespin Fizz de celebración.

Cuando atracaron en el puerto espacial, Jules encontró a Izzy esperando entre la multitud. En las naves de transporte se apiñaban familias enteras. Llevaban grandes equipajes, por lo que Jules dedujo que se iban de Batuu. Una sensación que no pudo identificar se alojó entre sus costillas e hizo un gesto de dolor. Quería lograr que las cosas mejoraran en el puesto de avanzada, pero no sabía por dónde comenzar, pues él era una sola persona. Se prometió que regresaría después del viaje con Izzy.

Ella le arremangó la túnica.

—Llamando a Jules, llamando a Jules.

De alguna manera, verla lo hacía sentir mejor. Era una de las muchas cosas que no podía explicar de estar cerca de ella, como el modo en que su respiración se entrecortaba cuando la veía entre los grupos de personas que iban al restaurante de Cookie durante el desayuno, o la forma en la que encontraba cualquier excusa para sostenerla, o cómo podía amar a alguien tanto como la amaba a ella.

Se agachó un poco para robarle un beso. Izzy entrelazó sus dedos con los de Jules y partieron para continuar con lo que habían estado haciendo por semanas: organizar planes. Sentados frente a la barra de la cantina de Oga, trazaron la ruta y las posibilidades infinitas. Hicieron una lista de aquellos planetas que le habían gustado a Izzy y de otros de los que solo habían oído historias, como Endor y Mandalore.

—Ya hemos hablado de esto —dijo Jules y le dio un sorbo a su Carbon Freeze. Salió humo del vaso—. Estoy listo, Izzy. Estás titubeando. ¿Qué te detiene?

—¿Créditos? —respondió. Cuando decidió quedarse, Jules la obligó a aceptar su parte del pago por la entrega. Lo había estado estirando, pero era hora de comenzar a moverse de nuevo. Cuando Jules la tomó de la mano, no pudo evitar pensar en lo que la había mantenido despierta durante toda la noche—. Tengo miedo.

Jules le puso la mano en la rodilla.

—¿Tienes miedo? ¿De qué?

Ella le dio un empujoncito.

—¿Por dónde comienzo? ¿Y si terminamos muertos en medio del espacio? ¿Y si estamos en medio de la galaxia y queremos matarnos?

—Piensa en lo divertido que será reconciliarnos después. —Jules la miró de una forma que la hizo sonrojarse.

—Hablo en serio.

Jules dejó su bebida y le acarició la cara.

—Tú eres lo único de lo que estoy seguro en esta galaxia, Izzy. El resto podemos resolverlo.

Pagaron la cuenta y salieron de la cantina para dirigirse a Ohnaka Transport Solutions. En el camino, Izzy y Jules sortearon a los vendedores que llamaban a los clientes para que se acercaran y se persiguieron mutuamente a través de los pasillos del mercado. El aire estaba denso por la humedad y, mientras las nubes bajas ondulaban, Jules miró el cielo fijamente. Vio el resplandor de las naves que entraban en órbita.

—¿Conoces al tal Hondo Ohnaka? —preguntó Izzy cuando se unieron a la fila. Al final de la misma estaba Delta sosteniendo un datapad.

—No. Viene y va del puesto de avanzada, principalmente para pagar su deuda con Oga, pero para nuestra buena suerte, siempre está en busca de tripulaciones de vuelo.

Estaban seguros de que trabajar para Hondo los ayudaría a viajar juntos por la galaxia mientras conseguían un trabajo estable. Jules no tenía prisa. La primera vez que habían dejado el puesto de avanzada había sido para ir al otro lado del planeta. Ahí la tierra era escarpada y salvaje de una forma que Jules jamás había visto. Después habían viajado a una luna congelada cercana llamada Ielo. Fue la primera vez que vio la nieve. Caía en gruesos y suaves montones. Saltó sobre ella. La comió. Hizo lo mismo durante una hora antes de tener suficiente de la nieve para siempre. Después de eso, nunca se habían dirigido a Eroudac, pero algún día lo harían.

Fue entonces cuando todos a su alrededor voltearon al cielo. Unas ráfagas de fuego iluminaron las nubes. Un enjambre de naves se dirigió al espacio desde la novena plataforma de acoplamiento. La torre de control hizo sonar una alarma, y el caos descendió sobre ellos mientras todo el mundo corría, recogiendo todo cuanto podía. Hubo gritos y miedo a las cíclicas tragedias de la guerra. Pero Jules e Izzy permanecieron en la rampa de despegue, suspendidos en medio de una tormenta.

—Al parecer, la Resistencia está saliendo de su escondite.

Izzy lo miraba mientras él veía la pelea que tenía lugar a miles de metros sobre ellos, tan lejos y tan cerca. A menudo sentía el desamparo que había sentido aquel día en el mercado cuando la multitud parecía lista para comenzar la rebelión; cuando las banderas negras, rojas y blancas comenzaron a desplegarse por todo el puesto de avanzada sin detenerse. Soñar con ese futuro y con la chica que amaba apartaba esa avasallante oscuridad. ¿Cuánto tiempo podría seguir soñando? ¿Qué podía hacer? Él era una sola persona. Y eso tendría que bastar.

¿Acaso eso era lo que cada uno de esos pilotos pensaba antes de emprender el vuelo? «Yo soy una sola persona, pero juntos somos más».

Izzy y Jules no fueron los únicos que vieron cómo el fuego del láser abría un agujero en el cielo. Delta no se apartó de su lado y Volt, que ya antes había visto ese tipo de sucesos, se obligó a mirar.

La gente se empujaba para poder ingresar al interior y alejarse de las plataformas de aterrizaje. Los gritos se fusionaban con el alarido de las sirenas, tal como los edificios se confundían con las agujas petrificadas. Una parte de Izzy quería despegar. Era más seguro huir. Era más duro quedarse. Recordó el holomensaje de su madre. Lo había visto una y otra vez. Al principio, ella sola, después junto a Jules. Ixel Garsea había querido que su hija viviera sin arrepentimiento y con un corazón fuerte. Esas cosas no se ganaban fácilmente.

Izzy se percató de que no importaba dónde había estado. Estaba arraigada no a un lugar, sino a todo. Había nacido en una nave que surcaba el espacio. Había dejado pedazos de su ser regados por toda la galaxia, como estrellas. El mundo allá afuera era el

hogar de Izal Garsea, tanto como lo era Batuu, tanto como Jules, y haría cualquier cosa para protegerlo.

—Tengo que hacer algo —afirmó Jules.

—Lo lograremos.

Izzy tomó a Jules de la mano, lista para la batalla que estaba a punto de iniciar.

AGRADECIMIENTOS

Mis primeros recuerdos de *Star Wars* se remontan a los días que pasaba con mi hermano Danny en nuestro viejo apartamento en Queens recreando las escenas de pelea de *El regreso del Jedi*. Ahora que somos adultos, o casi adultos, vemos una y otra vez las películas de la siguiente generación de héroes en nuestra galaxia favorita. *Star Wars* y la familia están estrechamente ligadas en mi vida. Esa es la razón por la que estoy tan agradecida con mi tribu ecuatoriana por su apoyo constante y por dejarme trabajar en un rincón durante cada fiesta y celebración. Al fin pueden señalar el producto final.

Muchas gracias a mi agente, Victoria Marini. Este libro no hubiese sido posible sin el equipo fenomenal de Disney Lucasfilm Press, especialmente mi editora, Jennifer Heddle, y Michael Siglain. Gracias a los guardianes supremos del saber sobre *Star Wars*: los ejecutivos de Story Group Matt Martin y Pablo Hidalgo, y a la correctora Megan Granger; a Leigh Zieske por haber diseñado un libro tan hermoso y a Matt Griffin por su increíble trabajo con la portada; a Margaret Kerrison por haberme guiado por el paisaje y los personajes de Batuu: me ayudaste a construir algo increíble y no puedo esperar a que todos exploren este planeta.

Todo escritor necesita un equipo para la fecha límite: Victoria y Dhonielle, ustedes me inspiraron de manera constante a seguir escribiendo, ladrillo a ladrillo, capítulo a capítulo; gracias también a los amigos que cuidaron de mí cuando era un desastre por la inminente fecha de entrega: Sarah Younger, Natalie Horbachevsky, Tessa Gratton y Natalie Parker.

Por último, gracias a la comunidad *Star Wars*. Todos somos niños que siguen soñando con aventuras entre las estrellas, y eso es algo hermoso.

Que la Fuerza los acompañe. *May the force be with you*.

Acerca de la autora

ZORAIDA CORDOVA, es la galardonada autora de la serie *Brooklyn Brujas* y la trilogía *Vicious Deep*. Su ficción breve se incluyó en la antología *Star Wars: From a Certain Point of View and Toil & Trouble: 16 Tales of Women and Witchcraft* del *New York Times.* Zoraida nació en Ecuador y creció en Queens, Nueva York. Ama el café negro, el sarcasmo y aún cree en la magia. Cuando no está escribiendo su siguiente novela, se encuentra planeando su próxima aventura.